



Imprenta Nacional
Editorial Digital

Cuentos
de los
Hermanos Grimm

JACOB
Y
WILHELM
GRIMM

CR833.6

G864c Grimm, Jakob Ludwig, 1785-1863

Cuentos de los hermanos Grimm. [recurso electrónico] – 1ª ed. – San José : Imprenta Nacional, 2013.

1 recurso en línea (282 p.) : pdf ; 1008 Kb

ISBN 978-9977-58-396-9

1. Cuentos infantiles alemanes. I. Grimm, Wilhelm Karl, 1786-1859. II. Título.

SINABI/UT

13-71

LAS TRES HILANDERAS

Allá en aquellos tiempos había una joven muy perezosa que no quería hilar. Su madre se incomodaba mucho; pero no podía hacerla trabajar. Un día perdió la paciencia de manera que llegó a pegarle, y su hija se puso a llorar a gritos. En aquel momento pasaba por allí la Reina, y oyendo los sollozos, mandó detener su coche y entró en la casa preguntando a la madre por qué pegaba a su hija con tanta crueldad, que se oían en la calle los lamentos de la niña. La mujer, avergonzada, no quiso contarle de la pereza de su hija, y le dijo:

-No puedo hacerla que suelte el huso ni un solo instante, quiere estar hilando siempre, y yo soy tan pobre que no puedo darle el lino que necesita.

-Nada me gusta tanto como la rueca -le respondió la Reina-; el ruido del huso me encanta, dejadme llevar a vuestra hija a mi palacio, yo tengo lino suficiente e hilará todo lo que quiera. La madre consintió en ello con el mayor placer, y la Reina se llevó a la joven.

En cuanto llegaron a palacio la condujo a tres cuartos que estaban llenos de arriba abajo de un lino muy hermoso.

-Hírame todo ese lino -le dijo-, y cuando esté concluido, te casaré con mi hijo mayor. No te dé cuidado de que seas pobre; tu amor al trabajo es un dote suficiente.

La joven no contestó; pero se hallaba en su interior consternada, pues aunque hubiera trabajado trescientos años, sin dejarlo desde la mañana hasta la noche, no hubiera podido hilar aquellos enormes montones de estopa. Así que se quedó sola, echó a llorar, permaneció así tres días sin trabajar nada. Al tercero, vino a visitarla la Reina y se admiró de ver que no había hecho nada; pero la joven se excusó, alegando su disgusto por verse separada de su madre. La Reina aparentó quedar satisfecha con esta excusa, pero le dijo al marcharse:

-Bien, pero mañana es necesario empezar a trabajar.

Cuando se quedó sola la joven, no sabiendo qué hacerse, se puso a la ventana. Estando allí vio venir tres mujeres, la primera de las cuales tenía un pie muy ancho y muy largo, la segunda un labio inferior tan grande y caído que la pasaba y cubría por debajo de la barba, y la tercera el dedo pulgar muy largo y aplastado. Se colocaron delante de la ventana, dirigiendo sus miradas al interior del cuarto, y preguntaron a la joven qué quería. Refirioles su disgusto y ofrecieron ayudarla.

-Si nos prometes -le dijeron- convidarnos a tu boda, llamarnos primas tuyas, sin avergonzarte de nosotras, y sentarnos a tu mesa, hilaremos tu lino y concluiremos muy pronto.

-Con mucho gusto -les contestó-; entrad y comenzaréis en seguida.

Introdujo a estas tres extrañas mujeres e hizo un sitio en el primer cuarto para colocarlas, poniéndose en seguida a trabajar. La primera hilaba la estopa y hacía dar vueltas a la rueda; la segunda mojaba el hilo; la tercera lo torcía y lo apoyaba en la mesa con su pulgar y cada vez que pasaba el dedo echaba una madeja del hilo más fino. Siempre que entraba la Reina escondía la joven a sus hilanderas y le enseñaba lo que había hecho, llenándose la Reina de admiración. En cuanto estuvo vacío el primer cuarto pasaron al segundo y después al tercero, concluyendo en muy poco tiempo. Entonces se marcharon las tres jóvenes, diciendo:

-No olvides tu promesa, que no tendrás de qué arrepentirte.

Cuando la joven enseñó a la Reina las piezas vacías y el hilo hilado, se fijó el día de la boda. El Príncipe estaba admirado de tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la amaba con ardor.

-Tengo tres primas -le dijo-, que me han hecho mucho bien, y a las que no quiero olvidar en mi felicidad; permitidme convidarlas a mi boda y sentarlas a nuestra mesa.

El Príncipe y la Reina no le pusieron ningún obstáculo. El día de la boda llegaron tres mujeres magníficamente ataviadas, y la novia les dijo:

-Bienvenidas seáis, queridas primas.

-¡Oh! -exclamó el Príncipe-, tienes unas parientas bien feas.

Dirigiéndose después a la que tenía el pie ancho:

-¿De qué tienes ese pie tan grande? -le preguntó.

-De hacer dar vueltas a la rueda -le contestó-

A la segunda:

-¿De qué tienes ese labio tan caído?

-De haber mojado el hil

Y a la tercera:

-¿De qué tienes ese dedo tan largo?

-De haber torcido el hilo

El Príncipe, asustado al ver aquello, juró que desde allí en adelante no volvería su esposa a tocar la rueca, librándola así de esta odiosa ocupación.

JUAN EL FIEL

Había una vez un rey muy viejo que cayó enfermo. Conociendo que iba a morir, hizo llamar al fiel Juan, que era al que más quería de sus criados, y le llamaban así porque había sido fiel a su amo toda su vida. En cuanto llegó le dijo el rey:

-Mi fiel Juan, conozco que se acerca mi fin: sólo me tiene con cuidado la suerte de mi hijo; es todavía muy joven, y no sabrá siempre dirigirse bien; no moriré tranquilo si no me prometes velar por él, enseñarle todo lo que debe saber, y ser para él un segundo padre.

-Os prometo -respondió Juan- no abandonarle, y servirle lealmente, aunque me cueste la vida.

-Entonces, ya puedo morir en paz -dijo el viejo rey-. Después de mi muerte le enseñarás todo el palacio, todas las cercanías, las salas, los subterráneos con las riquezas en ellos encerradas; pero no le dejes entrar en la última cámara de la galería grande, donde está el retrato de la princesa de la Cúpula de Oro, pues si ve este cuadro, experimentará hacia ella un amor tan increíble que le hará exponerse a los mayores peligros. Procura librarle de esto.

El fiel Juan repitió sus promesas, y tranquilo el viejo rey, inclinó su cabeza en la almohada y expiró.

En cuanto dejaron en la tumba al anciano rey, Juan refirió a su joven sucesor lo que había prometido a su padre en el lecho de muerte.

-Estoy dispuesto a cumplirlo -añadió-, y os seré fiel como lo he sido a vuestro padre, aunque me cueste la vida.

En cuanto pasó el tiempo del luto, dijo Juan al rey:

-Ya podéis conocer vuestra herencia. Voy a enseñaros el palacio de vuestro padre.

Le llevó por todo él, por lo alto y por lo bajo, y le enseñó todas las riquezas que llenaban las magníficas habitaciones, omitiendo sólo el cuarto en que estaba el peligroso retrato. Había sido colocado de tal manera que, en cuanto se abría la puerta, se le veía en seguida, y estaba tan bien

hecho que parecía vivir y respirar y que nada en el mundo era tan hermoso ni tan amable. El joven rey vio desde luego que el fiel Juan pasaba siempre delante de esta puerta sin abrirla, y le preguntó el motivo.

-Es -respondió el otro- porque hay en el cuarto una cosa que os dará miedo.

-Ya he visto todo el palacio -dijo el rey-, quiero saber lo que hay aquí.

Y quería abrir por fuerza.

El fiel Juan le contuvo diciéndole:

-He prometido a vuestro padre, en su lecho de muerte, no dejaros entrar en este cuarto, de lo que podían resultar grandes desgracias para vos y para mí.

-La mayor desgracia -replicó el rey- es que mi curiosidad no quede satisfecha. No descansaré hasta que mis ojos lo hayan visto todo. No salgo de aquí hasta que me hayas abierto.

El fiel Juan, viendo que no había medio de negarse, fue a buscar la llave, lleno de tristeza en su corazón y suspirando mucho. En cuanto abrió la puerta, entró el primero, procurando ocultar el retrato con su cuerpo; todo fue inútil: el rey, levantándose sobre la punta de los pies, le vio por encima de sus hombros. Pero al ver aquella imagen de una joven tan hermosa y deslumbrante de oro y de pedrerías, cayó sin conocimiento en el suelo. Levantole el fiel Juan y le llevó a su cama.

-¡El mal está hecho! ¡Dios mío!, ¿qué va a ser de nosotros?

Y le hizo tomar un poco de vino para que recobrase las fuerzas.

La primera palabra del rey, cuando volvió en sí, fue preguntar de quién era aquel hermoso retrato.

-El de la princesa de la Cúpula de Oro -respondió el fiel Juan.

-El amor que me ha hecho concebir es tan grande -dijo el rey- que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no bastarían para explicarlo. Mi vida depende en lo futuro de su posesión. Tú me ayudarás, tú que eres mi fiel criado.

El fiel Juan reflexionó por largo tiempo de qué modo convenía arreglárselas, pues era muy difícil el presentarse delante de los ojos de la princesa. Por último, imaginó un medio, y dijo al rey:

-Todo lo que rodea a la princesa es de oro; sillas, tazas, copas y muebles de todas clases. Vos tenéis cinco toneladas de oro en vuestro tesoro; hay que dar una a los plateros para que hagan vasos y alhajas de oro de todas hechuras; pájaros, fieras, monstruos de mil formas, en fin, todo lo que debe agradar a la princesa. Nos pondremos en camino con estas joyas y procuraremos probar fortuna.

El rey mandó venir a todos los plateros del país, y trabajaron noche y día hasta que todo estuvo concluido. Entonces lo embarcaron en un navío. Juan el fiel tomó el traje de comerciante y el rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle. Después se hicieron a la vela y navegaron hasta la ciudad en que habitaba la princesa de la Cúpula de Oro.

El fiel Juan desembarcó solo y dejó al rey en el navío.

-Quizás -le dijo-, traeré conmigo a la princesa; procurad que todo esté en orden, que se hallen a la vista dos vasos de oro y que el navío esté adornado como para una fiesta.

En seguida llenó su cinturón de muchas alhajas de oro y se fue derecho al palacio del rey.

En cuanto entró, vio en el patio una joven que sacaba agua de una fuente con dos cubos de oro. Cuando se volvía para marcharse, distinguió al extranjero, y le preguntó quién era.

-Soy comerciante -le respondió.

Y abriendo su cinturón, le enseñó sus mercancías.

-¡Qué cosas tan bonitas! -exclamó.

Y poniendo sus cubos en el suelo, se puso a mirar todas las joyas, una tras otra.

-Es preciso -dijo- que vea todo esto la princesa: ella os lo comprará, porque le gustan mucho los objetos de oro. Y cogiéndole por la mano, le hizo subir al palacio, porque era una doncella.

Le gustaron tanto los diamantes a la princesa, que le dijo a Juan:

-Está tan bien trabajado, que te lo compro todo.

Mas este le contestó.

-Yo no soy más que el criado de un comerciante muy rico; todo lo que veis aquí no es nada en comparación de lo que mi amo tiene en su navío: en él veréis las más preciosas y hermosas obras de oro.

Quería que se las trajesen, pero Juan dijo a la princesa:

-Hay muchas: se necesitaría mucho tiempo y mucho espacio; vuestro palacio no sería suficiente.

Excitose más con esto su curiosidad, y exclamó por último:

-Pues bien, conducidme a ese navío, quiero yo misma ver los tesoros de tu amo.

El fiel Juan la acompañó muy alegre al navío; y al verla el rey le pareció más hermosa todavía que su retrato; el corazón le saltaba de alegría; cuando subió a bordo le ofreció el rey su mano; durante este tiempo el fiel Juan, que se había quedado detrás, mandó al capitán levar el ancla y largarse a toda vela. El rey bajó con ella a la cámara y le enseñó una a una, todas las piezas de la vajilla de oro, los platos, las copas y los pájaros, las fieras y los monstruos. Pasaron así muchas horas y mientras estaba ocupada examinando todo, no conoció que el navío estaba navegando. Cuando hubo concluido dio gracias al pretendido comerciante y se dispuso a volver a su palacio, pero al llegar al puente vio que estaba en alta mar, muy lejos de la tierra, y el navío navegando.

-¡Me han vendido! -exclamó llena de espanto-. ¡Me han robado! ¡Caer en poder de un comerciante!
¡Mejor quisiera morir!

Pero el rey, presentándole la mano, le dijo:

-Yo no soy comerciante, soy un rey, y de tan buena familia como la vuestra. Si os he robado con astucia, no lo atribuyáis más que a la violencia de mi amor. Es tan grande, que cuando he visto vuestro retrato por primera vez, he caído sin conocimiento al suelo.

Estas palabras consolaron a la princesa, se conmovió su corazón y consintió en casarse con el rey.

Mientras navegaban en alta mar, el fiel Juan, estando un día sentado en la popa del navío, distinguió en el aire tres cornejas que vinieron a colocarse delante de él. Escuchó lo que decían entre sí, pues comprendía su lenguaje.

-¿Conque se lleva ya a la princesa de la Cúpula de Oro? -decía la primera.

-Sí -respondió la segunda-, pero no es suya todavía.

-Cómo -dijo la tercera-, ¿pues no está sentada a su lado?

-¿Qué importa? -repuso la primera-, cuando desembarquen presentarán al rey un caballo alazán, él querrá montarle; pero si lo hace, el caballo se lanzará a los aires con él y no volverán a tener noticias tuyas.

-¿Pero se puede evitar eso? -dijo la segunda.

-Sí -contestó la primera-, siempre que otra persona se lance sobre el caballo, y cogiendo una de las pistolas que lleva en la silla le deje muerto en el acto. Así se librará el rey. Pero ¿quién puede saber esto? Además de que el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde los pies hasta las rodillas.

La segunda corneja dijo a su vez.

-Yo sé algo más todavía; aun suponiendo que muera el caballo, el joven rey no por eso poseerá a su prometida. Cuando entren juntos en palacio, le presentarán al rey en una bandeja con una magnífica camisa de boda que parecerá tejida de oro y de plata, pero que no es en realidad más que de pez y azufre; si el rey se la pone se quemará hasta la médula de los huesos.

-¿No hay ningún recurso para evitarlo? -dijo la tercera.

-Hay uno -respondió la segunda-. Es preciso que una persona, provista de guantes, coja la camisa y la eche al fuego. Quemada la camisa se salvará el rey. Pero ¿de qué sirve esto, si el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

La tercera corneja añadió:

-Yo sé algo más todavía; aun en el caso de que quemén la camisa, no poseerá el rey a su prometida. Si hay baile en la boda y baila en él la reina, se desmayará de repente y caerá como muerta, y lo quedará en realidad si no hay alguien que la levante en seguida y le chupe tres gotas de sangre que le saldrán en el hombro derecho, las que escupirá en seguida. Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de esta conversación echaron a volar las cornejas. El fiel Juan que las había oído, comenzó desde entonces a ponerse triste y silencioso. Callar era exponer al rey a una desgracia, pero hablar era buscar su propia perdición. Al fin se dijo:

-Salvaré a mi señor, aunque me cueste la vida.

Al desembarcar sucedió todo lo que había dicho la corneja. Presentaron al rey un magnífico caballo alazán.

-Voy a montar en él -dijo- para ir a palacio.

E iba a meter el pie en el estribo, cuando, pasando por delante de él el fiel Juan saltó encima, sacó la pistola de la silla y tendió al caballo muerto.

Los otros criados del rey, que no amaban mucho al fiel Juan, dijeron que era preciso ser loco para matar un animal tan hermoso y que iba a montar el rey. Pero el rey les dijo:

-Callad, y dejadle obrar; su lealtad es a toda prueba, y habrá tenido sus razones para hacerlo así.

Llegaron a palacio y en la primera sala hallaron colocada en un azafate la camisa de boda, que parecía ser de oro y de plata.

Iba el príncipe a tocarla pero el fiel Juan le desvió, y cogiéndola con guantes la arrojó al fuego, que la consumió en el mismo instante. Los demás criados se pusieron a murmurar.

-¡Qué atrevimiento! -dijeron-. ¡Ha quemado la camisa de boda del rey!

Pero el joven rey insistió todavía.

-Sin duda tiene sus razones; dejadle obrar, pues su lealtad es a toda prueba.

Celebráronse las bodas. Hubo un gran baile, y la novia comenzó a bailar. Desde aquel momento el fiel Juan no la perdió de vista. De repente sintió como debilidad, y cayó muerta en el suelo. Arroja sobre ella en seguida, la levantó y la llevó a su cuarto; y allí, echándola en la cama, se inclinó sobre ella y le chupó tres gotas de sangre del hombro derecho, que escupió en seguida. En el mismo instante volvió a respirar y recobró el conocimiento; pero el joven rey que lo había visto todo y que no comprendía la conducta de Juan, acabó por incomodarse y le mandó prender.

Juan el fiel fue al día siguiente condenado a muerte y conducido al cadalso. Estando subido ya en la escalera, dijo así:

-Todo hombre que va a morir puede hablar antes de su fin. ¿Se me da permiso para ello?

-Te lo concedo -dijo el rey.

Entonces refirió cómo había oído en el mar la conversación de las cornejas, y cómo todo lo que había hecho era necesario para salvar a su amo.

-¡Oh, mi fiel Juan! -exclamó el rey-; te perdono, hacedle bajar.

Pero a la última palabra que había pronunciado Juan el fiel, cayó sin vida, convertido en piedra.

La reina y el rey lo sintieron mucho.

-¡Ay! -decía el rey-, tanta abnegación ha sido muy mal recompensada.

Hizo llevar la estatua de piedra a su alcoba, cerca de su lecho, y siempre que la veía, repetía llorando:

-¡Ah, mi fiel Juan, quién pudiera volverte la vida!

Al cabo de algún tiempo, la reina dio a luz dos hijos gemelos que crio felizmente y que fueron la alegría de sus padres.

Un día en que la reina estaba en la iglesia; y los dos niños jugaban en el cuarto con su padre, dirigieron sus ojos a la estatua y él no pudo dejar de repetir todavía, suspirando:

-¡Ay, mi fiel Juan, por qué no he de poder salvarte la vida!

Pero la estatua, tomando la palabra, le dijo:

-Puedes si quieres, sacrificando lo que tienes más querido.

-Todo cuanto tengo en el mundo -exclamó el rey-, lo sacrificaré por ti.

-Pues bien -dijo la estatua-; para que recobre la vida tienes que cortar la cabeza a tus dos hijos y frotarme de arriba a abajo con su sangre.

El rey palideció al oír esta terrible condición, pero pensando en la abnegación de este fiel criado que había dado su vida por él, sacó su espada y con su propia mano cortó la cabeza de sus hijos y frotó la piedra con su sangre. La estatua se reanimó en el mismo instante, y Juan el fiel se presentó delante de él vivo y sano. Pero entonces dijo al rey:

-Todo sacrificio por mí tendrá su recompensa.

Y tomando las cabezas de los niños las colocó sobre sus hombros y frotó sus heridas con su sangre: en el mismo momento volvieron a la vida y se pusieron a saltar y a jugar, como si no hubiera sucedido nada.

El rey estaba lleno de alegría. Cuando supo que había vuelto la reina, hizo ocultarse a Juan y a sus hijos en un armario grande. En cuanto entró le preguntó:

-¿Has rezado en la iglesia?

-Sí -le contestó-, he pensado constantemente en el fiel Juan, tan desgraciado por causa nuestra.

-Querida mujer -le dijo-, podemos volverle la vida, pero nos costará la de nuestros hijos.

La reina palideció y se oprimió su corazón; respondió sin embargo:

-Le debemos ese sacrificio a causa de su abnegación.

El rey contento de ver que había pensado como él, fue a abrir el armario, e hizo salir al fiel Juan y a los dos niños.

-Gracias a Dios -añadió- le hemos salvado y tenemos nuestros hijos.

Y refirió a la reina lo que había pasado, y vivieron todos juntos muchos años.

EL JUDÍO EN LAS ESPINAS

Un hombre rico tenía un criado que le servía con la mayor fidelidad: era el primero que se levantaba por la mañana, y el último que se acostaba por la noche. Cuando había alguna cosa difícil que hacer, de la cual huían los otros, se ponía siempre a ejecutarla sin vacilar; nunca se quejaba y siempre estaba contento y alegre. Al espirar el plazo de su ajuste, no le pagó su amo. Con esta astuta conducta, pensaba para sí, ahorro mi dinero, y no pudiendo marcharse mi criado, queda a mi servicio.

El criado no reclamó; el segundo año pasó como el primero, tampoco recibió su salario, pero no dijo nada y continuó con su amo.

Al terminar el tercer año, el amo acabó por acordarse; llevó la mano a su bolsillo pero no sacó nada. El criado se decidió por último a decirle:

-Señor, os he servido fielmente, durante tres años; sed bastante bueno para darme lo que en justicia me pertenece; quiero marcharme a ver el mundo.

-Sí, amigo mío, sí, -le respondió su avaro amo-; sí, tú me has servido bien y se te pagará bien.

En seguida sacó tres ochavos de su bolsillo y se los dio uno a uno:

-Te doy un ochavo por cada año. Esto hace una fuerte suma; en ninguna parte te hubieran dado un salario tan grande.

El pobre muchacho, que no entendía de monedas, tomó su capital y dijo:

-Ya tengo el bolsillo bien repleto; ¿qué cosa mala puede sucederme en adelante?

Se puso en camino por valles y montes, cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de un chaparro encontró un hombrecillo que le dijo:

-¿Dónde vas tan alegre? No tienes muchos cuidados, a lo que veo.

-¿Por qué he de estar triste? -respondió el joven-, soy rico y llevo en mi bolsillo el salario de tres años.

-¿A cuánto sube tu tesoro? -le preguntó el hombrecillo.

-A tres ochavos, en buenas monedas y bien contados.

-Escucha -le dijo el enano- yo soy un pobre que está en la última miseria; dame tus tres ochavos; yo no puedo trabajar, pero tú eres joven y ganarás con facilidad el pan.

El joven tenía buen corazón; se compadeció del hombrecillo y le dio sus seis maravedíes, diciendo:

-Tómalos, por el amor de Dios; yo puedo muy bien pasarme sin ellos.

Entonces repuso el enano:

-Tienes buen corazón; desea tres cosas, y por cada ochavo que me has dado obtendrás una de ellas.

-¡Ah!, ¡ah! -dijo el joven- ¿entiendes de magia? Pues bien, si es así, quiero que me des, en primer lugar, una cerbatana que no yerre nunca el blanco; en segundo lugar, un violín que obligue a bailar a todos los que le oigan tocar, y por último, quiero que cuando dirija una pregunta a alguno se vea obligado a contestarme.

-Todo lo tienes ya -dijo el enano-; y entreabrió el chaparro, donde se hallaban el violín y la cerbatana, como si los hubiera depositado expresamente, y se los dio al joven añadiendo:

-Cuando pidas alguna cosa, nadie podrá negártela.

-¿Qué puedo desear ya? -se dijo a sí mismo el muchacho; y se volvió a poner en camino.

Un poco más lejos encontró a un judío con su larga barba de chivo, que estaba inmóvil escuchando el cántico de un pájaro, colocado en lo alto de un árbol:

-¡Maravilla de Dios! -exclamaba-. ¡Que un animal tan pequeño tenga una voz tan grande! Quisiera cogerle. ¿Pero quién se encargará de ponerle sal debajo de la cola?

-Si no quieres más que eso -dijo el muchacho-, el pájaro estará bien pronto en el suelo; -y apuntó tan bien, que el animal cayó en las espinas que había al pie del árbol.

-Anda, pícaro -dijo al judío-, y coge tu pájaro.

El judío se puso en cuatro pies para entrar en las espinas.

En cuanto estuvo en medio, nuestro buen muchacho, por divertirse un rato, cogió su violín y se puso a tocar. En seguida comenzó el judío a menear los pies y a saltar, y, cuanto más tocaba el violín, con mayor ardor bailaba. Pero las espinas despedazaban los andrajos del judío, le arrancaban la barba y le llenaban el cuerpo de sangre.

-¡Ah! -exclamó-; ¿qué música es esa? Dejad vuestro violín, yo no quiero bailar.

Pero el muchacho continuaba, pensando:

-Tú has desollado a bastante gente, que te desuellen a ti las espinas.

El judío saltaba más alto cada vez, y los pedazos de sus vestidos quedaban colgados en el chaparro.

-¡Desgraciado de mí! -exclamaba-; te daré lo que quieras si dejas de tocar; te daré una bolsa llena de oro.

-Ya que eres tan generoso -dijo el muchacho-, voy a dejar de tocar; pero no dejaré de hacerte cumplida justicia; bailas con la mayor perfección. -A estas palabras tomó su bolsa y continuó su camino.

El judío le vio partir, y cuando le hubo perdido de vista, se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Miserable músico, violín de taberna, espera que te coja! Te haré correr de tal modo que gastarás las suelas de tus zapatos. ¡Maldito canalla! ¡Ponte cuatro maravedíes en la boca, si quieres valer dos cuartos! -y otras injurias que le dictaba su imaginación.

En cuanto se hubo calmado un poco, y se alivió su corazón, corrió a la ciudad a buscar al juez.

-Señor, apelo a vos; mirad como me han despojado y robado en el camino real. Las piedras del camino habrán tenido compasión de mí: ¡mis vestidos despedazados, mi cuerpo desollado!, ¡mi pobre dinero robado con mi bolsillo!, ¡buenos ducados, a cuál más hermosos! ¡Por amor de Dios, haced prender al culpable!

-¿Es un soldado, -preguntó el juez-, quien te ha puesto así, a sablazos?

-No tenía espada -dijo el judío-, pero llevaba una cerbatana al hombro y un violín al cuello. El malvado es fácil de conocer.

El juez envió sus gentes en persecución del culpable: el guapo mozo había andado de aquí para allá por el camino; no tardaron en encontrarle, y hallaron encima de él, el bolsillo lleno de oro. Cuando compareció ante el tribunal:

-Yo no he tocado al judío -dijo-; yo no le he quitado su oro; él me lo ha dado voluntariamente, para que callase mi violín, porque le desagradaba mi música.

-¡Dios me proteja! -exclamó el judío-, coge las mentiras al vuelo como las moscas.

Pero el juez no quiso creerle y dijo:

-He ahí una mala defensa, los judíos no dan su dinero sin más ni más -y condenó al muchacho a la horca, como ladrón en despoblado.

Cuando le conducían a la horca, el judío le gritaba todavía:

-¡Canalla!, perro músico ya vas a pagar lo que mereces.

El muchacho subió tranquilamente la escalera con el verdugo, pero en el último escalón se volvió y dijo al juez:

-Concededme una cosa antes de morir.

-Te la concedo -dijo el juez-, a menos que no pidas la vida.

-No os pido la vida -respondió el joven-; permitidme solamente por última vez tocar el violín.

El judío dio un grito de dolor:

-Por amor de Dios, no se lo permitáis, no se lo permitáis.

Pero el juez dijo:

-¿Por qué no darle ese último placer?

Además no podía negárselo, a causa del don que tenía el muchacho de hacerse conceder todo lo que pidiera.

El judío gritó:

-¡Ah, Dios mío! Atadme, atadme bien.

El buen muchacho cogió su violín, y al primer golpe del arco todo el mundo comenzó a moverse y a menearse; el juez, el escribano, los criados del verdugo, y se cayó la cuerda de las manos del que quería atar al judío. Al segundo golpe, todos comenzaron a saltar y a bailar: el juez y el judío al frente saltaban más alto que los demás. La danza se generalizó por último, bailando todos los espectadores, gordos y flacos, jóvenes y viejos; hasta los perros se levantaban sobre sus patas traseras para bailar también. Cuanto más tocaba, más saltaban los bailarines: las cabezas chocaban entre sí y la multitud comenzó a gemir tristemente. El juez exclamó perdiendo el aliento:

-Te concedo el perdón, pero deja de tocar.

El buen muchacho colgó su violín al cuello y bajó la escalera. Se acercó al judío, que estaba en el suelo y procuraba recobrar su aliento.

-Pícaro -le dijo-; confiesa de donde te viene tu oro, o cojo mi violín y vuelvo a empezar.

-¡Lo he robado, lo he robado! -exclamó el judío-. Tú lo habías ganado bien.

De aquí resultó que el juez cogió al judío y le hizo ahorcar como ladrón.

EL PRÍNCIPE RANA O ENRIQUE EL FÉRREO

En aquellos tiempos, cuando se cumplían todavía los deseos, vivía un rey, cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la más pequeña era más hermosa que el mismo sol, que cuando la veía se admiraba de reflejarse en su rostro. Cerca del palacio del rey había un bosque grande y espeso, y en el bosque, bajo un viejo tilo, había una fuente; cuando hacía mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba a la orilla de la fresca fuente; cuando iba a estar mucho tiempo, llevaba una bola de oro, que tiraba a lo alto y la volvía a coger, siendo este su juego favorito.

Pero sucedió una vez que la bola de oro de la hija del rey no cayó en sus manos, cuando la tiró a lo alto, sino que fue a parar al suelo y de allí rodó al agua. La hija del rey la siguió con los ojos, pero la bola desapareció, y la fuente era muy honda, tan honda que no se veía su fondo. Entonces comenzó a llorar, y lloraba cada vez más alto y no podía consolarse. Y cuando se lamentaba así, le dijo una voz:

-¿Qué tienes, hija del rey, que te lamentas de modo que puedes enternecer a una piedra?

Miró entonces a su alrededor, para ver de dónde salía la voz, y vio una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza:

-¡Ah! ¿Eres tú, vieja azota charcos? -le dijo-; lloro por mi bola de oro, que se me ha caído a la fuente.

-Tranquilízate y no llores -le contestó la rana-; yo puedo sacártela, pero ¿qué me das, si te devuelvo tu juguete?

-Lo que quieras, querida rana -le dijo-; mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas y hasta la corona dorada que llevo puesta.

La rana contestó:

-Tus vestidos, tus perlas y piedras preciosas y tu corona de oro no me sirven de nada; pero si me prometes amarme y tenerme a tu lado como amiga y compañera en tus juegos, sentarme contigo a tu mesa, darme de beber en tu vaso de oro, de comer en tu plato y acostarme en tu cama, yo bajaré al fondo de la fuente y te traeré tu bola de oro.

-¡Ah! -le dijo-; te prometo todo lo que quieras, si me devuelves mi bola de oro.

Pero pensó para sí: « ¡Cómo charla esa pobre rana! Porque canta en el agua entre sus iguales, se figura que puede ser compañera de los hombres. »

La rana, en cuanto hubo recibido la promesa, hundió su cabeza en el agua, bajó al fondo y un rato después apareció de nuevo, llevando en la boca la bola, que arrojó en la yerba. La hija del rey, llena de alegría en cuanto vio su hermoso juguete, lo cogió y se marchó con él saltando.

-¡Espera, espera! -le gritó la rana-. Llévame contigo; yo no puedo correr como tú.

Pero de poco le sirvió gritar lo más alto que pudo, pues la princesa no le hizo caso, corrió hacia su casa y olvidó muy pronto a la pobre rana, que tuvo que quedarse en su fuente.

Al día siguiente, cuando se sentó a la mesa con el rey y los cortesanos, y cuando comía en su plato de oro, oyó subir una cosa, por la escalera de mármol, que cuando llegó arriba, llamó a la puerta y dijo:

-Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Se levantó la princesa y quiso ver quién estaba fuera; pero, en cuanto abrió, vio a la rana en su presencia. Cerró la puerta corriendo, se sentó en seguida a la mesa y se puso muy triste. El rey al ver su tristeza le preguntó:

-Hija mía, ¿qué tienes? ¿Hay a la puerta algún gigante y viene a llevarte?

-¡Ah, no! -contestó-; no es ningún gigante, sino una fea rana.

-¿Para qué te quiere la rana?

-¡Ay, amado padre! Cuando estaba yo ayer jugando en el bosque, junto a la fuente, se me cayó al agua mi bola de oro. Y como yo lloraba, fue a buscarla la rana, después de exigirme como promesa, que sería mi compañera; pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido ya y quiere entrar.

Entre tanto llamaba por segunda vez diciendo:

-Hija del rey, la más pequeña, ábreme; ¿no sabes lo que me dijiste ayer junto a la fría agua de la fuente? Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Entonces dijo el rey:

-Debes cumplirle lo que le has prometido, ve y ábrele.

Fue y abrió la puerta y entró la rana, yendo siempre junto a sus pies hasta llegar a su silla. Se colocó allí y dijo:

-Ponme encima de ti.

La niña vaciló hasta que la mandó el rey. Pero cuando la rana estuvo ya en la silla:

-Quiero subir encima de la mesa -y así que la puso allí, dijo-: Ahora acércame tu plato dorado, para que podamos comer juntas.

Hízolo en seguida; pero se vio bien que no lo hacía de buena gana. La rana comió mucho, pero dejaba casi la mitad de cada bocado. Al fin dijo:

-Estoy harta y cansada, llévame a tu cuartito y échame en tu cama y dormiremos juntas.

La hija del rey comenzó a llorar y receló que no podría descansar junto a la fría rana, que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el rey se incomodó y dijo:

-No debes despreciar al que te ayudó cuando te hallabas en la necesidad.

Entonces la cogió con sus dos dedos, la llevó y la puso en un rincón. Pero en cuanto estuvo en la cama, se acercó la rana arrastrando y le dijo:

-Estoy cansada, quiero dormir tan bien como tú; súbeme, o se lo digo a tu padre.

La princesa se incomodó entonces mucho, la cogió y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas.

-Ahora descansarás, rana asquerosa.

Pero cuando cayó al suelo la rana se convirtió en el hijo de un rey con ojos hermosos y amables, que fue desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo y le refirió que había sido encantado por una mala hechicera y que nadie podía sacarle de la fuente más que ella sola y que al día siguiente se marcharían a su país.

Entonces durmieron hasta el otro día y en cuanto salió el sol se metieron en un coche tirado por siete caballos blancos que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el criado del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique se afligió tanto cuando su señor fue convertido en rana, que se había puesto tres varillas de hierro encima del corazón para que no estallara del dolor y la tristeza. Pero el joven rey debía hacer el viaje en su coche: el fiel Enrique subió después de ambos, se colocó detrás de ellos e iba lleno de alegría por la libertad de su amo. Y cuando hubieron andado un poco del camino oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás, como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:

-¿Enrique, se ha roto el coche?

-No, no es el coche lo que falla, es una varilla de mi corazón, la cual fue puesta ahí cuando usted fue convertido en rana y lo encarcelaron a vivir en el pozo.

Todavía volvió a sonar otra vez y otra vez en el camino y el hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las varillas que saltaban del corazón del fiel Enrique porque su señor era libre y feliz.

LA REINA DE LAS ABEJAS

Allá en aquellos tiempos hubo un rey que tenía dos hijos, que se fueron en busca de aventuras, lanzándose a todos los excesos de la disipación, por lo que no volvían a su casa paterna. Fue a buscarlos su hermano menor, al que llamaban el Simple, pero cuando los encontró comenzaron a burlarse de él, porque en su sencillez pretendía saber dirigirse en un mundo donde se habían perdido ellos dos, ellos dos que tenían mucho más talento que él.

Habiéndose puesto en camino juntos encontraron un hormiguero. Los dos hermanos mayores querían llenarle de tierra para divertirse viendo la ansiedad de las hormigas que correrían por todas partes cargadas con sus huevos; pero su hermano el Simple les dijo:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que les hagáis daño.

Poco después encontraron un lago en el que nadaban no sé cuantos patos. Los dos mayores querían coger un par de ellos para mandarlos asar, pero el menor se opuso diciendo:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los mate nadie.

Mucho mas allá todavía distinguieron en un árbol una colmena tan llena de miel que corría por el tronco abajo. Los dos mayores querían prender fuego al árbol para ahumar a las abejas y apoderarse de la miel; pero su hermano el Simple los contuvo, diciéndoles:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los queméis.

Los tres hermanos llegaron por último a un castillo cuyas caballerizas estaban llenas de caballos convertidos en piedras, y en las que no se veía a nadie. Atravesaron todas las salas y llegaron al fin delante de una puerta cerrada con tres cerraduras. En medio de la puerta había un pequeño postigo por el que se veía una habitación; desde él distinguieron a un hombre de poca estatura y cabellos grises que estaba sentado delante de una mesa. Llamaron una y dos veces sin que les oyera en apariencia; a la tercera se levantó, abrió la puerta y se adelantó hacia ellos; después, sin pronunciar ni una palabra, los condujo a una mesa que estaba llena de toda clase de manjares, y en cuanto hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a una alcoba diferente.

Por la mañana se presentó el anciano al mayor de los hermanos y mandándole por señas que le siguiera, le condujo delante de una mesa de piedra, en la que estaban escritas las tres pruebas que era necesario hacer para desencantar el castillo. Consistía la primera en buscar en el musgo, en medio de los bosques, las mil perlas de la princesa que estaban allí sembradas; y si el que las buscaba no las había encontrado todas antes de ponerse el sol sería convertido en piedra. El hermano mayor pasó todo el día buscando las perlas; pero, cuando llegó la noche, apenas había encontrado cien, y fue convertido en piedra como estaba escrito en la mesa. El segundo hermano acometió la aventura al día siguiente, pero no fue más afortunado que su hermano mayor; apenas encontró doscientas perlas y fue convertido en piedra.

Llegó por último el tercero, que era el Simple. Comenzó a buscar las perlas en el musgo; pero como esto era muy difícil y muy largo, se sentó en una piedra y se puso, a llorar. Hallábase en esta situación, cuando el rey de las hormigas a quien había salvado la vida llegó con cinco mil de sus súbditos, y estos pequeños animales no necesitaron más que un instante para encontrar todas las perlas y reunir las en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar la llave del dormitorio de la princesa, que estaba en el fondo del lago. Cuando se acercó el joven, los patos, a quienes había salvado, salieron a su encuentro, se sumergieron en el agua y le llevaron la llave.

Pero la tercera prueba era la más difícil; consistía en saber cuál era la más joven y la más hermosa de las tres princesas dormidas. Las tres se parecían completamente y la única cosa que las distinguía era que antes de dormirse la mayor había comido un terrón de azúcar, mientras que la segunda había bebido un sorbo de almíbar, y la tercera había tomado una cucharada de miel. Pero la reina de las abejas, a quien había salvado el joven del fuego, vino en su socorro; fue a oler la boca de las tres princesas, y se quedó parada en los labios de la que había comido la miel; el príncipe la reconoció así. Entonces se deshizo el encanto, salió el castillo de su sueño mágico, y todos los que se hallaban convertidos en piedra tomaron la forma humana. El supuesto Simple se casó con la más joven y más hermosa de las princesas, y fue rey después de la muerte de su padre. En cuanto a sus dos hermanos, se casaron con las otras dos hermanas.

HERMANO Y HERMANA

Un hermanito tomó a su hermanita de la mano, y le dijo:

-Desde que ha muerto nuestra madre no hemos tenido una hora buena; nuestra madrastra nos pega todos los días, y si nos arrimamos a ella, nos echa a puntillones. Los mendrugos del pan que quedan son nuestro alimento, y al perro que está debajo de la mesa, le trata mucho mejor que a nosotros, pues le echa alguna vez un buen pedazo de pan. Dios tenga piedad de nosotros, ¿si lo supiera nuestra madre? Mira, ¿no será mejor irnos a correr el mundo? ¡Acaso nos vaya mejor!

Caminaron todo el día atravesando campos, prados y sierras, y cuando llovía decía la hermanita:

-Dios llora lo mismo que nuestros corazones.

Por la noche llegaron a un bosque muy espeso, y estaban tan fatigados por el hambre, el cansancio y el disgusto, que se acurrucaron en el hueco de un árbol y se durmieron.

Cuando despertaron al día siguiente, el sol estaba ya en lo alto del cielo y calentaba con sus rayos el interior del árbol.

Entonces dijo el hermanito:

-Tengo sed, hermanita, si supiera dónde hay una fuente, iría a beber. Me parece que he oído sonar una.

Se levantó el hermanito, tomó a su hermanita de la mano y se pusieron a buscar la fuente. Pero su malvada madrastra era hechicera, había visto marcharse a los dos hermanitos, había seguido sus pasos a hurtadillas, como hacen las hechiceras, y había echado yerbas encantadas en todas las fuentes de la selva. En cuanto encontraron una fuente que corría murmurando por entre las piedras, el hermanito quiso beber, pero la hermanita oyó decir a la fuente por lo bajo.

-El que de mi agua bebe, tigre se vuelve; el que de mi agua bebe, tigre se vuelve.

La hermana le dijo:

-Por Dios, hermano, no bebas, pues te volverás tigre y me harías pedazos.

El hermanito no bebió aunque tenía mucha sed, y dijo:

-Esperaré hasta llegar a otra fuente.

Cuando llegaron a la segunda fuente, la oyó decir la hermanita:

-Quien de mi agua bebe, lobo se vuelve; quien de mi agua bebe, lobo se vuelve.

La hermanita le dijo:

-No bebas por Dios, hermanito, pues te volverías lobo y me comerías.

El hermanito no bebió, y dijo:

-Esperaré hasta que lleguemos a la primera fuente, pero entonces beberé aunque digas cuanto quieras, pues estoy seco de sed.

Cuando llegaron a la tercera fuente, la hermanita la oyó murmurar estas palabras:

-El que de mi agua bebe, corzo se vuelve.

La hermanita le dijo:

-¡No bebas por Dios, hermanito, porque te volverías corzo y huirías de mí!

Pero el hermanito se había arrodillado cerca de la fuente y comenzó a beber; apenas tocaron sus labios el agua se convirtió en corzo.

La hermanita echó a llorar sobre su pobre hermano encantado, y el pobre corzo lloraba también sin menearse de su lado.

La niña le dijo por último:

-No tengas cuidado, mi querido corzo, que no me separaré de ti.

Entonces se quitó su liga dorada, e hizo un collar con ella al corzo, después arrancó algunos juncos y tejió con ellos una soguilla, con la que ató al animal y se lo llevó metiéndose con él en un bosque. Después de haber andado mucho tiempo, llegaron por último a una casita, donde entró la niña, y habiendo visto que no estaba habitada, dijo:

-Aquí podemos detenernos y quedarnos a vivir.

Entonces buscó musgo para que pudiera descansar el corzo, y todas las mañanas salía, cogía raíces, frutas salvajes y nueces, y cogía también yerbas frescas que comía el corzo en su mano y estaba muy contento y saltaba de alegría delante de ella. Por la noche, cuando la niña estaba ya cansada, y había rezado sus oraciones, reclinaba su cabeza en la espalda del corzo, que le servía de alfombra y se dormía dulcemente, y se hubiese creído feliz con este género de vida, con sólo que su hermano hubiera tenido todavía su forma humana.

Pasaron así algún tiempo en aquel lugar desierto, pero llegó un día en que el rey de aquel país, tuvo una partida de caza en el bosque, que resonaba con las tocatas de las trompas, los ladridos de los perros y los alegres gritos de los cazadores.

El corzo oyó todo aquel ruido y sentía no encontrarse cerca.

-¡Ah!, -dijo a su hermanita-, déjame ir a la cacería, no puedo resignarme a estar aquí.

Y le suplicó tanto que cedió al fin.

-Mira, -le dijo-, no dejes de volver a la noche, cerraré las puertas para que no entren esos cazadores, y para que te conozca, dices cuando llames:

-Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío; si no dices eso, no abriré la puerta.

El corzo se lanzó fuera de la casa, muy contento y alegre de gozar del aire libre.

El rey y sus cazadores vieron al hermoso animal, y corrieron en su persecución sin poderle alcanzar; cuando se creían próximos a cogerle, saltó por encima de una zarza y desapareció. En cuanto comenzó a oscurecer, corrió a la casa, y llamó diciendo:

-Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío.

Se abrió la puerta, entró en la casa y durmió toda la noche en su blanda cama.

Al día siguiente volvió a comenzar la caza, y cuando oyó el corzo de nuevo el son de las trompas y el ruido de los cazadores, no pudo descansar más, y dijo:

-Hermanita, ábreme, tengo que salir.

La hermanita le abrió la puerta, diciéndole:

-No dejes de venir a la noche y de decir la palabra convenida.

Cuando el rey y los cazadores volvieron a ver al corzo con su collar dorado; echaron todos tras él, pero era demasiado listo y ágil para dejarse coger: los cazadores le habían cercado ya de tal modo a la caída de la tarde, que uno de ellos le hirió ligeramente en el pie, de forma que cojeaba, y a duras penas pudo escaparse. Un cazador se deslizó tras sus huellas hasta llegar a la casita donde le oyó decir:

-Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Y vio que le abrían la puerta y que cerraban en seguida. El cazador conservó fielmente estas palabras en la memoria, se dirigió a donde estaba el rey y le refirió lo que había visto y oído.

El rey dijo:

-Mañana continuará también la caza.

La hermanita se asustó mucho cuando vio volver al corzo herido, le lavó la sangre de la herida, le aplicó yerbas y le dijo:

-Ve a descansar a la cama, querido corcito, para curarte.

Pero la herida era tan ligera, que al día siguiente el corzo no sentía nada, y cuando volvió a oír en el bosque el sonido de la cacería, dijo:

-No puedo parar aquí, necesito salir, no me cogerán con tanta facilidad.

Su hermanita le dijo llorando:

-Hoy te van a matar, no quiero dejarte salir.

-Me moriré aquí de disgusto, si no me dejas salir, -le contestó-; cuando oigo la corneta de la caza, me parece que se me van los pies.

La hermanita no pudo menos de ceder, le abrió la puerta llena de tristeza, y el corzo se lanzó al bosque alegre y decidido.

El rey apenas le vio, dijo a los cazadores.

-Perseguidle hasta la noche, pero no le hagáis daño.

En cuanto se puso el sol, dijo el rey al cazador:

-Ven conmigo y enséñame la casa de que me has hablado.

Cuando llegaron a la puerta, llamó y dijo:

-Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Se abrió la puerta y entró el rey, hallando en su presencia a una joven de lo más hermoso que había visto nunca.

La joven tuvo miedo cuando vio que en vez del corzo, entraba un rey con la corona de oro en la cabeza; pero el rey la miró con dulzura y le presentó la mano, diciéndole:

-¿Quieres venir conmigo a mi palacio y ser mi esposa?

-¡Oh, sí!, -contestó la joven-, más es preciso que venga conmigo el corzo, no puedo separarme de él.

El rey dijo:

-Permaneceré a tu lado mientras vivas, y no carecerás de nada.

En aquel momento entró el corzo saltando, su hermanita le ató con la cuerda de juncos, tomó la cuerda en la mano, y salió con él de la casa.

El rey llevó a la joven a su palacio, donde se celebró la boda con gran magnificencia, y desde entonces fue Su Majestad la reina y vivieron juntos mucho tiempo. El corzo estaba muy bien cuidado y saltaba y corría por el jardín del palacio; sin embargo; su malvada madrastra, que había sido la causa de que los dos niños abandonaran la casa paterna, e imaginaba que la hermanita había sido devorada por las fieras del bosque y que su hermanito, convertido en corzo, había sido muerto por los cazadores, cuando supo que eran tan felices, y vivían con tanta prosperidad, se despertaron en su corazón el odio y la envidia, comenzando a agitarle e inquietarle, y se dedicó a buscar con el mayor cuidado un medio para hundir a los dos en la desgracia. Su hija verdadera, que era tan fea como la noche y solo tenía un ojo, murmuraba contra ella diciéndole:

-La ventura de llegar a ser reina es a mí a quien pertenece.

-¡No tengas cuidado, -le dijo la vieja, procurando apaciguarla-; cuando sea tiempo!, me hallarás pronta a servirte.

En efecto, en cuanto llegó el momento en que la reina dio a luz un hermoso niño, como el rey estaba de caza, la hechicera tomó la forma de una doncella, entró en el cuarto en que se hallaba acostada la reina y le dijo:

-Venid, vuestro baño está cerca, os sentará muy bien, y os dará muchas fuerzas; pronto, antes que se enfríe.

Acompañada de su hija, llevó al baño a la reina convaleciente, le dejaron allí, y después salieron, cerrando la puerta. Habían tenido cuidado de encender junto al baño un fuego parecido al del infierno, para que la joven reina se ahogase pronto.

Después de esto, cogió la vieja a su hija, le puso un gorro en la cabeza y la acostó en la cama de la reina; le dio también la forma y las facciones de la reina, pero no pudo ponerle el ojo que había perdido, y para que no lo notase el rey, le mandó estuviera echada del lado de que era tuerta.

Cuando a la caída de la tarde volvió el rey de la caza y supo que le había nacido un hijo, se alegró de todo corazón y quiso ir a la cama de su querida mujer para ver cómo estaba.

Pero la vieja les dijo en seguida:

-No abráis, por Dios, las ventanas; la reina no puede ver la luz todavía; necesita descanso.

El rey se fue y no se enteró de que una falsa reina estaba acostada en la cama.

Pero cuando dieron las doce de la noche y todos dormían, la nodriza que estaba en el cuarto del niño, cerca de su ama, siendo la única que velaba, vio abrirse la puerta y entrar a la verdadera madre. Sacó al niño de la cuna, le tomó en sus brazos y le dio de beber. Después le arregló la almohada, volvió a ponerle en su sitio, y corrió las cortinas. No se olvidó tampoco del corzo, se acercó al rincón, donde descansaba y le pasó la mano por la espalda. Salió después sin decir una sola palabra, y al día siguiente, cuando preguntó la nodriza a los guardias si había entrado alguien en palacio durante la noche, le contestaron:

-No, no hemos visto a nadie.

Volvió muchas noches de la misma manera sin pronunciar una sola palabra; la nodriza la veía siempre, pero no se atrevía a hablarle.

Al cabo de, algún tiempo la madre comenzó a hablar por la noche y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

Volveré dos veces más,

y ya no vendré jamás.

La nodriza no le contestó, pero apenas había desaparecido, corrió a contárselo al rey, quien dijo:

-¡Dios mío! ¿Qué significa esto? Voy a pasar la noche próxima al lado del niño.

En efecto, fue por la noche al cuarto del niño, y hacia las doce, se apareció la madre, y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

Aun volveré otra vez más,

y ya no vendré jamás.

Después acarició al niño como hacía siempre, y desapareció. El rey no se atrevió a dirigirle la palabra; pero a la noche siguiente se quedó también en vela. La reina dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

El rey no pudo contenerse más, se lanzó hacia ella y le dijo:

-Tú debes de ser mi querida esposa.

-Sí, -le contestó- soy tu mujer querida.

Y en el mismo instante recobró la vida por la gracia de Dios, y se puso tan hermosa y fresca como una rosa.

Refirió al rey el crimen que habían cometido con ella la malvada hechicera y su hija, y el rey las mandó comparecer delante de su tribunal, donde fueron condenadas. La hija fue conducida a un bosque, donde la despedazaron las bestias salvajes apenas la vieron y la hechicera fue condenada a la hoguera, pereciendo miserablemente entre las llamas; apenas la hubo consumido el fuego, volvió el corzo a su forma natural, y hermanito y hermanita vivieron felices hasta el fin de sus días.

BLANCANIEVE Y ROJAROSA

Una pobre mujer vivía en una cabaña en medio del campo; en un huerto situado delante de la puerta, había dos rosales, uno de los cuales daba rosas blancas y el otro rosas encarnadas. La viuda tenía dos hijas que se parecían a los dos rosales, la una se llamaba Blancanieve y la otra Rojarosa. Eran las dos niñas lo mas bueno, obediente y trabajador que se había visto nunca en el mundo, pero Blancanieve tenía un carácter más tranquilo y bondadoso; a Rojarosa le gustaba mucho más correr por los prados y los campos en busca de flores y de mariposas. Blancanieve, se quedaba en su casa con su madre, la ayudaba en los trabajos domésticos y le leía algún libro cuando habían acabado su tarea. Las dos hermanas se amaban tanto, que iban de la mano siempre que salían, y cuando decía Blancanieve: -No nos separaremos nunca, contestaba Rojarosa: -En toda nuestra vida; y la madre añadía: -Todo debería ser común entre vosotras dos.

Iban con frecuencia al bosque para coger frutas silvestres, y los animales las respetaban y se acercaban a ellas sin temor. La liebre comía en su mano, el cabrito pacía a su lado, el ciervo jugueteaba delante de ellas, y los pájaros, colocados en las ramas, entonaban sus más bonitos gorjeos.

Nunca les sucedía nada malo; si las sorprendía la noche en el bosque, se acostaban en el musgo una al lado de la otra y dormían hasta el día siguiente sin que su madre estuviera inquieta.

Una vez que pasaron la noche en el bosque, cuando las despertó la aurora, vieron a su lado un niño muy hermoso, vestido con una túnica de resplandeciente blancura, el cual les dirigió una mirada amiga, desapareciendo en seguida en el bosque sin decir una sola palabra. Vieron entonces que se habían acostado cerca de un precipicio, y que hubieran caído en él con solo dar dos pasos más en la oscuridad. Su madre les dijo que aquel niño era el Ángel de la Guarda de las niñas buenas.

Blancanieve y Rojarosa tenían tan limpia la cabaña de su madre, que se podía cualquiera mirar en ella. Rojarosa cuidaba en verano de la limpieza, y todas las mañanas, al despertar, encontraba su madre un ramo, en el que había una flor de cada uno de los dos rosales. Blancanieve encendía la lumbre en invierno y colgaba la marmita en los llares, y la marmita, que era de cobre amarillo, brillaba como unas perlas, de limpia que estaba. Cuando nevaba por la noche, decía la madre:

-Blancanieve, ve a echar el cerrojo, -y luego se sentaban en un rincón a la lumbre; la madre se ponía los anteojos y leía en un libro grande; y las dos, niñas la escuchaban hilando; cerca de ellas estaba acostado un pequeño cordero y detrás dormía una tórtola en su caña con la cabeza debajo del ala.

Una noche, cuando estaban hablando con la mayor tranquilidad, llamaron a la puerta.

-Rojarosa; -dijo la madre-, ve a abrir corriendo, pues sin duda será algún viajero extraviado que buscará asilo por esta noche.

Rojarosa fue a descorrer el cerrojo y esperaba ver entrar algún pobre, cuando asomó un oso su gran cabeza negra por la puerta entreabierta. Rojarosa echó a correr dando gritos, el cordero comenzó a balar, la paloma revoloteaba por todo el cuarto y Blancanieve corrió a esconderse detrás de la cama de su madre. Pero el oso les dijo:

-No temáis, no os haré daño; solo os pido permiso para calentarme un poco; pues estoy medio helado.

-Acércate al fuego, pobre oso; -contestó la madre-, pero ten cuidado de no quemarte la piel.

Después llamó a sus hijas de esta manera:

-Blancanieve, Rojarosa, venid; el oso no os hará daño, tiene buenas intenciones.

Entonces vinieron las dos hermanas, y se acercaron también poco a poco el cordero y la tórtola y olvidaron su temor.

-Hijas, -les dijo el oso-, ¿queréis sacudir la nieve que ha caído encima de mis espaldas?

Las niñas cogieron entonces la escoba y le barrieron toda la piel; después se extendió delante de la lumbre manifestando con sus gruñidos que estaba contento y satisfecho. No tardaron en tranquilizarse por completo; y aún en jugar con este inesperado huésped. Le tiraban del pelo, se subían encima de su espalda le echaban a rodar por el cuarto, y cuando gruñía, comenzaban a reír. El oso las dejaba hacer cuanto querían, pero cuando veía que sus juegos iban demasiado lejos, les decía:

-Dejadme vivir, no vayáis a matar a vuestro pretendiente.

Cuando fueron a acostarse, le dijo la madre:

-Quédate ahí; pasa la noche delante de la lumbre, pues por lo menos estarás al abrigo del frío y del mal tiempo.

Las niñas le abrieron las puertas a la aurora, y él se fue al bosque trotando sobre la nieve. Desde aquel día, volvía todas las noches a la misma hora, se extendía delante de la lumbre y las niñas jugaban con él todo lo que querían, habiendo llegado a acostumbrarse de tal modo a su presencia, que nunca echaban el cerrojo a la puerta hasta que él venía.

En la primavera, en cuanto comenzó a nacer el verde, dijo el oso a Blancanieve:

-Me marchó, y no volveré en todo el verano.

-¿Dónde vas, querido oso? -le preguntó Blancanieve.

-Voy al bosque, tengo que cuidar de mis tesoros, porque no me los roben los malvados enanos. Por el invierno, cuando la tierra está helada, se ven obligados a permanecer en sus agujeros sin poder abrirse paso; pero ahora que el sol ha calentado ya la tierra, van a salir al merodeo; lo que cogen y ocultan en sus agujeros no vuelve a ver la luz con facilidad.

Blancanieve sintió mucho la partida del oso, cuando le abrió la puerta se desolló un poco al pasar con el pestillo, y creyó haber visto brillar oro bajo su piel, mas no estaba segura de ello. El oso partió con la mayor celeridad, y desapareció bien pronto entre los árboles.

Algún tiempo después, envió la madre a sus hijas a recoger madera seca al bosque, vieron un árbol muy grande en el suelo, y una cosa que corría por entre la yerba alrededor del tronco, sin que se pudiera distinguir bien lo que era. Al acercarse distinguieron un pequeño enano, con la cara vieja y arrugada; y una barba blanca de una vara de largo. Se le había enganchado la barba en una hendidura del árbol, y el enano saltaba como un perrillo atado con una cuerda que no puede romper; fijó sus ardientes ojos en las dos niñas, y les dijo:

-¿Qué hacéis ahí mirando? ¿Por que, no venís a socorrerme?

-¿Cómo te has dejado coger así en la red, pobre hombrecillo? -le preguntó Rojarosa.

-Tonta curiosa, -replicó el enano-; quería partir este árbol para tener pedazos pequeños de madera y astillas para mi cocina, pues nuestros platos son chiquititos y los tarugos grandes los quemarían; nosotros no nos atestamos de comida como vuestra raza grosera y tragona. Ya había introducido la cuña en la madera, pero la cuña era demasiado resbaladiza; ha saltado en el momento en que menos lo esperaba y el tronco se ha cerrado tan pronto, que no he tenido tiempo para retirar mi hermosa barba blanca que se ha quedado enredada. ¿Os echáis a reír, simples? ¡Qué feos sois!

Por más que hicieron las niñas no pudieron sacar la barba que estaba cogida como con un tornillo.

-Voy a buscar gente, -dijo Rojarosa.

-¿Llamar gente? -exclamó el enano con su ronca voz-; ¿no sois ya demasiado vosotras dos, imbéciles borricas?

-Ten un poco de paciencia, -dijo Blancanieve-, y todo se arreglará.

Y sacando las tijeras de su bolsillo le cortó la punta de la barba. En cuanto el enano se vio libre, fue a coger un saco lleno de oro que estaba oculto en las raíces del árbol, diciendo:

-¡Que animales son esas criaturas! ¡Cortar la punta de un hacha tan hermosa! El diablo os lleve.

Después se echó el saco a la espalda y se marchó sin mirarlas siquiera.

Algunos meses después fueron las hermanas a pescar al río; al acercarse a la orilla vieron correr una especie de saltamontes grande, que saltaba junto al agua como si quisiera arrojarle a ella, echaron a correr y conocieron al enano.

-¿Qué tienes? -dijo Rojarosa-, ¿es que quieres tirarte al río?

-¡Qué bestia eres! -exclamó el enano-, ¿no ves que es ese maldito pez que quiere arrastrarme al agua?

Un pescador había echado el anzuelo, mas por desgracia el aire enredó el hilo en la barba del enano, y cuando algunos instantes después mordió el cebo un pez muy grande, las fuerzas de la débil criatura no bastaron para sacarle del agua y el pez que tenía la ventaja atraía al enano hacia sí, quien tuvo que agarrarse a los juncos y a las yerbas de la ribera, a pesar de lo cual le arrastraba el pez y se veía en peligro de caer al agua. Las niñas llegaron a tiempo para detenerle y procuraron desenredar su barba, pero todo en vano, pues se hallaba enganchada en el hilo. Fue preciso recurrir otra vez a las tijeras y cortaron un poco de la punta. El enano exclamó entonces encolerizado:

-Necias, ¿tenéis la costumbre de desfigurar así a las gentes? ¿No ha sido bastante con haberme cortado la barba una vez, sino que habéis vuelto a cortármela hoy? ¿Cómo me voy a presentar a mis hermanos? ¡Ojalá tengáis que correr sin zapatos y os desolléis los pies! y cogiendo un saco de perlas que estaba oculto entre las cañas, se lo llevó sin decir una palabra y desapareció en seguida detrás de una piedra.

Poco tiempo después envió la madre a sus hijas a la aldea para comprar hilo, agujas y cintas, tenían que pasar por un erial lleno de rosas, donde distinguieron un pájaro muy grande que daba vueltas en el aire, y que después de haber volado largo tiempo por encima de sus cabezas, comenzó a bajar poco a poco, concluyendo por dejarse caer de pronto al suelo. Al mismo tiempo se oyeron gritos penetrantes y lastimosos. Corrieron y vieron con asombro a un águila que tenía entre sus garras a su antiguo conocido el enano, y que procuraba llevárselo. Las niñas, guiadas por su bondadoso corazón, sostuvieron al enano con todas sus fuerzas, y se las hubieron también con el águila que acabó por soltar su presa; pero en cuanto el enano se repuso de su estupor, les gritó con voz gruñona:

-¿No podíais haberme cogido con un poco más de suavidad, pues habéis tirado de tal manera de mi pobre vestido que me lo habéis hecho pedazos? ¡Qué torpes sois! Después cogió un saco de piedras preciosas y se deslizó a su agujero, en medio de las rosas. Las niñas estaban acostumbradas a su ingratitud y así continuaron su camino sin hacer caso, yendo a la aldea a sus compras.

Cuando a su regreso volvieron a pasar por aquel sitio, sorprendieron al enano que estaba vaciando su saco de piedras preciosas, no creyendo que transitase nadie por allí a aquellas horas, pues era ya muy tarde. El sol al ponerse iluminaba la pedrería y lanzaba rayos tan brillantes, que las niñas se quedaron inmóviles para contemplarlas.

-¿Por qué os quedáis ahí embobadas? -les dijo, y su rostro ordinariamente gris estaba enteramente rojo de cólera.

Iba a continuar un dicterio, cuando salió del fondo del bosque un oso completamente negro, dando terribles gruñidos. El enano quería huir lleno de espanto, pero no tuvo tiempo para llegar a su escondrijo, pues el oso le cerró el paso; entonces le dijo suplicándole con un acento desesperado:

-Perdonadme, querido señor oso, y os daré todos mis tesoros, todas esas joyas que veis delante de vos, concededme la vida: ¿qué ganaréis con matar a un miserable enano como yo? Apenas me sentirías entre los dientes; no es mucho mejor que cojáis a esas dos malditas muchachas, que son dos buenos bocados, gordas como codornices? Y zampáoslas en nombre de Dios.

Pero el oso sin escucharle, dio a aquella malvada criatura un golpe con su pata y cayó al suelo muerta.

Las niñas se habían salvado, pero el oso les gritó:

-¿Blancanieve? ¿Rojarosa? No tengáis miedo, esperadme.

Reconocieron su voz y se detuvieron, y cuando estuvo cerca de ellas, cayó de repente su piel de oso y vieron a un joven vestido con un traje dorado.

-Soy un príncipe, -les dijo-, ese infame enano me había convertido en oso, después de haberme robado todos mis tesoros; me había condenado a recorrer los bosques bajo esta forma y no podía verme libre más que con su muerte. Ahora ya ha recibido el premio de su maldad.

Blancanieve se casó con el príncipe y Rojarosa con un hermano suyo y repartieron entre todos los grandes tesoros que el enano había amontonado en su agujero. Su madre vivió todavía muchos años, tranquila y feliz cerca de sus hijos. Tomó los dos rosales y los colocó en su ventana, donde daban todas las primaveras hermosísimas rosas blancas y encarnadas.

RAPUNZEL

Había en una ocasión un matrimonio que deseaba hacía mucho tiempo tener un hijo, hasta que al fin la mujer esperaba que el Señor estuviera a punto de cumplir sus deseos. En la alcoba de los esposos había una ventana pequeña, cuyas vistas daban a un hermoso huerto, en el cual se encontraban toda clase de flores y legumbres. Se hallaba empero rodeado de una alta pared, y nadie se atrevía a entrar dentro, porque pertenecía a una hechicera muy poderosa y temida de todos. Un día estaba la mujer a la ventana mirando al huerto en el cual vio un cuadro plantado de ruiponces¹, y le parecieron tan verdes y tan frescos, que sintió antojo por comerlos. Creció su antojo de día en día y, como no ignoraba que no podía satisfacerle, comenzó a estar triste, pálida y enfermiza. Asustose el marido y le preguntó:

-¿Qué tienes, querida esposa?

-¡Oh! -le contestó-, si no puedo comer ruiponces de los que hay detrás de nuestra casa, me moriré de seguro.

El marido que la quería mucho, pensó para sí.

-Antes de consentir en que muera mi mujer, le traeré el ruiponce, y sea lo que Dios quiera.

Al anochecer saltó las paredes del huerto de la hechicera, cogió en un momento un puñado de ruiponces, y se lo llevó a su mujer, que hizo enseguida una ensalada y se la comió con el mayor apetito. Pero le supo tan bien, tan bien, que al día siguiente tenía mucha más gana todavía de volverlo a comer, no podía tener descanso si su marido no iba otra vez al huerto. Fue por lo tanto al anochecer, pero se asustó mucho, porque estaba en él la hechicera.

-¿Cómo te atreves, le dijo encolerizada, a venir a mi huerto y a robarme mi ruiponce como un ladrón? ¿No sabes que puede venirte una desgracia?

1 El ruiponce o rapónchigo (*Campanula rapunculus*) es una planta de la familia de las campanuláceas.

-¡Ah! -le contestó-, perdonad mi atrevimiento, pues lo he hecho por necesidad. Mi mujer ha visto vuestro ruiponce desde la ventana, y se le ha antojado de tal manera que moriría si no lo comiese.

La hechicera le dijo entonces deponiendo su enojo:

-Si es así como dices, coge cuanto ruiponce quieras, pero con una condición: tienes que entregarme el hijo que dé a luz tu mujer. Nada le faltará, y le cuidaré como si fuera su madre.

El marido se comprometió con pena, y en cuanto vio la luz su hija se la presentó a la hechicera, que puso a la niña el nombre de Rapunzel (que significa ruiponce) y se la llevó.

Rapunzel era la criatura más hermosa que ha habido bajo el sol. Cuando cumplió doce años la encerró la hechicera en una torre que había en un bosque, la cual no tenía escalera ni puerta, sino únicamente una ventana muy pequeña y alta. Cuando la hechicera quería entrar se ponía debajo de ella y decía:

Rapunzel, Rapunzel,

echa tus cabellos

subiré por ellos.

Pues Rapunzel tenía unos cabellos muy largos y hermosos y tan finos como el oro hilado. Apenas oía la voz de la hechicera, desataba su trenza, la dejaba caer desde lo alto de su ventana, que se hallaba a más de veinte varas del suelo y la hechicera subía entonces por ellos.

Mas sucedió, transcurridos un par de años, que pasó por aquel bosque el hijo del rey y se acercó a la torre en la cual oyó un cántico tan dulce y suave que se detuvo escuchándole. Era Rapunzel que pasaba el tiempo en su soledad entreteniéndose en repetir con su dulce voz las más agradables canciones. El hijo del rey hubiera querido entrar, y buscó la puerta de la torre, pero no pudo encontrarla. Marchose a su casa, pero el cántico había penetrado de tal manera en su corazón, que iba todos los días al bosque a escucharle. Estando uno de ellos bajo un árbol, vio que llegaba una hechicera, y la oyó decir:

Rapunzel, Rapunzel,

echa tus cabellos

subiré por ellos.

Rapunzel dejó entonces caer su cabellera y la hechicera subió por ella.

-Si es esa la escalera por la cual se sube, -dijo el príncipe-, quiero yo también probar fortuna.

Y al día siguiente, cuando empezaba a anochecer se acercó a la torre y dijo:

Rapunzel, Rapunzel,

echa tus cabellos

subiré por ellos.

Enseguida cayeron los cabellos y subió el hijo del rey. Al principio se asustó Rapunzel cuando vio entrar un hombre, pues sus ojos no habían visto todavía ninguno, pero el hijo del rey comenzó a hablarle con la mayor amabilidad, y le refirió que su cántico había conmovido de tal manera su corazón, que desde entonces no había podido descansar un solo instante y se había propuesto verle y hablarle. Desapareció con esto el miedo de Rapunzel y cuando le preguntó si quería casarse con él, y vio que era joven y buen mozo, pensó para sí:

-Le querré mucho más que a la vieja hechicera.

Le dijo que sí, y estrechó su mano con la suya, añadiendo:

-De buena gana me marcharía contigo, pero ignoro cómo he de bajar; siempre que vengas tráeme cordones de seda con los cuales iré haciendo una escala, y cuando sea suficientemente larga, bajaré, y me llevarás en tu caballo.

Convinieron en que iría todas las noches, pues la hechicera iba por el día, la cual no notó nada hasta que le preguntó Rapunzel una vez:

-Dime, abuelita ¿cómo es que tardas tanto tiempo en subir, mientras el hijo del rey llega en un momento a mi lado?

-¡Ah, pícara! -le contestó la hechicera-. ¡Qué es lo que oigo! ¡Yo que creía haberte ocultado a todo el mundo, y me has engañado!

Cogió encolerizada los hermosos cabellos de Rapunzel, les dio un par de vueltas en su mano izquierda, tomó unas tijeras con la derecha, y tris, tras, los cortó, cayendo al suelo las hermosas trenzas, y llegó a tal extremo su furor que llevó a la pobre Rapunzel a un desierto, donde la condenó a vivir entre lágrimas y dolores.

El mismo día en que descubrió la hechicera el secreto de Rapunzel, tomó por la noche los cabellos que le había cortado, los aseguró a la ventana, y cuando vino el príncipe dijo:

Rapunzel, Rapunzel,

echa tus cabellos

subiré por ellos,

Los encontró colgando. El hijo del rey subió entonces, pero no encontró a su querida Rapunzel, sino a la hechicera, que le recibió con la peor cara del mundo.

-¡Hola! -le dijo burlándose-, vienes a buscar a tu queridita, pero el pájaro no está ya en su nido y no volverá a cantar; le han sacado de su jaula y tus ojos no le verán ya más. Rapunzel es cosa perdida para ti, no la encontrarás nunca.

El príncipe sintió el dolor más profundo y en su desesperación saltó de la torre; tuvo la fortuna de no perder la vida, pero las zarzas en que cayó le atravesaron los ojos. Comenzó a andar a ciegas por el bosque, no comía más que raíces y hierbas y sólo se ocupaba en lamentarse y llorar la pérdida de su querida esposa. Vagó así durante algunos años en la mayor miseria, hasta que llegó al final al desierto donde vivía Rapunzel en continua angustia. Oyó su voz y creyó conocerla; fue derecho hacia ella, la reconoció apenas la hubo encontrado, se arrojó a su cuello y lloró amargamente. Las lágrimas que humedecieron sus ojos, les devolvieron su antigua claridad y volvió a ver como antes. La llevó a su reino donde fueron recibidos con gran alegría, y vivieron muchos años dichosos y contentos.

LA PASTORA DE GANSOS EN LA FUENTE

En una ocasión había una mujer muy vieja que vivió con una manada de gansos en un desierto en medio de las montañas, donde tenía su habitación. El desierto se hallaba en lo más espeso de un bosque, y todas las mañanas cogía la vieja su muleta e iba a la entrada del bosque con paso trémulo. Una vez allí, la vieja, que era bastante activa, más de lo que cualquiera hubiera pensado teniendo en cuenta su edad, recogía hierba para sus gansos, tomaba las frutas salvajes que pudiera alcanzar, y las llevaba luego a su casa sobre su espalda. Parecía que iba a sucumbir bajo semejante peso; pero siempre lo llevaba con facilidad hasta su casa. Cuando encontraba a alguien le saludaba amistosamente.

-Buenos días, querido vecino, hace muy buen tiempo. Os extrañará sin duda que lleve esta hierba; pero todos debemos llevar acuestas nuestra carga.

No gustaba, sin embargo, a nadie el encontrarla y preferían dar un rodeo, y si pasaba cerca de ella algún padre con su hijo, le decía:

-Ten cuidado con esa vieja; es astuta como un demonio; es una hechicera.

Una mañana atravesaba el bosque un joven muy guapo; brillaba el sol, cantaban los pájaros, un fresco viento soplaba en el follaje, y el joven estaba alegre y de buen humor. Aún no había encontrado un alma viviente, cuando de repente distinguió a la vieja hechicera en cuclillas cortando la hierba con su hoz. Había reunido ya una carga entera en su saco y al lado tenía dos cestos grandes, llenos basta arriba de peras y manzanas silvestres.

-Abuela, -le dijo-, ¿cómo pensáis llevar todo eso?

-Pues tengo que llevarlo, querido señorito, -le contestó-; los hijos de los ricos no saben lo que son trabajos. Pero a los pobres se les dice:

Es preciso trabajar,

no habiendo otro bienestar.

-¿Queréis ayudarme? -añadió la vieja viendo que se detenía-; aún tenéis las espaldas derechas y las piernas fuertes: esto no es nada para vos. Además, mi casa no está lejos de aquí: está en un matorral, al otro lado de la colina. Trepad allí arriba en un instante.

El joven tuvo compasión de la vieja, y le dijo:

-Verdad es que mi padre no es labrador, sino un conde muy rico; sin embargo, para que veáis que no son sólo los pobres los que saben llevar una carga, os ayudaré a llevar la vuestra.

-Si lo hacéis así, -contestó la vieja-, me alegraré mucho. Tendréis que andar una hora; ¿pero qué os importa? También llevaréis las peras y las manzanas.

El joven conde comenzó a reflexionar un poco cuando le hablaron de una hora de camino; pero la vieja no le dejó volverse atrás, le colgó el saco a las espaldas y le puso en las manos los dos cestos.

-Ya veis, -le dijo-, que eso no pesa nada.

-No, esto pesa mucho, -repasó el conde haciendo un gesto horrible-; vuestro saco es tan pesado, que cualquiera diría que está llenó de piedras; las manzanas y las peras son tan pesadas como el plomo; apenas tengo fuerza para respirar.

Tenía muchas ganas de dejar su carga, pero la vieja no se lo permitió.

-¡Bah! no creo, -le dijo con tono burlón-, que un señorito tan buen mozo, no pueda llevar lo que llevo yo constantemente, tan vieja como soy. Están prontos a ayudaros con palabras, pero si se llega a los hechos, sólo procuran esquivarse. ¿Por qué, añadió, os quedáis así titubeando? En marcha, nadie os libraré ya de esa carga.

Mientras caminaron por la llanura, el joven pudo resistirlo; pero cuando llegaron a la montaña y tuvieron que subirla, cuando las piedras rodaron detrás de él como si hubieran estado vivas, la fatiga fue superior a sus fuerzas. Las gotas de sudor bañaban su frente, y corrían frías unas veces y otras ardiendo por todas las partes de su cuerpo.

-Ahora, -le dijo-, no puedo más, voy a descansar un poco.

-No, -dijo la vieja-, cuando hayamos llegado podréis descansar; ahora hay que andar. ¿Quién sabe si esto podrá servirte para algo?

-Vieja, eres muy descarada, -dijo el conde.

Y quiso deshacerse del saco, mas trabajó en vano, pues el saco estaba tan bien atado como si formara parte de su espalda. Se volvía y revolvía, pero sin conseguir soltar la carga.

La vieja se echó a reír, y se puso a saltar muy alegre con su muleta.

-No os incomodéis, mi querido señorito, -le dijo-, estáis en verdad encarnado como un gallo; llevad vuestro fardo con paciencia; cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué había de hacer?, tenía que someterse a su destino y arrastrarse con paciencia detrás de la vieja, que parecía volverse más lista a cada momento mientras que su carga era cada vez más pesada. De repente tomó carrera, saltó encima de su saco y se sentó sobre él; aunque estaba vieja, pesaba el doble que la aldeana más robusta. Las rodillas del joven temblaron; pero cuando se detenía, le daba en las piernas con una varita. Subió jadeando la montaña y llegó por último a la casa de la vieja, en el mismo momento en que, próximo a sucumbir, hacía el último esfuerzo. Cuando los gansos distinguieron a la vieja extendieron sus picos hacia arriba, sacaron el cuello hacia adelante, y salieron a su encuentro dando gritos de ¡hu! ¡hu! Detrás de la bandada iba una muchacha alta y robusta pero fea como la noche.

-¡Madre! -dijo a la vieja- ¿os ha sucedido algo? Habéis estado fuera mucho tiempo.

-No, hija mía, -le contestó-, no me ha sucedido nada malo, por el contrario, este buen señorito, que ves aquí, me ha traído mi hierba, y además, como yo estaba cansada, me ha traído también a cuestas. El camino no me ha parecido muy largo, estábamos de buen humor y hemos tenido una conversación muy agradable.

La vieja, por último, se dejó caer al suelo, quitó la carga de la espalda del joven, los cestos de sus manos, le miró alegremente, y le dijo:

-Ahora sentaos en ese banco que está delante de la puerta, y descansad. Habéis ganado lealmente vuestro salario y no lo perderéis.

Después dijo a la joven que cuidaba los gansos:

-Vuelve a casa, hija mía, no está bien que te quedes aquí sola con este señorito; no se debe poner la leña junto al fuego, podría enamorarse de ti.

El conde ignoraba si debía reírse o llorar.

-Una mujer de esa clase, -dijo por lo bajo-, no podía esperar mucho de mi corazón, aunque no tuviera más que treinta años.

La vieja sin embargo, cuidó a los gansos como si fueran sus hijos; después entró con su hija en su casa. El joven se echó en el banco bajo un manzano silvestre. La atmósfera estaba serena y no hacía calor; alrededor suyo se extendía una pradera de primulas, tomillo y otras mil clases de flores; en su centro murmuraba un claro arroyo, dorado por los rayos del sol, y los blancos gansos se paseaban por la orilla o se sumergían en el agua.

-Este lugar es delicioso, -dijo-; pero estoy tan cansado, que se me cierran los ojos; quiero dormir un poco, siempre que el aire no me lleve las piernas, pues están tan ligeras como la hierba.

En cuanto durmió un instante vino la vieja y le despertó meneándole.

-Levántate, -le dijo-; no puedes quedarte aquí. Te he atormentado un poco, es verdad; pero no te ha costado la vida. Ahora voy a darte tu salario; tú no necesitas dinero, ni bienes; te daré otra cosa.

Diciendo esto le puso en la mano una cajita de esmeralda, de una sola pieza.

-Guárdala bien, -le dijo-, te traerá la fortuna.

El conde se levantó y viendo que estaba descansado y había recobrado sus fuerzas, dio gracias a la vieja por su regalo y se puso en camino sin pensar un instante en mirar a la hermosa ninfa. Se hallaba ya a alguna distancia cuando oía todavía a lo lejos el alegre grito de los gansos.

El conde permaneció tres días perdido en aquellas soledades antes de poder encontrar el camino. Por último llegó a una ciudad, y como no le conocía nadie, se hizo conducir al palacio del rey, donde el príncipe y su mujer estaban sentados en su trono. El conde puso una rodilla en tierra, sacó de su bolsillo la caja de esmeralda y la depositó a los pies de la reina. Le mandó levantarse y fue a presentarle su caja. Pero apenas la había abierto y mirado, cuando cayó en tierra como muerta. El conde fue detenido por los criados del rey, e iba a ser puesto en prisión, cuando la reina abrió los ojos y mandó que le dejaran libre, y que salieran todos, porque quería hablarle en secreto.

Cuando se quedó sola la reina se echó a llorar amargamente y dijo:

-¿De qué me sirven el esplendor y los honores que me rodean? Todas las mañanas despierto llena de cuidados y de aflicciones. He tenido tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que todos la miraban como una maravilla. Era blanca como la nieve, colorada como la flor del manzano, y brillaban sus cabellos como los rayos del sol. Cuando lloraba no eran lágrimas las que caían de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. Cuando llegó a la edad de trece años, mandó el rey venir a sus tres hijas delante de su trono. Era digno de ver cómo abría todo el mundo los ojos cuando entró la menor; creía uno presenciar la salida del sol. El rey dijo:

-Hijas mías, ignoro cuando llegará mi último día; quiero decidir desde hoy lo que debe recibir cada una de vosotras después de mi muerte. Las tres me amáis, pero la que me ame más tendrá la mejor parte.

Cada una dijo que era ella la que amaba más a su padre.

-¿No podríais, -repuso el rey-, explicarme todo lo que me amáis? Así sabré cuáles son vuestros sentimientos.

La mayor dijo:

-Amo a mi padre como al azúcar más dulce.

La segunda:

-Amo a mi padre como al vestido más hermoso.

Pero, la menor guardó silencio.

-¿Y tú, dijo su padre, cómo me amas?

-No sé; -respondió-, y no puedo comparar mi amor a nada.

Pero el padre insistió en que designara un objeto. Al fin dijo:

-El mejor de los manjares no tiene gusto para mí si carece de sal; pues bien, yo amo a mi padre como a la sal.

-Puesto que me amas como a la sal, recompensaré también tu amor con sal. Repartió su reino entre sus dos hijas mayores, e hizo atar un saco de sal a la espalda de la más joven, y mandó dos criados que la condujesen a un bosque salvaje. Todos nosotros hemos llorado y suplicado por ella, mas no ha habido medio de apaciguar la cólera del rey. ¡Cuánto ha llorado, cuando ha tenido que separarse de nosotros! Ha sembrado todo el camino con las perlas que han caído de sus ojos. El rey no ha tardado en arrepentirse de su crueldad, y ha hecho buscar a la pobre niña por todo el bosque, pero nadie ha podido encontrarla. Cuando pienso en si se la habrán comido las fieras salvajes no puedo vivir de tristeza; a veces me consuelo con la esperanza de que vive todavía y que está oculta en una caverna, o que ha encontrado un asilo entre personas caritativas. Pero lo que me admira es que cuando he abierto vuestra caja de esmeralda encerraba una perla semejante en todo a las que caían de los ojos de mi hija, por lo que podéis imaginar cuánto se ha conmovido mi corazón. Es preciso que me digáis cómo habéis llegado a poseer esta perla.

El conde le refirió que la había recibido de la vieja del bosque que le había parecido ser una mujer extraña y tal vez hechicera, pero que no había visto ni oído nada que tuviera relación con su hija. El rey y la reina tomaron la resolución de ir a buscar a la vieja, esperando que allí donde se había encontrado la perla hallarían también noticias de su hija.

Estaba la vieja en su soledad, sentada a la puerta junto a su rueca e hilaba. Era ya de noche, y algunas astillas que ardían en el hogar esparcían una débil claridad. De repente oyó ruido fuera: los gansos entraron del matorral a la habitación, dando el más ronco de sus gritos. Poco después entró la joven a su vez. Apenas la vieja la saludó, se contentó con menear un poco la cabeza. La joven se sentó a su lado, cogió su rueca y torció el hilo con la misma ligereza que hubiera podido hacerlo la muchacha más lista. Permanecieron dos horas así sentadas sin decirse una palabra. Sintieron por último un ruido junto a la ventana y vieron brillar dos ojos de fuego. Era un mochuelo que gritó tres veces ¡hu! ¡hu! La vieja, sin levantar apenas los ojos, dijo:

-Ya es tiempo, hijo mía, de que salgas para hacer tu tarea.

Se levantó y salió.

¿Dónde iba? Lejos, muy lejos, al prado junto al valle. Llegó por último, a la orilla de una fuente, a cuyo lado se hallaban tres encinas. La luna, se mostraba redonda y llena encima de la montaña, y daba tanta luz, que se podía buscar un alfiler. La niña levantó una piel que cubría su rostro, se inclinó hacia la fuente y comenzó a lavarse. Cuando hubo concluido, metió la piel en el agua de la fuente para que blanquease y se secara a la luz de la luna. ¡Pero qué cambiada estaba la niña! Nunca se ha visto nada semejante. En cuanto desató su trenza gris, sus cabellos dorados brillaban como rayos de sol y se extendieron como un manto sobre todo su cuerpo. Sus ojos lucían como las estrellas del cielo y sus mejillas tenían el suave color rosado de la flor del manzano.

Pero la joven estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. Las lágrimas cayeron unas tras otras de sus ojos y rodaron hasta el suelo entre sus largos cabellos. Hubiera permanecido allí largo tiempo, si el ruido de algunas ramas que crujían en un árbol próximo no hubiera llegado a sus oídos. Saltó como un corzo que ha oído el disparo del cazador. La luna se hallaba velada en aquel instante por una nube sombría; la niña se cubrió en un momento con la vieja piel y desapareció como una luz apagada por el viento.

Corrió hacia la casa temblando como la hoja del álamo. La vieja estaba a la puerta de pie; la joven quiso referirle lo que le había sucedido, pero la vieja sonrió con cierta gracia y le dijo:

-Lo sé todo.

La condujo al cuarto y encendió algunas astillas. Pero no se sentó junto a su hija; cogió una escoba y comenzó a barrer y a sacudir el polvo.

-Todo debe estar limpio y arreglado aquí, -dijo a la joven.

-Pero madre mía, -repuso esta-, es muy tarde para comenzar este trabajo. ¿A qué viene eso?

-¿Sabes la hora que es? -le preguntó la vieja.

-Aún no son las doce, -repuso la joven-, pero ya han dado las once.

-¿No recuerdas, -continuó la vieja-, que hace tres años hoy que has venido a mi casa? El plazo ha concluido, no podemos continuar más tiempo juntas.

La joven dijo asustada:

-¡Ah! buena madre, ¿queréis echarme? ¿Dónde iré? Yo no tengo amigos, ni patria, donde hallar un asilo. He hecho todo lo que habéis querido y habéis estado siempre contenta conmigo, no me echéis.

La vieja no quería decir a la niña lo que iba a suceder.

-No puedo permanecer aquí más tiempo, -le dijo-, pero cuando deje esta morada, es preciso que la casa y el cuarto estén limpios. No me detengas, pues, en mi trabajo. En cuanto a ti no tengas cuidado; hallarás un techo en el que podrás habitar y quedarás contenta también con la recompensa que te daré.

-Pero decidme lo que va a pasar, -preguntó la joven otra vez.

-Te lo repito, no me interrumpas en mi trabajo. No digas una palabra más: ve a tu cuarto, quítate la piel que cubre tu rostro, y ponte el vestido que traías cuando has venido a mi casa; después quédate en tu cuarto hasta que yo te llame.

Pero debo volver a hablar del rey y de la reina, que habían partido con el conde para ir a buscar a la vieja a su soledad. El conde se había separado de ellos durante la noche, y se vio obligado a continuar solo su camino. Al día siguiente le pareció que estaba en el buen camino y continuó

andando hasta cerca del anochecer. Entonces subió a un árbol para pasar la noche, pues temía extraviarse. Cuando alumbró la luna el terreno, distinguió una persona que bajaba de la montaña. Llevaba una vara en la mano, por lo que conoció que era la joven que guardaba los gansos que había visto en la casa de la vieja. ¡Ah! -dijo-, viene hacia aquí, ya veo a una de las dos hechiceras: la otra no puede escapárseme.

Pero ¡cuál fue su asombro cuando la vio acercarse a la fuente, quitarse la piel; cuando la cubrieron sus dorados cabellos y se mostró más hermosa que ninguna de las mujeres que había visto en el mundo! Apenas se atrevía a respirar, pero alargaba el cuello todo lo que podía; a través del follaje, y la miraba sin volver los ojos; ya fuese que se hubiera inclinado demasiado, o por cualquier otra causa, crujió de repente una rama, y vio a la joven en el mismo instante oculta bajo la piel; saltó como un corzo y habiéndose ocultado la luna en aquel momento, se escapó a sus miradas.

Apenas hubo desaparecido, bajó el joven del árbol y se puso a perseguirla a toda prisa. No había dado más que algunos pasos, cuando vio entre el crepúsculo dos personas que marchaban a través de la pradera. Eran el rey y la reina que habían distinguido desde lejos una luz en la casa de la vieja y se dirigían hacia aquel lado. El conde les refirió las maravillas que había visto cerca de la fuente y no dudaron que hablaba de su perdida hija. Avanzaron alegres y bien pronto llegaron a la casa. Los gansos estaban colocados a su alrededor, dormían con la cabeza oculta bajo las alas y ninguno se movía. Miraron por la ventana dentro de la habitación y vieron a la vieja sentada e hilando con la mayor tranquilidad, inclinando la cabeza y sin mover los ojos. El cuarto estaba tan limpio como si estuviera habitado por esas pequeñas sílfides aéreas que no tienen polvo en los pies. Pero no vieron a su hija. Lo miraron todo durante algunos momentos, se animaron por último y llamaron suavemente a la ventana.

Se hubiera dicho que los esperaba la vieja, pues se levantó y les dijo con su voz rústica:

-Entrad, ya sé quién sois.

En cuanto entraron en el cuarto, añadió la vieja:

-Hubierais podido ahorraros ese largo camino, si no hubierais echado injustamente, hace tres años, a vuestra hija que es tan buena y tan graciosa. Nada ha perdido, pues durante tres años ha guardado gansos, en cuyo tiempo no ha aprendido nada malo y ha conservado la pureza de su corazón. Pero estáis suficientemente castigados con la inquietud en que habéis vivido. Después se acercó al cuarto, y dijo:

-Sal, hija mía.

Se abrió la puerta y salió la hija del rey vestida con su traje de seda, con sus cabellos dorados y sus ojos brillantes. Se hubiera dicho que descendía un ángel del cielo. Corrió hacia su padre y su madre, se lanzó a su cuello y abrazó a todos llorando sin poder contenerse. El joven conde se hallaba a su lado y cuando le vio su rostro se puso encarnado como una rosa; ella misma ignoraba la causa. El rey dijo:

-Querida hija, ya he repartido mi reino; ¿qué podré darte a ti?

-No necesita nada, -dijo la vieja-; yo le doy las lágrimas que ha vertido por vosotros; son otras tantas perlas más hermosas que las que se hallan en el mar y son de un precio mucho mayor que todo vuestro reino. Y en recompensa de sus servicios, le doy mi pequeña casa.

La vieja desapareció en cuanto dijo estas palabras. Oyeron entonces crujir ligeramente las paredes, y cuando se volvieron encontraron la pequeña casa convertida en un soberbio palacio; una mesa real se hallaba delante de los huéspedes y los criados iban y venían alrededor.

La historia continúa todavía; pero mi abuela que me la ha referido había perdido un poco la memoria y olvidó lo demás. Creo, sin embargo, que la hermosa hija del rey se casó con el conde; que permanecieron juntos en el palacio y que vivieron en la mayor felicidad todo el tiempo que Dios quiso. Si los gansos blancos que se guardaban cerca de la casa eran otras tantas jóvenes (no lo echéis a mala parte) que la vieja había recogido a su lado, si tomaron figura humana y quedaron en calidad de damas al lado de la reina, no puedo decirlo aunque lo presumo. Lo cierto es que la vieja no era una hechicera, sino una buena hada que no quería más que hacer el bien. Probablemente también fue ella quien concedió a la hija del rey a su nacimiento el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Esto no sucede ahora, pues entonces los pobres serían bien pronto ricos.

LA PEQUEÑA BRIAR-ROSE²

Hace muchos años vivía un rey y una reina, que decían todos los días:

-¡Ay, si tuviéramos un hijo! -y no les nacía ninguno; pero una vez, estando la reina bañándose, saltó una rana en el agua, la cual le dijo:

-Antes de un año verás cumplido tu deseo, y tendrás una hija.

No tardó en verificarse lo que había predicho la rana, pues la reina dio a luz una niña tan hermosa, que el rey, lleno de alegría, ignoraba que hacer y dispuso un gran festín, al cual invitó no sólo a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas para que la niña fuese amable y de buenas costumbres. Había trece hadas en su reino, pero como sólo tenía doce cubiertos de oro, que son los únicos con que comen, una de ellas no podía asistir al banquete. Celebrose éste con gran magnificencia, y al terminarse, regaló a la niña cada una de las hadas un don especial; ésta la virtud, aquella la hermosura, la tercera las riquezas, y así le concedieron todo cuanto puede desearse en el mundo; mas apenas había hablado la undécima, entró de repente la decimotercera, deseosa de vengarse porque no la habían convidado, y sin saludar ni mirar a nadie, dijo en alta voz:

-La princesa se herirá con un huso al cumplir los quince años y quedará muerta en el acto.

Y salió de la sala sin decir otra palabra. Asustáronse todos los presentes, pero entró enseguida la duodécima que no había hecho aún su regalo; no pudiendo evitar el mal que había predicho su compañera, procuró modificarle y dijo:

-La princesa no morirá, pero estará sumergida en un profundo sueño por espacio de un siglo, del cual volverá, trascurrido este tiempo.

2 Este cuento es más conocido como “La Bella Durmiente”, también se le conoce como “La Espina de la Rosa”, fue publicado en 1812. Existe otra versión del escritor francés Charles Perrault, publicado en 1697.

El rey, que quería evitar a su querida hija todo género de desgracias, dio la orden de que se quemasen todos los husos de su reino; pero la joven se hallaba adornada de todas las gracias que la habían concedido las hadas, pues era muy hermosa, amable, graciosa y entendida, de manera, que cuantos la veían, sentían hacia ella el mayor cariño. Mas al llegar el día en que cumplió los quince años, dio la casualidad de que se hallase sola en palacio por haber salido el rey y la reina; comenzó a recorrer aquella vasta morada, deseosa de saber lo que contenía y vio una tras otra todas las habitaciones hasta que llegó a una torre muy elevada; subió una estrecha escalera y llegó a una puerta, la cual no se tardó en abrir, dejándola ver una pequeña habitación, donde se hallaba una anciana con su huso hilando con la mayor laboriosidad.

-Buenos días, abuelita, -dijo la princesa-, ¿qué haces?

-Estoy hilando, -contestó la anciana haciendo una cortesía con la cabeza.

-¿Qué es eso que se mueve con tanta ligereza? -continuó diciendo la niña; y fue a coger el huso para ponerse a hilar; pero apenas le había tocado, se realizó el encanto y se hirió en el dedo.

En el mismo instante en que sintió la cortadura fue a parar a su cama, donde cayó en un profundo sueño, el cual se extendió a todo el palacio. El rey y la reina, que habían entrado en aquel mismo momento se quedaron dormidos, igualmente que toda la corte; también se durmieron los caballos en la cuadra, los perros en el patio, las palomas en el techo, las moscas en la pared, y hasta el fuego que ardía en el fogón dejó de arder, y la comida cesó de cocer, y el cocinero y los pinches se durmieron por último, para que no quedase nadie despierto. Cesó también el viento y no volvió a moverse ni aun la hoja de un árbol de los alrededores del palacio.

No tardó mucho en nacer y crecer un zarzal en torno de aquel edificio, el cual fue haciéndose más grande cada día hasta que le cercó por completo, de manera que ni aun su techo se veía, y solo los ancianos del país podían dar alguna noticia de la hermosa Briar Rose que se hallaba allí dormida; pues con este nombre era conocida la princesa, y de tiempo en tiempo venían algunos príncipes que querían penetrar a través de la zarza en el palacio, mas les era imposible, pues las espinas se cerraban fuertemente, y los jóvenes quedaban cogidos por ellas, no pudiendo muchas veces soltarse, de modo que morían allí. Trascurridos muchos, muchos años, fue un príncipe a aquel país y oyó lo que refería un anciano de aquella zarza, detrás de la cual había un palacio, en el que dormía desde el siglo anterior una hermosa princesa, llamada Briar Rose, y con ella estaban dormidos el rey y la reina y toda la corte. Añadió además haber oído decir a su abuelo que muchos príncipes habían tratado ya de atravesar por el zarzal, pero que no lo habían podido conseguir, quedando en él muertos.

Entonces dijo el doncel:

-Yo no tengo miedo y he de ver a la bella Briar Rose.

El buen anciano quiso distraerle de su propósito, mas viendo que no lo conseguía, le dejó entregarse a su suerte. Pero precisamente entonces habían trascurrido los cien años y llegado el día, en el cual debía despertar, Briar Rose. Cuando se acercó el príncipe a la zarza, la halló convertida en un

hermoso rosal, que abriéndose por sí mismo le dejó pasar cerrándose después. Llegó a la cuadra y vio dormidos a los perros y caballos, miró el techo y vio a las palomas con la cabeza debajo de las alas, y cuando entró en el edificio, notó que las moscas estaban dormidas en las paredes, el cocinero se hallaba en la cocina en actitud de llamar a los pinches, y la criada estaba cerca de un gallo que parecía dispuesto a cantar. Fue un poco más lejos y vio en un salón a toda la corte dormida, y al rey y a la reina durmiendo en su trono. Fue un poco más allá y todo se encontraba tranquilo, sin que se oyese el menor ruido, hasta que al fin llegó a la torre y abrió la puerta del cuarto en que dormía Briar Rose. Quedose mirándola, y era tan hermosa, que no pudo separar sus ojos de ella; se inclinó y le dio un beso, pero apenas la habían tocado sus labios, abrió los ojos Briar Rose, despertó y le miró con la mayor amabilidad. Bajaron entonces juntos y despertó el rey y la reina y toda la corte y se miraron unos a otros llenos de admiración; despertaron los caballos en la cuadra y comenzaron a relinchar, y los perros ladraron al levantarse y las palomas que se hallaban en el techo sacaron sus cabecitas de debajo de sus alas, miraron a su alrededor y echaron a volar; las moscas se separaron de las paredes, el fuego se reanimó y se puso a chisporrotear en la cocina y se coció la comida; el cocinero dio un cachete a cada pinche, los cuales comenzaron a llorar, y la criada despertó al canto del gallo. Celebrase entonces con grande magnificencia la boda del príncipe con Briar Rose y vivieron felices hasta el fin de sus días.

LOS MÚSICOS DE BREMEN

Un pobre labrador tenía un asno que le había servido lealmente durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado de manera que ya no servía para el trabajo. El amo pensó en desollarle para aprovechar la piel, pero el asno, comprendiendo que el viento soplaba de mala parte, se escapó y tomó el camino de Bremen.

-Allí, -dijo-, podré hacerme músico de la municipalidad.

Después de haber andado por algún tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

-¿Por qué ladras así, camarada? -le dijo.

-¡Ah! -contestó el perro; porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir a cazar, mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para ganarme el pan?

-No tengas cuidado, repuso el asno; yo voy a Bremen para hacerme músico de la ciudad; ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré el laúd, y tú tocarás los timbales.

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino con una cara bien triste, porque hacía tres días que estaba lloviendo.

-¿Qué tienes, viejo bigotudo? -le dijo el asno.

-Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor, -respondió el gato-; porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he salvado; pero ¿qué he de hacer ahora?, ¿adónde he de ir?

-Ven con nosotros a Bremen, tú entiendes muy bien la música nocturna, y te harás como nosotros músico de la municipalidad.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

-¿Por qué gritas de esa manera? -dijo el asno.

-Estoy anunciando el buen tiempo, -contestó el gallo-, y como mañana es domingo hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasión ha dicho a la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfacción, viendo que respiro todavía.

-Cresta roja, -dijo el asno-, vente con nosotros a Bremen; en cualquier parte encontrarás una cosa mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Agradó al gallo la propuesta y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad de Bremen; al anochecer pararon en un bosque, donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol muy grande; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro. Antes de dormirse, cuando paseaba sus miradas hacia los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos como una luz y dijo a sus compañeros que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguía bastante claridad.

-Siendo así, -contestó el asno-, desalojemos y marchemos deprisa hacia ese lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.

A lo cual añadió el perro:

-En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se dirigieron hacia el punto de donde salía la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron a una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el más grande de todos, se acercó a la casa y miró dentro.

-¿Qué ves, rucio? -le preguntó el gallo.

-¿Que qué veo? -dijo el asno-. Una mesa llena de manjares y botellas y alrededor los ladrones, que según parece no se dan mal trato.

-¡Qué buen negocio sería ese para nosotros! -añadió el gallo.

-De seguro, repuso el asno; ¡ah!, ¡si estuviéramos dentro!

Comenzaron a idear un medio para echar de allí a los ladrones y al fin le encontraron. El asno se puso debajo, colocando sus pies delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro, y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato. Colocados de esta manera, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar, después se precipitaron por la ventana dentro del cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones,

al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes.

Apenas hubieron concluido los cuatro instrumentistas, apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme a su gusto. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Después de medianoche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo parecía tranquilo, les dijo el capitán.

-No hemos debido dejarnos derrotar de esa manera.

Y mandó a uno de los suyos que fuese a ver lo que pasaba en la casa. El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina y fue a encender la luz; cogió una pajuela y como los inflamados y brillantes ojos del gato le parecían dos ascuas, acercó a ellos la pajuela para encenderla; mas como el gato no entendía de bromas, saltó a su cara y le arañó bufando. Lleno de un horrible miedo corrió nuestro hombre para huir hacia la puerta, mas el perro, que estaba echado detrás de ella, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno, mientras el gallo, despierto con el ruido y alerta ya, gritaba: ¡quiquiriquí! -desde lo alto de la viga.

El ladrón corrió a toda prisa hacia donde estaba su capitán y le dijo:

-Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado con un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de su maza, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba:

-¡Traédmele aquí, traédmele aquí, delante de mí! -por lo que he creído debía huir.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar más en la casa, y los cuatro músicos de Bremen se hallaban tan bien en ella que no quisieron abandonarla.

LA CENICIENTA

Un hombre rico tenía a su mujer muy enferma, y cuando vio que se acercaba su fin, llamó a su hija única y le dijo:

-Querida hija, sé piadosa y buena, Dios te protegerá desde el cielo y yo no me apartaré de tu lado y te bendeciré. Poco después cerró los ojos y expiró. La niña iba todos los días a llorar al sepulcro de su madre y continuó siendo siempre piadosa y buena. Llegó el invierno y la nieve cubrió el sepulcro con su blanco manto, llegó la primavera y el sol doró las flores del campo y el padre de la niña se casó de nuevo.

La esposa trajo dos niñas que tenían un rostro muy hermoso, pero un corazón muy duro y cruel; entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre huérfana.

-No queremos que esté ese pedazo de ganso sentada a nuestro lado, que gane el pan que coma, váyase a la cocina con la criada.

Le quitaron sus vestidos buenos, le pusieron una basquiña remendada y vieja y le dieron unos zuecos.

-¡Qué sucia está la orgullosa princesa! -decían riéndose, y la mandaron a ir a la cocina: tenía que trabajar allí desde la mañana hasta la noche, levantarse temprano, traer agua, encender lumbre, coser y lavar; sus hermanas le hacían además todo el daño posible, se burlaban de ella y le vertían la comida en la lumbre, de manera que tenía que bajarse a recogerla. Por la noche cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse, pues no tenía cama, y la pasaba recostada al lado del hogar, y como siempre estaba llena de polvo y ceniza, la llamaban la Cenicienta.

Sucedió que su padre fue en una ocasión a una feria y preguntó a sus hijastras lo que querían les trajese.

-Un bonito vestido -dijo la una.

-Una buena sortija, -añadió la segunda.

-Y tú Cenicienta, ¿qué quieres? -le dijo.

-Padre, traedme la primera rama que encontréis en el camino.

Compró a sus dos hijastras hermosos vestidos y sortijas adornadas de perlas y piedras preciosas y a su regreso al pasar por un bosque cubierto de verdor tropezó con su sombrero en una rama de zarza y la cortó. Cuando volvió a su casa dio a sus hijastras lo que le habían pedido y la rama a la Cenicienta, la cual se lo agradeció; corrió al sepulcro de su madre, plantó la rama en él y lloró tanto que regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un hermoso árbol. La Cenicienta iba tres veces todos los días a ver el árbol, lloraba y oraba y siempre iba a descansar en él un pajarillo, y cuando sentía algún deseo, en el acto le concedía el pajarillo lo que deseaba.

Celebró por entonces el rey unas grandes fiestas, que debían durar tres días e invitó a ellas a todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera la que más le agradase por esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir a aquellas fiestas, llamaron a la Cenicienta y le dijeron.

-Péinanos, límpianos los zapatos y ponles bien las hebillas, pues vamos a una boda al palacio del rey.

La Cenicienta las escuchó llorando, pues las hubiera acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó a su madrastra se lo permitiese.

-Cenicienta, -le dijo- estás llena de polvo y ceniza y ¿quieres ir a una boda? ¿No tienes vestidos ni zapatos y quieres bailar?

Pero como insistiese en sus súplicas, le dijo por último:

-Se ha caído un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras.

La joven salió al jardín por la puerta trasera y dijo:

-Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger. Las buenas en el puchero, las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajar a la ceniza, y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los restantes pájaros comenzaron también a decir pi, pi, y pusieron todos los granos buenos en el plato. Aun no había transcurrido una hora, y ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó entonces la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero le dijo:

-No, Cenicienta, no tienes vestido y no sabes bailar, se reirían de nosotras.

Mas viendo que lloraba añadió:

-Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos llenos de lentejas en una hora, irás con nosotras.

Creyendo en su interior, que no podría hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la joven salió entonces al jardín por la puerta trasera y volvió a decir:

-Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger. Las buenas en el puchero, las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo que acabaron por bajar a la ceniza y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los demás pájaros comenzaron a decir también pi, pi, y pusieron todas las lentejas buenas en el plato, y aun no había trascurrido media hora, cuando ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero le dijo:

-Todo es inútil, no puedes venir, porque no tienes vestido y no sabes bailar; se reirían de nosotras
-le volvió entonces la espalda y se marchó con sus orgullosas hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fue la Cenicienta al sepulcro de su madre, debajo del árbol, y comenzó a decir:

Arbolito pequeño,

dame un vestido;

que sea, de oro y plata,

muy bien tejido.

El pájaro le dio entonces un vestido de oro y plata y unos zapatos bordados de plata y seda; en seguida se puso el vestido y se marchó a la boda; sus hermanas y madrastra no la conocieron, creyendo sería alguna princesa extranjera, pues les pareció muy hermosa con su vestido de oro, y ni aun se acordaban de la Cenicienta, creyendo estaría mondanando lentejas sentada en el hogar. Salió a su encuentro el hijo del rey, la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndole bailar con nadie, pues no la soltó de la mano, y si se acercaba algún otro a invitarla, le decía:

-Es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer y entonces decidió marcharse; el príncipe le dijo:

-Iré contigo y te acompañaré -pues deseaba saber quién era aquella joven, pero ella se despidió y saltó al palomar, entonces aguardó el hijo del rey a que fuera su padre y le dijo que la doncella extranjera había saltado al palomar. El anciano creyó que debía ser la Cenicienta; trajeron una piqueta y un martillo para derribar el palomar, pero no había nadie dentro, y cuando llegaron a la casa de la Cenicienta, la encontraron sentada en el hogar con sus sucios vestidos y un turbio candil ardía en la chimenea, pues la Cenicienta había entrado y salido muy ligera del palomar y luego había corrido hacia el sepulcro de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos que se llevó el pájaro y después se fue a sentar con su basquiña gris a la cocina.

Al día siguiente, cuando llegó la hora en que iba a principiar la fiesta y se marcharon sus padres y hermanas, corrió la Cenicienta junto al arbolito y dijo:

Arbolito pequeño,

dame un vestido;

que sea, de oro y plata,

muy bien tejido.

Dióle entonces el pájaro un vestido mucho más hermoso que el del día anterior y cuando se presentó en la boda con aquel traje, dejó a todos admirados de su extraordinaria belleza; el príncipe que le estaba aguardando, la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella; cuando iba algún otro a invitarla, decía:

-Es mi pareja.

Al amanecer manifestó deseos de marcharse, pero el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, más de pronto se metió en el jardín de detrás de la casa. Había en él un hermoso árbol muy grande, del cuál colgaban hermosas peras; la Cenicienta trepó hasta sus ramas y el príncipe no pudo saber por dónde había ido, pero aguardó hasta que vino su padre y le dijo:

-La doncella extranjera se me ha escapado; me parece que ha saltado al peral. El padre creyó que debía ser la Cenicienta; mandó traer una hacha y derribó el árbol, pero no había nadie en él, y cuando llegaron a la casa, estaba la Cenicienta sentada en el hogar, como la noche anterior, pues había saltado por el otro lado del árbol y fue corriendo al sepulcro de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su basquiña gris.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fue también la Cenicienta al sepulcro de su madre y dijo al arbolito:

Arbolito pequeño,

dame un vestido;

que sea, de oro y plata,

muy bien tejido.

Dióle entonces el pájaro un vestido que era mucho más hermoso y magnífico que ninguno de los anteriores, y los zapatos eran todos de oro, y cuando se presentó en la boda con aquel vestido, nadie tenía palabras para expresar su asombro; el príncipe bailó toda la noche con ella y cuando se acercaba alguno a invitarla, le decía:

-Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la Cenicienta, y el príncipe en acompañarla, mas se escapó con tal ligereza que no pudo seguirla, pero el hijo del rey había mandado untar toda la escalera de pez y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; levántele el príncipe y vio que era muy pequeño, bonito y todo de oro. Al día siguiente fue a ver al padre de la Cenicienta y le dijo:

-He decidido que sea mi esposa, la que venga bien este zapato de oro.

Alegráronse mucho las dos hermanas porque tenían los pies muy bonitos; la mayor entró con el zapato en su cuarto para probárselo, su madre estaba a su lado, pero no se lo podía meter, porque sus dedos eran demasiado largos y el zapato muy pequeño; al verlo le dijo su madre alargándole un cuchillo:

-Córtate los dedos, pues cuando seas reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó los dedos; metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió a reunirse con el hijo del rey, que la subió a su caballo como si fuera su novia, y se marchó con ella, pero tenía que pasar por el lado del sepulcro de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron a decir.

No sigas más adelante,
detente a ver un instante,
que el zapato es muy pequeño
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, le miró los pies y vio correr la sangre; volvió su caballo, condujo a su casa a la novia fingida y dijo que no era la que había pedido, que se probase el zapato la otra hermana. Entró ésta en su cuarto y se lo metió bien por delante, pero el talón era demasiado grueso; entonces su madre le alargó un cuchillo y le dijo:

-Córtate un pedazo del talón, pues cuando seas reina, no irás nunca a pie.

La joven se cortó un pedazo de talón, metió un pie en el zapato, y ocultando el dolor, salió a ver al hijo del rey, que la subió en su caballo como si fuera su novia y se marchó con ella; cuando pasaron delante del árbol había dos palomas que comenzaron a decir:

No sigas más adelante,
detente a ver un instante,
que el zapato es muy pequeño
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, le miró los pies, y vio correr la sangre, volvió su caballo y condujo a su casa a la novia fingida:

-Tampoco es esta la que busco, -dijo-. ¿Tenéis otra hija?

-No, -contestó el marido-; de mi primera mujer tuve una pobre chica, a la que llamamos la Cenicienta, porque está siempre en la cocina, pero esa no puede ser la novia que buscáis.

El hijo del rey insistió en verla, pero la madre le replicó:

-No, no, está demasiado sucia para atreverme a enseñarla.

Se empeñó, sin embargo, en que saliera y hubo que llamar a la Cenicienta. Se lavó primero la cara y las manos, y salió después ante la presencia del príncipe que le alargó el zapato de oro; se sentó en su banco, sacó de su pie el pesado zueco y se puso el zapato que le venía perfectamente, y cuando se levantó y le vio el príncipe la cara, reconoció a la hermosa doncella que había bailado con él, y dijo:

-Esta es mi verdadera novia.

La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira, pero él subió a la Cenicienta en su caballo y se marchó con ella, y cuando pasaban por delante del árbol, dijeron las dos palomas blancas.

Sigue, príncipe, sigue adelante

sin parar un solo instante,

pues ya encontraste el dueño

del zapatito pequeño.

Después de decir esto, echaron a volar y se pusieron en los hombros de la Cenicienta, una en el derecho y otra en el izquierdo.

Cuando se verificó la boda, fueron las falsas hermanas a acompañarla y tomar parte en su felicidad, y al dirigirse los novios a la iglesia, iba la mayor a la derecha y la menor a la izquierda, y las palomas que llevaba la Cenicienta en sus hombros picaron a la mayor en el ojo derecho y a la menor en el izquierdo, de modo que picaron a cada una en un ojo; a su regreso se puso la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, y las palomas picaron a cada una en el otro ojo, quedando ciegas toda su vida por su falsedad y envidia.

EL PESCADOR Y SU MUJER

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una choza a la orilla del mar. El pescador iba todos los días a echar su anzuelo, y lo echaba y lo echaba sin cesar.

Estaba un día sentado junto a su caña en la ribera, con la vista dirigida hacia su límpida agua, cuando de repente vio hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo y al sacarlo tenía en la punta un barbo muy grande, el cual le dijo:

-Te suplico que no me quites la vida; no soy un barbo verdadero, soy un príncipe encantado; ¿de qué te serviría matarme si no puedo serte de mucho regalo? Échame al agua y déjame nadar.

-Ciertamente, -le dijo el pescador-, no tenías necesidad de hablar tanto, pues no haré tampoco otra cosa que dejar nadar a sus anchas a un barbo que sabe hablar.

Le echó al agua y el barbo se sumergió en el fondo, dejando tras sí una larga huella de sangre.

El pescador se fue a la choza con su mujer:

-Marido mío, -le dijo-, ¿no has cogido hoy nada?

-No, -contestó el marido-, he cogido un barbo que me ha dicho ser un príncipe encantado y le he dejado nadar lo mismo que antes.

-¿No le has pedido nada para ti? -replicó la mujer.

-No, -repuso el marido-, ¿y qué había de pedirle?

-¡Ah! -respondió la mujer-, es tan triste, es tan triste vivir siempre en una choza tan sucia e infecta como esta; le hubieras pedido una casa pequeñita para nosotros; vuelve y llama al barbo, dile que quisiéramos tener una casa pequeñita, pues nos la dará de seguro.

-¡Ah! -dijo el marido-, ¿y por qué he de volver?

-¿No le has cogido, -continuó la mujer-, y dejado nadar como antes? Pues lo harás; ve corriendo.

El marido no hacía mucho caso; sin embargo, fue a la orilla del mar, y cuando llegó allí, la vio toda amarilla y toda verde, se acercó al agua y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darle lo que se merece.

El barbo avanzó hacia él y le dijo:

-¿Qué quieres?

-¡Ah! -repuso el hombre-, hace poco que te he cogido; mi mujer sostiene que hubiera debido pedirte algo. No está contenta con vivir en una choza de juncos, quisiera mejor una casa de madera.

-Puedes volver, -le dijo el barbo-, pues ya la tienes.

Volvió el marido y su mujer no estaba ya en la choza, pero en su lugar había una casa pequeña, y su mujer estaba a la puerta sentada en un banco. Le cogió de la mano y le dijo:

-Entra y mira: esto es mucho mejor.

Entraron los dos y hallaron dentro de la casa una bonita sala y una alcoba donde estaba su lecho, un comedor y una cocina con su espetera de cobre y estaño muy reluciente, y todos los demás utensilios completos. Detrás había un patio pequeño con gallinas y patos, y un canastillo con legumbres y frutas.

-¿Ves, -le dijo la mujer-, qué bonito es esto?

-Sí, -le dijo el marido-; si vivimos aquí siempre, seremos muy felices.

-Veremos lo que nos conviene, -replicó la mujer.

Después comieron y se acostaron.

Continuaron así durante ocho o quince días, pero al fin dijo la mujer:

-¡Escucha, marido mío: esta casa es demasiado estrecha, el patio y el huerto son tan pequeños!... El barbo hubiera debido en realidad darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un palacio de piedra; ve a buscar al barbo; es preciso que nos dé un palacio.

-¡Ah!, mujer, -replicó el marido-, esta casa es en realidad muy buena; ¿de qué nos serviría vivir en un palacio?

-Ve, -dijo la mujer-, el barbo puede muy bien hacerlo.

-No, mujer, -replicó el marido-, el barbo acaba de darnos esta casa, no quiero volver, temería importunarle.

-Ve, -insistió la mujer-, puede hacerlo y lo hará con mucho gusto; ve, te digo.

El marido sentía en el alma dar este paso, y no tenía mucha prisa, pues se decía:

-No me parece bien, -pero obedeció sin embargo.

Cuando llegó cerca del mar, el agua tenía un color de violeta y azul oscuro, pareciendo próxima a hincharse; no estaba verde y amarilla como la vez primera; sin embargo, reinaba la más completa calma. El pescador se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

-¿Qué quiere tu mujer? -dijo el barbo.

-¡Ah! -contestó el marido medio turbado-, quiere habitar un palacio grande de piedra.

-Vete, -replicó el barbo-, la encontrarás a la puerta.

Marchó el marido, creyendo volver a su morada; pero cuando se acercaba a ella, vio en su lugar un gran palacio de piedra. Su mujer, que se hallaba en lo alto de las gradas, iba a entrar dentro; le cogió de la mano y le dijo:

-Entra conmigo.

La siguió. Tenía el palacio un inmenso vestíbulo, cuyas paredes eran de mármol; numerosos criados abrían las puertas con gran estrépito delante de sí; las paredes resplandecían y estaban cubiertas de hermosas colgaduras; las sillas y las mesas de las habitaciones eran de oro; veíanse suspendidas de los techos millares de arañas de cristal y había alfombras en todas las salas y piezas; las mesas estaban cargadas de los vinos y manjares más exquisitos, hasta el punto que parecía iban a romperse bajo su peso. Detrás del palacio había un patio muy grande, con establos para las vacas, caballerizas para los caballos y magníficos coches; había además un grande y hermoso jardín, adornado de las flores más hermosas y de árboles frutales, y por último, un parque de por lo menos una legua de largo, donde se veían ciervos, gamos, liebres y todo cuanto se pudiera apetecer.

-¿No es muy hermoso todo esto? -dijo la mujer.

-¡Oh!, ¡sí! -repuso el marido-, quedémonos aquí y viviremos muy contentos.

-Ya reflexionaremos, -dijo la mujer-, durmamos primero -y nuestras gentes se acostaron.

A la mañana siguiente despertó la mujer siendo ya de día y vio desde su cama la hermosa campiña que se ofrecía a su vista; el marido se estiró al despertarse; dióle ella con el codo y le dijo:

-Marido mío, levántate y mira por la ventana; ¿ves?, ¿no podíamos llegar a ser reyes de todo este país? Corre a buscar al barbo y seremos reyes.

-¡Ah!, mujer, -repuso el marido-, y por qué hemos de ser reyes, yo no tengo ganas de serlo.

-Pues si tú no quieres ser rey, -replicó la mujer-, yo quiero ser reina. Ve a buscar al barbo, yo quiero ser reina.

-¡Ah!, mujer, -insistió el marido-, ¿para qué quieres ser reina? Yo no quiero decirle eso.

-¿Y por qué no? -dijo la mujer-, ve al instante; es preciso que yo sea reina.

El marido fue, pero estaba muy apesadumbrado de que su mujer quisiese ser reina. No me parece bien, no me parece bien, pensaba para sí. No quiero ir; y fue sin embargo.

Cuando se acercó al mar, estaba de un color gris, el agua subía a borbotones desde el fondo a la superficie y tenía un olor fétido; se adelantó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece;

es preciso darle lo que se merece.

-¿Y qué quiere tu mujer? -dijo el barbo.

-¡Ah! -contestó el marido-, quiere ser reina.

-Vuelve, que ya lo es, -replicó el barbo.

Partió el marido y cuando se acercaba al palacio, vio que se había hecho mucho mayor y tenía una torre muy alta decorada con magníficos adornos. A la puerta había guardias de centinela y una multitud de soldados con trompetas y timbales. Cuando entró en el edificio vio por todas partes mármol del más puro, enriquecido con oro, tapices de terciopelo y grandes cofres de oro macizo. Le abrieron las puertas de la sala: toda la corte se hallaba reunida y su mujer estaba sentada en un elevado trono de oro y de diamantes; llevaba en la cabeza una gran corona de oro, tenía en la mano un cetro de oro puro enriquecido de piedras preciosas, y a su lado estaban colocadas en una doble fila seis jóvenes, cuyas estaturas eran tales, que cada una le llevaba la cabeza a la otra. Se adelantó y dijo:

-¡Ah, mujer!, ¿ya eres reina?

-Sí, -le contestó-, ya soy reina.

Se colocó delante de ella y la miró, y en cuanto la hubo contemplado por un instante, dijo:

-¡Ah, mujer!, ¡qué bueno es que seas reina! Ahora no tendrás ya nada que desear.

-De ningún modo, marido mío, -le contestó muy agitada-; hace mucho tiempo que soy reina, quiero ser mucho más. Ve a buscar al barbo y dile que ya soy reina, pero que necesito ser emperatriz.

-¡Ah, mujer! -replicó el marido-, yo sé que no puede hacerte emperatriz y no me atrevo a decirle eso.

-¡Yo soy reina, -dijo la mujer-, y tú eres mi marido! Ve, si ha podido hacernos reyes, también podrá hacernos emperadores. Ve, te digo.

Tuvo que marchar; pero al alejarse se hallaba turbado y se decía a sí mismo:

-No me parece bien. ¿Emperador? Es pedir demasiado y el barbo se cansará.

Pensando esto vio que el agua estaba negra y hervía a borbotones, la espuma subía a la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia, se estremeció, pero se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darle lo que se merece.

-¿Y qué quiere? -dijo el barbo.

-¡Ah, barbo! -le contestó-; mi mujer quiere llegar a ser emperatriz.

-Vuelve, -dijo el barbo-; lo es desde este instante.

Volvió el marido y cuando estuvo de regreso, todo el palacio era de mármol pulimentado, enriquecido con estatuas de alabastro y adornado con oro. Delante de la puerta había muchas legiones de soldados que tocaban trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los barones, los condes y los duques iban y venían en calidad de simples criados y le abrían las puertas, que eran de oro macizo. En cuanto entró, vio a su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de más de mil pies de alto, llevaba una enorme corona de oro de cinco codos, guarnecida de brillantes y carbunclos; en una mano tenía el cetro y en la otra el globo imperial; a un lado estaban sus guardias en dos filas, más pequeños unos que otros; además había gigantes enormes de cien pies de alto y pequeños enanos que no eran mayores que el dedo pulgar.

Delante de ella había de pie una multitud de príncipes y duques: el marido avanzó por en medio de ellos, y le dijo:

-Mujer, ya eres emperatriz.

-Sí, -le contestó-, ya soy emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó a mirarla y le parecía que veía al sol. En cuanto la hubo contemplado así un momento:

-¡Ah, mujer, -le dijo-, qué buena cosa es ser emperatriz!

Pero permanecía tesa, muy tesa y no decía palabra.

Al fin exclamó el marido:

-¡Mujer, ya estarás contenta, ya eres emperatriz! ¿Qué más puedes desear?

-Veamos, -contestó la mujer.

Fueron enseguida a acostarse, pero ella no estaba contenta; la ambición le impedía dormir y pensaba siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente; había andado todo el día, pero la mujer no pudo descansar un momento; se volvía de un lado a otro durante toda la noche, pensando siempre en ser todavía más; y no encontrando nada por qué decidirse. Sin embargo, comenzó a amanecer y cuando percibió la aurora se incorporó un poco y miró hacia la luz y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

-¡Ah! -pensó-; ¿por qué no he de poder mandar salir al Sol y a la Luna? Marido mío, -dijo empujándole con el codo-, ¡despiértate, ve a buscar al barbo; quiero ser semejante a Dios!

El marido estaba dormido todavía, pero se asustó de tal manera, que se cayó de la cama. Creyendo que había oído mal, se frotó los ojos y preguntó:

-¡Ah, mujer! ¿Qué dices?

-Marido mío, si no puedo mandar salir al Sol y a la Luna y si es preciso que los vea salir sin orden mía, no podré descansar y no tendré una hora de tranquilidad, pues estaré siempre pensando en que no los puedo mandar salir.

Y al decir esto le miró con un ceño tan horrible, que sintió bañarse todo su cuerpo de un sudor frío.

-Ve al instante, quiero ser semejante a Dios.

-¡Ah, mujer! -dijo el marido arrojándose a sus pies-; el barbo no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte reina y emperatriz, pero, te lo suplico, conténtate con ser emperatriz.

Entonces echó a llorar; sus cabellos volaron en desorden alrededor de su cabeza, despedazó su cinturón y dio a su marido un puntapié gritando:

-No puedo, no quiero contentarme con esto; marcha al instante.

El marido se vistió rápidamente y echó a correr, como un insensato.

Pero la tempestad se había desencadenado y rugía furiosa; las casas y los árboles se movían; pedazos de roca rodaban por el mar y el cielo estaba completamente negro; tronaba, relampagueaba y el mar levantaba olas negras tan altas como campanarios y montañas y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Púsose a gritar, pues apenas podía oírse él mismo sus propias palabras:

Tararira ondino, tararira ondino,

hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,

es preciso darle lo que se merece.

-¿Qué quieres tú, amigo? -dijo el barbo.

-¡Ah, -contestó-, quiere ser semejante a Dios!

-Vuelve y la encontrarás en la choza.

Y a estas horas viven allí todavía.

LOS DOS COMPAÑEROS DE VIAJE

Las montañas no se encuentran nunca, pero los hombres se encuentran y con mucha frecuencia los buenos con los malos. Un zapatero y un sastre se encontraron frente a frente en sus viajes o correrías por su país. El sastre era un hombre bajito, muy alegre y de muy buen humor. Vio venir hacia él al zapatero, y conociendo su oficio por el paquete que llevaba debajo del brazo, se puso a cantar una canción burlesca:

Procura que tus puntadas
queden bien aseguradas;
poco a poco estira el hilo
para que no queden en vilo.

Pero el zapatero, que no entendía de chanzas, puso una cara como si hubiera bebido vinagre: parecía que iba a saltar encima del sastre. Por fortuna, nuestro hombre le dijo, riendo y presentándole su calabaza:

-Vamos, eso era una broma; echa un trago para apagar la bilis.

El zapatero bebió un trago y el aire de su rostro cambió un poco en su apariencia. Devolvió la calabaza al sastre, diciéndole:

-No me he querido negar a vuestra invitación: he bebido por la sed presente y por la sed futura. ¿Queréis que viajemos juntos?

-Con mucho gusto, -dijo el sastre-, siempre que vayamos a alguna gran ciudad, donde no falte trabajo.

-Esa es mi intención, -dijo el zapatero-, en los lugares pequeños no hay nada que hacer: las gentes van con los pies descalzos.

Y comenzaron a caminar juntos a pie, como los perros del rey.

Ambos tenían más tiempo que perder que dinero que gastar. En todas las ciudades donde entraban, visitaban a los maestros de sus oficios, y, como el sastrecillo era un muchacho muy guapo y de muy buen humor le daban trabajo con mucho gusto, y aún a veces la hija del maestro le daba además, algún que otro apretón de manos por detrás de la puerta. Cuando volvía a reunirse con su compañero, su bolsa era siempre la más repleta. Entonces el zapatero, gruñendo siempre, se ponía aún más feo, refunfuñando por lo bajo:

-Sólo los pícaros tienen fortuna.

Pero el sastre no hacía más que reírse y repartía todo lo que tenía con su compañero. En cuanto oía sonar metal en su bolsillo se hacía servir de lo mejor y manifestando con gestos su alegría, hacía saltar los vasos encima de la mesa. Por él podía muy bien decirse: «pronto ganado, pero aún más pronto gastado.»

Después de haber viajado durante algún tiempo, llegaron a un espeso bosque, por el que pasaba el camino hacia la capital del reino. Había que elegir entre dos sendas, por la una se tardaba en llegar siete días, por la otra dos solamente; pero ninguno de los dos sabía cual era la más corta. Se sentaron bajo una encina y pensaron juntos el camino que debían tomar y la cantidad de pan que convenía llevar. El zapatero dijo:

-Siempre se debe tomar el mayor número de precauciones posibles, compraré pan para siete días.

-¿A qué viene, -dijo el sastre-, llevar en la espalda pan para siete días: como una bestia de carga? Yo tengo confianza en Dios, y nada me da cuidado. El dinero que llevo en el bolsillo vale tanto en verano como en invierno, pero cuando hace calor el pan se seca y enmohece. Mi casaca no pasa de la torda: yo no tomo tantas precauciones. Y además, ¿por qué no hemos de dar con el camino mejor? Basta con pan para dos días.

Cada uno hizo sus provisiones, y se pusieron en camino a la ventura.

En el bosque, reinaba la misma calma y tranquilidad que en una iglesia. No se oía ni el soplo del viento; ni el murmullo de los arroyos, ni el cántico de los pájaros, ni la espesura del follaje detenía los rayos del sol. El zapatero no hablaba una palabra, encorvado bajo la carga del pan, que hacía correr el sudor por su negro y sombrío rostro. El sastre, por el contrario, se hallaba de muy buen humor, corría por todas partes; silbando, cantando algunas cancioncillas, y decía:

-Dios en su paraíso debe ser feliz al verme tan alegre.

Pasaron así los dos primeros días; pero al tercero, como no veían el fin de su camino, el sastre, que había consumido todo su pan; vio desvanecerse toda su alegría; sin embargo, sin perder el ánimo, se encomendó a su buenaventura y a la misericordia de Dios. Por la noche se acostó bajo un árbol con hambre y se levantó al día siguiente sin que se le hubiera quitado. Lo mismo sucedió al cuarto día, y mientras comía el zapatero, sentado en el tronco de un árbol caído, el pobre sastre no tenía otro recurso que mirarle como lo hacía. Le pidió un bocado de pan, pero el otro le respondió sonriendo:

-A ti que estás siempre tan alegre no te viene mal conocer un poco la desgracia. Los pájaros que cantan por la mañana caen en las garras del gavilán por la tarde.

En una palabra, no le tuvo lástima.

En la mañana del quinto día, el pobre sastre no tenía ya fuerzas para levantarse. Apenas podía pronunciar una palabra en su desmayo: tenía las mejillas pálidas y los ojos encarnados. El zapatero le dijo:

-Te daré un pedazo de pan, pero a condición de que he de sacarte el ojo derecho.

El desgraciado, obligado a aceptar este horrible contrato para conservar la vida, lloró con los dos ojos por última vez y se ofreció a su verdugo, que le sacó el ojo derecho con la punta de su cuchillo. El sastre recordó entonces lo que acostumbraba decirle su madre cuando era niño y cuando le daba azotes por haberle quitado alguna golosina:

-Se debe comer todo lo que se puede, pero también se debe sufrir todo lo que no se puede impedir.

En cuanto hubo comido aquel pan que tan caro le había costado, se puso en pie y se consoló de su desgracia, pensando que vería bastante bien con un solo ojo. Pero al sexto día le volvió el hambre y se sintió enteramente desfallecido. Cayó por la noche al pie de un árbol y al día siguiente por la mañana le impidió levantarse la debilidad. Sentía acercarse la muerte. El zapatero le dijo:

-Tengo compasión de ti, y te voy a dar otro pedazo de pan, pero a cambio te sacaré el ojo que te queda.

El pobre hombre pensó entonces en su ligereza, que era la causa de todo esto; pidió perdón a Dios y dijo:

-Haz lo que quieras, yo sufriré todo lo que sea necesario. Pero piensa que si Dios no castiga siempre en el acto llegará, sin embargo, un instante en que pagues el mal que me haces sin haberlo merecido. En los días de prosperidad he repartido contigo lo que tenía. Necesito los ojos para trabajar: cuando carezca de ellos, no podré coser ya y tendré que pedir limosna. A lo menos, cuando esté ciego, no me dejes aquí solo, pues me moriría de hambre.

El zapatero, que no tenía temor de Dios, cogió su cuchillo y le sacó el ojo izquierdo; después le dio un pedazo de pan y haciéndole agarrarse a la punta de un palo; se lo llevó detrás de sí.

Al ponerse el sol llegaron al extremo del bosque donde había una horca. El zapatero condujo a su ciego compañero hasta el pie del cadalso y dejándole allí continuó solo su camino. El desgraciado se durmió, anonadado de fatiga, de dolor y de hambre y pasó toda la noche en un profundo sueño. Se despertó al amanecer sin saber dónde estaba. En la horca se hallaban colgados dos pobres pecadores con dos cuervos sobre sus cabezas. El primer ahorcado comenzó a decir:

-¿Duermes, hermano?

-Estoy despierto, -respondió el otro.

-¿Sabes, -respondió el primero-, que el rocío que ha caído esta noche de la horca, encima de nosotros, daría la vista a los ciegos que se bañasen con él los ojos? Si lo supieran, recobraría la vista más de uno que cree haberla perdido para siempre.

El sastre, al oír esto tomó su pañuelo, lo frotó en la yerba hasta que estuvo bien mojado con el rocío y se humedeció las vacías cavidades de sus ojos. Enseguida se realizó lo que había predicho el ahorcado y sus órbitas se llenaron con dos ojos vivos y perspicaces. No tardó el sastre en ver salir el sol por detrás de las montañas. Delante de él se extendía en la llanura la gran capital, con sus puertas magníficas y sus cien campanarios coronados de brillantes cruces. Podía ya contar las hojas de los árboles, seguir el vuelo de los pájaros y la danza de las moscas. Sacó una aguja de su bolsillo y probó a enhebrarla: viendo que lo conseguía, su corazón se llenó de regocijo. Se puso de rodillas para dar gracias a Dios por su misericordia y hacer la oración de la mañana, y sin olvidar a aquellos pobres pecadores colgados en la horca y traqueteados por el viento, como badajos de campana. Desechando sus disgustos, cogió su paquete bajo el brazo y se puso en camino, cantando y silbando.

El primer ser que encontró fue un potro castaño, que pacía en libertad en un prado. Le cogió por la crin e iba a montarlo para dirigirse a la ciudad. Pero el potro le suplicó que le dejase.

-Soy todavía demasiado joven, -añadió-, es verdad que tú no eres más que un sastrecillo, ligero como una pluma, pero aun así me romperías los lomos; déjame comer hasta que sea más fuerte. Quizá venga tiempo en que pueda recompensarte.

-Márchate, -respondió el sastre-, así como así, veo que no sirves más que para saltar.

Y le dio con la palma de la mano encima de la grupa. El potro se puso a dar vueltas de alegría y a lanzarse a través de los campos, saltando por encima de los setos y los fosos.

Sin embargo, el sastre no había comido desde el día anterior.

-Mis ojos, -se decía-, han vuelto a ver la luz, pero mi estómago no ha vuelto a ver el pan. La primera cosa que encuentre que pueda comer, la trasladaré a él.

Al mismo tiempo vio una cigüeña que se adelantaba con la mayor gravedad por el prado.

-Detente, -le gritó cogiéndola por una pata-, ignoro si tu carne es buena para comer, pero el hambre no me deja dudar en la elección; voy a cortarte la cabeza y asarte.

-Guárdate bien de hacerlo, -dijo la cigüeña-, soy un pájaro sagrado, útil a los hombres y nadie me ha hecho nunca daño. Déjame la vida y quizá otra vez pueda servirte de algo.

-Pues bien, -dijo el sastre- echa a correr, comadre de los largos pies.

La cigüeña echó a volar y se elevó tranquilamente en los aires, dejando colgar sus patas.

-¿En qué va a parar todo esto? -se dijo el sastre-, mi hambre no disminuye y mi estómago me atormenta. Ahora sí que está perdido el primer ser que encuentre a mano.

En el mismo instante vio dos pequeños patos que nadaban en un estanque.

-Llegan a propósito -pensó para sí y cogiendo uno iba a retorcerle el cuello.

Pero una ánade vieja, que estaba oculta entre las cañas, corrió hacia él con el pico abierto, y le suplicó llorando que dejase a sus hijuelos.

-Piensa, -le dijo-; en el dolor de tu madre si te dieran el golpe de muerte.

-No tengas cuidado, -respondió el buen hombre-; no le tocaré -y echó al agua el pato que había cogido.

Al volver vio un árbol muy grande, medio hueco, a cuyo alrededor volaban abejas salvajes.

-Heme aquí recompensado de mi buena acción, -se dijo-, voy a regalarme con miel.

Pero saliendo del árbol, le declaró la reina de las abejas, que si tocaba a su pueblo y a su nido sería al instante herido de mil picaduras; que si, por el contrario, las dejaba en paz, las abejas podrían serle útiles más tarde.

El sastre comprendió pronto que nada podía esperar por aquel lado.

-Tres platos vacíos y nada en el cuarto, -se decía a sí mismo-, es una comida sin ningún regalo.

Se arrastró extenuado por el hambre hasta la ciudad, pero como entró al dar el mediodía, en las posadas estaba preparada la comida y no había más que ponerse a la mesa. En cuanto concluyó corrió la ciudad para buscar trabajo y le encontró bien pronto con buenas condiciones.

Como sabía bien su oficio, no tardó en darse a conocer y todos querían tener un vestido nuevo, hecho de su mano. Su fama crecía de día en día y el rey, por último, le nombró sastre de la corte.

Pero, ¡cuántas vueltas da el mundo! En el mismo día, su antiguo camarada el zapatero, fue nombrado zapatero de la corte. Cuando vio al sastre con sus dos buenos ojos, se turbó su conciencia:

-Antes que piense en vengarse de mí, -se dijo-, tengo que tenderle algún lazo.

Pero con frecuencia se tienden lazos a los demás para caer en ellos uno mismo. Por la noche, concluido su trabajo fue a palacio en secreto y dijo al rey:

-Señor, el sastre es un hombre muy orgulloso: se ha alabado de que encontraría la corona de oro que habéis perdido tanto tiempo hace.

-Me alegraría mucho; -dijo el rey.

Y al día siguiente llamó al sastre a su presencia y le mandó traerle la corona o salir para siempre de la ciudad.

-¡Ah! -dijo el sastre-; ¡sólo los bribones prometen lo que no pueden cumplir! Ya que este rey tiene la obstinación de exigir de mí lo que no puede hacer ningún hombre, no esperaré su amenaza: voy a marcharme ahora mismo.

Hizo su maleta, pero al salir por la puerta sentía disgusto de alejarse de una ciudad en que todo le había salido bien. Pasó por delante del estanque donde había hecho amistad con los patos; la ánade vieja, a la que había dejado sus hijuelos, estaba de pie a la orilla, arreglándose las plumas con el pico. Le conoció enseguida y le preguntó a dónde iba tan triste.

-No lo extrañarás cuando sepas lo que me ha sucedido, -respondió el sastre y le contó su situación.

-¿No es más que eso? -dijo el ánade-, nosotros podemos ayudarte. La corona se halla precisamente en el fondo de este estanque. Dentro de un instante la tendrás en la orilla: extiende tu pañuelo para recibirla.

Se hundió en el agua con sus doce hijuelos y al cabo de cinco minutos estaba devuelta y nadaba en medio de la corona que sostenía con sus alas, mientras que sus hijuelos, colocados alrededor, le ayudaban a llevarla con su pico. Llegaron a la orilla y dejaron la corona en el pañuelo. No podéis figuraros lo hermosa que era: brillaba, al sol como un millón de carbunclos. El sastre la envolvió en su pañuelo y la llevó al rey, que en su alegría le puso una cadena de oro alrededor del cuello.

Cuando vio el zapatero que había errado el golpe, recurrió a otro expediente y fue a decir al rey:

-Señor, el sastre ha vuelto a caer en su orgullo: se alaba de poder reproducir en cera vuestro palacio, con todo lo que contiene por dentro y por fuera, con muebles y demás.

El rey hizo venir al sastre y le mandó reproducir en cera su palacio, con todo lo que contenía por dentro y fuera, los muebles y demás, advirtiéndole que si no lo hacía o si se olvidaba un sólo clavo de una pared, le enviaría a concluir sus días a un calabozo subterráneo.

El pobre sastre se dijo:

-Esto sí que va de mal en peor, me piden una cosa imposible.

Hizo su maleta y salió de la ciudad.

Cuando llegó al pie del árbol hueco se sentó bajando la cabeza. Las abejas volaban a su alrededor; la reina le preguntó, viéndole con la cabeza tan baja, si le dolía.

-No, -dijo-, no es esa mi enfermedad.

Y le refirió lo que le había mandado el rey.

Las abejas se pusieron, primero a zumbir entre sí y la reina le dijo:

-Vuelve a tu casa; y ven mañana a estas horas con una servilleta grande y lo tendrás todo arreglado.

Volvió a su casa; pero las abejas volaron al palacio y entraron por las ventanas abiertas para reconocerlo todo y examinar todas las cosas en sus más pequeños detalles y apresurándose a volver a su colmena, construyeron un palacio de cera que no se podía ver sin llenarse de admiración. Todo estaba dispuesto por la noche y cuando volvió el sastre al día siguiente halló esperándole el soberbio edificio, blanco como la nieve y exhalando un dulce olor a miel, sin que faltase un clavo en las paredes, ni una teja en el techo. El sastre lo envolvió con cuidado en la servilleta y se lo llevó al rey, que no podía volver de su asombro. Hizo colocar la obra maestra en la sala principal de su palacio y recompensó al sastre con el regalo de una casa grande de piedra.

Aun no se dio por vencido el zapatero. Fue por tercera vez a buscar al rey y le dijo:

-Señor, ha llegado a oídos del sastre que siempre se ha intentado en vano abrir un pozo en el patio de vuestro palacio y se ha alabado de hacer saltar un cañón de agua más alto que un hombre y más claro que el cristal.

El rey hizo llamar al sastre y le dijo:

-Si mañana no hay en mi patio un juego de agua, tal como el de que tú te has alabado, mi verdugo te cortará la cabeza en ese mismo patio.

El desgraciado sastre ganó sin más tardanza las puertas de la ciudad y como en esta ocasión se trataba de su vida, las lágrimas le corrían a lo largo de las mejillas. Caminaba tristemente cuando se encontró al lado el potro al que le había concedido libertad y que era ya un hermoso caballo castaño.

-Ha llegado el instante, -le dijo-, en que puedo manifestarte mi reconocimiento. Conozco tu situación, pero te sacaré de ella; monta encima de mí, ahora puedo llevar dos como tú sin dificultad alguna.

El sastre recobró su valor, saltó en el caballo que galopó enseguida hacia la ciudad y entró en el patio del palacio. Dio tres vueltas al galope tan rápido como el relámpago y a la tercera se detuvo de repente; al mismo tiempo se oyó un espantoso ruido: un terrón de tierra saltó como una bomba por encima del palacio y salió al mismo tiempo un juego de agua tan alto como un hombre a caballo y tan puro como el cristal. Los rayos del sol jugaban en él brillando. El rey, viendo esto, se llenó de asombro y estrechó al sastre entre sus brazos.

Mas nuestro hombre no estuvo en paz por mucho tiempo. El rey tenía muchas hijas, más hermosas las unas que las otras, pero ningún hijo. El malvado zapatero se dirigió por cuarta vez al rey y le dijo:

-Señor, el sastre es más orgulloso cada día. Ahora se alaba de que si quiere hará que os venga un hijo por lo alto de los aires.

El rey mandó venir al sastre y le dijo que si le traía un hijo dentro de ocho días le daría su hija mayor en matrimonio.

-La recompensa es buena, -se decía el sastrecillo- con ella puede quedar cualquiera contento; pero las cerezas están demasiado altas; si subo al árbol se romperán las ramas y caeré al suelo.

Fue a su casa y se sentó con las piernas cruzadas sobre su banco para reflexionar lo que debía hacer.

Es imposible, exclamó al fin; tengo que marcharme, aquí no hay descanso para mí.

Hizo su maleta y se apresuró a salir de la ciudad.

Al pasar por el prado vio a su vieja amiga la cigüeña, que se paseaba a lo largo y a lo ancho, como un filósofo y que se detenía de tiempo en tiempo para observar algunas ranas que acababa por zamparse. Salió a su encuentro para saludarle.

-¿Dónde vas con el saco a la espalda? -le dijo-; ¿dejas ya la ciudad?

El sastre le refirió el compromiso en que lo había puesto el rey y se quejó amargamente de su suerte.

-No te incomodes por tan poca cosa, -le contestó-; yo te sacaré adelante; yo he llevado ya muchos niños y puedo muy bien en una ocasión como esta llevar un principito. Vuelve a tu tienda y estate quieto. De hoy en tres días si vas al palacio del rey me hallarás a tu lado.

El sastrecillo se volvió a su casa y en el día convenido se dirigió a palacio. Un instante después llegó la cigüeña con rápido vuelo y llamó a la ventana. La abrió el sastre y la comadre de largos pies entró con precaución y se adelantó gravemente por el pavimento de mármol. Llevaba en el pico un niño tan hermoso como un ángel que tendía sus manecitas hacia la reina; se le puso encima de las rodillas y la reina se puso a besarle y a estrecharle contra su corazón en muestra de su alegría.

Antes de marcharse, la cigüeña cogió su saco de viaje que llevaba a la espalda y le presentó a la reina. Se hallaba lleno de cucuruchos de bombones de todos colores que fueron distribuidos a las princesitas. La mayor no tomó ninguno, porque era demasiado grande, pero la dieron por marido a nuestro sastrecillo.

-Puedo decir, -pensaba el sastre-, que me ha caído el premio grande de la lotería. Mi madre tenía razón cuando decía que, con fe en Dios y fortuna se sale bien en todo.

El zapatero se vio obligado a hacer los zapatos que sirvieron al sastre para el baile de boda. Después le echaron de la ciudad, prohibiéndole entrar nunca en ella. Tomó el camino del bosque y al pasar por delante de la horca, anonadado por el calor, la cólera y los celos, se echó al lado de los palos. Pero cuando iba a dormirse, los dos cuervos que se hallaban encima de las cabezas de los ahorcados, se lanzaron sobre él dando grandes gritos y le sacaron los ojos. Corrió como un insensato a través del bosque y debe haber muerto de hambre pues desde entonces nadie le ha visto, ni ha tenido noticias de él.

EL HOMBRE DE LA PIEL DE OSO

Un joven se alistó en el ejército y se portó con mucho valor, siendo siempre el primero en todas las batallas. Todo fue bien durante la guerra, pero en cuanto se hizo la paz, recibió la licencia y orden para marcharse donde le diera la gana. Habían muerto sus padres y no tenía casa, suplicó a sus hermanos que le admitiesen en la suya hasta que volviese a comenzar la guerra; pero tenían el corazón muy duro y le respondieron que no podían hacer nada por él, que no servía para nada y que debía salir adelante como mejor pudiese. El pobre diablo no poseía más que su fusil, se lo echó a la espalda y se marchó a la ventura.

Llegó a un desierto muy grande, en el que no se veía más que un círculo de árboles. Se sentó allí a la sombra, pensando con tristeza en su suerte.

-No tengo dinero, no he aprendido ningún oficio; mientras ha habido guerra he podido servir al rey, pero ahora que se ha hecho la paz no sirvo para nada; según voy viendo tengo que morirme de hambre.

Al mismo tiempo oyó ruido y levantando los ojos, distinguió delante de sí a un desconocido vestido de verde con un traje muy lujoso, pero con un horrible pie de caballo.

-Sé lo que necesitas, -le dijo el extraño-, dinero; tendrás tanto como puedas desear, pero antes necesito saber si tienes miedo, pues no doy nada a los cobardes.

-Soldado y cobarde, -respondió el joven-, son dos palabras que no se han hermanado nunca. Puedes someterme a la prueba que quieras.

-Pues bien, -repuso el forastero-, mira detrás de ti.

El soldado se volvió y vio un enorme oso que iba a lanzarse sobre él dando horribles gruñidos.

-¡Ah! ¡Ah! -exclamó-, voy a romperte las narices y a quitarte la gana de gruñir; y echándose el fusil a la cara, le dio un balazo en las narices y el oso cayó muerto en el acto.

-Veo, -dijo el forastero-, que no te falta valor, pero debes llenar además otras condiciones.

-Nada me detiene, -replicó el soldado-, que veía bien con quién tenía que habérselas, siempre que no se comprometa mi salvación eterna.

-Tú juzgarás por ti mismo, -le respondió el hombre-. Durante siete años no debes lavarte ni peinarte la barba ni el pelo, ni cortarte las uñas, ni rezar. Voy a darte un vestido y una capa que llevarás durante todo este tiempo. Si mueres en este intervalo me perteneces a mí, pero si vives más de los siete años, serás libre y rico para toda tu vida.

El soldado pensó en la gran miseria a que se veía reducido; él que había desafiado tantas veces la muerte, podía muy bien arriesgarse una vez más. Aceptó. El diablo se quitó su vestido verde y se lo dio diciéndole:

-Mientras lleves puesto este vestido, siempre que metas la mano en el bolsillo sacarás un puñado de oro.

Después le quitó la piel al oso y añadió:

-Esta será tu capa y también tu cama, pues no debes tener ninguna otra, y a causa de este vestido te llamarán Piel de Oso.

El diablo desapareció enseguida.

El soldado se puso su vestido y metiendo la mano en el bolsillo, vio que el diablo no le había engañado. Se endosó también la piel de oso y se puso a correr el mundo dándose buena vida y no careciendo de nada de lo que hace engordar a las gentes y enflaquecer al bolsillo. El primer año tenía una figura pasadera, pero al segundo tenía todo el aire de un monstruo. Los cabellos le cubrían la cara casi por completo, la barba se había mezclado con ellos y se hallaba su rostro tan lleno de cieno, que si hubieran sembrado yerba en él hubiese nacido de seguro. Todo el mundo huía de él; sin embargo, como socorría a todos los pobres pidiéndoles rogasen a Dios porque no muriese en los siete años y como hablaba como un hombre de bien, siempre hallaba buena acogida.

Al cuarto año entró en una posada, cuyo dueño no quería recibirle ni aun en la caballeriza, por temor de que no asustase a los caballos. Pero cuando Piel de Oso sacó un puñado de duros de su bolsillo, se dejó ganar el patrón y le dio un cuarto en la parte trasera del patio a condición de que no se dejaría ver para que no perdiese su reputación el establecimiento.

Una noche estaba sentado Piel de Oso en su cuarto, deseando de todo corazón la conclusión de los siete años, cuando oyó llorar en el cuarto inmediato. Como tenía buen corazón, abrió la puerta y vio a un anciano que sollozaba con la cabeza entre las manos. Pero viendo entrar a Piel de Oso, el hombre asustado quiso huir. Mas se tranquilizó por último oyendo una voz humana que le hablaba y Piel de Oso concluyó, a fuerza de palabras amistosas, por hacerle referir la causa de su disgusto. Había perdido todos sus bienes y estaba reducido con sus hijas a tal miseria que no podía pagar al huésped y le iban a poner preso.

-Si no tenéis otro cuidado, -le dijo Piel de Oso-, yo poseo dinero bastante para sacaros de vuestro apuro.

Y mandando venir al posadero le pagó y dio, además, a aquel desgraciado una fuerte suma para sus necesidades.

El anciano, viéndose salvado, no sabía cómo manifestar su reconocimiento.

-Ven conmigo, -le dijo-; mis hijas son modelos de hermosura, elegirás una por mujer y no se negará en cuanto sepa lo que acabas de hacer por mí. Tu aire es en verdad un poco extraño, pero una mujer te reformará bien pronto.

Piel de Oso consintió en acompañar al anciano, mas cuando la hija mayor vio su horrible rostro, echó a correr asustada dando gritos de espanto. La segunda le miró y después de haberle contemplado de arriba abajo, dijo:

-¿Cómo aceptar un marido que no tiene figura humana? Preferiría el oso afeitado que vi un día en la feria y que estaba vestido de hombre con una pelliza de húsar y sus guantes blancos. Al menos no era más que feo y podía uno acostumbrarse a él.

Pero la menor dijo:

-Querido padre, debe ser un hombre muy honrado, puesto que nos ha socorrido; le habéis prometido una mujer y es preciso hacer honor a vuestra palabra.

Por desgracia el rostro de Piel de Oso estaba cubierto de pelo y de barro, pues si no se hubiera podido ver brillar la alegría que rebotó en su corazón al oír estas palabras. Quitó un anillo de su dedo, lo partió en dos, dio la mitad a su prometida, recomendándole le guardase mientras él conservaba la otra parte. En la mitad que le dio inscribió su propio nombre y el de la joven en la que guardó para sí. Después se despidió de ella, diciendo:

-Os dejo hasta dentro de tres años, si vuelvo nos casaremos, pero si no vuelvo es que he muerto y entonces seréis libre.

Pedid a Dios que me conserve la vida.

La pobre joven estaba siempre triste desde aquel día y se le saltaban las lágrimas cuando se acordaba de su futuro marido. Sus hermanas, por su parte, le dirigían las chanzas más groseras.

-Ten cuidado, -le decía la mayor-, cuando le des la mano, no te desuelle con su pata.

-Desconfía de él, -le decía la segunda-; los osos son aficionados a la carne blanca; si le gusta te comerá.

-Tendrás que hacer siempre su voluntad, -añadía la mayor-, pues de otro modo no te faltarán gruñidos.

-Pero, -añadía la segunda-, el baile de la boda será alegre; los osos bailan mucho y bien.

La pobre joven dejaba hablar a sus hermanas sin incomodarse. En cuanto al hombre de la Piel de Oso, andaba siempre por el mundo haciendo todo el bien que podía y dando generosamente a los pobres para que pidiesen por él.

Cuando llegó al fin el último día de los siete años, volvió al desierto y se puso en la plazuela de árboles. Se levantó un aire muy fuerte y no tardó en presentarse el diablo de muy mal humor; dio al soldado sus vestidos viejos y le pidió el suyo verde.

-Espera, -dijo Piel de Oso-, es preciso que me limpies antes.

El diablo se vio obligado, bien a pesar suyo, a ir a buscar agua y lavarle, peinarle el pelo y cortarle las uñas. El joven tomó el aire de un bravo soldado mucho mejor mozo de lo que era antes.

Piel de Oso se sintió aliviado de un gran peso cuando partió el diablo sin atormentarle de ningún otro modo. Volvió a la ciudad y se puso un magnífico vestido de terciopelo, y subiendo a un coche tirado por cuatro caballos blancos, se hizo conducir a casa de su prometida. Nadie le conoció; el padre le tomó por un oficial superior y le condujo al cuarto donde se hallaban sus hijas. Las dos mayores le hicieron sentar a su lado, le sirvieron una excelente comida y declarando que no habían visto nunca un caballero tan buen mozo. En cuanto a su prometida, estaba sentada enfrente de él con su vestido negro, los ojos bajos y sin decir una sola palabra.

El padre le preguntó, por último, si quería casarse con alguna de sus hijas y las dos mayores corrieron a su cuarto para vestirse, pensando cada una de ellas que sería la preferida.

El forastero se quedó solo con su prometida, sacó la mitad del anillo que llevaba en el bolsillo y lo echó en un vaso de vino que le ofreció. Se puso a beber y distinguió aquel fragmento en el fondo del vaso; se estremeció su corazón de alegría.

Cogió la otra mitad que llevaba colgada al cuello y la acercó a la primera, uniéndose ambas exactamente. Entonces él le dijo:

-Soy tu prometido, el que has visto bajo una piel de oso; ahora, por la gracia de Dios, he recobrado la figura humana y estoy purificado de mis pecados.

Y tomándola en sus brazos, la estrechaba en ellos cariñosamente en el momento mismo en que entraban sus dos hermanas con sus magníficos trajes; pero cuando vieron que aquel joven tan buen mozo era para su hermana y que era el hombre de la piel de oso, se marcharon llenas de disgusto y cólera. La primera se tiró a un pozo y la segunda se colgó de un árbol.

Por la noche llamaron a la puerta y yendo a abrir el marido, vio al diablo con su vestido verde que le dijo:

-No he salido mal; he perdido un alma pero he ganado dos.

JUANITA Y JUANITO

En medio de un espeso bosque había un antiguo castillo habitado únicamente por una anciana, la cual era hechicera, por el día se convertía en gato o ave nocturna, mas por la noche volvía a tomar su forma humana. Cogía y cazaba animales y pájaros, los mataba, los cocía y se los comía; si se acercaba alguien a cien pasos de su castillo, se quedaba parado en el sitio por donde se había acercado; del cual no se podía mover, hasta que ella se lo permitía; si era una doncella la que entraba en aquel círculo, la convertía en pájaro, la encerraba en una jaula y la llevaba a una habitación del castillo donde había llegado a reunir unas setecientas jaulas de este género.

Había por entonces una doncella, llamada Juanita, que era mucho más hermosa que todas las doncellas de su edad, la cual se hallaba prometida a un joven, también muy buen mozo, llamado Juanito; hallábanse próximos a contraer matrimonio y no tenían más placer que estar juntos y para poder hablar con mas confianza, iban al bosque a pasear.

-Guárdate, -le decía Juanito-, de acercarte mucho al castillo.

Pero una hermosa tarde, cuando el sol iluminaba la verde yerba del bosque a través de las copas de los árboles y las tórtolas expresaban sus quejas en animados gorjeos, Juanita se puso a escucharlas y comenzó a llorar, y al verla Juanito echó a llorar también. Estaban tan turbados como si se hallaran próximos a la muerte; miraron a su alrededor, se habían perdido e ignoraban por dónde debían volver a su casa. El sol estaba ocultándose detrás de la montaña; Juanito miró a través de los árboles y vio que se hallaban próximos a las viejas paredes del castillo, se asustó, quedó pálido y desfallecido. Juanita comenzó a cantar:

Pajarillo, pajarillo,

el del dorado collar;

¿qué cantas, qué cantas, dime?

cantas, cantas tu pesar.

¿Qué canta mi palomita,

qué cantas, dímelo tú,

cantas acaso su muerte?

Cántala tú, sí, tú, sí, tú.

Juanito miró a Juanita, la cual se había convertido en un ruiseñor, que cantaba, sí, tú, sí, tú. Un ave, nocturna de brillantes ojos voló tres veces alrededor de ella y gritó también tres veces: ¡hu, hu, hu! Juanito no podía moverse, estaba como petrificado, no podía llorar, ni hablar, ni menear ni la mano, ni el pie. Acababa de ponerse el sol, voló el ave a un arbusto y al poco rato salió de detrás de él una vieja pálida y flaca; con grandes ojos colorados, nariz aplastada y retorcida por la punta, que le llegaba hasta la barba. Murmuró algunas palabras, llamó al ruiseñor y le cogió con la mano.

Juanito no podía hablar, ni moverse del sitio donde se hallaba; el ruiseñor desapareció. Volvió luego la mujer y dijo con voz ronca:

-Yo te saludo, la luna ha aparecido en el cielo, estás libre; sea en buen hora.

Y Juanito quedó en libertad.

Arrojose entonces a los pies de aquella mujer y le suplicó le permitiese llevarse a su Juanita, mas ella le dijo que no lo conseguiría jamás y se marchó. La llamó, lloró, se lamentó, todo fue en vano.

-¡Oh, qué va a ser de mí!

Juanito echó a andar hasta que llegó a una aldea lejana; donde guardó ovejas por mucho tiempo. Con frecuencia iba a dar una vuelta alrededor del castillo, pero nunca se acercaba; al fin soñó una noche que se había encontrado una rosa de color de sangre, en cuyo centro había una perla muy grande; cogió la rosa, se marchó al castillo y todo lo que tocaba con ella quedaba desencantado; también soñó haber vuelto a reunirse con su Juanita. Cuando despertó por la mañana comenzó a buscar por las montañas y valles para ver si encontraba una rosa como la que había soñado, la buscó nueve días seguidos y una mañana halló una rosa de color de sangre; en su centro había una gota de rocío tan grande como una hermosa perla. Dirigióse al castillo con su rosa, no se quedó petrificado y pudo seguir andando hasta llegar a la puerta.

Juanito se puso muy alegre, tocó las puertas con la flor y se abrieron; entró y se detuvo en el patio para escuchar dónde se oía el canto de los pájaros, hasta que le oyó al fin; se dirigió hacia aquel punto y se encontró en un salón en el cual se hallaba la hechicera rodeada de siete mil jaulas de pájaros.

Cuando vio a Juanito se encolerizó mucho, gritó y le arrojó hiel y veneno, pero no pudo acercarse a dos pasos de él, sin embargo, no quiso retroceder y siguió recorriendo las jaulas llenas de pájaros; pero contenían muchos centenares de ruiseñores; ¿cómo encontrar a su Juanita?

Hallándose en esto, se acercó la vieja a hurtadillas a una jaula que tenía un pájaro al cual abrió la puerta; fue corriendo, tocó la jaula con la flor y también a la vieja, que desde entonces no podía encantar ya a nadie y se encontró al lado de Juanita que se arrojó a su cuello mucho más hermosa de lo que había estado nunca.

Volvió antes de marcharse a todos los pájaros a su primitivo ser de doncellas y se fue con su Juanita a su casa, donde vivieron por mucho tiempo felices y contentos.

EL JOVEN GIGANTE

Un labrador tenía un hijo tan grande como el dedo pulgar. Nunca crecía y en muchos años su estatura no se aumentó ni en un solo dedo. Un día que iba su padre a trabajar al campo, le dijo el pequeñillo:

-Padre, quiero ir contigo.

-¿Venir conmigo? -dijo el padre-; ¡quédate ahí! Fuera de casa no servirías más que para incomodar; y además podrías perderte.

Pero el enano echó a llorar y por tener paz se le metió a su padre en el bolsillo y le llevó consigo. En cuanto llegó a la tierra que iba a arar, le sentó en un surco recién abierto.

Estando allí se apareció un gigante muy grande que venía del otro lado de las montañas:

-Mira, el coco, -le dijo su padre-, que quería meter miedo a su hijo para que fuera más obediente; viene a cogerte. Pero el gigante, que había oído esto, llegó en dos pasos al surco, cogió al enanito y se le llevó sin decir una palabra. El padre, mudo de asombro, no tuvo fuerzas ni aun para dar un grito. Creyó perdido a su hijo y no esperó volverle a ver más.

El gigante se lo llevó a su casa y lo crió por sí mismo, el enanito tomó de repente una gran estatura, creció y llegó a ser parecido a un gigante. Al cabo de dos años el gigante fue con él al bosque, para probarle, le dijo:

-Cógeme una varilla.

El muchacho era ya tan fuerte, que arrancó de la tierra un arbolito con raíces. Pero el gigante se propuso que creciera todavía más y llevándoselo consigo, le crió todavía durante otros dos años. Al cabo de este tiempo, habían aumentado de tal modo sus fuerzas, que arrancaba de la tierra un árbol aunque fuera muy viejo. Pero esto no era suficiente para el gigante; lo crió todavía durante otros dos años, al cabo de los cuales fue con él al bosque y le dijo:

-Cógeme un palo de un tamaño regular.

El joven arrancó de la tierra la encina mayor del bosque, que dio un horrible estallido, no siendo este esfuerzo más que un juego para él.

-Está bien, -dijo el gigante-, ya ha concluido tu educación.

Y le llevó a la tierra donde le había cogido. Hallábase ocupado en labrar su padre, cuando se acercó a él el joven gigante y le dijo:

-Ya estoy aquí, padre mío, hecho todo un hombre.

El labrador, asustado, exclamó:

-No, tú no eres mi hijo, yo no te quiero; márchate.

-Sí, yo soy vuestro hijo. Dejadme trabajar en lugar vuestro. Yo araré tan bien y mejor que vos.

-No, no, tú no eres mi hijo, y tú no sabes arar; márchate.

Pero, como tenía miedo al coloso, dejó el arado y se puso a alguna distancia. Entonces, el joven, cogiendo su instrumento con una sola mano, se apoyó encima con tal fuerza, que la reja se hundió profundamente en la tierra. El labrador no pudo dejar de gritarle:

-Si quieres arar, no debes profundizar tanto, pues te saldrá muy mal el trabajo.

El joven desenganchó entonces los caballos y se enganchó al arado, diciendo a su padre:

-Id a casa, y decid a mi madre que me prepare una comida abundante; entretanto acabaré de arar esta tierra.

El labrador fue a su casa y se lo dijo todo a su mujer. En cuanto al joven gigante, aró toda la tierra, que tendría muy bien dos fanegas, por sí solo, y enseguida la rastrilló arrastrando dos rastrillos a la vez. Cuando hubo concluido fue al bosque, arrancó dos encinas que se echó al hombro y colgando en la una los dos rastrillos y en la otra los dos caballos, lo llevó todo a casa de sus padres con la misma facilidad que si fuera una paja.

Cuando entró en el patio, su madre, que no le conocía, exclamó:

-¿Quién es ese horrible gigante?

-Es nuestro hijo, -dijo el labrador.

-No, -dijo ella-, no es nuestro hijo; nuestro hijo ha muerto ya. Nosotros no hemos tenido nunca ninguno tan grande: el nuestro era muy pequeñito.

Y dirigiéndose a él:

-Márchate, -le gritó-; nosotros no te queremos.

El joven no le contestó. Llevó los caballos a la cuadra, les dio heno y avena y los cuidó perfectamente. Después, cuando hubo concluido, entró en el cuarto y sentándose en el banco:

-Madre, -dijo-, tengo hambre, ¿está pronta la comida?

-Sí, -respondió, y puso delante de él dos platos muy grandes, llenos hasta arriba y que hubieran bastado para comer ella y su marido durante ocho días.

El joven se comió todo; enseguida preguntó si había algo más.

-No; eso es todo lo que tenemos.

-Eso apenas ha bastado para abrirme el apetito; necesito otra cosa.

La madre no se atrevió a negarse: puso a la lumbre una marmita muy grande, llena de tocino y se le dio en cuanto estuvo cocido.

-Vamos, -dijo-, ahora ya se puede tomar un bocado.

Y se lo tragó todo sin que se le quitase el hambre. Entonces dijo a su padre:

-Veo que en casa no hay lo que necesito para comer. Buscadme una barra de hierro, bastante fuerte, que no se rompa encima de mi rodilla y me iré a correr el mundo.

El labrador estaba admirado. Enganchó los dos caballos al carro y trajo de la fragua una barra de hierro tan grande y tan gruesa que apenas podían arrastrarla los dos caballos.

El joven la cogió y la rompió en su rodilla como una paja; tiró los pedazos a un lado. El padre enganchó cuatro caballos y trajo otra barra de hierro, mucho más grande y fuerte que la primera. Pero su hijo la rompió también encima de la rodilla, diciendo:

Esta tampoco vale nada, traedme otra más fuerte. El padre enganchó por último ocho caballos y trajo una que apenas podían arrastrarla todos ellos. En cuanto la cogió el hijo en su mano, rompió un poco de una punta y dijo a su padre:

-Ahora veo que no podéis procurarme una barra de hierro como la que necesito. Me marchó de vuestra casa.

Para correr el mundo se hizo herrero. Llegó a una ciudad donde había un herrero muy avaro que no daba nunca nada a nadie y quería guardárselo todo para él solo. Se presentó en la fragua y le pidió trabajo. El maestro se admiró de ver un joven tan vigoroso y contó con que daría buenos martillazos y ganaría bien su dinero.

-¿Cuánto quieres de jornal? -le preguntó.

-Nada, -respondió el otro-, pero cada quincena cuando pagues a los demás quiero darte dos puñetazos, que quedarás obligado a recibir.

El avaro quedó muy satisfecho del contrato que le ahorraba mucho dinero. Al día siguiente el oficial forastero fue el que dio el primer martillazo cuando el maestro llevó la barra de hierro, ardiendo; le dio tal golpe, que el hierro se rompió y saltó, y el yunque se hundió tan profundamente en el suelo que no pudieron volverle a sacar. El maestro, incómodo, le dijo:

-No sirves para el oficio, porque pegas muy fuerte; ¿qué quieres que te dé por ese martillazo que has pegado?

-No quiero más que darte un puntillazo, uno solo.

Y le dio tal puntillazo, que le hizo saltar por encima de cuatro carros de heno. Después buscó la barra de hierro más gruesa que pudo hallar en la fragua y cogiéndola como un bastón, continuó su camino.

Un poco más lejos llegó a una granja y preguntó a su dueño si necesitaba algún criado.

-Sí -le respondió-, necesito uno. Tú me pareces un muchacho muy vigoroso y que sabes tu obligación. Pero ¿cuanto quieres de salario?

Le respondió que no quería salario, que se contentaba con darle todos los años tres trompis, que se obligaría a recibir. El extranjero se alegró mucho de este contrato porque era también muy avaricioso.

Al día siguiente había que ir a buscar madera al bosque, los otros criados estaban ya de pie, pero nuestro joven se hallaba aun en la cama. Uno de ellos le gritó:

-Levántate, que ya es hora, vamos al bosque y es preciso que vengas con nosotros.

-Id delante, -le contestó bruscamente-, yo estaré de vuelta mucho antes que vosotros.

Los otros fueron a buscar al amo y le dijeron que el criado nuevo estaba todavía acostado y no quería ir con ellos al bosque. El amo les dijo que fueran a despertarle otra vez y le dieron orden de enganchar los caballos. Pero nuestro hombre les volvió a responder:

-Id delante, que yo estaré de vuelta antes que vosotros.

Todavía estuvo acostado dos horas; al cabo de este tiempo se levantó y después de haber cogido dos fanegas de guisantes y hacerse un buen cocido que comió tranquilamente enganchó los caballos para conducir la carreta al bosque. Para llegar a este sitio había que pasar por un camino que se hallaba en una hondonada; hizo pasar primero la carreta, después, deteniendo los caballos volvió atrás, cubrió el camino con árboles y malezas, de modo que no era posible pasar. Cuando entró en el bosque los otros volvían ya con sus carretas cargadas y les dijo:

-Id delante, que yo estaré en casa antes que vosotros.

Sin andar más, se contentó con arrancar dos árboles enormes que echó en su carreta y después se volvió por el mismo camino. Cuando los halló detenidos y sin poder pasar delante de los árboles que había preparado con aquel objeto les dijo:

-Si os hubierais quedado en casa esta mañana como yo, habríais dormido una hora más y no entraríais esta noche otra hora más tarde.

Y como no podían avanzar sus caballos, los desenganchó, los puso encima de la carreta y cogiendo él mismo la lanza en la mano, cargó con todo como si fuera un puñado de plumas. Cuando estuvo al otro lado:

-Ved, -les dijo-, como llego mucho antes que vosotros; -y continuó su camino sin aguardarlos. Al llegar cogió un árbol en la mano, y le enseñó al amo, diciendo:

-¿No es este un hermoso tronco?

El amo dijo a su mujer:

-Este es un buen criado, si se levanta más tarde que los demás, también está de regreso antes que ellos.

Sirvió al granjero durante un año. Cuando éste expiró y recibieron su salario los otros criados, quiso también cobrarse el suyo. Pero el amo, atemorizado por la perspectiva de los golpes que tenía que recibir, le suplicó en el acto se los perdonase, declarándole que prefería ser él mismo su criado y cederle la granja.

-No, -le respondió-, yo no quiero la granja, soy criado y quiero continuar siéndolo, pero lo que se ha convenido debe ejecutarse.

El granjero le ofreció darle todo lo que quisiera, pero fue en vano, pues respondía siempre:

-No.

Le pidió un plazo de quince días para buscar alguna escapatoria. El otro consintió.

El arrendatario reunió entonces a todos sus criados y les pidió su parecer. Después de haber reflexionado por mucho tiempo respondieron que con un criado semejante nadie estaba seguro de su vida y que mataría a un hombre como a una mosca. Fueron, pues, de parecer que se le hiciera bajar al pozo, so protesto de limpiarle, y en cuanto estuviera abajo, echarle encima de la cabeza una porción de piedras de molino que estaban allí cerca, de modo que le matasen en el acto.

El consejo agradó al arrendatario y el criado se apresuró a bajar al pozo. En cuanto estuvo en el fondo, le arrojaron aquellas enormes piedras creyendo que le desharían la cabeza, pero él les gritaba desde abajo:

-Echad las gallinas de ahí, arañan en la arena y me cae en los ojos, me han cegado.

El arrendatario hizo ¡spcha! ¡spcha! como si echara las gallinas. Cuando concluyó y subió el criado.

-Mira; -le dijo-, qué hermoso collar.

Era la mayor de las piedras que tenía alrededor del cuello.

El criado seguía exigiendo su salario, pero el arrendatario le pidió otros quince días, decidido a reflexionarlo. Sus criados le aconsejaron enviase al joven a un molino encantado para moler el grano durante la noche, pues nadie había salido vivo al día siguiente. Este consejo agradó al arrendatario y en el mismo instante envió a su criado al molino a llevar ocho fanegas de trigo y molerlas durante la noche, porque estaban ya haciendo falta. El criado echó dos fanegas de trigo en su bolsillo derecho, dos en el izquierdo, se cargó cuatro en una alforja, dos por delante y dos por detrás, y marchó corriendo al molino. El molinero le dijo que podía muy bien moler de día y no de noche, pues todos los que se aventuraban a ello, habían aparecido muertos a la mañana siguiente.

-No moriré yo; idos a costar y dormid sin cuidado.

Y entrando en el molino empezó a moler el trigo como si no se tratase de nada.

Hacia las once de la noche entró en el cuarto del molinero y se sentó en un banco. Al cabo de un instante se abrió la puerta por sí misma y vio entrar una mesa muy grande, en la que se colocaron por sí solos una multitud de platos y de botellas llenos de las cosas más exquisitas, sin que apareciera nadie para llevarlos. Los taburetes se colocaron también alrededor de la mesa, sin que se presentase nadie, pero el joven vio al fin dedos sin mano ni nada, que iban y venían a los platos, y manejaban los tenedores y los cuchillos. Como tenía hambre y le olían bien los manjares, se sentó también a la mesa y comió con apetito. Cuando hubo concluido de cenar y los platos vacíos anunciaron que los invisibles habían concluido también, oyó claramente que apagaban las luces y se apagaron todas de repente. Entonces, en la oscuridad, sintió en su mejilla una cosa parecida a un bofetón y dijo en voz alta:

-Si empezas, empiezo yo también.

Recibió, sin embargo, un segundo y correspondió entonces.

Los bofetones dados y devueltos continuaron toda la noche y el joven gigante no se quedó atrás en el juego. Al amanecer cesó todo. Llegó el molinero y se admiró de hallarle vivo todavía.

-Me he regalado bien, -dijo el gigante- he recibido bofetones, pero también los he dado.

El molinero se puso muy contento, porque ya estaba desencantado su molino; quería dar al joven gigante mucho dinero para recompensarle.

-No quiero dinero, -le dijo-, tengo más del que necesito.

Y echándose sus sacos de harina a la espalda, volvió a la granja y declaró al arrendatario que estaba concluida su comisión y quería su salario.

El arrendatario estaba asustado; no podía estar quieto en un lugar, iba y venía por el cuarto y las gotas de sudor le caían por el rostro. Para respirar un poco abrió la ventana; pero antes que tuviera tiempo de desconfiar, le dio un puntillón al criado, que le hizo salir volando por la ventana y subir por el aire, y que continuó hasta perderse de vista.

Entonces dijo el criado a la arrendataria:

-Ahora os toca a vos, pues vuestro marido no ha podido recibir el segundo puntillón.

Pero ella exclamó:

-No, no, a las mujeres no se les pega.

Y abrió la otra ventana, porque le corría el sudor por la frente, pero recibió un puntillón que la echó a volar por el aire, más alto todavía que a su marido, porque era mucho más ligera.

Su marido le gritaba:

-Ven conmigo.

Y ella le respondía:

-Ven conmigo tú, pues no puedo ir yo.

Y continuaron flotando en el aire, sin conseguir reunirse, y quizá flotan en él todavía.

En cuanto al joven gigante, cogió su barra de hierro y se puso en camino.

EL OSO Y EL REYEZUELO

El oso y el lobo se paseaban un día por el bosque, cuando el oso oyó cantar a un pájaro.

-Hermano lobo, -le preguntó-, ¿quién es ese hermoso cantor?

-Es el rey de los pájaros, -contestó el lobo-, debemos saludarle.

Era en efecto el reyezuelo.

-En ese caso, -dijo el oso-, Su Majestad tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría verle.

-Eso no es tan fácil como piensas, -replicó el lobo-, pues es preciso aguardar a que esté en él la reina.

La reina llegó en este intermedio, la cual, lo mismo que el rey, tenía en su pico gusanillos para dar de comer a sus hijuelos. El oso los hubiera seguido con mucho gusto, pero le detuvo el lobo por la manga, diciéndole:

-No, espera a que salgan.

Tuvieron únicamente cuidado con el lugar donde se hallaba el nido y continuaron su camino.

Mas el oso no podía parar de curiosear hasta ver el palacio del rey de los pájaros y no tardó en volver. El rey y la reina estaban fuera; dirigió una mirada a hurtadillas y vio cinco o seis pajarillos acostados en el nido.

-Si es este el palacio, -exclamó-, es un palacio bien triste; y en cuanto a vosotros, vosotros no sois hijos de un rey, sino unas criaturas bien pequeñas e innobles.

Los reyezuelos se incomodaron mucho al oír esto y comenzaron a gritar:

-No, no, no, nosotros no somos lo que nos dices; nuestros padres son nobles; pagarás cara esta injuria.

El lobo y el oso tomaron miedo al oír esta amenaza y se refugiaron en sus agujeros.

Pero los reyezuelos continuaron gritando y haciendo ruido, y dijeron a sus padres en cuanto vinieron a traerles de comer:

-El oso ha venido a insultarnos, no nos menearemos de aquí y no comeremos nada hasta que hayáis dejado bien puesta nuestra reputación.

-No tengáis cuidado, -les dijo el rey-, volveré por vuestra honra.

Y marchó volando con la reina hasta el agujero del oso, donde le gritó:

-Viejo gruñón, ¿por qué has insultado a mis hijos? Te pesará, porque vamos a hacerte una guerra a muerte.

Declarada la guerra, el oso llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, el buey, la vaca, el asno, el ciervo, el corzo y todos sus semejantes. El reyezuelo convocó por su parte a todos los que vuelan por los aires, no solo a los pájaros grandes y pequeños, sino también a los insectos alados: tales como las moscas, cínifes, abejas y avispas. Cuando llegó el día de la batalla, el reyezuelo envió espías para saber quién era el general del ejército enemigo; el cínife, como el más pequeño de todos, voló al bosque donde estaba reunido el enemigo y se ocultó bajo la hoja de un árbol, a cuyo alrededor se hallaba deliberando el consejo. El oso llamó al zorro y le dijo:

-Compadre, tú eres el más astuto de todos los animales, tú serás nuestro general.

-Con mucho gusto, -contestó-, pero es preciso convenir en una señal.

Nadie se atrevió a decir una palabra.

-Pues bien, -continuó- yo tengo una cola muy hermosa, larga y espesa como un penacho rojo; mientras la tenga levantada en alto, las cosas van bien y marcháis adelante; pero en cuanto la baje al suelo, será la señal de sálvese el que pueda.

El cínife, que había comprendido bien, fue al punto a contárselo todo al reyezuelo.

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla; galopando de tal manera que la tierra temblaba bajo sus pies. El reyezuelo apareció en los aires con su ejército, que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos. Se atacaron con furor. Pero el reyezuelo envió a la avispa con la orden de colocarse bajo la cola del zorro y picarle con todas sus fuerzas. El zorro no pudo menos de dar un salto al primer aguijonazo, pero conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo se vio obligado a bajarla un instante; pero al tercero no pudo tenerla alzada por más tiempo y la apretó entre las piernas dando agudos gritos. Al ver esto, creyeron los cuadrúpedos que se había perdido todo y comenzaron a huir cada uno a su agujero, y así ganaron la batalla los pájaros.

El rey y la reina volaron enseguida a su nido, exclamando:

-Somos vencedores, hijos; bebed y comed alegremente.

-No, -contestaron los pajarillos-; es necesario que venga el oso a pedirnos perdón y a declarar que reconoce nuestra nobleza.

El reyezuelo voló al agujero del oso y le dijo:

-Viejo gruñón, ve a pedir perdón delante del nido de mis hijos y a declararles que reconoces su nobleza. ¡Ay de ti, si no!

Asustado el oso, se acercó arrastrando y pidió el perdón exigido; entonces se sosegaron al fin los reyezuelos y pasaron la noche alegremente en fiestas.

LOS DOCE CAZADORES

Había una vez un príncipe que tenía una novia, a la cual quería mucho; hallábase siempre a su lado y estaba muy contento, pero tuvo noticia de que su padre, que vivía en otro reino, se hallaba mortalmente enfermo y quería verle antes de morir; entonces dijo a su amada:

-Tengo que marcharme y abandonarte, pero aquí tienes esta sortija en memoria de nuestro amor y cuando sea rey volveré y te llevaré a mi palacio.

Se puso en camino y cuando llegó al lado de su padre, se hallaba moribundo, y le dirigió estas palabras:

-Querido hijo mío, he querido verte por última vez antes de morir; prométeme casarte con la mujer que te designe.

Y le nombró una princesa que debía ser su esposa.

El joven estaba tan afligido, que le contestó sin reflexionar:

-Sí, querido padre, cumpliré vuestra voluntad. Y el rey cerró los ojos y murió.

Comenzó entonces a reinar el hijo y trascurrido el tiempo del luto debía cumplir su promesa, por lo que envió a buscar a la hija del rey con la cual había dado palabra de casarse. Súpolo su primera novia y sintió mucho su infidelidad, llegando casi a perder la salud. Entonces le preguntó su padre:

-Dime, querida hija, ¿qué te falta?, ¿qué tienes? Reflexionó ella un momento y después contestó:

-Querido padre, quisiera encontrar once jóvenes iguales a mi rostro y estatura.

El rey le respondió:

-Se cumplirá tu deseo si es posible.

Y mandó buscar por todo su reino once doncellas que fueran iguales a su hija en rostro y estatura.

Cuando las hubo encontrado, se vistieron todas de cazadores con trajes enteramente iguales; la princesa se despidió después de su padre y se marchó con sus compañeras a la corte de su antiguo novio; preguntó si necesitaba cazadores y si podían entrar todos en su servicio. El rey la miró y no la conoció; pero como todos eran tan buenos mozos, dijo que sí, que los recibiría con gusto. Y quedaron los doce cazadores a servicio del rey.

Pero el rey tenía un león, que era un animal mágico, pues sabía todo lo oculto y secreto, y una noche le dijo:

-¿Crees que tienes doce cazadores?

-Sí, -contestó el rey-, los cazadores son doce. Pero el león añadió:

-Te engañas, son doce doncellas.

El rey replicó:

-No puede ser verdad; ¿cómo me lo probarás?

-Manda echar guisantes en tu cuarto, -replicó el león-, y lo verás con facilidad. Los hombres tienen el paso firme; cuando andan sobre guisantes, ninguno se mueve; pero las mujeres caminan con inseguridad y vacilan y los guisantes ruedan.

El rey siguió su consejo y mandó extender los guisantes. Mas un criado del rey, que quería mucho a los cazadores, cuando supo que debían ser sometidos a una prueba, se lo contó diciéndoles:

-El león quiere probar al rey que sois mujeres.

Agradecióselo la princesa y dijo a sus doncellas:

-Id con cuidado, y andad con paso fuerte por los guisantes.

Cuando el rey llamó al día siguiente a los cazadores y fue a su cuarto donde estaban los guisantes, comenzaron a andar con fuerza y con un paso tan firme y seguro, que ni uno solo rodó ni se movió. Cuando se marcharon, dijo el rey al león:

-Me has engañado, andan como hombres.

El león le contestó:

-Lo han sabido y han procurado salir bien de la prueba, haciendo un esfuerzo. Pero manda traer doce husos a tu cuarto y cuando entren verás cómo se sonríen, lo cual no hacen los hombres.

Agradó al rey el consejo y mandó llevar las ruecas a su cuarto.

Pero el criado, que tenía cada vez más afición a los cazadores, fue a verlos y les descubrió el secreto. Entonces dijo la princesa a sus once doncellas, así que estuvieron solas:

-Estad con cuidado y no miréis a las ruecas.

Cuando el rey llamó al día siguiente a los doce cazadores, entraron en su cuarto sin mirar a las rucas. El rey dijo entonces al león:

-Me has engañado, son hombres, pues no han mirado las rucas.

El león le contestó:

-Han sabido que debían ser sometidos a esta prueba y han procurado vencerse.

Pero el rey no quiso creer ya al león.

Los doce cazadores seguían al rey constantemente a la caza, el cual había llegado a tenerles verdadero cariño; pero un día, estando cazando, llegó la noticia de que había llegado la esposa del rey; su antigua novia, al oírlo, lo sintió tanto, que la faltaron las fuerzas y cayó desmayada en el suelo. El rey creyó que había dado mal de corazón a su querido cazador, se acercó a él para auxiliarle, le quitó el guante y vio en su mano la sortija que había regalado a su primera novia; miróla entonces a la cara y la conoció, conmoviéndose de tal modo su alma, que le dio un beso y cuando volvió en sí le dijo:

-Tú eres mía y yo soy tuyo, y ningún hombre del mundo puede separarnos.

Envío a su otra novia un caballero diciéndole que regresase a su reino, pues estaba ya casado y no tardaron en celebrar su boda, perdonando al león porque había dicho la verdad.

EL SASTRECILLO VALIENTE

Un sastrecillo estaba sentado en su mesa cerca de la ventana en una hermosa mañana de verano, cosiendo alegremente y con mucha prisa, cuando acertó a pasar por la calle una mujer que voceaba:

-¿Quién compra buena crema? ¿Quién compra buena crema?

Esta palabra crema sonó tan agradablemente a nuestro hombre que, asomando su pequeña cabeza por la ventana, exclamó:

-Aquí, buena mujer, entrad aquí y encontraréis comprador.

Subió cargada con su pesado cesto los tres escalones de la tienda del sastre y tuvo que poner delante de él todos sus cacharros para que los mirase, manejase y oliese el uno después del otro concluyendo por decir:

-Me parece que es buena esta crema; dadme dos onzas buena mujer y aunque sea un cuarterón.

La vendedora, que había creído hacer un negocio mucho mejor, le dio lo que pedía, pero se fue gruñendo y refunfuñando.

-Ahora, -exclamó el sastrecillo-, suplico a Dios que tenga a bien bendecir esta buena crema para que me dé fuerza y vigor.

Y cogiendo el pan del armario partió una larga rebanada para extender su crema encima.

-¡Qué bien me va a saber!, -pensó para sí-, pero antes de comérmela voy a acabar esta chaqueta.

Colocó la tostada a su lado y se puso a coser de nuevo y era tal su alegría que daba las puntadas cada vez mayores. Pero el olor de la crema atraía las moscas que cubrían la pared y vinieron en gran número a colocarse encima de ello.

-¿Quién os ha llamado aquí?, -dijo el sastre echando a estos huéspedes incómodos.

Pero las moscas sin hacerle caso volvieron en mayor número que antes.

Se incomodó entonces y sacando de su cajón un pedazo de paño:

-Esperad, -exclamó-, yo os arreglaré-, y les dio sin piedad.

Después del primer golpe, contó las muertas y no había nada menos que siete, que estaban con las patas extendidas.

-¡Diablos!, -se dijo admirado de su valor-, parece que soy un valiente; es necesario que lo sepa toda la ciudad.

Y en su entusiasmo se hizo un cinturón y bordó encima con letras muy gordas: «Mató siete de un cachete.»

-Pero la ciudad es muy pequeña, -añadió en seguida-; debe saberlo el mundo entero.

El corazón le saltaba de alegría dentro del pecho, como la cola de un corderillo.

Se puso su cinturón y resolvió recorrer el mundo, pues su tienda le pareció desde entonces un teatro muy pequeño para su valor.

Antes de salir de su casa buscó por toda ella lo que había de llevar, pero no encontró más que un queso rancio que se metió en el bolsillo. Delante de la puerta había un pájaro en su jaula, que se metió en el bolsillo con el queso.

Después emprendió valerosamente su camino y como era listo y activo, anduvo una semana.

Pasó por una montaña, en cuya cumbre había un enorme gigante que miraba tranquilamente a los pasajeros. El sastrecillo se fue derecho a él y le dijo:

-Buenos días, compañero; ¿qué haces ahí sentado? ¿Estás mirando cómo se mueve el mundo a tus pies? Yo me he puesto en camino en busca de aventuras; ¿quieres venir conmigo?

El gigante le contestó con aire de desprecio:

-¡Bribonzuelo, sietemesino!

-¿Cómo te atreves a decirme eso?, -exclamó el sastre.

Y desabotonándose el chaleco, le enseñó el cinturón diciendo:

-Lee aquí y verás qué clase de hombre soy.

El gigante leyó, «siete de un cachete», se imaginó que eran hombres lo que había muerto el sastre y miró con un poco más de respeto a su débil interlocutor. Sin embargo, para experimentar le cogió un guijarro en la mano y le apretó con tal fuerza que rezumaba agua.

-Ahora, -le dijo-, haz lo que yo, si tienes tanta fuerza.

-¿No es más que eso?, -dijo el sastre-, pues eso es un juego de niños para mí.

Y metiendo la mano en su bolsillo sacó el queso que llevaba en él y lo apretó en su mano de manera que le sacó todo el jugo que tenía.

-¿Qué te parece?, -añadió-; ¿hay alguna diferencia entre los dos?

El gigante no sabía qué decir y no comprendía que un enano pudiera tener tantas fuerzas. Cogió otro guijarro y lo tiró tan alto que apenas lo distinguía la vista más perspicaz y le dijo:

-Vamos, hombrecillo, haz lo que yo.

-Bien tirado, -dijo el sastre-, pero la piedra ha caído. Yo voy a tirar otra que no caerá.

Y sacando el pájaro que estaba en su bolsillo lo echó a volar.

El pájaro, contento al verse libre, partió más rápido que una flecha y no volvió más.

-¿Qué dices ahora, camarada?, -añadió.

-Está muy bien hecho, -respondió el gigante-; mas quiero ver si cargas tanto como lejos tiras.

Y condujo al sastrecillo delante de una enorme encina que estaba caída en el suelo.

-Si verdaderamente tienes fuerzas, -le dijo-, es preciso que me ayudes a levantar este árbol.

-Con mucho gusto, -contestó el hombrecillo-, carga el tronco en tus espaldas, yo cargaré con las ramas y la copa que es lo más pesado.

El gigante se echó el tronco a espaldas, pero el sastrecillo se sentó en una rama de manera que el gigante, que no podía mirar hacia atrás, llevaba todo el árbol y además al sastre que se había instalado pacíficamente y cantaba con la mayor alegría:

-Iban juntos tres sastres a caballo una tarde.

Como si hubiera sido para él un juego de niños el llevar un árbol. El gigante anonadado bajó el peso y no pudiendo resistir dar algunos pasos, gritó:

-Mira, voy a tirarle al suelo.

El hombrecillo saltó muy listo en tierra y cogiendo el árbol entre sus brazos como si hubiera llevado lo que le correspondía dijo al gigante:

-Bien flojo eres para ser tan alto.

Continuaron su camino y acertando a pasar por delante de un cerezo, cogió el gigante la copa del árbol donde se hallaba la más madura y encorvándole hasta el suelo, le puso en la mano del sastrecillo para que comiese las cerezas, pero éste era demasiado débil para sostenerle y en cuanto le soltó el gigante, enderezándose el árbol se llevó al sastre consigo. Bajó sin hacerse daño, pero el gigante le dijo:

-¿Qué es eso?, ¿no tienes fuerzas para encorvar semejante bagatela?

-No se trata de fuerzas, -respondió el sastrecillo-, ¿qué es eso para un hombre que ha derribado siete de un cachete? He saltado por encima del árbol para librarme de las balas, porque allá abajo hay unos cazadores que tiran a los matorrales. Haz tú otro tanto si puedes.

El gigante probó, pero no pudo saltar por encima del árbol y se quedó encerrado en las ramas. Así conservó la ventaja el sastre.

-Puesto que eres un muchacho tan valiente, -dijo el gigante-, es preciso que vengas a nuestra caverna y pases la noche con nosotros.

El sastre consintió en ello con mucho gusto. En cuanto llegaron encontraron a otros gigantes sentados cerca de la lumbre comiéndose cada uno un carnero asado que tenía en la mano. El sastre creyó que la habitación era mucho mayor que su tienda.

El gigante le enseñó su cama y le mandó que se acostase, pero como la cama era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño, se acurrucó en un rincón. A la media noche, creyendo el gigante que dormía con un profundo sueño, cogió una barra de hierro y dio un golpe muy grande en medio de la cama, con lo que pensó haber matado decididamente al enano. Los gigantes se levantaron al amanecer y se fueron al bosque; se habían olvidado del sastre, cuando le vieron salir de la caverna con un aire muy alegre y un tanto descarado; llenos de miedo y temiendo los matase a todos, echaron a correr sin esperar a más.

Continuó el sastrecillo su viaje y después de haber andado mucho tiempo, llegó al jardín de un palacio y como estaba un poco cansado se echó en el musgo y se durmió. Las personas que pasaron por allí se pusieron a mirarle por todos lados y leyeron en su cinturón: «Siete de un cachete.»

-¡Ah!, -dijeron para sí-, ¿qué es lo que viene a hacer aquí este rayo de la guerra en el seno de la paz? Debe ser algún señor muy poderoso.

Fueron a dar parte a su rey, añadiendo que si llegaba a declararse la guerra sería un auxiliar muy eficaz, por lo que había que ganarle a cualquier precio.

Agradó al rey este consejo y envió a uno de sus cortesanos para ofrecerle, en cuanto despertase, un empleo a su servicio.

El enviado permaneció de centinela cerca del hambrecillo; y cuando comenzó a abrir los ojos y a estirarse le hizo la propuesta.

-Con ese objeto he venido, -respondió el otro-, estoy pronto a entrar al servicio del rey.

Se le recibió con toda clase de honores y le designaron una habitación en la Corte. Pero los militares estaban celosos de él y hubieran querido verle a mil leguas de allí.

-¿En qué vendrá a parar todo esto? -se decían unos a otros.

-Si tenemos alguna desazón con él, se arrojará sobre nosotros y matará siete de una vez. Ninguno de nosotros sobrevivirá.

Resolvieron presentarse al rey y presentarle todos su dimisión.

-No podemos, -le dijeron-, permanecer al lado de un hombre que derriba siete de un cachete.

El rey sintió mucho verse abandonado por todos sus leales servidores y hubiera deseado no haber conocido nunca al que era causa de ello y del que se hubiese deshecho con mucho gusto. Pero no se atrevía a despedirle por temor de que este hombre terrible le matase lo mismo que a su pueblo, para apoderarse de un trono.

El rey, después de haber pensado mucho en ello, halló un expediente. Mandó hacer al hambrecillo una oferta que no podía dejar de aceptar en su calidad de héroe. En un bosque de aquel país había dos gigantes que cometían toda clase de robos, asesinatos e incendios. Nadie se acercaba a ellos sin temer por su vida. Si conseguía vencerlos y matarlos, el rey le daba su hija única por mujer con la mitad del reino por dote. Para ayudarlo en caso necesario pusieron cien caballos a su disposición. Pensó el sastrecillo que la ocasión de casarse con una princesa tan linda era muy buena y que no se encontraría todos los días. Declaró que, consentía en ir contra los gigantes, pero que para nada quería la escolta de los cien caballos, pues el que había matado siete de un cachete, no temía a dos adversarios a la vez.

Se puso en marcha seguido de los cien caballos y cuando llegó a la entrada del bosque, les dijo que le esperaran que él solo se las compondría con los dos gigantes. Después entró en el bosque, mirando alrededor con precaución. Al cabo de un rato distinguió a los dos gigantes; estaban dormidos bajo un árbol y roncaban con tanta fuerza que hacían encorvarse a las ramas. El sastrecillo llenó sus dos bolsillos de guijarros y subiendo al árbol sin perder tiempo se deslizó por una rama que se adelantaba precisamente por entre los dos gigantes dormidos y dejó caer algunos guijarros, uno tras otro, sobre el estómago de uno de ellos. El gigante no sintió nada en un principio, pero al fin despertó y empujando a su compañero le dijo:

-¿Por qué me pegas?

-Estás soñando, -dijo el otro-, yo no te he tocado.

A poco volvieron a dormirse. El sastre tiró entonces una piedra al segundo.

-¿Qué hay?, -exclamó éste-. ¿Qué es lo que has tirado?

-Yo no te he tirado nada, tú sueñas, -respondió el primero.

Disputaron por algún tiempo, pero como estaban cansados, concluyeron por callar y volverse a dormir. El sastre, sin embargo, continuó su juego y escogiendo el mayor de los guijarros le tiró con todas sus fuerzas sobre el estómago del primer gigante:

-¡Esto es ya demasiado!, -exclamó éste y levantándose como furioso saltó sobre su compañero que le pagó con la misma moneda.

El combate fue tan terrible que arrancaban árboles enteros para servirse de ellos como de armas y no cesó hasta que ambos quedaron muertos en el suelo.

El sastrecillo bajó entonces de su puesto.

-Por fortuna, -pensó para sí-, no han arrancado también el árbol en que yo me hallaba, pues me hubiera visto obligado a saltar a otro como una ardilla, pero en nuestro oficio todos somos listos.

Sacó la espada y después de haber dado dos buenos golpes en el pecho a cada uno de ellos, volvió a reunir a su escolta a la que dijo:

-Ya he concluido; les he dado el golpe de gracia; el negocio ha estado reñido, querían resistir y hasta han arrancado árboles para tirármelos, pero ¿de qué sirve todo esto contra un hombre como yo que derriba siete de un cachete?

-¿No estás herido?, -le preguntaron los soldados.

-No, -dijo-, no han podido tocarme ni la punta de un cabello.

Los soldados no quisieron creerlo; entraron en el bosque y encontraron en efecto a los gigantes nadando en su sangre y los árboles arrancados por todas partes a su alrededor.

El sastrecillo reclamó la recompensa prometida por el rey, pero éste, que se arrepentía de haber empeñado su palabra, buscó un medio para librarse del héroe.

-Hay, -le dijo-, otra aventura que debes llevar a cabo antes de obtener a mi hija y la mitad de mi reino. Frecuenta mis bosques un unicornio que hace muchos estragos, es preciso que te apoderes de él.

-Un unicornio me da todavía menos miedo que dos gigantes; siete de un cachete es mi divisa.

Tomó una cuerda y un hacha y entró en el bosque mandando a los que le acompañaban que le esperasen fuera. No tuvo que andar mucho tiempo; el unicornio apareció bien pronto y corrió hacia él para herirle.

-Poco a poco, -dijo-, muy deprisa no está en regla.

Permaneció inmóvil hasta que el animal estuvo cerca de él, y entonces se deslizó muy listo detrás del tronco de un árbol. El unicornio, que se había lanzado contra el árbol con todas sus fuerzas, metió en él un cuerno tan profundamente que le fue imposible sacarle y así le cogió.

-El pájaro está en la jaula, -se dijo el sastre, y saliendo de su escondrijo, se acercó al unicornio, le pasó la cuerda alrededor del cuello, le partió el cuerno metido en el árbol a fuerza de hachazos y cuando hubo acabado, llevó el animal delante del rey.

Pero el rey no podía decidirse a cumplir su palabra y le impuso otra tercera condición. Se trataba de apoderarse de un jabalí que hacía grandes estragos en los bosques. Los cazadores del rey tenían orden de ayudarlo. El sastre aceptó diciendo que esto no era más que un juego de niños. Entró solo en el bosque sin que lo sintieran los cazadores, a los que el jabalí había recibido y muchas veces de tal manera que no tenían ánimo de volver. El jabalí en cuanto distinguió al sastre se precipitó hacia él, echando espuma y enseñando sus agudos colmillos, pero el ligero hombrecillo se refugió en una

ermita que había allí cerca y volvió a salir enseguida, saltando por la ventana. El jabalí entró detrás de él, pero el sastrecillo volvió en dos saltos y cerró la puerta de modo que la fiera se encontró presa, pues era demasiado pesada y grande para salvarse por el mismo camino. Después de esta hazaña llamó a los cazadores para que vieran al prisionero con sus propios ojos y se presentó al rey, el cual se vio obligado esta vez a darle a pesar suyo su hija y la mitad de su reino. Con mucha más dificultad se hubiera decidido si hubiera sabido que su yerno no era un gran guerrero sino un infeliz sastrecillo. La boda se celebró con mucha magnificencia y poca alegría, y de un sastre se hizo rey.

Algún tiempo después, la joven reina oyó una noche a su marido que decía soñando.

-Vamos, muchacho, concluye ese chaleco y remienda ese pantalón o si no te doy con la vara entre las orejas.

Comprendió entonces el sitio en que se había educado su marido y al día siguiente fue a quejarse a su padre suplicándole le librara de un marido que no era más que un miserable sastre.

Para consolarla, le dijo el rey:

-Deja tu cuarto abierto esta noche; mis criados estarán a la puerta y en cuanto esté dormido, entrarán y le llevarán cargado de cadenas a un navío que le conducirá lejos de aquí.

La reina estaba muy contenta, pero un escudero del rey que lo había oído todo y que amaba al nuevo príncipe, fue y le descubrió el complot.

-Yo lo arreglaré, -le dijo el sastre.

Por la noche se acostó como de costumbre y cuando su mujer le creyó bien dormido fue a abrir la puerta y se volvió a acostar a su lado. Pero el hombrecillo, que fingía dormir, se puso a gritar en alta voz:

-Vamos, muchacho, termina ese chaleco o te doy con la vara en las orejas. He derribado siete de un cachete, he muerto dos gigantes, cazado un unicornio y un jabalí, ¿tendré miedo de gentes que están ocultas a mi puerta?

Al oír estas últimas palabras se asustaron todos de tal modo que echaron a correr como si hubieran visto al diablo y nadie se atrevió ya a declararse contra él. De esta manera conservó la corona toda su vida.

LOS TRES PELOS DE ORO DEL DIABLO

Había una mujer que dio a luz un hijo, el cual nació de pie, por lo que le predijeron que a los catorce años se casaría con la hija del rey.

Por los mismos días pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese y preguntando lo que había de nuevo, le respondieron que acababa de nacer un niño de pie y que todo lo que emprendiese le saldría bien, que le habían vaticinado que cuando tuviera catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón y esta predicción le incomodó. Fue a buscar a los padres del recién nacido y les dijo en tono amistoso:

-Vosotros sois unos pobres; dadme a vuestro hijo y yo cuidaré de él.

Negáronse desde luego, mas el forastero les ofreció mucho oro y se dijeron a sí mismos: «Puesto que el niño ha nacido de pie, todo lo que le suceda será por su bien». Y acabaron por ceder y entregar a su hijo.

El rey le puso en una caja y le llevó a orillas de un río, donde le arrojó pensando que libraba a su hija de un amante con el que no contaba. Pero la caja en vez de irse al fondo, comenzó a flotar como un barco, sin que entrase en ella ni una sola gota de agua; la corriente la arrastró hasta dos leguas mas allá de la capital, donde se detuvo junto a la esclusa de un molino. Un criado del molinero que se hallaba allí por casualidad, la vio y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, despierto y alegre. Le llevó al molino y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, le recibieron como si se lo hubiera enviado Dios. Trataron muy bien al huerfanito, que creció en su casa en fuerzas y en buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel joven.

-No señor -le contestó-, es un expósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey reconoció entonces que este era el niño que había nacido de pie y que arrojó él al río.

-Buenas gentes -les dijo-; ¿no podría este joven llevar una carta de parte mía a la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

-Lo que mande Vuestra Majestad -le contestaron-, y dijeron al joven que se preparase para ponerse en camino.

El rey envió a la reina una carta en que la mandaba prender al portador, darle muerte y enterrarle, de manera que a su regreso lo encontrase hecho todo.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y llegó por la noche a un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas y dirigiéndose hacia aquel lado llegó a una casita pequeña, donde se encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al joven, le dijo aquella mujer:

-¿De dónde vienes y qué quieres?

-Vengo del molino -respondió-, llevo una carta a la reina, me he perdido en el camino y quisiera pasar la noche aquí.

-Desgraciado joven -le replicó la mujer-, has caído en una caverna de ladrones y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

-A Dios gracias -dijo el joven-, no tengo miedo y además estoy tan cansado que me es imposible ir más lejos. Se echó en un banco y se durmió; poco después llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

-¡Ah! -dijo la vieja-, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque y le he recibido por compasión; lleva una carta a la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazón se compadecieron del pobre diablo; el capitán rompió la carta y puso otra en su lugar, en que decía que tan pronto como llegase se casara el joven con la hija del rey. Después los ladrones le dejaron dormir en el banco hasta la mañana siguiente y en cuanto despertó, le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

Apenas recibió la carta, ejecutó la reina lo que decía en su contenido, se celebraron las bodas con magnificencia, la hija del rey se casó con el niño nacido de pie y como era guapo y amable vivía a gusto con él.

Algún tiempo después volvió el rey a su palacio y vio que se había cumplido la predicción y que el niño nacido de pie se había casado con su hija.

-¿Cómo habéis hecho eso? -dijo-; yo había dado en la carta una orden muy diferente.

La reina le enseñó la carta y le dijo que podía ver lo que contenía.

La leyó y vio que habían cambiado la suya.

Preguntó al joven lo que había hecho de la carta que le había entregado y por qué había dado otra.

-No sé nada de eso -replicó el joven-, a menos que la hayan cambiado la noche que pasé en el bosque.

El rey, encolerizado, le dijo:

-Esto no puede quedar así; el que pretenda a mi hija debe traerse del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Tráemelos y entonces te pertenecerá mi hija.

El rey, al darle esta comisión, creía que no volvería más.

El joven le respondió:

-No tengo miedo al diablo, iré a buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó delante de una gran ciudad, a cuya puerta le preguntó el centinela cuál era su estado y lo que sabía.

-Todo -le respondió.

-Entonces -dijo el centinela-, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado, que antes daba siempre vino, se ha secado y no mana más que agua.

-Esperad -le respondió-, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos, llegó delante de otra ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabía.

-Todo -le contestó.

-Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad, que antes daba siempre manzanas de oro no produce ya ni hojas.

-Esperad -le respondió-, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos todavía llegó delante de un ancho río que necesitaba pasar. El barquero le preguntó su estado, y lo que sabía.

-Todo -le respondió.

-Entonces -dijo el barquero-, haz el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

-Espera -le contestó-, y te lo diré a mi regreso.

Al otro lado del agua encontró que la boca del infierno estaba negra, llena de humo. El diablo no se hallaba en su casa, pero encontró a su patrona, que estaba sentada en un sillón grande.

-¿Qué quieres? -le preguntó, con un tono bastante dulce.

-Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin lo cual no puedo vivir con mi mujer.

-Mucho pedir es eso -le dijo-, y si el diablo te ve cuando entre, pasarás un rato muy malo; sin embargo, tengo interés por ti y voy a procurar ayudarte.

Le convirtió en hormiga y le dijo:

-Ocúltate en los pliegues de mi vestido; aquí estarás seguro.

-Gracias -le contestó-; creo que esto va bien; pero necesito además saber tres cosas: por qué una fuente que manaba siempre vino, no mana ya ni aun agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro, no produce ya ni aun hojas, y si cierto barquero debe permanecer siempre en su puesto sin ser relevado nunca.

-Esas son tres preguntas muy difíciles, pero no tengas cuidado, pon atención a lo que diga el diablo cuando le arranque los tres pelos de oro.

Por la noche volvió el diablo a su casa y apenas había entrado notó un olor extraño.

-¿Qué hay aquí de nuevo? -dijo-; huele a carne humana.

Registró todos los rincones, sin encontrar nada y la patrona le armó una quimera.

-Acabo de barrer y de arreglarlo todo -le dijo-, y vas a desarreglarlo; siempre estás oliendo a carne humana, siéntate y cena.

Como estaba cansado, en cuanto cenó, puso la cabeza en la rodilla de la patrona y le dijo que le espulgase un poco, pero no tardó en dormirse y roncar. La vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo puso a su lado.

-¡Ay! -exclamó el diablo-, ¿qué haces?

-He tenido un mal sueño, -dijo la patrona-, y te he agarrado del pelo.

-¿Qué has soñado? -la preguntó el diablo.

-He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da ya ni aun agua; ¿cuál puede ser la causa?

-¡Ah! ¡Si lo supieran! -contestó el diablo-; hay un sapo en la fuente, debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá a manar vino.

La huésped se puso a espulgarle otra vez, se volvió a dormir y comenzó a roncar.

Entonces le arrancó el segundo pelo.

-¡Ay! ¿Qué haces? -exclamó el diablo encolerizado.

-No te muevas -le respondió-, es un sueño que he tenido.

-¿Qué has soñado? -le preguntó.

-He soñado que en cierto país hay un árbol, que daba antes manzanas de oro y ahora no tiene ni aun hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

-¡Oh! ¡Si lo supieran! -replicó el diablo-, hay un ratón que seca la raíz; no tienen mas que matarle y el árbol volverá a producir manzanas de oro; pero si continúa royéndola, se secará por completo. Ahora dejadme en paz tú y tus sueños. Si me vuelves a despertar, te daré un bofetón.

Pacificole la patrona y volvió a espulgarle hasta que se durmió y comenzó a roncar. Entonces le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y quería pegarle; pero ella le supo engañar, diciéndole:

-¿Quién puede librarse de un mal sueño?

-¿Qué has soñado ahora? -le preguntó con curiosidad.

-He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el río con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

-¡Ah!, el tonto -repuso el diablo-, no tiene más que poner el remo en la mano al primero que vaya a pasar el río y quedará libre, viéndose el otro obligado a servir a su vez de barquero.

Como la patrona le había arrancado los tres cabellos de oro y había sabido las tres respuestas que quería saber, le dejó en paz y él se durmió hasta la mañana siguiente.

Apenas hubo el diablo salido de la casa, cogió la vieja a la hormiga de entre los pliegues de su vestido y volvió al joven su forma humana.

-Ahí tienes los tres cabellos -le dijo.

-¿Has oído bien las respuestas del diablo a tus tres preguntas?

-Muy bien -respondió-, no las olvidaré.

-Entonces ya no tienes cuidado -le dijo-, y puedes seguir tu camino.

Dio gracias a la vieja por lo bien que le había ayudado y salió del infierno muy contento de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, se hizo pasar al otro lado antes de darle la respuesta prometida y entonces le dio el consejo del diablo.

-No tienes más que poner el remo en la mano al primero que venga a pasar el río.

Poco después llegó a la ciudad, donde se hallaba el árbol estéril, el centinela esperaba también su respuesta.

-Mata al ratón, que roe las raíces -le dijo-, y volverán a nacer las manzanas de oro.

El centinela le dio en agradecimiento dos asnos cargados de este metal precioso.

Tocó, por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca y dijo al centinela:

-En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo; buscadle: y matadle, y volverá a correr el vino en abundancia. El centinela le dio las gracias y dos asnos además cargados de oro.

El niño nacido de pie llegó por último donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso y en particular al saber que todo le había salido bien.

Entregó al rey los tres pelos de oro del diablo; el rey quedó muy satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de oro y le dijo:

-Ahora has cumplido ya con todas las condiciones y mi hija es tuya. Pero, querido hijo mío, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un verdadero tesoro.

-Lo he cogido -le contestó-, cerca de un río que he atravesado; es la arena que hay en aquella orilla.

-¿Podría yo coger otro tanto? -le preguntó el rey que era muy avaro.

-Y mucho más -le respondió-; hay un barquero, dirigíos a él para pasar el río y podréis llenar todos los sacos que llevéis.

El avaro monarca se puso en seguida en camino y al llegar a la orilla del río hizo señal al barquero para que arrimase la barca. El barquero le mandó entrar y en cuanto estuvieron al otro lado, le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

-¿Sigue siéndolo todavía?

-¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.

PULGARCITO

Un pobre labrador estaba sentado una noche en el rincón del hogar; mientras su mujer hilaba a su lado, él le decía:

-¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa mientras en las demás todo es alegría y ruido!

-Sí -respondió su mujer suspirando-, yo quedaría contenta, aunque no tuviésemos más que uno solo tan grande como el dedo pulgar y le querríamos con todo nuestro corazón.

En este intermedio quedó embarazada la mujer y al cabo de siete meses dio a luz un niño bien formado con todos sus miembros, pero que no era más alto que el dedo pulgar. Entonces dijo:

-Es tal como le hemos deseado, mas no por eso le queremos menos.

Y sus padres le llamaron Pulgarcito, a causa de su tamaño. Le criaron lo mejor que pudieron, mas no creció y quedó como había sido desde su nacimiento. Parecía sin embargo, que tenía talento: sus ojos eran inteligentes y manifestó bien pronto en su pequeña persona astucia y actividad para llevar a cabo lo que se le ocurría.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar madera a un bosque y se decía:

-Cuánto me alegraría tener alguien que llevase el carro.

-Padre -exclamó Pulgarcito-, yo quiero guiarle, yo; no tengáis cuidado, llegará a buen tiempo.

El hombre se echó a reír.

-Tú no puedes hacer eso -le dijo-, eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

-¿Qué importa eso, padre? Si mamá quiere enganchar, me meteré en la oreja del caballo y le dirigiré donde queráis que vaya.

-Está bien -dijo el padre-, veamos.

La madre enganchó el caballo y puso a Pulgarcito en la oreja y el hombrecillo le guiaba por el camino que había que tomar, tan bien que el caballo marchó como si le condujese un buen carretero y el carro fue al bosque por buen camino.

Mientras daban la vuelta a un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

-¡Soo, arre! -pasaban dos forasteros.

-Dios mío -exclamó uno de ellos-, ¿qué es eso? He ahí un carro que va andando: se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

-Es una cosa bastante extraña -dijo el otro-, vamos a seguir a ese carro y a ver donde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente en el lugar donde había madera cortada. Cuando Pulgarcito distinguió a su padre, le gritó:

-¿Ves padre, qué bien he traído el carro?, ahora bájame.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y le puso en el suelo: el pequeñuelo se sentó alegremente en una paja.

Al ver a Pulgarcito, se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué pensar.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

-Ese diablillo podría hacer nuestra fortuna, si le enseñásemos por dinero en alguna ciudad; hay que comprarle. Se acercaron al labrador y le dijeron:

-Vendednos ese enanillo: le cuidaremos bien.

-No -respondió el padre-, es hijo mío y no le vendo por todo el oro del mundo.

Pero al oír la conversación, Pulgarcito había trepado por los pliegues del vestido de su padre subiendo hasta sus espaldas, desde donde le dijo al oído:

-Padre vendedme a esos hombres, volveré pronto.

Su padre se lo dio a los hombres por una hermosa moneda de oro.

-¿Dónde quieres ponerte? -le dijeron.

-¡Ah!, ponedme en el ala de vuestro sombrero; podré pasearme y ver el campo y tendré cuidado de no caerme. Hicieron lo que él quería y en cuanto Pulgarcito se despidió de su padre, se marcharon con él, caminando hasta la noche. Entonces les gritó el hombrecillo:

-Esperadme, necesito bajar.

-Quédate en el sombrero -dijo el hombre-; poco me importa lo que tengas que hacer, los pájaros hacen mucho más algunas veces.

-No, no -dijo Pulgarcito-, bajadme en seguida.

El hombre lo cogió y le puso en el suelo, en una tierra junto al camino; corrió un instante entre los surcos y después se metió en un agujero que había buscado expresamente.

-Buenas noches, caballeros, ya estáis demás aquí -les gritó riendo.

Quisieron cogerle metiendo palos en el agujero, mas fue trabajo perdido. Pulgarcito se escondía más adentro cada vez y empezando a oscurecer de repente, se vieron obligados a entrar en su casa incomodados y con las manos vacías.

Cuando estuvieron lejos, salió Pulgarcito de su cueva. Temía aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe enseguida. Por fortuna encontró un caracol vacío:

-A Dios gracias -dijo-, pasaré la noche en seguridad aquí dentro. Y se estableció allí.

Cuando iba a dormirse oyó dos hombres que pasaban y el uno decía al otro:

-¿Cómo nos arreglaríamos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

-Yo os lo diré -les gritó Pulgarcito.

-¿Qué hay? -exclamó uno de los ladrones asustados-; ¿he oído hablar a alguien?

Continuaban escuchando, cuando Pulgarcito les gritó de nuevo:

-Llevadme con vosotros y os ayudaré.

-¿Dónde estás?

-Buscadme por el suelo, por donde sale la voz. Los ladrones concluyeron por encontrarle:

-Pequeño extracto de hombre -le dijeron-, ¿cómo quieres sernos útil?

-Mirad -les dijo-, me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura y os pasaré todo lo que me pidáis.

-Pues vamos a probarlo -le dijeron.

En cuanto llegaron al presbiterio, Pulgarcito se deslizó en el cuarto; después se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones asustados le dijeron:

-Habla bajo, vas a despertar a la gente.

Pero él, haciendo como si no los hubiera oído, gritó de nuevo:

-¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La criada que dormía en el cuarto de al lado, oyó ese ruido, se levantó y escuchó. Los ladrones habían batido retirada; en fin, tomaron ánimo y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas volvieron atrás y le dijeron por lo bajo:

-Déjate de bromas, pásanos algo.

Entonces Pulgarcito se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-Voy a dároslo todo: abrid las manos.

La criada oyó bien claro esta vez, saltó de la cama y corrió a la puerta. Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el diablo se les hubiera aparecido; no oyendo nada más la criada, fue a encender una luz. Cuando volvió, Pulgarcito se fue a ocultar en la pajera sin que le viese. La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fue a acostarse y creyó que había soñado.

Pulgarcito había subido al heno, donde se arregló una camita; pensaba descansar allí hasta el día y volver en seguida a casa de sus padres. ¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo! La criada se levantó a la aurora para dar de comer al ganado. Su primera visita fue a la pajera, cogió un brazado de heno con el pobre Pulgarcito dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no se apercibió de nada y no despertó hasta que estaba en la boca de una vaca que le había cogido con un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino, pero comprendió bien pronto donde se hallaba en realidad. Evitando dejarse mascar entre los dientes, concluyó por deslizarse por la garganta a la panza. La habitación le parecía estrecha, sin ventana y no veía ni sol ni luz. La morada le desagradaba mucho y lo que complicaba más su situación, es que bajaba siempre nuevo heno y el espacio se le hacía más estrecho cada vez.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

-¡Basta de heno! ¡Basta de heno! No quiero más.

La criada estaba precisamente en aquel momento ocupada en ordeñar la vaca; aquella voz que oyó sin ver a nadie y que reconoció por la que la había despertado la noche anterior, la asustó de tal modo, que cayó al suelo vertiendo la leche.

Fue corriendo a buscar a su amo y le dijo:

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Señor cura, la vaca habla!

-Tú estás loca -respondió el sacerdote y sin embargo, fue él mismo al establo para asegurarse de lo que pasaba.

Pero apenas había entrado, gritó de nuevo Pulgarcito:

-¡Basta de heno! ¡No quiero más!

El cura se asustó a su vez y creyendo que la vaca tenía el diablo en el cuerpo, dijo que era preciso matarla. La mataron y la panza en que se hallaba prisionero el pobre Pulgarcito fue arrojada al estiércol.

El pobrecillo trabajó mucho para desenredarse y empezaba a sacar la cabeza fuera, cuando le sucedió una nueva desgracia. Un lobo hambriento se arrojó sobre la panza y se la tragó de una vez. Pulgarcito no perdió ánimo.

-Quizá -pensó para sí-, será tratable este lobo.

Y desde su vientre donde estaba encerrado, le gritó:

-Querido amigo, quiero enseñarte dónde puedes hallar buena comida.

-¿Dónde? -le dijo el lobo.

-En tal y tal casa; no tienes más que deslizarte por el albañal a la cocina y encontrarás tortas, tocino, salchichas, lo que quieras.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no esperó dos veces: se introdujo en la cocina y dio un buen avance a las provisiones. Pero cuando estuvo harto y tuvo que salir, se hallaba tan hinchado con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal. Pulgarcito, que había contado con esto, comenzó a hacer un ruido terrible en el cuerpo del lobo saltando y brincando con todas sus fuerzas.

-¿Quieres estarte quieto? -le dijo el lobo-, vas a despertar a todos.

-¿Y qué? -le respondió el hombrecillo-. ¿No te has regalado tú? También yo quiero divertirme.

Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron y miraron en la cocina, a través de la cerradura. Cuando vieron que había un lobo, se armaron, el hombre con un hacha y la mujer con una hoz.

-Ponte detrás -dijo el hombre a su mujer, cuando entraron en el cuarto-, voy a darle con mi hacha, si no le mato del golpe, le cortas tú el vientre.

Pulgarcito, que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

-Soy yo, querido padre, quien está en el vientre del lobo.

-Gracias a Dios -dijo el padre lleno de alegría-, que hemos encontrado a nuestro hijo.

Y mandó a su mujer que dejara la hoz de lado para no herir a su hijo. Después levantó su hacha y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza, en seguida le abrió el vientre con su cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Pulgarcito.

-¡Ah! -le dijo-, ¡qué inquietos hemos estado por tu suerte!

-Sí, padre, he corrido mucho, pero por fortuna, heme aquí, vuelto a la luz.

-¿Dónde has estado?

-¡Ah, padre! he estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo con vosotros.

-Y no volveremos a venderte por todo el oro del mundo -dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos, porque los suyos se habían estropeado durante el viaje.

HISTORIA DE UNO QUE HIZO UN VIAJE PARA SABER LO QUE ERA MIEDO

Un labrador tenía dos hijos, el mayor de los cuales era muy listo y entendido y sabía muy bien a qué atenerse en todo, pero el menor era tonto y no entendía ni aprendía nada y cuando le veían las gentes decían:

-Trabajo tiene su padre con él.

Cuando había algo que hacer, tenía siempre que mandárselo al mayor, pero si su padre le mandaba algo siendo de noche, o le enviaba al oscurecer cerca del cementerio, o siendo ya oscuro al camino o cualquier otro lugar sombrío, le contestaba siempre:

-¡Oh!, no, padre, yo no voy allí: ¡tengo miedo! Pues era muy miedoso.

Si por la noche referían algún cuento alrededor de la lumbre, en particular si era de espectros y fantasmas, decían todos los que le oían:

-¡Qué miedo!

Pero el menor, que estaba en un rincón escuchándolos no podía comprender lo que querían decir:

-Siempre dicen ¡miedo, miedo!, yo no sé lo que es miedo: ese debe ser algún oficio del que no entiendo una palabra.

Mas un día le dijo su padre:

-Oye tú, el que está en el rincón: ya eres hombre y tienes fuerzas suficientes para aprender algo con que ganarte la vida. Bien, ves cuánto trabaja tu hermano, pero tú no haces más que perder el tiempo.

-¡Ay padre!, -le contestó-, yo aprendería algo de buena gana y sobre todo quisiera aprender lo que es miedo, pues de lo contrario no quiero saber nada.

Su hermano mayor se echó a reír al oírle y dijo para sí:

-¡Dios mío, qué tonto es mi hermano!, nunca llegará a ganarse el sustento.

Su padre suspiró y le contestó:

-Ya sabrás lo que es miedo: mas no por eso te ganarás la vida.

Poco después fue el sacristán de visita y le refirió el padre lo que pasaba, diciéndole cómo su hijo menor se daba tan mala maña para todo y que no sabía ni aprendía nada.

-¿Podréis creer que cuando le he preguntado si quería aprender algo para ganarse su vida, me contestó que solo quería saber lo que es miedo?

-Si no es más que eso, -le respondió el sacristán-, yo se lo enseñaré: enviádmele a mi casa y no tardará en saberlo.

El padre se alegró mucho, pues pensó entre sí:

-Ahora quedará un poco menos orgulloso.

El sacristán se lo llevó a su casa para enviarle a tocar las campanas. A los dos días le despertó a media noche, le mandó levantarse, subir al campanario y tocar las campanas.

-Ahora sabrás lo que es miedo, -dijo para sí.

Salió tras él y cuando el joven estaba en lo alto del campanario e iba a coger la cuerda de la campana, se puso en medio de la escalera, frente a la puerta, envuelto en una sábana blanca.

-¿Quién está ahí?, -preguntó el joven.

Pero el fantasma no contestó ni se movió.

-Responde o te hago volver por donde has venido, tú no tienes nada que hacer aquí a estas horas de la noche. Pero el sacristán continuó inmóvil, para que el joven creyese que era un espectro. El joven le preguntó por segunda vez:

-¿Quién eres?, habla, si eres un hombre honrado o si no te hago rodar por la escalera abajo.

El sacristán creyó que no haría lo que decía y estuvo sin respirar como si fuese de piedra. Entonces le preguntó el joven por tercera vez y como estaba ya incómodo, dio un salto y echó a rodar al espectro por la escalera, de modo que rodó diez escalones y fue a parar a un rincón. En seguida tocó las campanas y se fue a su casa, se acostó sin decir una palabra y se durmió. La mujer del sacristán esperó un largo rato a su marido; pero no volvía. Llena entonces de recelo, llamó al joven y le preguntó:

-¿No sabes dónde se ha quedado mi marido?, ha subido a la torre detrás de ti.

-No, -contestó el joven-, pero allí había uno en la escalera frente a la puerta y como no ha querido decirme palabra ni marcharse, he creído que iba a burlarse de mí y le he tirado por la escalera abajo. Id allí y veréis si es él, pues lo sentiría.

La mujer fue corriendo y halló a su marido que estaba en un rincón y se quejaba porque tenía una pierna rota.

Se lo llevó en seguida a su casa y fue corriendo a la del padre del joven.

-Vuestro hijo, -exclamó-, me ha causado una desgracia muy grande, ha tirado a mi marido por las escaleras y le ha roto una pierna; ese es el pago que nos ha dado el bribón.

Su padre se asustó, fue corriendo y llamó al joven.

-¿Qué mal pensamiento te ha dado para hacer esa picardía?

-Padre, -le contestó-, escuchadme, pues soy inocente. Era de noche y estaba allí como un alma del otro mundo. Ignoraba quién era y le he mandado tres veces hablar o marcharse.

-¡Ay!, -replicó su padre- solo me ocasionas disgustos: vete de mi presencia, no quiero volverte a ver más.

-Bien, padre con mucho gusto, pero esperad a que sea de día, yo iré y sabré lo que es miedo, así aprenderé un oficio con que poderme mantener.

-Aprende lo que quieras, -le dijo su padre-, todo me es indiferente.

Ahí tienes cinco duros para que no te falte por ahora que comer, márchate y no digas a nadie de dónde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que avergonzarme de ti.

-Bien, padre, haré lo que queréis, no tengáis cuidado por mí.

Como era ya de día se quedó el joven con sus cinco duros en el bolsillo y echó a andar por el camino real, diciendo constantemente:

-¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Entonces encontró un hombre que oyó las palabras que decía el joven para sí y cuando se hubieron alejado un poco hacia un sitio donde se veía una horca, le dijo:

-Mira, allí hay siete pobres a los que por sus muchos pecados han echado de la tierra y no quieren residir en el cielo; por eso ves que están aprendiendo a volar; ponte debajo de ellos, espera a que sea de noche y sabrás lo que es miedo.

-Si no es más que eso, -dijo el joven-, lo haré con facilidad; pero no dejes de enseñarme lo que es miedo y te daré mis cinco duros; vuelve a verme por la mañana temprano.

Entonces fue el joven a donde estaba la horca, se puso debajo y esperó a que fuera de noche y como tenía frío encendió lumbre; pero a media noche era el aire tan frío que no le servía de nada la lumbre; y como el aire hacía moverse a los cadáveres y chocar entre sí, creyó que teniendo frío, él que estaba al lado del fuego, mucho más debían tener los que estaban más lejos, por lo que procuraban reunirse para calentarse y como era muy compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro hasta que bajó a los siete. En seguida puso más leña en el fuego, sopló y los colocó alrededor para que se pudiesen calentar. Pero como no se movían y la lumbre no hacía ningún efecto en sus cuerpos, les dijo:

-Mirad lo que hacéis, porque si no vuelvo a colgaros.

Pero los muertos no le oían, callaban y continuaban sin hacer movimiento alguno. Incómodo, les dijo entonces:

-Ya que no queréis hacerme caso después que me he propuesto ayudaros, no quiero que os calentéis más.

Y los volvió a colgar uno tras otro. Entonces se echó al lado del fuego y se durmió, a la mañana siguiente cuando vino el hombre, quería que le diese los cinco duros; pues le dijo:

-¿Ahora ya sabrás lo que es miedo?

-No, -respondió-, ¿por qué lo he de saber? Los que están ahí arriba tienen la boca bien cerrada y son tan tontos, que no quieren ni calentarse.

Entonces vio el hombre que no estaba el dinero para él y se marchó diciendo:

-Con este no me ha ido muy bien.

El joven continuó su camino y comenzó otra vez a decir:

-¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará lo que es miedo?

Oyéndolo un carretero que iba tras él, le preguntó:

-¿Quién eres?

-No lo sé, -le contestó el joven.

-¿De dónde eres?, -continuó preguntándole el carretero.

-No lo sé.

-¿Quién es tu padre?

-No puedo decirlo.

-¿En qué vas pensando?

-¡Ah!, -respondió el joven- quisiera encontrar quien me enseñase lo que es miedo, pero nadie quiere enseñármelo.

-No digas tonterías, -replicó el carretero-, ven conmigo, ven conmigo y veré si puedo conseguirlo.

El joven continuó caminando con el carretero y por la noche llegaron a una posada, donde determinaron quedarse. Pero apenas llegó a la puerta, comenzó a decir en voz alta:

-¿Quién me enseña lo que es miedo?, ¿quién me enseña lo que es miedo?

El posadero al oírle se echó a reír diciendo:

-Si quieres saberlo; aquí se te presentará una buena ocasión.

-Calla, -le dijo la posadera-, muchos temerarios han perdido ya la vida y sería una lástima que esos hermosos ojos no volvieran a ver la luz más.

Pero el joven le contestó:

-Aunque me sucediera otra cosa peor, quisiera saberlo, pues ese es el motivo de mi viaje.

No dejó descansar a nadie en la posada hasta que le dijeron que no lejos de allí había un castillo arruinado, donde podría saber lo que era miedo con solo pasar en él tres noches.

El rey había ofrecido por mujer a su hija, que era la doncella más hermosa que había visto el sol, al que quisiese hacer la prueba. En el castillo había grandes tesoros ocultos que estaban guardados por los malos espíritus, los cuales se descubrían entonces y eran suficientes para hacer rico a un pobre. A la mañana siguiente se presentó el joven al rey, diciéndole que si se lo permitía pasaría tres noches en el castillo arruinado.

El rey le miró y como le agradase, le dijo:

-Puedes llevar contigo tres cosas, con tal que no tengan vida, para quedarte en el castillo.

El joven le contestó:

-Pues bien, concededme llevar leña para hacer lumbre, un torno y un tajo con su cuchilla.

El rey le dio todo lo que había pedido. En cuanto fue de noche entró el joven en el castillo, encendió en una sala un hermoso fuego, puso al lado el tajo con el cuchillo y se sentó en el torno.

-¡Ah!, ¡si me enseñaran lo que es miedo!, -dijo-; pero aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia media noche se puso a atizar el fuego y cuando estaba soplando oyó de repente decir en un rincón:

-¡Miau!, ¡miau!, ¡qué frío tenemos!

-Locos, -exclamó-, ¿por qué gritáis?, si tenéis frío, venid, sentaos a la lumbre y calentaos.

Y apenas hubo dicho esto, vio dos hermosos gatos negros que se pusieron a su lado y le miraban con sus ojos de fuego; al poco rato, en cuanto se hubieron calentado, dijeron:

-Camarada, ¿quieres jugar con nosotros a las cartas?

-¿Por qué no?, -les contestó-; pero enseñadme primero las patas.

-Entonces extendieron sus manos.

-¡Ah!, -les dijo- ¡qué uñas tan largas tenéis!, aguardad a que os las corte primero.

Entonces los cogió por los pies, los puso en el tajo y los aseguró bien por las patas.

-Ya os he visto las uñas, -les dijo-, ahora no tengo ganas de jugar.

Los mató y los tiró al agua. Pero al poco de haberlos tirado, iba a sentarse a la lumbre, cuando salieron de todos los rincones y rendijas una multitud de gatos y perros negros con cadenas de fuego; eran tantos en número que no se podían contar; gritaban horriblemente, rodeaban la lumbre, tiraban de él y le querían arañar. Los miró un rato con la mayor tranquilidad y así que se incomodó cogió su cuchillo, exclamando:

-Marchaos, canalla.

Y se dirigió hacia ellos.

Una parte escapó y a la otra la mató y la echó al estanque. En cuanto concluyó su tarea se puso a soplar la lumbre y volvió a calentarse. Y apenas estuvo sentado, comenzaron a cerrársele los ojos y tuvo ganas de dormir. Miró a su alrededor y vio en un rincón una hermosa cama.

-Me viene muy bien, -dijo.

Y se echó en ella.

Pero cuando iban a cerrársele los ojos, comenzó a andar la cama por sí misma y a dar vueltas alrededor del cuarto.

-Tanto mejor, -dijo-, tanto mejor.

Y la cama continuó corriendo por los suelos y escaleras como si tiraran de ella seis caballos. Mas de repente cayó, quedándose él debajo y sintiendo un peso como si tuviera una montaña encima, pero levantó las colchas y almohadas y se puso en pie diciendo:

-No tengo ganas de andar.

Se sentó junto al fuego y se durmió hasta el otro día. El rey vino a la mañana siguiente y como le vio caído en el suelo creyó que los espectros habían dado fin con él y que estaba muerto. Entonces dijo:

-¡Qué lastima de hombre!, ¡tan buen mozo!

El joven al oírle, se levantó y le contestó:

-Aún no hay por qué tenerme lástima.

El rey, admirado, le preguntó cómo le había ido.

-Muy bien, -le respondió-, ya ha pasado una noche, las otras dos vendrán y pasarán también.

Cuando volvió a la casa le miró asombrado el posadero:

-Temía, -dijo-, no volverte a ver vivo; ¿sabes ya lo que es miedo?

-No, -contestó-, todo es inútil, si no hay alguien que quiera enseñármelo.

A la segunda noche fue de nuevo al castillo, se sentó a la lumbre y comenzó su vieja canción:

-¿Quién me enseña lo que es miedo?

A la media noche comenzaron a oírse ruidos y golpes, primero débiles, después más fuertes y por último cayó por la chimenea con mucho ruido la mitad de un hombre, quedándose delante de él.

-Hola, -exclamó-, todavía falta el otro medio, esto es muy poco.

Entonces comenzó el ruido de nuevo: parecía que tronaba y se venía el castillo abajo y cayó la otra mitad.

-Espera, -le dijo-, encenderé un poco el fuego.

Apenas hubo concluido y miró a su alrededor, vio que se habían unido las dos partes y que un hombre muy horrible se había sentado en su puesto.

-Nosotros no hemos apostado, -dijo el joven-, el banco es mío.

El hombre no le quiso dejar sentar, pero el joven le levantó con todas sus fuerzas y se puso de nuevo en su lugar. Entonces cayeron otros hombres uno después de otro, que cogieron nueve huesos y dos calaveras y se pusieron a jugar a los bolos. El joven, alegrándose, les dijo:

-¿Puedo ser de la partida?

-Sí, si tienes dinero.

-Y bastante, -les contestó-, pero vuestras bolas no son bien redondas.

Entonces cogió una calavera, la puso en el torno y la redondeó.

-Así están mejor, -les dijo-, ahora vamos.

Jugó con ellos y perdió algún dinero; mas en cuanto dieron las doce todo desapareció de sus ojos. Se echó y durmió con la mayor tranquilidad. A la mañana siguiente fue el rey a informarse.

-¿Cómo lo has pasado?, -le preguntó.

-He jugado y perdido un par de pesetas, -le contestó.

-¿No has tenido miedo?

-Por el contrario, me he divertido mucho. ¡Ojalá supiera lo que es miedo!

A la tercera noche se sentó de nuevo en su banco y dijo incómodo:

-¿Cuándo sabré lo que es miedo?

En cuanto comenzó a hacerse tarde se le presentaron seis hombres muy altos que traían una caja de muerto.

-¡Ay!, -les dijo- este es de seguro mi primo, que ha muerto hace un par de días.

Hizo señal con la mano y dijo:

-Ven, primito, ven.

Pusieron el ataúd en el suelo, se acercó a él y levantó la tapa; había un cadáver dentro. Le tocó la cara, pero estaba fría como el hielo.

-Espera, -dijo- te calentaré un poco.

Fue al fuego, calentó su mano y se la puso en el rostro, pero el muerto permaneció frío. Entonces le cogió en brazos, le llevó a la lumbre y le puso encima de sí y le frotó los brazos para que la sangre se le pusiese de nuevo en movimiento. Como no conseguía nada, se le ocurrió de pronto:

-Si me meto con él en la cama, se calentará.

-Se llevó al muerto a la cama, le tapó y se echó a un lado. Al poco tiempo estaba el muerto caliente y comenzó a moverse. Entonces, dijo el joven:

-Mira, hermanito, ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó diciendo:

-Ahora quiero estrangularte.

-¡Hola!, -le contestó-, ¿son esas las gracias que me das? ¡Pronto volverás a tu caja!

Le cogió, le metió dentro de ella y cerró; entonces volvieron los seis hombres y se lo llevaron de allí.

-No me asustarán, -dijo-; aquí no aprendo yo a ganarme la vida.

Entonces entró un hombre que era más alto que los otros y tenía un aspecto horrible, pero era viejo y tenía una larga barba blanca.

-¡Ah, malvado, pronto sabrás lo que es miedo, pues vas a morir!

-No tan pronto, -contestó el joven.

-Yo te quiero matar, -dijo el hechicero.

-Poco a poco, eso no se hace tan fácilmente, yo soy tan fuerte como tú y mucho más todavía.

-Eso lo veremos, -dijo el anciano-; ven, probaremos.

Entonces le condujo a un corredor muy oscuro, junto a una fragua, cogió un hacha y dio en un yunque, que metió de un golpe en la tierra.

-Eso lo hago yo mucho mejor -dijo el joven.

Y se dirigió a otro yunque; el anciano se puso a su lado para verle y su barba tocaba en la bigornia. Entonces cogió el joven el hacha, abrió el yunque de un golpe y clavó dentro la barba del anciano.

-Ya eres mío, -le dijo-, ahora morirás tú.

Entonces cogió una barra de hierro y comenzó a pegar con ella al anciano hasta que comenzó a quejarse y le ofreció, si le dejaba libre, darle grandes riquezas. El joven soltó el hacha y le dejó en libertad. El anciano le condujo de nuevo al castillo y le enseñó tres cofres llenos de oro, que había en una cueva.

-Una parte es de los pobres, la otra del rey y la tercera tuya.

Entonces dieron las doce y desapareció el espíritu, quedando el joven en la oscuridad.

-Yo me las arreglaré -dijo.

Empezó a andar a tientas, encontró el camino del cuarto y durmió allí junto a la lumbre. A la mañana siguiente volvió el rey y le dijo:

-Ahora ya sabrás lo que es miedo.

-No, -le contestó-, no lo sé; aquí ha estado mi primo muerto y un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no ha podido enseñarme lo que es miedo.

Entonces le dijo el rey:

-Tú has desencantado el castillo y te casarás con mi hija.

-Todo eso está bien, -le contestó-; pero sin embargo, aún no sé lo que es miedo.

Entonces sacaron todo el oro de allí y celebraron las bodas, pero el joven rey, aunque amaba mucho a su esposa y estaba muy contento, no dejaba de decir:

-¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará, etc.?

Esto disgustó al fin a su esposa y dijo a sus doncellas:

-Voy a procurar enseñarle lo que es miedo.

Fue al arroyo que corría por el jardín y mandó traer un cubo entero lleno de peces. Por la noche cuando dormía el joven rey, levantó su esposa la ropa y puso el cubo lleno de agua encima de él, de manera que los peces al saltar, dejaban caer algunas gotas de agua. Entonces despertó diciendo.

-¡Ah!, ¿quién me asusta?, ¿quién me asusta, querida esposa? Ahora sé ya lo que es miedo.

LA ONDINA DEL ESTANQUE

Había en cierto tiempo un molinero que vivía feliz con su mujer: tenían dinero, bienes y su propiedad aumentaba de año en año, pero la desgracia, dice el proverbio, viene durante la noche; su fortuna disminuyó de año en año, lo mismo que se había aumentado y por último el molinero apenas podía llamar suyo el molino en que habitaba. Hallábase muy afligido y cuando se acostaba por la noche terminado su trabajo, apenas podía descansar, pues sus penas le hacían dar vueltas en la cama. Una mañana se levantó antes de la aurora y salió para tomar el aire, imaginando que sentía algún alivio en su pesar. Cuando pasaba cerca de la escalera del molino, comenzaba a apuntar el primer rayo del sol y oyó un ligero ruido en el estanque. Se volvió y distinguió a una mujer muy hermosa, que se elevaba lentamente en medio del agua; sus largos cabellos, que había echado con sus delicadas manos sobre sus espaldas, descendían por ambos lados y cubrían su cuerpo blanco y brillante como la nieve. No tardó en conocer que era la ondina del estanque e ignoraba en su terror si debía quedarse o huir de allí, pero la ondina dejó oír su dulce voz, le llamó por su nombre y le preguntó por qué estaba tan triste. El molinero permaneció como mudo en un principio, pero oyéndola hablar con tanta gracia, se animó y le refirió que anteriormente había vivido feliz y rico, y que ahora se había quedado tan pobre que ignoraba qué hacer.

-No tengas cuidado, -contestó la ondina-; yo te haré más feliz y dichoso de lo que nunca has sido; mas es preciso que me prometas darme lo que acaba de nacer en tu casa.

-Sin duda será algún perro o algún gato, -pensó para sí el molinero y le prometió lo que le pedía.

La ondina se sumergió en el agua y él volvió corriendo, consolado y alegre a su molino; aún no había llegado cuando salió la criada de la casa y le dijo que se regocijase, pues su mujer acababa de dar a luz un niño. Quedó el molinero como herido por un rayo, comprendiendo entonces que la maliciosa ondina sabía lo que pasaba y le había engañado. Acercose al lecho de su mujer con la cabeza baja y esta le preguntó.

-¿Por qué no te alegras por el nacimiento de nuestro nuevo hijo?

Le refirió lo que le había sucedido y la promesa que había hecho a la ondina.

-¿De qué me sirve la prosperidad y las riquezas, -añadió-, si debo perder a mi hijo?

Mas ¿qué había de hacer?, sus mismos parientes cuando fueron a felicitarle, no le pudieron dar remedio alguno.

La fortuna volvió, sin embargo, a la casa del molinero; cuanto emprendía le salía siempre bien, parecía que los baúles y cofres se llenaban por sí mismos y que el dinero se multiplicaba en sus armarios durante la noche; trascurrido algún tiempo, era mucho más rico que antes. Pero no podía gozar de su felicidad pues la promesa que había hecho a la ondina destruía su corazón. Siempre que pasaba cerca del estanque temía verla subir a la superficie y recordarle su deuda. No dejaba al niño acercarse al agua.

-Ten cuidado, -le decía-, si te acercas alguna vez ahí, saldrá una mano que te cogerá y te arrastrará al fondo.

Sin embargo, como los años pasaban uno tras otro y la ondina no aparecía, comenzó a tranquilizarse el molinero.

El niño creció y llegó a hombre y le colocaron en casa de un cazador, en cuanto aprendió a cazar y supo bien la profesión, le recibió a su servicio el señor de la aldea, donde había una hermosa y honrada joven que agradó al cazador y cuando lo supo su amo, le regaló una casita, donde vivieron felices y tranquilos amándose de todo corazón.

El cazador perseguía un día un corzo; el animal salió del bosque a la llanura y él le siguió matándole de un tiro. No había notado que se hallaba cerca del peligroso estanque y en cuanto cogió su presa fue a lavarse las manos llenas de sangre. Pero apenas las había metido en el agua, cuando salió la ondina del fondo, le enlazó sonriendo en sus húmedos brazos y le arrastró tras sí con tal prontitud, que la ola le cubrió enteramente al cerrarse.

Cuando entraba la noche el cazador no volvía a su casa, su mujer sintió gran inquietud; salió a buscarle y como le había referido algunas veces que tenía que guardarse de las emboscadas de la ondina y que no se atrevía a aventurarse en las cercanías del estanque, sospechó lo que había sucedido. Corrió al estanque y cuando vio la escopeta a la orilla no dudó ya de su desgracia: llamó a su marido por su nombre, lamentándose y retorciéndose las manos, pero todo fue en vano; corrió al otro lado del estanque, dirigió a la ondina las injurias más violentas, mas no recibió respuesta alguna. El agua continuaba tranquila y la luna casi llena la miraba sin hacer el menor movimiento.

La pobre mujer no se separaba del estanque; con precipitados pasos y sin descansar daba vueltas a su alrededor, callando unas veces, dando gritos otras y murmurando algunas en voz baja. Faltáronle al fin las fuerzas, se sentó en el suelo y cayó en un profundo letargo; bien pronto comenzó a soñar.

Parecíale subir con la mayor inquietud por entre dos masas de rocas; las espinas y las piedras herían sus pies; la luna bañaba su rostro y el viento agitaba sus largos cabellos. Cuando llegó a la cumbre de la montaña, todo cambió de aspecto. El cielo era azul, el aire suave, la tierra descendía en suave pendiente y en medio de un verde prado, esmaltado todo de flores, vio una bonita cabaña; se acercó a ella y abrió la puerta; en el interior se hallaba sentada una anciana de cabellos blancos,

que le hizo una seña con la mayor amabilidad. La pobre mujer despertó en el mismo instante. Era ya de día y decidió poner en seguida en práctica, lo que su sueño le había aconsejado. Subió la montaña con gran trabajo y encontró todo lo que había visto la noche anterior; la vieja le recibió con mucha bondad y le indicó una silla donde sentarse.

-Sin duda has tenido alguna desgracia, -le dijo-, cuando vienes a visitar mi solitaria cabaña.

La mujer le refirió llorando lo que le había pasado.

-Consuélate, -dijo-, yo te socorreré. Toma ese peine de oro; espera hasta que llegue la luna llena, entonces vas a la orilla del estanque, te sientas y pasas el peine por tus largos cabellos negros. Cuando hayas concluido, le pones allí al lado y ya verás lo que sucede.

Volvió la mujer a su casa, pero transcurrió mucho tiempo antes de llegar la luna llena; al fin brilló en el cielo el redondo disco; fue entonces a la orilla del estanque, se sentó y pasó el peine de oro por sus largos cabellos negros y cuando hubo concluido se sentó junto al agua. Poco después comenzó a moverse el fondo, se levantó una ola, rodó hacia la orilla y se llevó el peine. Aún no habría podido tocar al fondo cuando se abrió el espejo del agua y subió a la superficie la cabeza del cazador; no habló, pero dirigió a su mujer una mirada llena de tristeza. En el mismo instante se levantó con gran ruido una segunda ola y cubrió la cabeza del cazador. Todo desapareció en seguida, el estanque quedó tranquilo como anteriormente y la faz de la luna volvió a brillar en él.

La mujer se marchó desesperada, pero se le apareció en sueños la cabaña de la vieja; a la mañana siguiente se puso en camino y contó su pena a la buena hada. La vieja le dio una flauta de oro y le dijo:

-Espera hasta la luna llena; entonces, coges esta flauta, te pones a la orilla del estanque, tocas un rato y cuando hayas concluido la dejas en la arena y verás lo que sucede.

La mujer hizo lo que le había dicho la vieja. Apenas había dejado la flauta en la arena, comenzó a moverse el fondo del agua, se levantó una ola, se adelantó hacia la orilla y se llevó la flauta. Poco después se entreabrió el agua y no solo subió a la superficie la cabeza del cazador, sino todo él hasta la mitad de su cuerpo.

Extendió sus brazos hacia ella con ardoroso amor, pero vino una segunda ola con gran estrépito, le cubrió y le arrastró al fondo.

-¡Ah!, -dijo la desgraciada mujer-, ¿de qué me sirve ver a mi amado para perderle en seguida?

Llenose de nuevo su corazón de tristeza, pero un sueño le indicó por tercera vez la cabaña de la anciana. Se puso en camino y el hada le dio una rueca de oro, la consoló y le dijo:

-Todavía hay esperanza: aguarda hasta que llegue la luna llena; entonces tomas la rueca, te colocas en la orilla e hilas hasta que hayas llenado el uso; cuando concluyas coloca la rueca junto al agua y verás lo que sucede.

La mujer siguió el consejo punto por punto: en cuanto llegó la luna llena, llevó la rueca de oro a la orilla del agua e hiló con la mayor actividad hasta que hubo concluido todo.

Apenas dejó la rueca junto a la orilla, se removió el fondo del agua con más violencia que nunca, se adelantó una ola y se llevó la rueca.

Enseguida subió a la superficie la cabeza y todo el cuerpo del cazador, saltó en un instante a la orilla, tomó a su mujer de la mano y echaron a correr, pero apenas habían dado algunos pasos, cuando se levantó toda el agua del estanque formando solo una ola y se extendió por la llanura con una violencia irresistible.

Los dos fugitivos veían ya la muerte delante de sus ojos, cuando la mujer, con angustia, llamó a la vieja en su corazón y en un momento fueron convertidos ella en sapo y él en rana.

La ola que los había alcanzado no pudo acabar con ellos, pero los separó y los llevó muy lejos el uno del otro. Cuando se retiró el agua y pusieron el pie en un terreno seco, volvieron a tomar su forma humana, pero ninguno de los dos sabía lo que había sucedido al otro, se hallaban entre hombres extraños que no conocían su país; los separaban altas montañas y profundos valles. Los dos se vieron obligados a guardar ovejas para ganarse sustento y durante muchos años condujeron su ganado por los bosques y los campos, llenos de tristeza y de pesar.

En una ocasión, cuando comenzaban a brotar las flores de la primavera, salieron los dos con un rebaño el mismo día y la casualidad quiso que marchasen al encuentro el uno del otro. El marido distinguió la pendiente de una montaña y dirigió hacia ella sus ovejas: llegaron juntos al valle, pero no se conocieron y sin embargo, se alegraron de no estar solos. Desde entonces llevaron todos los días sus ganados a pacer juntos; no se hablaban, pero sentían un consuelo desconocido a sus almas.

Una noche cuando la luna brillaba en el cielo y descansaban ya las ovejas, sacó el pastor la flauta de su zurrón y tocó una sonata muy melodiosa, pero también muy triste; cuando acabó vio que la pastora lloraba amargamente.

-¿Por qué lloras?, -le preguntó.

-¡Ah!, -contestó- así brillaba la luna cuando toqué por última vez esa sonata en la flauta y apareció en la superficie del agua la cabeza de mi amado.

La miró entonces el pastor y le pareció que caía un velo de sus ojos, pues reconoció a su amada mujer y mirándole a la luz de la luna que daba en su rostro, le reconoció ella a su vez. Arrojándose en los brazos uno del otro, se abrazaron y no se pregunta si fueron dichosos.

LOS TRES RAMOS VERDES

Había una vez un ermitaño que vivía en un bosque al pie de una montaña; pasaba el tiempo rezando y haciendo buenas obras, y todas las tardes llevaba por penitencia dos cubos grandes de agua desde la ladera hasta la cumbre de la montaña, para regar las plantas y dar de beber a los animales, pues reinaba en aquella altura un aire tan fuerte que todo lo secaba, y los pájaros, que huían en aquel desierto de la presencia del hombre, buscaban en vano agua que beber con sus perspicaces ojos. Un ángel del Señor se aparecía al ermitaño para recompensar su piedad, y en cuanto concluía su tarea le daba de comer, como a aquel profeta que era sustentado por los cuervos de orden del Eterno.

El ermitaño llegó así, en olor de santidad, hasta una edad muy avanzada; pero un día en que vio a lo lejos un pobre pecador, a quien llevaban al cadalso, se atrevió a decir:

-Ya vas a pagar lo que has hecho.

Por la tarde, cuando subió el agua a la montaña, no se le apareció el ángel como era costumbre, ni le trajo su comida. Atemorizado, inquirió en el fondo de su corazón en lo que podía haber ofendido a Dios y no podía descubrirlo. Postrose en tierra y estuvo orando día y noche sin querer tomar alimento alguno.

Un día, cuando estaba llorando amargamente en el bosque, oyó a un pájaro que cantaba con una voz tan melodiosa que no pudo menos de decirle:

-¡Ah!, pajarito, ¡qué contento cantas! El Señor no está incomodado contigo. ¡Ay!, si pudieras decirme en lo que le he ofendido, haría penitencia y volvería la alegría a mi corazón.

El pájaro le contestó:

-Has cometido una mala acción, condenando a un pobre pecador que llevaban al cadalso: por eso está incomodado contigo el Señor, pues solo a él le corresponde juzgarle. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tu pecado, te perdonará.

El ermitaño vio entonces al ángel del Señor delante de él, con una rama seca en la mano.

El ángel le dijo estas palabras:

-Llevarás esta vara seca hasta que salgan de ella tres ramos verdes y por las noches cuando vayas a dormir la colocarás debajo de tu cabeza. Mendigarás el pan de puerta en puerta y no permanecerás más que una noche bajo el mismo techo. Tal es la penitencia que te impone el Señor.

El ermitaño tomó la vara y comenzó a andar por el mundo, que hacía tanto tiempo tenía olvidado. No vivía más que de las limosnas que le daban en las puertas, pero con frecuencia no hacían caso de sus súplicas y más de una puerta permanecía cerrada, de modo que pasaba días enteros sin tener una migaja de pan.

Un día en que había estado desde la mañana hasta la noche mendigando de puerta en puerta y no habían querido darle nada, ni aun dejarle pasar la noche en un rincón del pajar, fue a un bosque, donde encontró un hueco abierto en una roca, en el que había sentada una vieja.

-Buena mujer, -le dijo-, déjame pasar la noche en tu casa.

-No, -le contestó-; yo no me atrevería, aunque pudiera. Tengo tres hijos que son ladrones y si te ven aquí cuando vengan nos matarán a los dos.

-Déjame entrar, -dijo el ermitaño-; no nos harán nada a ninguno de los dos.

La vieja tuvo compasión y se enterneció.

El hombre se echó al pie de la escalera con su vara debajo de la cabeza. La vieja le preguntó por qué se ponía así y le refirió que cumplía una penitencia y que debía ser su almohada aquella rama seca. La mujer exclamó llorando:

-¡Ay!, si Dios castiga así una simple palabra, ¿qué será de mis hijos cuando comparezcan, el día del juicio, delante de él?

A la medianoche volvieron los ladrones haciendo mucho ruido. Encendieron una lumbre muy grande que iluminó toda la pieza, de modo que no tardaron en ver al hombre debajo de la escalera; encolerizados dijeron entonces a su madre:

-¿Quién es ese hombre? ¿Olvidas que te hemos prohibido recibir aquí a nadie?

-Dejadle; es un pobre pecador que hace penitencia de sus pecados, -contestó la madre.

-¿Qué ha hecho?, -preguntaron los bandidos-. Vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

Se levantó entonces y les refirió cómo por haber ofendido a Dios con sólo una palabra, había tenido que someterse a una vida de expiación. Los ladrones se conmovieron de tal modo al oír su historia, que se llenaron de terror al considerar su vida pasada; volvieron en sí y comenzaron a hacer penitencia con sincera contrición.

El ermitaño, después de haber convertido a aquellos pecadores, se echó a dormir debajo de la escalera. Pero al día siguiente le encontraron muerto y la vara seca colocada bajo su cabeza, había echado tres ramos verdes, porque el Señor le había perdonado ya.

LOS SEIS COMPAÑEROS QUE LO CONSIGUEN TODO

Había una vez un hombre que era muy hábil en todos los oficios. Se hizo soldado y sirvió con valor, pero cuando concluyó la guerra recibió la licencia con algún dinero para el gasto del camino. Esto no le convenía y se propuso, si encontraba compañeros, obligar al rey a darle todos los tesoros del reino.

Tomó incómodo el camino del bosque y vio allí a un hombre que acababa de desarraigar seis árboles muy grandes con la mano, como si no hubieran sido más que seis hojas de yerba.

Le preguntó:

-¿Quieres seguirme y servir a mis órdenes?

-Con mucho gusto -respondió el otro-, pero antes tengo que llevar a mi madre este hacecillo de leña.

Y cogiendo uno de los árboles ató con él los otros y se echó el haz a la espalda y se lo llevó.

Volvió a encontrar a su amo, que le dijo:

-Nosotros dos lo conseguiremos todo.

Un poco más allá encontraron un cazador que estaba de rodillas y que apuntaba con su escopeta.

El soldado le preguntó:

-¿A qué apuntas, cazador?

Él le contestó:

-Dos leguas de aquí hay una mosca colocada en la rama de una encina y quiero meterle la bala en el ojo izquierdo.

-¡Oh! Ven conmigo -le dijo el soldado-. Nosotros tres lo conseguiremos todo.

El cazador le siguió y llegaron delante de siete molinos de viento que daban vueltas con la mayor velocidad, sin embargo, no hacía un pelo de viento y no se movía la hoja de ningún árbol.

El soldado le dijo:

-No concibo cómo pueden andar estos molinos, pues no hace aire.

Dos leguas más allá vieron un hombre que estaba subido en un árbol; tenía una de las narices tapada y soplaba con la otra.

-¿Qué diablos soplas ahí arriba? -le preguntó el soldado.

-Dos leguas de aquí -le respondió-, hay siete molinos de viento y estoy soplando para hacerlos andar.

-¡Oh! ven conmigo -dijo el soldado-; nosotros cuatro lo conseguiremos todo.

El que soplaba bajó del árbol y les acompañó. Al cabo de algún tiempo vieron a un hombre que estaba sobre un solo pie; se había quitado el otro y le tenía a su lado.

-He ahí uno -dijo el soldado-, que de seguro quiere descansar.

-Soy un andarín -respondió el otro-, y por no ir tan de prisa me he quitado una pierna; cuando tengo puestas las dos ando más que las golondrinas.

-¡Oh! ven conmigo -dijo el soldado-; nosotros cinco lo conseguiremos todo.

Se fue con ellos y poco tiempo después encontraron un hombre que tenía un sombrero pequeño puesto encima de la oreja.

El soldado le dijo:

-Dispensadme, caballero, creo que haríais mejor en poneros el sombrero derecho.

-Me guardaré muy bien -dijo el otro-, pues si me pongo el sombrero derecho, hace un frío tan grande que los pájaros se hielan en el aire y caen muertos en el suelo.

-¡Oh! entonces -dijo el soldado- ven conmigo; nosotros seis lo conseguiremos todo.

Los seis entraron en una ciudad en que el rey había mandado pregonar que el que quisiera luchar en la carrera con su hija, se casaría con ella si era vencedor; pero se le cortaría la cabeza si era vencido. El soldado se presentó y preguntó si podía correr en lugar suyo uno de su compañía.

-¿Por qué no? -respondió el rey-; pero su vida y la tuya servirán de prenda y si es vencido os cortarán a los dos la cabeza.

Convenidos así, el soldado mandó al andarín que se pusiese la segunda pierna y le recomendó correr sin perder tiempo y no despreciar nada para obtener la victoria. Se había decidido que sería vencedor el que trajese primero agua de una fuente situada muy lejos de allí.

El andarín y la hija del rey recibieron un cántaro cada uno al mismo tiempo; pero apenas había dado algunos pasos la princesa, cuando se había perdido de vista el andarín, como si se lo hubiera llevado el viento. Llegó en seguida a la fuente, llenó su cántaro y se puso en camino. Pero se sintió cansado en medio del tránsito y poniendo el cántaro en el suelo se echó a dormir un rato; mas tuvo el cuidado de ponerse debajo de la cabeza un cráneo de caballo que encontró allí cerca para no tardar en despertar con la dureza de la almohada.

La princesa, que corría tan bien como puede hacerlo una persona en estado natural, llegó a la fuente y se apresuró a volver después de haber llenado el cántaro.

Encontró al andarín dormido:

-Bueno -se dijo alegremente-, el enemigo está en mis manos.

Vació el cántaro del dormido y continuó su camino.

Todo se había perdido; mas por fortuna, el cazador colocado en lo alto del palacio, vio esta escena con su perspicaz vista.

-Pues no faltaba más -dijo-, sino que ganara la princesa.

Y disparando su carabina, rompió el cráneo de caballo que servía de almohada al andarín, sin hacerle daño ninguno.

Despertando el otro sobresaltado, vio que estaba vacío su cántaro y que la princesa le había tomado ya un gran adelanto. Pero volvió a la fuente sin desanimarse, llenó de nuevo su cántaro y llegó al término de la carrera diez minutos antes que la princesa.

-Al fin -dijo- he tenido que menear bien las piernas; lo que había hecho antes no era en realidad correr.

Pero el rey y su hija estaban furiosos de ver que el vencedor era un miserable soldado licenciado; resolvieron perderle a él y a todos sus compañeros.

El rey dijo a su hija:

-No tengas miedo: he encontrado un buen medio, no se me escaparán.

Después, bajo pretexto de obsequiarles, los hizo entrar en un cuarto cuyo suelo era de hierro, lo mismo que las puertas y las ventanas.

En medio de la habitación había una mesa con una espléndida comida.

-Entrad -les dijo el rey-; regalaos bien.

Y en cuanto estuvieron dentro, hizo cerrar con cerrojos todas las puertas por fuera. Después mandó venir a su cocinero y le dio la orden de encender lumbre debajo del cuarto hasta que el piso de hierro se pusiera enteramente rojo. Puso en ejecución la orden y los seis compañeros que estaban a la mesa comenzaron a tener calor; creyeron en un principio que provenía de lo mucho que comían; pero yendo el calor siempre en aumento, quisieron salir, y vieron que las puertas y las ventanas estaban cerradas y que el rey había querido jugarles una mala pasada.

-Pero ha cerrado el golpe -dijo el hombre del sombrero-, pues voy a hacer venir un frío que hará impotente al calor.

Entonces se metió el sombrero hasta los ojos y comenzó a hacer tal frío, que desapareció el calor y se helaron los platos de la mesa.

Al cabo de dos horas el rey, creyendo que estaban ya muertos, hizo abrir las puertas y vino a ver por sí mismo lo que les había sucedido. Pero halló a los seis muy frescos y contentos, diciendo que deseaban poder salir para ir a calentarse un poco, porque hacía tal frío en el cuarto, que se les habían helado los platos encima de la mesa. Incomodado el rey, fue a buscar al cocinero y le preguntó por qué no había ejecutado sus órdenes.

Pero el cocinero le respondió:

-He echado una lumbre capaz de asar una docena de bueyes. Vedlo vos mismo.

El rey reconoció en efecto que se había echado una lumbre muy grande debajo del cuarto en que los seis compañeros habían sabido librarse del calor.

El rey, deseoso de deshacerse de estos incómodos huéspedes, llamó al soldado y le dijo:

-Si quieres ceder los derechos que tienes a la mano de mi hija, te daré todo el oro que desees.

-Con mucho gusto, señor -respondió el otro-; dadme únicamente todo el oro que pueda llevar uno de los míos y dejo a la princesa.

El rey se puso muy alegre; el soldado le dijo que volvería a buscar su oro dentro de quince días. Entre tanto convocó en el mismo instante a todos los sastres del reino y los alquiló por quince días para hacer un saco. En cuanto estuvo concluido, el Hércules de la banda, el que desarraigaba los árboles con la mano, se lo echó auestas y se presentó en palacio. El rey preguntó quién era aquel mozo tan vigoroso que llevaba en las espaldas un fardo de paño tan grande como una casa, y cuando lo supo se asustó pensando en todo el oro que cabía dentro. Hizo traer un tonel que apenas podían hacer rodar seis hombres de los más fuertes, pero el Hércules lo cogió con una mano y echándole en el saco se quejó de que le hubiesen traído tan poco, que no había ni aun para llenar el fondo.

El rey hizo traer sucesivamente todo su tesoro, que pasó entero al saco, sin llenar ni la mitad.

-Traed más -gritó el Hércules-, dos nueces no bastan para hartar a un hombre.

Trajeron además setecientos carros cargados de oro de todas las partes del reino y los metió en el saco con bueyes y todo.

Cuando estuvo todo dentro, aún quedaba lugar, pero dijo:

-Hay que concluir, bien puede uno cerrar su saco antes de que esté lleno.

Y se lo echó a espaldas y fue a reunirse con sus compañeros.

El rey viendo que un solo hombre se llevaba todas las riquezas del reino, se puso muy enfadado y mandó montar a toda su caballería, con la orden de perseguir a los compañeros y quitarles el saco. Poco después les alcanzaron dos regimientos que les dijeron:

-Daos prisioneros, entregad el saco y el oro que contiene o morís en el acto.

-¿Qué decís? -respondió el que soplabá-, ¿que somos prisioneros? Antes echaréis todos a volar.

Y tapándose una de las narices se puso a soplar con la otra a los dos regimientos, de modo que los dispersó acá y allá, por el azul del cielo, por encima de los valles y las montañas. Un antiguo sargento mayor le pidió gracia, diciendo que tenía nueve cicatrices y que un valiente como él no merecía ser tratado tan ignominiosamente. El que soplabá se detuvo un poco, de manera que el sargento cayó sin lesión, pero le dijo:

-Ve a buscar a tu rey y dile que aunque hubiera enviado doble gente contra nosotros, yo los hubiera hecho bailar a todos en el aire.

Al saber la aventura, dijo el rey:

-Es preciso dejarlos marcharse: los pícaros son hechiceros. Los seis compañeros se llevaron así sus riquezas, se las repartieron y vivieron felices hasta el fin de sus días.

LA LIEBRE Y EL ERIZO

Esta historia, niños, va a pareceros una mentira y sin embargo es verdadera, pues mi abuelo de quien la sé no dejaba nunca, cuando me la refería, de añadir:

-Debe sin embargo ser verdadera, pues, si no, no la contaría nadie.

He aquí la historia tal como ha pasado.

Era una hermosa mañana de verano, durante el tiempo de la siega, precisamente cuando el alforfón, trigo negro está en flor. El sol brillaba en el cielo, el aire de la mañana ponía en movimiento los trigos, las alondras cantaban volando, las abejas zumbaban en el alforfón, las personas iban a la iglesia con el vestido de domingo y todo el mundo se alegraba y también el erizo.

El erizo estaba delante de su puerta, tenía los brazos cruzados, miraba pasar el tiempo y cantaba un cantarcillo, ni más ni menos que como lo canta un erizo en una hermosa mañana de domingo.

Mientras cantaba así, a media voz, se le ocurrió, muy osadamente en verdad, mientras su mujer lavaba y vestía a sus hijuelos, dar algunos paseos por la llanura e ir a ver cómo crecían los nabos. Los nabos se hallaban cerca de su casa, tenía la costumbre de comerlos con su familia y los cogía como si fueran suyos. Dicho y hecho.

El erizo cerró la puerta detrás de sí y se puso en camino. Apenas se hallaba fuera de la casa e iba precisamente a pasar por delante de una zarza, que se hallaba junto al campo donde crecen los nabos, cuando encontró a la liebre que había salido con una intención semejante, para ir a visitar sus berzas.

Así que el erizo vio a la liebre, pensó jugarle una buena treta y le dio los buenos días con mucha política; pero la liebre que era un personaje muy grande a su manera y de un carácter orgulloso, no devolvió el saludo, sino que dijo con un aire muy burlón:

-¿Cómo corres tan temprano por el campo, en una mañana tan hermosa?

-Voy a pasear -dijo el erizo.

-¿A pasear? -dijo riendo la liebre-; me parece que necesitarías para ello cambiar de piernas.

Esta respuesta disgustó mucho al erizo, pues no se incomodaba mas que cuando se trataba de sus piernas, porque las tenía torcidas de nacimiento.

-¿Te imaginas quizá -dijo a la liebre- que tus piernas valen más que las mías?

-Lo creo al menos -dijo la liebre.

-Eso es lo que está por ver -repuso el erizo-; apuesto a que, si corremos juntos, corro más que tú.

-¿Con tus piernas torcidas? Tú te chaceas -dijo la liebre-, pero si quieres apostaremos. ¿Qué vamos a ganar?

-Un luis de oro y una botella de aguardiente -dijo el erizo.

-Apostado -dijo la liebre-; toca y podemos probarlo en el acto.

-No, a nada viene tanta prisa -dijo el erizo-; aún no he tomado nada hoy y quiero ir a mi casa a tomar cualquier cosa. Volveré dentro de media hora.

Consintió la liebre y se marchó el erizo. Por el camino se iba diciendo a sí mismo: «La liebre se fía en sus largas piernas, pero yo se la jugaré. Se da mucha importancia, pero es muy tonta y lo pagará.»

En cuanto llegó a su casa, dijo el erizo a su mujer:

-Mujer, vístete corriendo; es preciso que vengas al campo conmigo.

-¿Qué pasa? -dijo su mujer.

-He apostado con la liebre un luis de oro y una botella de aguardiente a que corro más que ella y es preciso que seas de la partida.

-Pero Dios mío, hombre -dijo la mujer al erizo levantando la cabeza-: ¿estás en tu sentido, has perdido la cabeza? ¿Cómo pretendes luchar en una carrera con la liebre?

-Silencio, mujer -dijo el erizo-; no te metas en lo que no te importa. Nunca te mezcles en los negocios de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo?, tenía que obedecer, con ganas o sin ellas.

Cuando salían juntos, dijo el erizo a su mujer:

-Pon cuidado en lo que voy a decirte. Vamos a correr por esa tierra grande que ves ahí. La liebre correrá por un surco y nosotros por el otro, partiremos de allá abajo. Tú no tienes más que estar escondida dentro del surco y cuando llegue la liebre cerca de ti, te levantas gritando: «Aquí estoy.»

Apenas había dicho esto, llegaron al punto designado. El erizo indicó a su mujer el puesto que debía ocupar y subió campo arriba. Cuando hubo llegado al otro extremo encontró a la liebre que le dijo:

-Vamos a correr.

-Sin duda -repuso el erizo.

-Pues comencemos.

Y cada uno se colocó en su surco.

La liebre dijo:

-Una, dos, tres.

Y partió como un torbellino, saltando varas enteras. El erizo dio dos o tres pasos detrás de ella, después se agazapó en el surco y se estuvo quieto.

En cuanto llegó la liebre a grandes zancadas al otro lado de la tierra, le gritó la mujer del erizo:

-Aquí estoy.

La liebre se admiró y maravilló mucho; creía oír al mismo erizo, pues la mujer era exactamente igual a su marido.

La liebre pensó para sí: «El diablo anda en esto.»

Y añadió:

-Vamos a correr otra vez.

Y volvió a correr partiendo como un torbellino, saltando varas enteras, de modo que sus orejas flotaban al viento. La mujer del erizo no se movió de su puesto; cuando la liebre llegó al otro extremo de la tierra, le gritó el erizo:

-Aquí estoy.

La liebre fuera de sí, dijo:

-Volvamos a empezar, vamos a correr otra vez.

-¿Por qué no? -respondió el erizo-, estoy dispuesto a continuar todo el tiempo que quieras.

La liebre corrió así setenta y tres veces seguidas y el erizo sostuvo la lucha hasta el fin; cada vez que la liebre llegaba a un extremo u otro del campo, el erizo o su mujer decían siempre.

-Aquí estoy.

A las setenta y cuatro veces, la liebre no pudo concluir. Rodó por el suelo, en medio del campo le empezó a salir sangre por todas partes y expiró en el acto. El erizo cogió el luis de oro que había ganado y la botella de aguardiente, llamó a su mujer para que saliese del surco y ambos entraron muy contentos en su casa y si no se han muerto viven todavía.

Así fue como el erizo en el erial de Buxtehuder³ corrió hasta que hizo morir a la liebre, y desde aquel tiempo ninguna liebre se ha atrevido a correr con ningún erizo de Buxtehuder.

La moral de esta historia es mucho más importante de lo que puede imaginarse; nadie, en primer lugar, debe burlarse del más pequeño, aunque sea un erizo; y, en segundo lugar, es bueno si tomáis mujer, que la toméis de vuestra clase y semejante a vos en un todo. Si sois erizo, tened cuidado de que vuestra mujer sea eriza y lo mismo en las demás clases.

3 Es un pueblo cerca de Hamburgo.

EL HUSO, LA LANZADERA Y LA AGUJA

Quedose huérfana una joven a poco de nacer y su madrina que vivía sola en una cabaña al extremo de la aldea, sin más recursos que su lanzadera, su aguja y su huso, se la llevó consigo, la enseñó a trabajar y la educó en la santa piedad y temor de Dios. Cuando llegó la niña a los quince años, cayó enferma su madrina, y llamándola cerca de su lecho, le dijo:

-Querida hija, conozco que voy a morir; te dejo mi cabaña que te protegerá del viento y la lluvia y te lego también mi huso, mi lanzadera y aguja, que te servirán para ganarte el pan.

Poniéndole después la mano en la cabeza, la bendijo, añadiendo:

-Conserva a Dios en tu corazón y llegarás a ser feliz. Cerráronse enseguida sus ojos y la pobre niña acompañó su ataúd llorando, y le hizo los últimos honores. Desde entonces vivió sola, trabajando con la mayor actividad, ocupándose en hilar, tejer y coser, y la bendición de la buena anciana la protegía en todo aquello en que ponía mano. Se podía decir que su provisión de hilo era inagotable y apenas había tejido una pieza de tela o cosido una camisa, se la presentaba enseguida a un comprador, que la pagaba con generosidad; de modo que, no sólo no se hallaba en la miseria, sino que podía también socorrer a los pobres.

Por el mismo tiempo, el hijo del rey se puso a recorrer el país para buscar mujer con quien casarse. No podía elegir una pobre, pero tampoco quería una rica, por lo cual decía que se casaría con la que fuese a la vez la más pobre y la más rica. Al llegar a la aldea donde vivía nuestra joven, preguntó, según su costumbre, dónde vivían la más pobre y la más rica del lugar. Se le designó enseguida la segunda; en cuanto a la primera se le dijo que debía ser la joven que habitaba en una cabaña aislada al extremo de la aldea.

Cuando pasó el príncipe, la rica, vestida con su mejor traje, se hallaba delante de la puerta; se levantó y salió a su encuentro, haciéndole una profunda cortesía; pero él la miró sin decirle una palabra y continuó su camino. Llegó a la cabaña de la pobre, que no había salido a la puerta y estaba encerrada en su cuarto; detuvo su caballo y miró por la ventana al interior de una habitación que iluminaba un rayo de sol; la joven estaba sentada delante de su rueda e hilaba con el mayor ardor. No dejó de mirar, furtivamente al príncipe, pero se puso muy encarnada y continuó hilando,

bajando los ojos, aunque no me atreveré a asegurar que su hilo fuera igual como lo era antes; prosiguió hilando hasta que partió el príncipe. En cuanto no le vio ya, se levantó a abrir la ventana, diciendo:

-¡Qué calor hace aquí!

Y le siguió con la vista mientras pudo distinguir la pluma blanca de su sombrero.

Volvió a sentarse y continuó hilando, pero no se le iba de la memoria un refrán que había oído repetir con frecuencia a su madrina, el cual se puso a cantar, diciendo:

Corre huso, corre, a todo correr,

mira que es mi esposo debe volver.

Mas he aquí que el huso se escapó de repente de sus manos y salió fuera del cuarto; la joven se le quedó mirando, no sin asombro, y le vio correr a través de los campos, dejando detrás de sí un hilo de oro. Al poco tiempo estaba ya muy lejos y no podía distinguirlo. No teniendo huso, cogió la lanzadera y se puso a tejer.

El huso continuó corriendo y cuando se le acabó el hilo, ya se había reunido al príncipe.

-¿Qué es esto? –exclamó-; este huso quiere llevarme a alguna parte.

Y volvió su caballo, siguiendo al galope el hilo de oro. La joven continuaba trabajando y cantando:

Corre, lanzadera, corre tras de él,

tráeme a mi esposo, pronto tráemele.

Enseguida se escapó de sus manos la lanzadera, dirigiéndose a la puerta; pero al salir del umbral comenzó a tejer, comenzó a tejer el tapiz más hermoso que nunca se ha visto; por ambos lados le adornaban guirnaldas de rosas y de lirios y en el centro se veían pámpanos verdes sobre un fondo de oro; entre el follaje se distinguían liebres y conejos, y pasaban la cabeza, a través de las ramas, ciervos y corzos; en otras partes tenía pájaros de mil colores, a los que no faltaba más que cantar. La lanzadera continuaba corriendo y la obra adelantaba a las mil maravillas.

Corre, aguja, corre, a todo correr,

prepáralo todo, que ya va a volver.

La aguja, escapándose de sus dedos, echó a correr por el cuarto con la rapidez del relámpago, pareciendo que tenía a sus órdenes espíritus invisibles, pues la mesa y los bancos se cubrían con tapetes verdes, las sillas se vestían de terciopelo y las paredes de una colgadura de seda.

Apenas había dado la aguja su última puntada, cuando la joven vio pasar por delante de la ventana la pluma blanca del sombrero del príncipe, a quien había traído el hilo de oro; entró en la cabaña pasando por encima del tapiz y en el cuarto donde vio a la joven, vestida como antes, con su pobre traje; pero hilando, sin embargo, en medio de este lujo improvisado, como una rosa en una zarza.

-Tú eres la más pobre y la más rica, -exclamó-; ven, tú serás mi esposa.

Presentole ella la mano sin contestarle, él se la besó, y haciéndola subir en su caballo, la llevó a la corte donde se celebraron sus bodas con gran alegría.

El huso, la lanzadera y la aguja, se conservaron con el mayor cuidado en el tesoro real.

LA MESA, EL ASNO Y LA VARA MARAVILLOSA

Había una vez un sastre que tenía tres hijos y una cabra. Como la cabra daba leche para toda la familia, era necesario procurarle buen pasto y llevarla al campo todos los días. Los hijos se hallaban obligados a esto y lo hacían por turno. Un día la llevó el mayor al cementerio, donde había yerba muy crecida, que comió con extraordinaria alegría dando muchos saltos. Cuando volvían a casa al anochecer, le preguntó el mancebo.

-¿Has comido, cabra?

A lo que le contestó.

Estoy atascada,

Saciada.

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, -dijo el joven y cogiéndola por la cuerda la llevó al establo, donde la ató.

-¿Ha comido la cabra todo lo que quería? -dijo el viejo sastre.

-Sí, -contestó el hijo-, está atascada y saciada.

Mas queriendo el padre asegurarse por sí mismo, fue al establo y se puso a acariciar a su querido animal, diciéndole.

-¿Cabrita, has comido bien?

La cabra le contestó.

¿Cómo había de comer,

si no he hecho más que correr

sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Qué viejo!, -dijo el sastre, y saliendo del establo, regañó a su hijo.

-Embustero, ¿no me has dicho que la cabra estaba harta? y ha vuelto en ayunas.

Cogió encolerizado la vara de medir y le echó de la casa dándole de palos.

Al día siguiente tocaba la vez al segundo hijo, quien buscó a lo largo del cercado del jardín un lugar bien provisto de yerba y la cabra cortó hasta el último tallo. Por la noche cuando trataba de volver le preguntó.

-¿Has comido, cabra?

A lo que contestó.

Estoy atascada,

Saciada.

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa -dijo el joven y la llevó al establo, donde la ató.

-¿Ha comido la cabra todo lo que necesitaba?, -dijo el sastre.

-¡Oh!, sí, -contestó el hijo-, está atascada y saciada.

El sastre que era aficionado a verlo todo por sí mismo; fue al establo y preguntó.

-¿Cabrita, has comido bien?

A lo que respondió la cabra.

¿Cómo había de comer,

si no he hecho más que correr

sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Miserable!, -exclamó el sastre-, ¡dejar en ayunas a un animal tan bueno!, y puso también en la calle a palos a su segundo hijo.

Al día siguiente, tocó el turno al hijo menor, que para hacer bien las cosas buscó sotos provistos de buenas yerbas, en los que puso a comer a la cabra. Por la noche cuando trató de volver, le preguntó.

-¿Has comido, cabra?

A lo que contestó:

Estoy atascada,

Saciada,

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, -dijo el joven, y la llevó al establo, y la ató.

-¿Ha comido la cabra, todo lo que necesitaba?, -preguntó el sastre.

-¡Ah!, -contestó el hijo-, está atascada y saciada.

Pero el sastre que no tenía confianza fue al establo, y preguntó.

-¿Has comido bien, cabrita?

Pero el malvado animal contestó:

¿Cómo había de comer

si no he hecho más que correr

sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Raza de embusteros, -gritó el sastre- tan malos y tan desalmados unos como otros; pero no me engañaréis ya más! -y fuera de sí de cólera, molió a su hijo a palos con la vara de medir, de manera que el joven escapó a su vez de la casa paterna.

El sastre se quedó entonces solo con su cabra; al día siguiente fue al establo y se puso a acariciarla diciéndole:

-Ven, querida cabrita, voy a llevarte a pacer yo mismo.

Cogió la cabra y la llevó a unos prados llenos de verde, a sitios donde brotaba la yerba con mil hojas y a otros lugares que agradan a las cabras.

-Hoy -le dijo-, puedes sacar la tripa de mal año -y la dejó pacer hasta la noche.

Entonces le preguntó.

-¿Has comido, cabra?

-A lo que contestó.

Estoy atascada,

Saciada,

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, -dijo el sastre y la llevó al establo, donde la ató.

Al salir volvió a repetirle.

-¿Has comido bien hoy?

Pero la cabra no se portó mejor con el padre que como se había portado con los hijos.

¿Cómo había de comer

si no he hecho más que correr

sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

Sorprendido el sastre al oír esto, comprendió que había echado a sus hijos de su casa injustamente.

-Espera, -dijo- ingrato animal, el echarte así es muy poco, quiero marcarte de manera que no te atrevas jamás a presentarte delante de ningún honrado sastre.

En el mismo instante cogió la navaja de afeitar, dio jabón a la cabra en la cabeza y se la puso tan lisa como la palma de la mano, y como la vara era muy hermosa para ella, cogió su látigo y le dio tales latigazos que echó a correr dando saltos prodigiosos.

Viéndose solo en su casa comenzó el sastre a fastidiarse y hubiera querido llamar a sus hijos, pero nadie sabía lo que les había sucedido.

El mayor se había puesto de aprendiz en casa de un ebanista: aprendió el oficio con aplicación y cuando terminó el tiempo de su contrato, quiso marcharse a probar fortuna. Su maestro le regaló una mesita común en apariencia, pero dotada de una preciosa cualidad. Cuando la ponían delante de alguien y le decían: mesa sírveme; aparecía en el mismo instante con un hermoso mantel blanco, con su plato, su cuchillo y su tenedor, y otros platos llenos de toda clase de manjares, tantos como cabían en ella y un vaso lleno de vino tinto que regocijaba el corazón.

El joven se creyó rico mientras viviera y echó a correr por el mundo sin hacer caso de si las posadas eran buenas o malas, o de si encontraba o no qué comer.

Muchas veces ni aún entraba en alguna parte, sino que en medio del campo en un bosque, en una pradera ponía su mesa, y sin más que decirle más que sírveme, se hallaba servido en el mismo instante.

Se le ocurrió al fin volver a casa de su padre, creyendo que ya se habría apaciguado su cólera y que sería bien recibido por la mesa maravillosa. En el camino entró una noche en una posada que estaba llena de viajeros, le dieron la enhorabuena por su llegada y le invitaron a sentarse a la mesa con ellos, pues si no le costaría mucho trabajo el encontrar comida.

-No, -contestó-, no quiero tomar parte en vuestro escote, os convido por el contrario a tomarla conmigo.

Se echaron a reír creyendo querría burlarse, sin embargo, preparó su mesa en medio de la sala y dijo:

-Mesa, sírveme.

Enseguida se cubrió de manjares, tales como no habían salido nunca de la cocina de la posada y cuyo olor agradaba al olfato de los convidados.

-Vamos, señores, -exclamó-; a la mesa.

Viendo de lo que se trataba no se hicieron de rogar y se pusieron a trabajar heroicamente con el cuchillo en la mano, pero los llenaba de admiración el ver que a medida que se vaciaba un plato, le reemplazaba otro lleno. Hallábase en un rincón el posadero viendo todo esto sin saber qué pensar, pero se decía a sí mismo que una cocina de esta clase le sería muy útil en su posada.

El ebanista y sus compañeros pasaron alegremente una parte de la noche y al fin fueron a acostarse; el joven al meterse en la cama, colocó su mesa cerca de la pared; mas el posadero no podía dormir, agitado por diferentes pensamientos; recordó que tenía en el granero una mesa vieja exactamente igual y fue a buscarla en silencio y la colocó en lugar de la otra.

Despertó al día siguiente el ebanista y después de haber pagado por la noche que había pasado en la posada, cogió la mesa sin darse cuenta del cambio y continuó su camino.

Llegó al mediodía a la casa de su padre, quien le recibió con extraordinario placer.

-¿Qué has aprendido, querido hijo? -le preguntó.

-El oficio de ebanista, padre mío.

-Es un buen oficio, -replicó el anciano-, y ¿qué has traído de tus viajes?

-Padre, lo mejor de cuanto poseo, es una mesita pequeña.

El padre miró por todas partes y lo dijo:

-Si es esa tu obra maestra, no tiene nada de extraordinario, es un mueble viejo que apenas puede tenerse de pie.

-¡Oh!, -contestó el hijo-, es una mesa mágica, cuando la mando me sirva, se llena de los mejores platos, de vino para alegrar el corazón y convidar a todos nuestros parientes y amigos, que vengan a regalar, la mesa bastará para todos.

Apenas estuvieron reunidos puso su mesa en medio del cuarto y le dijo:

-Mesa, sírvenos.

Mas no escuchó sus órdenes y continuó vacía como una mesa ordinaria.

El pobre muchacho conoció entonces que se la habían cambiado y quedó tan avergonzado como un embustero cogido en mentira.

Los parientes se burlaron de él y volvieron a sus casas sin haber comido ni bebido. El padre cogió su aguja y su dedal, y el hijo se puso a trabajar en casa de un maestro ebanista.

El segundo hijo entró en casa de un molinero. Cuando terminó su ajuste le dijo su amo:

-Te voy a dar este asno para recompensarte por tu buena conducta. Es de una raza especial y no sirve para carga ni para tiro.

-¿Pues entonces, para qué sirve? -contestó el joven.

-Da oro, -contestó el molinero-, no tienes más que colocarle encima de un paño extendido y decir bricklebrit y el bueno del animal echará oro por delante y por detrás.

-He ahí un animal maravilloso, -repuso el joven.

Dio gracias a su amo y comenzó a recorrer el mundo. Cuando necesitaba dinero, con solo decir a mano bricklebrit llovían las monedas de oro sin tener más trabajo que el de recogerlas. Por todas partes por donde iba, lo mejor no era bueno para él y lo más caro estaba a su disposición, pues tenía siempre la bolsa repleta. Después de haber viajado algún tiempo, creyó se habría mitigado ya la cólera de su padre y que podría ir a reunirse con él, pudiendo ser bien recibido, por lo menos en consideración a su asno. Entró en la única posada en que su hermano había perdido la mesa; llevaba su asno suelto; el posadero quiso cogerle y atarle, mas el joven le dijo:

-No os toméis ese trabajo, yo mismo iré y ataré a mi asno en la cuadra, porque quiero saber siempre dónde se halla.

Sorprendido el posadero, supuso que un hombre que quería cuidar por sí mismo de su asno, no hacía mucho gasto; pero cuando el forastero, metiendo la mano en el bolsillo, sacó dos monedas y le mandó le sirviera de todo lo mejor, abrió unos ojos muy grandes y se puso a buscar todo lo mejor que tenía. Después de la comida, preguntó al posadero lo que le debía, quien no perdonando medio para aumentar la cuenta, le contestó que debía aún otras dos monedas de oro. El joven metió la mano en el bolsillo, pero estaba vacío.

-Esperad un instante, -dijo- voy a buscar dinero -y salió llevándose el mantel.

El posadero no comprendía nada de lo que estaba viendo, pero era curioso; siguió al viajero y aunque este cerró la puerta de la cuadra, miró por una rendija. El forastero extendió el mantel debajo del asno, dijo bricklebrit y el animal comenzó enseguida a echar oro por delante y por detrás; era una lluvia.

-¡Diablo!, -dijo el posadero-; ¡escudos nuevecitos! Semejante tesoro no hacía daño a su asno.

El joven pagó su gasto y se fue a acostar; mas el posadero se deslizó por la noche en la cuadra, quitó el asno que daba dinero y puso otro, en lugar suyo.

A la mañana siguiente tomó el joven su asno y se puso en camino creyendo que llevaba su animal mágico. Llegó al medio día a casa de su padre, quien se alegró de verle y le recibió con los brazos abiertos.

-¿Qué has hecho, hijo mío?, -le preguntó el viejo.

-Soy molinero, querido padre, -le contestó.

-¿Qué traes de tu viaje?

-Nada más que un asno.

-No faltan asnos entre nosotros, -replicó el padre- mejor hubieras hecho en traernos una buena cabra.

-Pero, -repuso el hijo- mi asno no es como los demás, es un asno mágico; no tengo más que decir bricklebrit y enseguida deja caer tantas monedas de oro, que hay para llenar una manta; enviad a llamar a todos nuestros parientes, que voy a enriquecerlos de un golpe.

-No me disgusta, -replicó el padre-; ya no me cansaré en tirar de la aguja.

Y fue a buscar a toda su parentela.

Cuando estuvieron reunidos, hizo sitio el molinero, extendió su paño y colocó el asno encima. «Atención», exclamó, y dijo: bricklebrit. Pero el asno no comprendía la magia y lo que dejó caer en el paño ni aun por lo amarillo se parecía al oro. El pobre molinero conoció que le habían robado y poniendo una cara muy triste pidió perdón a sus parientes, que volvieron a sus casas tan pobres como habían venido. Su padre continuó obligado a vivir de la aguja y él se volvió de criado en un molino.

El tercer hermano se había puesto de aprendiz en casa de un tornero y como el oficio es difícil, tardó mucho más tiempo en aprenderlo que sus otros dos hermanos. Le enviaron a decir en una carta las desgracias que les habían sucedido y que el posadero les había robado los regalos mágicos de que eran poseedores. Cuando el tornero concluyó su aprendizaje y le llegó el tiempo de viajar, su maestro, para recompensarle por su buena conducta, le dio un saco, en el que había un palo muy gordo.

-El saco me puede servir de algo, -se dijo-, me lo echaré a la espalda; pero ¿de qué me servirá el palo como no sea de peso?

-Voy a enseñarte su uso, -le contestó el maestro-; si alguno te hace mal, no tienes más que decir estas palabras: ¡palo, fuera del saco! Enseguida saltará el palo a sus espaldas y se meneará con tanta ligereza, que no podrá moverse en ocho días; no cesando la broma hasta que digas: ¡palo, al saco!

El oficial dio gracias a su maestro y se puso en camino con su saco; si se le arrimaba alguien demasiado cerca y quería tocarle, no tenía más que decir: ¡palo, fuera del saco!, y enseguida se ponía a limpiar la ropa de la gente sin que tuviesen tiempo de quitársela.

Llegó una noche a la posada donde les habían robado a sus hermanos; colocó su saco delante y se puso a referir todas las curiosidades que había visto en el mundo.

-Sí, -decía- cierto es que hay mesas que sirven de comer por sí solas, asnos que dan oro y otras cosas semejantes, que me hallo muy lejos de despreciar; pero todo esto no vale nada al lado del tesoro que llevo yo en mi saco.

El posadero enderezaba las orejas.

-Qué podrá ser, -pensaba para sí-, sin duda su saco está lleno de piedras preciosas: me alegraría unirlo al asno y a la mesa, pues todas las cosas buenas entran por tres.

Cuando se acostaron, el joven se echó en un banco y se puso el saco debajo de la cabeza a manera de almohada. El posadero apenas le creyó bien dormido se acercó a él suavemente y comenzó a tirar poco a poco del saco para ver si podría quitarlo y colocar otro en su lugar.

Mas el tornero le estaba espiando hacía mucho tiempo y en el momento en que el ladrón dio un tirón fuerte exclamó: Palo, fuera del saco; y enseguida saltó el palo a las espaldas del bribón y comenzó a plancharle las costuras del vestido. El desgraciado pedía perdón y misericordia, pero cuanto más gritaba más fuerte caía el palo sobre sus espaldas, de modo que al fin dio con su cuerpo en tierra. Entonces, le dijo el tornero:

-Si no me das en este mismo instante la mesa y el asno va a comenzar la danza otra vez.

-Ay, no, -exclamó el posadero con una voz muy débil-, todo te lo devolveré, pero haz entrar en el saco a ese maldito diablo.

-Sería sin embargo muy justo volver a comenzar, -dijo el oficial-, pero te perdono si cumples tu palabra.

Después añadió:

-¡Palo al saco!, y le dejó en paz.

El tornero llegó al día siguiente a casa de su padre con la mesa y el asno: su padre se alegró de volverle a ver y le preguntó lo que había aprendido.

-El oficio de tornero, querido padre, -le contestó.

-Buen oficio, -replicó el padre-, ¿y qué traes de tus viajes?

-Una hermosa pieza, amado padre, un palo metido en un saco.

-¿Un palo?, -exclamó el padre-, ¿y para qué?, ¿faltan acaso en ninguna parte?

-Pero no como el mío, querido padre, cuando le digo: Palo, fuera del saco, se lanza sobre los que le hacen daño y los apalea hasta que caen al suelo pidiendo perdón, y me ha servido como veréis para recobrar la mesa y el asno que ese ladrón de posadero había robado a mis hermanos.

Mandadlos venir a los dos y convidad a todos nuestros parientes, que quiero obsequiarlos y llenar sus bolsillos.

El viejo sastre fue a buscar a sus parientes aunque no tenía la mayor confianza; el tornero extendió un paño en el cuarto, trajo al asno e imitó a su hermano a pronunciar las palabras sacramentales.

El molinero dijo bricklebrit y enseguida cayeron monedas de oro como si fueran granizo y no cesó la lluvia hasta que todos ellos tuvieron más de las que podían llevar (no te hubiera desagradado encontrarte allí querido lector). Enseguida cogió el tornero la mesa y dijo a su hermano el ebanista:

-Ahora te toca a ti.

Apenas hubo dicho éste:

-Mesa sírvenos -quedó servida y cubierta de los platos más apetitosos.

Hubo entonces un festín como nunca le había visto el viejo en su casa y todos continuaron reunidos divirtiéndose hasta que llegó la noche.

El sastre guardó cuidadosamente sus agujas, su dedal, su vara y sus hilos, y vivió contento y alegre el resto de sus días en compañía de sus tres hijos.

¿Pero qué había sucedido a la cabra que fue causa de que el padre echara de su casa a sus tres hijos? Voy a referirlo.

Como tenía vergüenza de ver su cabeza pelada, fue a esconderse a una madriguera de zorras. Al volver percibió el zorro en la oscuridad dos ojos grandes que brillaban como ascuas, se amedrentó y huyó.

Encontrole un oso y le dijo viendo su turbación:

-¿Qué hay, hermano zorro, de dónde vienes tan asustado?

-¡Ah!, -respondió el zorro-; en el fondo de mi madriguera hay un monstruo espantoso, que me ha mirado con dos ojos como dos ascuas.

-Pronto le echaremos, -dijo el oso y fue también a mirar al fondo de la madriguera; pero cuando vio aquellos terribles ojos se llenó también de espanto y huyó con la mayor ligereza para no tener que vérselas con el monstruo.

Encontrole una abeja y le dijo, viendo que su aspecto era poco tranquilo:

-¡Ah, compadre, qué cara tan triste tienes! ¿Qué ha sido de tu alegría?

-Dices bien, -contestó el oso-; pero hay en la madriguera del zorro un monstruo de miradas tan terribles que no podemos hacerle desalojar.

La abeja le replicó:

-Me da lástima de vosotros; yo soy una criatura débil, que apenas te dignas mirar en tu camino, pero sin embargo, creo que podré serte útil.

Volvió a la madriguera, se colocó en la cabeza de la cabra y la picó con tal fuerza, que la chiva no pudo menos de gritar: ¡be!, ¡be!, y se lanzó al bosque como una loba; y desde entonces nadie sabe lo que se ha hecho de ella.

LA SEPULTURA

Un labrador muy rico estaba un día delante de su puerta, mirando sus campos y sus huertos; el llano estaba cubierto por la cosecha; los árboles estaban cargados de fruta. El trigo de los años anteriores llenaba de tal modo sus graneros, que las vigas del techo se doblaban bajo su peso. Sus establos estaban llenos de bueyes, de vacas y de caballos.

Entró en su cuarto y dirigió una mirada al cofre en que encerraba el dinero, pero mientras estaba absorto en la contemplación de estas riquezas, creyó oír en su interior una voz que le decía:

-¿Has hecho feliz, a pesar de todo tu oro, a alguno de los que te rodeaban? ¿Has aliviado la miseria de los pobres? ¿Has repartido tu pan con los que tenían hambre? ¿Has estado satisfecho con lo que poseías y no has deseado nunca más?

Su corazón no vaciló en contestar:

-Siempre he sido duro e inexorable, nunca he hecho nada por mis parientes ni por mis amigos. No me he preocupado acerca de Dios, sino que sólo pensaba en aumentar mi riqueza. Aun cuando hubiera poseído el mundo entero, no hubiera tenido nunca bastante.

Este pensamiento le atemorizó, temblándole las rodillas de tal modo que se vio obligado a sentarse. Al mismo tiempo llamaron a la puerta. Era uno de sus vecinos, cargado de hijos, a quienes no podía sustentar.

-No ignoro, -pensaba para sí-, que mi vecino es mucho más despiadado que rico; sin duda no hará caso de mí, pero mis hijos me piden pan; voy a hacer una prueba.

En cuanto llegó a la presencia del rico, le dijo de esta manera:

-Sé no os gusta socorrer a nadie, pero me dirijo a vos con desesperación, como un hombre que, estando próximo a ahogarse, se agarra a la más débil rama. Mis hijos tienen hambre: prestadme un puñado de trigo.

Un rayo de compasión penetró por primera vez en el hielo de aquel corazón avaro.

-No te prestaré un puñado, -le respondió-; te daré una fanega, pero con una condición.

-¿Cuál? -preguntó el pobre.

-Que pasarás las tres primeras noches, después de mi muerte, velando sobre mi sepultura.

La proposición no agradó mucho al pobre, pero en la necesidad en que se encontraba, tuvo que aceptarlo. Lo prometió, pues, y se llevó el trigo a su casa.

Parecía que el labrador había adivinado el porvenir, pues a los tres días murió de repente, sin que nadie lo sintiera. En cuanto estuvo enterrado, el pobre se acordó de su promesa; hubiera querido verse dispensado de ella, pero se dijo:

-Este hombre ha sido generoso conmigo, ha dado pan a mis hijos y además le he dado mi palabra y debo cumplírsela.

A la caída de la tarde, fue al cementerio y se sentó encima de la sepultura.

Todo estaba tranquilo; la luna iluminaba los sepulcros y de cuando en cuando, volaba un búho lanzando gritos fúnebres. A la salida del sol volvió a su casa sin haber corrido el menor peligro. Lo mismo sucedió la noche siguiente.

La noche del tercer día sintió un secreto terror, como si fuera a pasar alguna cosa extraña. Al entrar en el cementerio, distinguió a lo largo de la pared un hombre como de unos cuarenta años, de rostro moreno y de ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa; bajo la cual sólo se veían unas grandes botas de montar.

-¿Qué buscáis aquí? -le dijo el pobre-; ¿no tenéis miedo en este cementerio?

-Nada busco, -respondió el otro-, ¿y de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado licenciado y voy a pasar la noche aquí porque no tengo otro asilo.

-Pues bien, -le dijo el pobre- ya que no tenéis miedo, me ayudaréis a guardar esta tumba.

-Con mucho gusto, -respondió el soldado-; mi oficio es hacer guardias. Quedémonos juntos y participaremos del bien o del mal que se presente.

Los dos se sentaron encima de la sepultura.

Todo permaneció en silencio hasta la medianoche. Entonces sonó en el aire un silbido agudo y los dos guardias vieron delante de ellos al diablo en persona.

-Fuera de aquí, canallas, -les gritó-; este muerto me pertenece, voy a llevármelo, y si no escapáis pronto, os retuerzo el pescuezo.

-Señor de la pluma roja, -le contestó el soldado- vos no sois mi capitán; no tengo ninguna orden que recibir de vos y no os tengo miedo. Continúa vuestro camino; nosotros nos quedamos aquí.

El diablo pensó que con dinero lo obtendría todo de estos dos miserables, y tomando un tono más dulce, les preguntó con la mayor familiaridad si consentían en alejarse dándoles una bolsa llena de oro.

-Con mucho gusto, -respondió el soldado-; eso es hablar como hombres, pero una bolsa de oro no es suficiente, pues no dejaremos este lugar si no nos dais con qué llenar una de mis botas.

-No tengo una cantidad tan grande aquí, -dijo el diablo-; pero voy a ir a buscarla. En la ciudad próxima vive un usurero amigo, que no vacilará en prestarme esa suma.

En cuanto partió el diablo, se quitó el soldado la bota izquierda diciendo:

-Vamos a jugarle una treta. Compadre, dame tu navaja.

Cortó la suela de la bota y puso la badana derecha encima de unas yerbas muy altas, arrimada a un sepulcro que había allí cerca.

No aguardaron mucho tiempo; el diablo llegó en breve con un pequeño saco de oro en la mano.

-Echadle, -dijo el soldado levantando un poco la bota-; pero no será bastante eso.

El diablo vació el saco, pero el oro cayó en el suelo y la bota quedó vacía.

-¡Imbécil! -le gritó el soldado-; ¿no te lo había dicho? Vuelve y trae mucho más.

El diablo partió meneando la cabeza y volvió al cabo de un rato con un saco mucho mayor bajo el brazo.

-Eso ya vale algo más, -dijo el soldado- pero dudo que baste todavía para llenar la bota.

El oro cayó sonando, pero la bota quedó vacía. El diablo se aseguró por sí mismo mirando con sus ojos de fuego.

-¡Vaya botas que gastas! -exclamó haciendo un gesto.

-¿Querías, -replicó el soldado-, que llevara como tú, un pie descalzo? ¿Desde cuándo te has vuelto avaro? Vamos, ve a buscar otro saco, o si no ya estás de más aquí.

El diablo se alejó otra vez, pero estuvo mucho tiempo ausente; cuando volvió por fin, apenas podía llevar el enorme saco que traía sobre sus espaldas. Apresurose a vaciarle en la bota, que se llenó menos que nunca. Iba encolerizado a arrancar las botas de manos del soldado, cuando vino a iluminar el cielo el primer rayo de sol naciente. En el mismo instante desapareció, lanzando un grito. La pobre alma se había salvado.

El labrador quería repartir el dinero, pero el soldado le dijo:

-Da mi parte a los pobres. Voy a ir a tu casa, y con el resto viviremos juntos pacíficamente todo lo que Dios quiera.

LOS ENANOS MÁGICOS

I

Había un zapatero que, a consecuencia de muchas desgracias, llegó a ser tan pobre que no le quedaba material más que para un solo par de zapatos. Lo cortó por la noche para hacerlos a la mañana siguiente: después, como era hombre de buena conciencia, se acostó tranquilamente, rezó y se durmió. Al levantarse al otro día fue a ponerse a trabajar, pero encontró encima de la mesa el par de zapatos hecho. Grande fue su sorpresa, pues ignoraba cómo había podido verificarse esto. Tomó los zapatos, los miró por todas partes y estaban tan bien hechos, que no tenían falta ninguna: eran una verdadera obra maestra.

Entró en la tienda un comprador, al que agradaron tanto aquellos zapatos, que los pagó al doble de su precio y el zapatero pudo procurarse con este dinero cuero para dos pares más. Los cortó también por la noche y los dejó preparados para hacerlos al día siguiente, pero al despertar los halló también concluidos; tampoco le faltaron compradores entonces, y con el dinero que sacó de ellos pudo comprar cuero para otros cuatro pares. A la mañana siguiente, los cuatro pares estaban también hechos, y por último, toda la obra que cortaba por la noche la hallaba concluida a la mañana siguiente, de manera que mejoró de fortuna y casi llegó a hacerse rico:

Una noche cerca de Navidad, cuando acababa de cortar el cuero e iba a acostarse, le dijo su mujer:

-Vamos a quedarnos esta noche en vela para ver quiénes son los que nos ayudan de esta manera.

El marido consintió en ello y dejando una luz encendida, se escondieron en un armario, detrás de los vestidos que había colgados en él, y aguardaron para ver lo que iba a suceder. Cuando dieron las doce de la noche, entraron en el cuarto dos lindos enanitos completamente desnudos, se

pusieron en la mesa del zapatero y tomando con sus pequeñas manos el cuero cortado, comenzaron a trabajar con tanta ligereza y destreza que era cosa que no había más que ver. Trabajaron casi sin cesar hasta que estuvo concluida la obra, y entonces desaparecieron de repente.

Al día siguiente le dijo la mujer:

-Esos enanitos nos han enriquecido; es necesario manifestarnos reconocidos con ellos. Deben estar muertos de frío teniendo que andar casi desnudos, sin nada con que cubrirse el cuerpo; ¿no te parece que haga a cada uno una camisa, casaca, chaleco y pantalones, y además un par de medias? Hazle tú también a cada uno un par de zapatos.

El marido aprobó este pensamiento, y por la noche, cuando estuvo todo concluido, colocaron estos regalos en vez del cuero cortado encima de la mesa, y se ocultaron otra vez para ver cómo los tomaban los enanos. Iban a ponerse a trabajar al dar las doce, cuando en vez de cuero hallaron encima de la mesa los lindos vestiditos. En un principio manifestaron su asombro, pero luego se llenaron de una gran alegría. Se pusieron en un momento los vestidos y comenzaron a cantar.

Después empezaron a saltar y a bailar encima de las sillas y de los bancos, y por último, se marcharon bailando.

Desde aquel momento no se les volvió a ver más; pero el zapatero continuó siendo feliz el resto de su vida, y todo lo que emprendía le salía bien.

II

Había una vez una pobre criada que era muy limpia y trabajadora; barría la casa todos los días y sacaba la basura a la calle. Una mañana al ponerse a trabajar, encontró una carta en el suelo, y como no sabía leer colocó la escoba en un rincón y se la llevó a sus amos: era una invitación de los enanos mágicos que la convidaban a ser madrina de uno de sus hijos. Ignoraba qué hacer, pero al fin, después de muchas vacilaciones, aceptó, porque le dijeron que era peligroso negarse.

Vinieron a buscarla tres enanos y la condujeron a una cueva que habitaban en la montaña. Todo era allí sumamente pequeño, pero tan bonito y tan lindo, que era cosa digna de verse. La recién parida estaba en una cama de ébano incrustada de perlas, con cortinas bordadas de oro; la cuna del niño era de marfil y su baño de oro macizo. Después del bautizo quería la criada volver enseguida a su casa, pero los enanos le suplicaron con insistencia que permaneciese tres días con ellos. Los pasó en festejos y diversiones, pues estos pequeños seres le hicieron una brillante acogida.

Al cabo de los tres días quiso volverse decididamente: le llenaron los bolsillos de oro y la condujeron hasta la puerta de su subterráneo. Al llegar a casa de sus amos, quiso ponerse a trabajar porque encontró la escoba en el mismo sitio en que la había dejado. Pero halló en la casa personas extrañas que le preguntaron quién era y lo que quería. Entonces supo que no había permanecido tres días como creía, sino siete años enteros en casa de los enanos y que durante este tiempo habían muerto sus amos.

III

Un día los enanos le quitaron a una mujer su hijo que estaba en la cuna y pusieron en lugar suyo un pequeño monstruo que tenía una cabeza muy grande y unos ojos muy feos, y que quería comer y beber sin cesar. La pobre madre fue a pedir consejo a su vecina, la que le dijo que debía llevar el monstruo a la cocina, ponerle junto al fogón, encender lumbre a su lado, hacer hervir agua en dos cáscaras de huevo y que esto haría reír al monstruo, y si se reía una vez se vería obligado a marcharse.

La mujer siguió el consejo de su vecina. En cuanto vio a la lumbre las cáscaras de huevo llenas de agua, exclamó el monstruo.

Yo no he visto nunca

aunque soy muy viejo,

poner a hervir agua

en cáscaras de huevo.

Y partió dando risotadas.

Enseguida vinieron una multitud de enanos que trajeron al verdadero niño, le depositaron en la chimenea y se llevaron su monstruo consigo.

LA HIJA DE LA VIRGEN MARÍA

A la entrada de un extenso bosque vivía un leñador con su mujer y un solo hijo, que era una niña de tres años de edad; pero eran tan pobres que no podían mantenerla, pues carecían del pan de cada día. Una mañana fue el leñador muy triste a trabajar y cuando estaba partiendo la leña, se le presentó de repente una señora muy alta y hermosa que llevaba en la cabeza una corona de brillantes estrellas, y dirigiéndole la palabra le dijo:

-Soy la señora de este país; tú eres pobre miserable; tráeme a tu hija, la llevaré conmigo, seré su madre y tendré cuidado de ella.

El leñador obedeció; fue a buscar a su hija y se la entregó a la señora, que se la llevó a su palacio.

La niña era allí muy feliz: comía bizcochos, bebía buena leche, sus vestidos eran de oro y todos procuraban complacerla.

Cuando cumplió los catorce años, la llamó un día la señora, y le dijo:

-Querida hija mía, tengo que hacer un viaje muy largo; te entrego estas llaves de las trece puertas de palacio, puedes abrir las doce y ver las maravillas que contienen, pero te está prohibido tocar a la decimotercera que se abre con esta llave pequeña; guárdate bien de abrirla, pues te sobrevendrían grandes desgracias.

La joven prometió obedecer, y en cuanto partió la señora comenzó a visitar las habitaciones; cada día abría una diferente hasta que hubo acabado de ver las doce; en cada una se hallaba el sitio de un rey, adornado con tanto gusto y magnificencia que nunca había visto cosa semejante. Llenábase de regocijo y los pajes que la acompañaban se regocijaban también como ella. No le quedaba ya más que la puerta prohibida, y tenía grandes deseos de saber lo que estaba oculto dentro, por lo que dijo a los pajes que la acompañaban.

-No quiero abrirla toda, mas quisiera entreabrirla un poco para que pudiéramos ver a través de la rendija.

-¡Ah! no -dijeron los pajes-, sería una gran falta, lo ha prohibido la señora y podría sucederte alguna desgracia.

La joven no contestó, pero el deseo y la curiosidad continuaban hablando en su corazón y atormentándola sin dejarla descansar. Apenas se marcharon los pajes, dijo para sí:

-Ahora estoy sola y nadie puede verme.

Tomó la llave, la puso en el agujero de la cerradura y le dio vuelta en cuanto la hubo colocado. La puerta se abrió y apareció en medio de rayos del más vivo resplandor, la estatua de un rey magníficamente ataviada; la luz que de ella se desprendía la tocó ligeramente en la punta de un dedo y se volvió de color de oro. Entonces tuvo miedo, cerró la puerta y echó a correr, pero continuó teniendo miedo a pesar de cuanto hacía y su corazón latía constantemente sin recobrar su calma habitual; y el color de oro que quedó en su dedo no se quitaba a pesar de que se lo volvía a lavar.

Al cabo de algunos días volvió la señora de su viaje, llamó a la joven y le pidió las llaves de palacio; cuando se las entregaba le dijo:

-¿Has abierto la puerta decimotercera?

-No -le contestó.

La señora puso la mano en su corazón, vio que latía con mucha violencia y comprendió que había violado su mandato y abierto la puerta prohibida. Díjole sin embargo otra vez.

-¿De veras no lo has hecho?

-No -contestó la niña por segunda vez.

La señora miró el dedo que se había dorado al tocarle la luz; no dudó ya de que la niña era culpable y le dijo por tercera vez:

-¿No lo has hecho?

-No -contestó la niña por tercera vez. La señora le dijo entonces:

-No me has obedecido y has mentido, no mereces estar conmigo en mi palacio.

La joven cayó en un profundo sueño y cuando despertó estaba acostada en el suelo, en medio de un lugar desierto.

Quiso llamar, pero no podía articular una sola palabra; se levantó y quiso huir, mas por cualquiera parte que lo hiciera, se veía detenida por un espeso bosque que no podía atravesar. En el círculo en que se hallaba encerrada encontró un árbol viejo con el tronco hueco que eligió como habitación. Allí dormía por la noche y cuando llovía o nevaba, encontraba allí abrigo. Su alimento consistía en hojas y yerbas, las que buscaba tan lejos como podía llegar.

Durante el otoño reunía una gran cantidad de hojas secas, las llevaba al hueco y en cuanto llegaba el tiempo de la nieve y el frío, iba a ocultarse en él. Gastáronse al fin sus vestidos y se le cayeron a pedazos, teniendo que cubrirse también con hojas. Cuando el sol volvía a calentar, salía, se colocaba al pie del árbol y sus largos cabellos le cubrían como un manto por todas partes. Permaneció largo tiempo en aquel estado, experimentando todas las miserias y todos los sufrimientos imaginables.

Un día de primavera cazaba el rey del país en aquel bosque y perseguía a un corzo; el animal se refugió en la espesura que rodeaba al viejo árbol hueco; el príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada. Cuando consiguió atravesarlo, vio sentada debajo del árbol a una joven maravillosamente hermosa, a la que cubrían enteramente sus cabellos de oro desde la cabeza hasta los pies. La miró con asombro y le dijo:

-¿Cómo has venido a este desierto?

Mas ella no le contestó, pues le era imposible despegar los labios. El rey añadió, sin embargo.

-¿Quieres venir conmigo a mi palacio?

Le contestó afirmativamente con la cabeza. El rey la tomó en sus brazos; la subió en su caballo y se la llevó a su morada, donde le dio vestidos y todo lo demás que necesitaba, pues aun cuando no podía hablar, era tan bella y graciosa que se apasionó y se casó con ella.

Había transcurrido un año poco más o menos, cuando la reina dio a luz un hijo; por la noche, estando sola en su cama, se le apareció su antigua señora, y le dijo así:

-Si quieres contar al fin la verdad y confesar que abriste la puerta prohibida, te abriré la boca y te volveré la palabra, pero si te obstinas e insistes en el pecado e insistes en mentir, me llevaré conmigo tu hijo recién nacido. Entonces pudo hablar la reina, pero dijo solamente:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora le quitó de los brazos a su hijo recién nacido y desapareció con él. A la mañana siguiente, como no encontraban al niño, se esparció el rumor entre la servidumbre de palacio de que la reina era ogra y le había matado. Todo lo oía y no podía contestar, pero el rey la amaba con demasiada ternura para creer lo que se decía de ella. Trascurrido un año, la reina tuvo otro hijo; la señora se le apareció de nuevo por la noche y le dijo:

-Si quieres confesar al fin que has abierto la puerta prohibida te devolveré a tu hijo y te desataré la lengua, pero si te obstinas en tu pecado y continúas mintiendo, me llevaré también a este otro hijo.

La reina contestó lo mismo que la vez primera:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora cogió a su hijo en los brazos y se lo llevó a su morada. Por la mañana cuando se hizo público que el niño había desaparecido también, se dijo en alta voz que la reina se lo había comido y los consejeros del rey pidieron que se le procesase; pero el rey la amaba con tanta ternura que les negó el permiso y mandó no volvieran a hablar más de este asunto bajo pena de la vida.

Al tercer año la reina dio a luz una hermosa niña y la señora se presentó también a ella durante la noche y le dijo:

-Sígueme.

La cogió de la mano, la condujo a su palacio y le enseñó a sus dos primeros hijos, que la conocieron y jugaron con ella y como la madre se alegraba mucho de verlos, le dijo la señora:

-Si quieres confesar ahora que has abierto la puerta prohibida, te devolveré a tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la devolvió a su cama y tomó a su tercera hija. A la mañana siguiente, viendo que no la encontraban, decían todos los de palacio a una voz:

-La reina es ogra, hay que condenarla a muerte.

El rey tuvo en esta ocasión que seguir el parecer de sus consejeros; la reina compareció delante de un tribunal y como no podía hablar ni defenderse, fue condenada a morir en una hoguera. Estaba ya dispuesta la pira, atada ella al palo y la llama comenzaba a rodearla, cuando el arrepentimiento tocó a su corazón.

-Si pudiera, -pensó para sí-, confesar antes de morir que he abierto la puerta...

Y exclamó:

-Sí, señora, soy culpable.

Apenas se le había ocurrido este pensamiento, cuando comenzó a llover y se le apareció la señora, llevando a los dos niños y en sus brazos a la niña que acababa de dar a luz y dijo a la reina con un acento lleno de bondad:

-Todo el que se arrepiente y confiesa su pecado es perdonado.

Le entregó sus hijos, le desató la lengua y le hizo feliz por el resto de su vida.

LOS HUÉSPEDES IMPORTUNOS

En una ocasión dijo un gallo a una gallina.

-Ya es la estación de las nueces, iremos al prado antes que las coja todas la ardilla.

-Excelente idea, -contestó la gallina-, partamos pues; nos divertiremos mucho.

Fueron juntos al prado, donde permanecieron hasta la noche; entonces ya por vanidad o porque habían comido demasiado, no quisieron volver a pie a su casa y el gallo se vio obligado a hacer un carrito con cáscaras de nuez. Cuando estuvo arreglado se sentó donde la gallina y mandó al gallo que se enganchara a la lanza.

-Tú estás equivocada, -le contestó el gallo-, mejor quiero volver a pie que engancharme como una yegua; no, eso no entra en nuestro convenio; en todo caso haré de cochero y me sentaré en el pescante; pero arrastrar un coche, ¡ca!, eso no lo haré yo nunca.

Mientras disputaban de esta manera comenzó a gritar un ánade:

-¡Ah! ¡Ladrones! ¿Quién os ha dado permiso para estar bajo mis nogales? Esperad ¡Yo os arreglaré!

Y se precipitó con el pico abierto sobre el gallo, pero este volviendo las tornas sacudió bien al ánade, le puso el cuerpo como nuevo a picotazos, de modo que se dio por vencida y se dejó enganchar en el carruaje en castigo de su temeridad. El gallo se sentó en el pescante para dirigir el carro, que lanzó a la carrera gritando:

-¡Al galope!, ánade, ¡al galope!

Cuando habían andado ya un gran trecho del camino encontraron dos viajeros que iban a pie; eran un alfiler y una aguja que les gritaron:

-¡Alto!, ¡alto! Bien pronto, -añadieron-, será de noche y no podremos andar más, porque el camino está lleno de barro y nos hemos detenido bebiendo cerveza a la puerta de la posada del sastre, por lo que os suplicamos nos dejéis subir hasta la posada.

El gallo, en atención a la flaqueza de los recién llegados y del poco lugar que ocuparían por lo tanto, accedió a recibirlos, pero a condición de que no pinchasen a nadie.

Por la noche, ya muy tarde, llegaron a una posada y como no querían exponerse pasándola en el camino, y el ánade estaba muy cansada decidieron entrar. El posadero puso en un principio muchas dificultades. La casa estaba llena de gente y los nuevos viajeros no le parecieron de una condición muy elevada, pero vencido al fin por sus buenas palabras y por la promesa que le hicieron de dejarle el huevo que acababa de poner la gallina en el camino, y aun el ánade, que ponía uno todos los días, accedió a recibirlos por aquella noche. Se hicieron servir a cuerpo de rey y la pasaron de broma.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, cuando todos dormían aun, despertó el gallo a la gallina y rompiendo el huevo a picotazos, se lo comieron entre los dos y echaron las cáscaras en la ceniza; fueron en seguida a coger la aguja, que dormía profundamente, y tomándola por el ojo, la pusieron en el sillón del posadero, haciendo lo mismo con el alfiler que prendieron en la toalla, después se salieron volando por la ventana. El ánade, que se había quedado en el corral para dormir, se levantó al oírlos, y metiéndose por un arroyo que pasaba por debajo de la pared, salió mucho más pronto de lo que había entrado la noche anterior cuando venía corriendo la posta.

A las dos horas, poco más o menos, se levantó de la cama el posadero y después de haberse lavado, cogió la toalla para secarse; pero se arañó el rostro con el alfiler, que le hizo una señal encarnada que le cogía de oreja a oreja. Bajó enseguida a la cocina para encender la pipa, pero al soplar la lumbre, le saltaron a los ojos los restos de la cáscara del huevo.

-Todo conspira hoy contra mí -se dijo a sí mismo.

Y se dejó caer disgustado en su ancho sillón; mas pronto se levantó dando gritos, pues la aguja se le había clavado hasta más de la mitad; y no era en la cara. Este último acontecimiento acabó de exasperarle; sus sospechas recayeron en el acto en los viajeros que había recibido la noche anterior; y en efecto, cuando fue a ver lo que se hacían, habían desaparecido. Entonces juró no volver a recibir en su casa a ninguno de esos huéspedes inoportunos que hacen mucho gasto, no pagan, y no contentos aún, suelen jugar alguna mala pasada.

CAPERUCITA ROJA

Había una vez una adorable niña que era querida por todo aquél que la conociera, pero sobre todo por su abuelita, y no quedaba nada que no le hubiera dado a la niña. Una vez le regaló una pequeña caperuza o gorrito de un color rojo, que le quedaba tan bien que ella nunca quería usar otra cosa, así que la empezaron a llamar Caperucita Roja. Un día su madre le dijo:

-Ven, Caperucita Roja, aquí tengo un pastel y una botella de vino, llévaselas en esta canasta a tu abuelita que esta enfermita y débil y esto le ayudará. Vete ahora temprano, antes de que caliente el día y en el camino, camina tranquila y con cuidado, no te apartes de la ruta, no vayas a caerte y se quiebre la botella y no quede nada para tu abuelita. Y cuando entres a su dormitorio no olvides decirle, “Buenos días”, ah, y no andes curioseando por todo el aposento.

-No te preocupes, haré bien todo, -dijo Caperucita Roja y tomó las cosas y se despidió cariñosamente. La abuelita vivía en el bosque, como a un kilómetro de su casa. Y no más había entrado Caperucita Roja en el bosque, siempre dentro del sendero, cuando se encontró con un lobo. Caperucita Roja no sabía que esa criatura pudiera hacer algún daño, y no tuvo ningún temor hacia él.

-Buenos días, Caperucita Roja -dijo el lobo.

-Buenos días, amable lobo.

-¿Adonde vas tan temprano, Caperucita Roja?

-A casa de mi abuelita.

-¿Y qué llevas en esa canasta?

-Pastel y vino. Ayer fue día de hornear, así que mi pobre abuelita enferma va a tener algo bueno para fortalecerse.

-¿Y dónde vive tu abuelita, Caperucita Roja?

-Como a medio kilómetro más adentro en el bosque. Su casa está bajo tres grandes robles, al lado de unos avellanos. Seguramente ya los habrás visto -contestó inocentemente Caperucita Roja.

El lobo se dijo en silencio a sí mismo: “¡Qué criatura tan tierna! qué buen bocadito y será más sabroso que esa viejita. Así que debo actuar con delicadeza para obtener a ambas fácilmente.”

Entonces acompañó a Caperucita Roja un pequeño tramo del camino y luego le dijo:

-Mira Caperucita Roja, que lindas flores se ven por allá, ¿por qué no vas y recoges algunas? Y yo creo también que no te has dado cuenta de lo dulce que cantan los pajaritos. Es que vas tan apurada en el camino como si fueras para la escuela, mientras que todo el bosque está lleno de maravillas.

Caperucita Roja levantó sus ojos y cuando vio los rayos del sol danzando aquí y allá entre los árboles y vio las bellas flores y el canto de los pájaros, pensó: “Supongo que podría llevarle unas de estas flores frescas a mi abuelita y que le encantarán. Además, aún es muy temprano y no habrá problema si me atraso un poquito, siempre llegaré a buena hora.” Y así, ella se salió del camino y se fue a cortar flores. Y cuando cortaba una, veía otra más bonita, y otra y otra, y sin darse cuenta se fue adentrando en el bosque. Mientras tanto el lobo aprovechó el tiempo y corrió directo a la casa de la abuelita y tocó a la puerta.

-¿Quién es? -preguntó la abuelita.

-Caperucita Roja -contestó el lobo-. Traigo pastel y vino. Ábreme, por favor.

-Mueve la cerradura y abre tú -gritó la abuelita-, estoy muy débil y no me puedo levantar.

El lobo movió la cerradura, abrió la puerta y sin decir una palabra más, se fue directo a la cama de la abuelita y de un bocado se la tragó. Y enseguida se puso ropa de ella, se colocó un gorro, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita Roja se había quedado recolectando flores y cuando vio que tenía tantas que ya no podía llevar más, se acordó de su abuelita y se puso en camino hacia ella. Cuando llegó, se sorprendió al encontrar la puerta abierta y al entrar a la casa, sintió un extraño presentimiento y se dijo para sí misma: “¡Oh Dios! que incómoda me siento hoy, y otras veces que me ha gustado tanto estar con abuelita.” Entonces gritó:

-¡Buenos días! -pero no hubo respuesta, así que fue al dormitorio y abrió las cortinas. Allí parecía estar la abuelita con su gorro cubriéndole toda la cara y con una apariencia muy extraña-. ¡Oh, abuelita! -dijo-, qué orejas tan grandes que tienes.

-Es para oírte mejor, mi niña -fue la respuesta.

-Pero abuelita, qué ojos tan grandes que tienes.

-Son para verte mejor, querida.

-Pero abuelita, qué brazos tan grandes que tienes.

-Para abrazarte mejor.

-Y qué boca tan grande que tienes.

-Para comerte mejor.

Y no había terminado de decir lo anterior, cuando de un salto salió de la cama y se tragó también a Caperucita Roja.

Entonces el lobo decidió hacer una siesta y se volvió a tirar en la cama y una vez dormido empezó a roncar fuertemente. Un cazador que por casualidad pasaba en ese momento por allí, escuchó los fuertes ronquidos y pensó, “¡Cómo ronca esa viejita! Voy a ver si necesita alguna ayuda.” Entonces ingresó al dormitorio y cuando se acercó a la cama vio al lobo tirado allí.

-¡Así que te encuentro aquí, viejo pecador! -dijo él-. ¡Hacía tiempo que te buscaba!

Y ya se disponía a disparar su arma contra él, cuando pensó que el lobo podría haber devorado a la viejita y que aún podría ser salvada, por lo que decidió no disparar. En su lugar tomó unas tijeras y empezó a cortar el vientre del lobo durmiente. En cuanto había hecho dos cortes, vio brillar una gorrita roja, entonces hizo dos cortes más y la pequeña Caperucita Roja salió rapidísimo, gritando:

-¡Qué asustada que estuve, qué oscuro que está ahí dentro del lobo! -y enseguida salió también la abuelita, vivita, pero que casi no podía respirar. Rápidamente, Caperucita Roja trajo muchas piedras con las que llenaron el vientre del lobo. Y cuando el lobo despertó, quiso correr e irse lejos, pero las piedras estaban tan pesadas que no soportó el esfuerzo y cayó muerto.

Las tres personas se sintieron felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó a su casa. La abuelita comió el pastel y bebió el vino que le trajo Caperucita Roja y se reanimó. Pero Caperucita Roja solamente pensó: “Mientras viva, nunca me retiraré del sendero para internarme en el bosque, cosa que mi madre me había ya prohibido hacer.”

También se dice que otra vez que Caperucita Roja llevaba pasteles a la abuelita, otro lobo le habló y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo, Caperucita Roja ya estaba a la defensiva y siguió directo en su camino. Al llegar, le contó a su abuelita que se había encontrado con otro lobo y que la había saludado con “buenos días”, pero con una mirada tan sospechosa, que si no hubiera sido porque ella estaba en la vía pública, de seguro que se la hubiera tragado.

-Bueno, -dijo la abuelita- cerraremos bien la puerta, de modo que no pueda ingresar.

Luego, al cabo de un rato, llegó el lobo y tocó a la puerta y gritó:

-¡Abre abuelita que soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles!

Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel hocicón se puso a dar vueltas alrededor de la casa y de último saltó sobre el techo y se sentó a esperar que Caperucita Roja regresara a su casa al atardecer para entonces saltar sobre ella y devorarla en la oscuridad. Pero la abuelita conocía muy bien sus malas intenciones. Al frente de la casa había una gran olla, así que le dijo a la niña:

-Mira Caperucita Roja, ayer hice algunas ricas salsas, por lo que traje con agua la cubeta en las que las cociné y la olla que está afuera.

Y llenaron la gran olla a su máximo, agregando deliciosos condimentos. Y empezaron aquellos deliciosos aromas a llegar a la nariz del lobo y empezó a aspirar y a caminar hacia aquel exquisito olor. Y caminó hasta llegar a la orilla del techo y estiró tanto su cabeza que resbaló y cayó de bruces exactamente en el centro de la olla hirviente, ahogándose y cocinándose inmediatamente. Y Caperucita Roja retornó segura a su casa y en adelante siempre se cuidó de no caer en las trampas de los que buscan hacer daño.

HANSEL Y GRETEL

Érase una vez un leñador muy pobre que tenía dos hijos: un niño llamado Hansel y una niña llamada Gretel, y que había contraído nuevamente matrimonio después de que la madre de los niños falleciera. El leñador quería mucho a sus hijos pero un día una terrible hambruna asoló la región. Casi no tenían ya que comer y una noche la malvada esposa del leñador le dijo:

-No podremos sobrevivir los cuatro otro invierno. Debemos tomar mañana a los niños y llevarlos a la parte más profunda del bosque cuando salgamos a trabajar. Les daremos un pedazo de pan a cada uno y luego los dejaremos allí para que ya no encuentren su camino de regreso a casa.

El leñador se negó a esta idea porque amaba a sus hijos y sabía que si los dejaba en el bosque morirían de hambre o devorados por las fieras, pero su esposa le dijo:

-Tonto, ¿no te das cuenta que si no dejas a los niños en el bosque, entonces los cuatro moriremos de hambre?

Y tanto insistió la malvada mujer, que finalmente convenció a su marido de abandonar a los niños en el bosque. Afortunadamente los niños estaban aún despiertos y escucharon todo lo que planearon sus padres.

-Gretel -dijo Hansel a su hermana- no te preocupes que ya tengo la solución.

A la mañana siguiente todo ocurrió como se había planeado. La mujer levantó a los pequeños muy temprano, les dio un pedazo de pan a cada uno y los cuatro emprendieron la marcha hacia el bosque. Lo que el leñador y su mujer no sabían era que durante la noche, Hansel había salido al jardín para llenar sus bolsillos de guijarros blancos, y ahora, mientras caminaban, lenta y sigilosamente fue dejando caer guijarro tras guijarro formando un camino que evitaría que se perdieran dentro del bosque. Cuando llegaron a la parte más boscosa, encendieron un fuego, sentaron a los niños en un árbol caído y les dijeron:

-Aguarden aquí hasta que terminemos de trabajar.

Por largas horas los niños esperaron hasta que se hizo de noche, ellos permanecieron juntos al fuego, tranquilos porque oían a lo lejos un CLAP-CLAP, que supusieron sería el hacha de su padre trabajando todavía. Pero ignoraban que su madrastra había atado una rama a un árbol para que hiciera ese ruido al ser movida por el viento. Cuando la noche se hizo más oscura Gretel decidió que era tiempo de volver, pero Hansel le dijo que debían esperar que saliera la luna y así lo hicieron, cuando la luna iluminó los guijarros blancos dejados por Hansel fue como si hubiera delante de ellos un camino de plata.

A la mañana siguiente los dos niños golpearon la puerta de su padre:

-¡Hemos llegado! -gritaron los niños, la madrastra estaba furiosa, pero el leñador se alegró inmensamente, porque lamentaba mucho lo que había hecho.

Vivieron nuevamente los cuatro juntos un tiempo más, pero a los pocos días, una hambruna aún más terrible que la anterior volvió a devastar la región. El leñador no quería separarse de sus hijos pero una vez más su esposa lo convenció de que era la única solución. Los niños oyeron esto una segunda vez, pero esta vez Hansel no pudo salir a recoger los guijarros porque su madrastra había cerrado con llave la puerta para que los niños no se pudieran escapar.

-No importa -le dijo Hansel a Gretel- no te preocupes, que algo se me ocurrirá mañana.

Aún no había salido el sol cuando los cuatros dejaron la casa, Hansel fue dejando caer a lo largo del camino, las miguitas del pan que le había dado antes de partir la malvada madrastra. Nuevamente los dejaron junto al fuego, en lo profundo del bosque y esperaron mucho tiempo allí sentados, cuando estaba oscureciendo quisieron volver a casa. ¡Oh!, que gran sorpresa se llevaron los niños cuando comprobaron que todas las miguitas dejadas por Hansel se las habían comido las aves del bosque y no quedaba ni una solita.

Solos, con mucha hambre y llenos de miedo, los dos niños se encontraron en un bosque espeso y oscuro del que no podían hallar la salida. Vagaron durante muchas horas hasta que por fin, encontraron un claro donde sus ojos descubrieron la maravilla más grande que jamás hubiesen podido imaginar: ¡una casita hecha de dulces! Los techos eran de chocolate, las paredes de mazapán, las ventanas de caramelo, las puertas de turrón, el camino de confites.

-¡Un verdadero manjar! -dijo Hansel quien corrió hacia la casita diciendo a su hermana:- ¡Ven Gretel, yo comeré del techo y tu podrás comerte las ventanas!

Y así diciendo y corriendo, los niños se abalanzaron sobre la casa y comenzaron a devorarla sin notar que, sigilosamente salía a su encuentro una malvada bruja que inmediatamente los llamó y los invitó a seguir.

-Veo que querían comer mi casa -dijo la bruja-. Pues ahora ¡yo los voy a comer a ustedes! -y los tomó prisioneros. Y así diciendo los examinó:- Tu, la niña -dijo mirando a Gretel- me servirás para ayudarme mientras engordamos al otro que está muy flacucho y así no me lo puedo comer, pues solo lamería los huesos.

Y sin prestar atención a las lágrimas de los niños tomó a Hansel y lo metió en un diminuto cuarto esperando el día en que estuviese lo suficientemente gordo para comérselo. Una noche, mientras la bruja dormía los niños empezaron a crear un plan.

-Como la bruja es muy corta de vista -dijo Gretel- cuando ella te pida que le muestres uno de tus dedos para sentir si ya estas rellenito, tú lo que vas a sacar por entre los barrotes de la jaula es este huesito de pollo, de forma tal que la bruja sienta lo huesudo de tu mano y decida esperar un tiempo más -y ambos estuvieron de acuerdo con la idea. Sin embargo, y como era de esperarse, esa situación no podía durar por siempre, y un mal día la bruja vociferó:

-Ya estoy cansada de esperar que este niño engorde. Come y come todo el día y sigue flaco como el día que llegó.

Entonces encendió un gigantesco horno y le gritó a Gretel:

-Métete dentro para ver si ya está caliente -pero la niña, que sabía que en realidad lo que la bruja quería era atraparla dentro para comérsela también, le replicó:

-No sé como hacerlo.

-Quítate -gritó la bruja, moviendo los brazos de lado a lado y lanzando maldiciones a diestra y siniestra-, estoy fastidiada -le dijo-: Si serás tonta. Es lo más fácil del mundo, te mostraré cómo hacerlo.

Y se metió dentro del horno. Gretel, sin dudar un momento, cerró la pesada puerta y dejó allí atrapada a la malvada bruja que, dando grandes gritos pedía que la sacaran de aquel gran horno, fue así como ese día la bruja murió quemada en su propia trampa. Gretel corrió entonces junto a su hermano y lo liberó de su prisión.

Entonces los niños vieron que en la casa de la bruja había grandes bolsas con montones de piedras preciosas y perlas. Así que llenaron sus bolsillos lo más que pudieron y a toda prisa dejaron aquel bosque encantado. Caminaron y caminaron sin descansar y finalmente dieron con la casa de su padre quien al verlos llegar se llenó de júbilo porque desde que los había abandonado no había pasado un solo día sin que lamentase su decisión. Los niños corrieron a abrazarlo y una vez que se hubieron reencontrado, les contó que la malvada esposa había muerto y que nunca más volvería a lastimarlos, los niños entonces recordaron y vaciaron sus bolsillos ante los incrédulos ojos de su padre que nunca más debió padecer necesidad alguna.

JUAN EL LISTO

Pregunta la madre a Juan:

-¿Adónde vas, Juan?

Responde Juan:

-A casa de Margarita.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una aguja. Juan dice:

-Adiós, Margarita.

-Adiós, Juan.

Juan coge la aguja, la pone en un carro de heno y se vuelve a casa tras el carro.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada; ella me dio.

-¿Y qué te dio Margarita?

-Una aguja me dio.

-¿Y dónde tienes la aguja, Juan?

-En el carro de heno la metí.

-Hiciste una tontería, Juan; debías clavártela en la manga.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

-¿Adónde vas, Juan?

-A casa de Margarita, madre.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan un cuchillo.

-Adiós, Margarita.

-Adiós, Juan.

Juan coge el cuchillo, se lo clava en la manga y regresa a su casa.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada; ella me dio.

-¿Y qué te dio Margarita?

-Un cuchillo me dio.

-¿Dónde tienes el cuchillo, Juan?

-Lo clavé en la manga.

-Hiciste una tontería, Juan. Debiste meterlo en el bolsillo.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

-¿Adónde vas, Juan?

-A casa de Margarita, madre.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una cabrita.

-Adiós, Margarita.

-Adiós, Juan.

Juan coge la cabrita, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Al llegar a casa, está ahogada.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada; ella me dio.

-¿Qué te dio Margarita?

-Una cabra me dio.

-¿Y dónde tienes la cabra, Juan?

-En el bolsillo la metí.

-Hiciste una tontería, Juan. Debiste atar la cabra de una cuerda.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

-¿Adónde vas, Juan?

-A casa de Margarita, madre.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer, nada; tú me darás.

Margarita, regala a Juan un trozo de tocino.

-Adiós, Margarita.

-Adiós, Juan.

Juan coge el tocino, lo ata de una cuerda y lo arrastra detrás de sí. Vienen los perros y se comen el tocino. Al llegar a casa tira aún de la cuerda, pero nada cuelga de ella.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada; ella me dio.

-¿Qué te dio Margarita?

-Un trozo de tocino me dio,

-¿Dónde tienes el tocino, Juan?

-Lo até de una cuerda, lo traje a rastras, los perros se lo comieron.

-Hiciste una tontería, Juan. Debiste llevar el tocino sobre la cabeza.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

-¿Adónde vas, Juan?

-A casa de Margarita, madre.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una ternera.

-Adiós, Margarita.

-Adiós, Juan.

Juan coge la ternera, se la pone sobre la cabeza, y el animal le pisotea y lastima la cara.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada, ella me dio.

-¿Qué te dio Margarita?

-Una ternera me dio.

-¿Dónde tienes la ternera, Juan?

-Sobre la cabeza la puse; me lastimó la cara.

-Hiciste una tontería, Juan. Debías traerla atada y ponerla en el pesebre.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

-¿Adónde vas, Juan?

-A casa de Margarita, madre.

-Que te vaya bien, Juan.

-Bien me irá. Adiós, madre.

-Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

-Buenos días, Margarita.

-Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

-Traer nada; tú me darás.

Margarita dice a Juan:

-Me voy contigo.

Juan coge a Margarita, la ata a una cuerda, la conduce hasta el pesebre y la amarra en él. Luego va donde su madre.

-Buenas noches, madre.

-Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

-Con Margarita estuve.

-¿Qué le llevaste?

-Llevar, nada.

-¿Qué te ha dado Margarita?

-Nada me dio; se vino conmigo.

-¿Y dónde has dejado a Margarita?

-La he llevado atada de una cuerda; la amarré al pesebre y le eché hierba.

-Hiciste una tontería, Juan; debías ponerle ojos tiernos.

-No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

Juan va al establo, saca los ojos a todas las terneras y ovejas y los pone en la cara de Margarita. Margarita se enfada, se suelta y escapa, y Juan se queda sin novia.

LOS REGALOS DE LOS GNOMOS

Un sastre y un herrero hicieron un viaje en compañía. Una tarde, cuando el sol acababa de ponerse detrás de las montañas, oyeron a lo lejos los sonidos de una música, que les parecieron cada vez más armoniosos conforme se acercaban al sitio de donde provenían.

Era una música extraordinaria, pero tan encantadora, que olvidaron su cansancio para dirigirse a toda prisa hacia el lugar donde se escuchaba. Ya había salido la luna cuando llegaron a una colina, en la que vieron una multitud de hombres y mujeres tan pequeños, que eran de un tamaño casi microscópico, los cuales bailaban en corro, cogidos de la mano, con el aire más alegre del mundo y al mismo tiempo cantaban de una manera admirable, siendo esta la música que habían oído nuestros viajeros. En el centro del corro se hallaba un anciano un poco más alto que los demás, vestido con un traje de diferentes colores, y con una barba blanca que le llegaba hasta el pecho. Admirados los dos compañeros, permanecieron inmóviles contemplando el baile. El anciano les incitó a que entrasen y los pequeños bailarines abrieron su corro. El herrero entró sin vacilar, tenía la espalda un poco redonda y era atrevido como todos los jorobados. El sastre tuvo en un principio su poco de miedo y se quedó detrás, pero cuando vio que continuaba reinando la mayor alegría, recobró su valor y entró también. En seguida se cerró el círculo y los pequeños seres comenzaron a cantar y a bailar dando saltos prodigiosos; el vejete tomó un cuchillo muy grande que pendía de su cintura, se puso a arreglarle y en cuanto le hubo afilado bastante bien, se volvió hacia los forasteros que se hallaban helados de espanto. Mas no fue muy larga su ansiedad; el anciano se acercó al herrero y en un abrir y cerrar de ojos, le rapó completamente la barba y los cabellos; después hizo lo mismo con el sastre. En cuanto hubo concluido, les dio un golpecito amigable en la espalda, como para decirles que habían hecho bien en dejarse afeitar, sin presentar la menor resistencia y se dispuso su temor. Entonces les mostró con el dedo un montón de carbones que se hallaban allí cerca y les hizo señal de que llenasen con ellos sus bolsillos. Ambos obedecieron sin saber para qué les servirían aquellos carbones y continuaron su camino buscando un asilo donde pasar la noche. Cuando llegaban al valle, el reloj de un convento próximo dio las doce; en el mismo instante cesó el cántico, desapareció todo y no vieron más que la colina desierta iluminada por la luna.

Los dos viajeros entraron en una posada y se echaron a dormir encima de la paja, pero el cansancio les hizo olvidarse de tirar sus carbones. Un peso inusitado y que les incomodaba mucho les hizo despertar más pronto de lo acostumbrado. Llevaron la mano a sus bolsillos, y no podían creer a sus propios ojos cuando vieron que los tenían llenos, no de carbones, sino de barras de oro puro. Su barba y sus cabellos habían crecido también de una manera maravillosa. En lo sucesivo serían ya ricos, pero el herrero, que por su carácter avaro había llenado mucho más sus bolsillos, poseía el doble de lo que el sastre.

Mas un hombre avaro ambiciona siempre mucho más, aun cuando posea grandes tesoros. El herrero propuso al sastre esperar al otro día y volver por la noche al sitio en que habían encontrado al anciano, con el objeto de adquirir nuevas riquezas:

El sastre se negó diciendo:

-Tengo bastante y estoy contento; únicamente quería llegar a ser maestro en mi oficio y casarme con mi caprichillo (así llamaba a su novia); ya puedo hacerlo y soy feliz.

Por condescendencia, sin embargo, con su compañero, consintió en quedarse un día más.

Al anoecer, el herrero se echó dos sacos al hombro para traer una buena carga y se puso en camino hacia la colina. Como en la noche anterior, encontró a los enanos cantando y bailando; le rapó el anciano y le hizo seña para que cogiese carbones.

No vaciló en llenar sus bolsillos y sus sacos hasta que no cupo más y se acostó vestido.

En cuanto comience mi carbón a convertirse en oro, se dijo a sí mismo, no voy a poder resistir el peso.

Y se durmió por último, con la dulce esperanza de despertar al día siguiente rico como un Creso.

En cuanto abrió los ojos, su primer cuidado fue registrar sus bolsillos; pero por más que registró sólo encontró muchos carbones y muy negros.

«Del mal el menos», pensó para sí; «aún me queda el oro que traje la otra noche.»

Fue a verlo; pero ¡ay! su oro se había convertido también en carbón.

Llevó a la frente su negra mano y vio que su cabeza estaba calva y rapada lo mismo que su barba. Sin embargo, aún no conocía toda su desgracia, pues bien pronto vio que la joroba que llevaba por detrás había producido otra que le salía por delante.

Conoció entonces que era castigado por su avaricia y comenzó a lanzar profundos gemidos.

El bueno del sastre, despierto por sus lamentos, le consoló lo mejor que pudo y le dijo:

-Somos compañeros, hemos viajado juntos, quédate conmigo, mi tesoro bastará para los dos.

Cumplió su palabra, pero el herrero se vio obligado a llevar toda su vida sus dos jorobas y a ocultar bajo su gorro su cabeza sin un pelo.

RUMPELSTILSKIN

Había una vez un pobre molinero que tenía una bellísima hija. Y sucedió que en cierta ocasión se encontró con el rey, y como le gustaba darse importancia sin medir las consecuencias de sus mentiras, le dijo:

-Mi hija es tan hábil y sabe hilar tan bien, que convierte la hierba seca en oro.

-Eso es admirable, es un arte que me agrada -dijo el rey-. Si realmente tu hija puede hacer lo que dices, llévala mañana a palacio y la pondremos a prueba.

Y en cuanto llegó la muchacha ante la presencia del rey, éste la condujo a una habitación que estaba llena de hierba seca, le entregó una rueca y un carrete y le dijo:

-Ahora ponte a trabajar y si mañana temprano toda esta hierba seca no ha sido convertida en oro, morirás.

Y dichas estas palabras, cerró él mismo la puerta y la dejó sola.

Allí quedó sentada la pobre hija del molinero y aunque se le iba en ello la vida, no se le ocurría cómo hilar la hierba seca para convertirla en oro. Cuanto más tiempo pasaba, más miedo tenía y por fin no pudo más y se echó a llorar.

De repente, se abrió la puerta y entró un hombrecito.

-¡Buenas tardes, señorita molinera! -le dijo-. ¿Por qué está llorando?

-¡Ay de mí! -respondió la muchacha-. Tengo que hilar toda esta hierba seca de modo que se convierta en oro y no sé cómo hacerlo.

-¿Qué me darás -dijo el hombrecito- si lo hago por ti?

-Mi collar -dijo la muchacha.

El hombrecito tomó el collar, se sentó frente a la rueca y... ¡zas, zas, zas!, dio varias vueltas a la rueda y se llenó el carrete. Enseguida tomó otro y... ¡zas, zas, zas! con varias vueltas estuvo el segundo lleno. Y así continuó sin parar hasta la mañana, en que toda la hierba seca quedó hilada y todos los carreteles llenos de oro.

Al amanecer se presentó el rey. Y cuando vio todo aquel oro sintió un gran asombro y se alegró muchísimo: pero su corazón reboseó de codicia. Hizo que llevaran a la hija del molinero a una habitación mucho mayor que la primera y también atestada de hierba seca y le ordenó que la hilase en una noche si en algo estimaba su vida. La muchacha no sabía cómo arreglárselas, y ya se había echado a llorar, cuando se abrió la puerta y apareció el hombrecito.

-¿Qué me darás -preguntó- si te convierto la hierba seca en oro?

-Mi sortija -contestó la muchacha.

El hombrecito tomó la sortija, volvió a sentarse a la rueca y al llegar la madrugada, toda la hierba seca estaba convertida en reluciente oro.

Se alegró el rey a más no poder cuando lo vio, pero aún no tenía bastante; y mandó que llevaran a la hija del molinero a una habitación mucho mayor que las anteriores y también atestada de hierba seca.

-Hilarás todo esto durante la noche -le dijo- y si logras hacerlo, serás mi esposa.

Tan pronto quedó sola, apareció el hombrecito por tercera vez y le dijo:

-¿Qué me darás si nuevamente esta noche te convierto la hierba seca en oro?

-No me queda nada para darte -contestó la muchacha.

-Prométeme entonces -dijo el hombrecito- que si llegas a ser reina, me entregarás tu primer hijo.

La muchacha dudó un momento. « ¿Quién sabe si llegaré a tener un hijo algún día, y esta noche debo hilar este heno seco? » se dijo. Y no sabiendo cómo salir del paso, prometió al hombrecito lo que quería y éste convirtió una vez más la hierba seca en oro.

Cuando el rey llegó por la mañana y lo encontró todo tal como lo había deseado, se casó enseguida con la muchacha y así fue como se convirtió en reina la linda hija del molinero.

Un año más tarde le nació un hermoso niño, sin que se hubiera acordado más del hombrecito. Pero de repente, lo vio entrar en su cámara:

-Vine a buscar lo que me prometiste -dijo.

La reina se quedó horrorizada y le ofreció cuantas riquezas había en el reino con tal de que le dejara al niño. Pero el hombrecito dijo:

-No. Una criatura viviente es más preciosa para mí que los mayores tesoros de este mundo.

Comenzó entonces la reina a llorar, a rogarle y a lamentarse de tal modo que el hombrecito se compadeció de ella.

-Te daré tres días de plazo -le dijo-. Si en ese tiempo consigues adivinar mi nombre te quedarás con el niño.

La reina se pasó la noche tratando de recordar todos los nombres que oyera en su vida y como le parecieron pocos envió un mensajero a recoger, de un extremo a otro del país, los demás nombres que hubiese. Cuando el hombrecito llegó al día siguiente, empezó por Gaspar, Melchor y Baltasar, y fue luego recitando uno tras otro los nombres que sabía; pero el hombrecito repetía invariablemente:

-¡No! Así no me llamo yo.

Al segundo día la reina mandó averiguar los nombres de las personas que vivían en los alrededores del palacio y repitió al hombrecito los más curiosos y poco comunes.

-¿Te llamarás Arbilino, o Patizueco, o quizá Trinoboba?

Pero él contestaba invariablemente:

-¡No! Así no me llamo yo.

Al tercer día regresó el mensajero de la reina y le dijo:

-No he podido encontrar un sólo nombre nuevo; pero al subir a una altísima montaña, más allá de lo más profundo del bosque, allá donde el zorro y la liebre se dan las buenas noches, vi una casita diminuta. Delante de la puerta ardía una hoguera y alrededor de ella un hombrecito ridículo brincaba sobre una sola pierna y cantaba:

Hoy tomo vino y mañana cerveza,

después al niño sin falta traerán.

Nunca, se rompan o no la cabeza,

el nombre Rumpelstilskin adivinarán.

¡Imagínense lo contenta que se puso la reina cuando oyó este nombre!

Poco después entró el hombrecito y dijo:

-Y bien, señora reina, ¿cómo me llamo yo?

-¿Te llamarás Conrado? -empezó ella.

-¡No! Así no me llamo yo.

-¿Y Enrique?

-¡No! ¡Así no me llamo yo! -replicó el hombrecito con expresión triunfante.

Sonrió la reina y le dijo:

-Pues... ¿quizás te llamas...Rumpelstilskin?

-¡Te lo dijo una bruja! ¡Te lo dijo una bruja! -gritó el hombrecito y furioso dio en el suelo una patada tan fuerte, que se hundió hasta la cintura.

Luego, sujetándose al otro pie con ambas manos, tiró y tiró hasta que pudo salir; y entonces, sin dejar de protestar, se marchó corriendo y saltando sobre una sola pierna, mientras en palacio todos se reían de él por haber pasado en vano tantos trabajos.

EL LOBO Y LAS SIETE CABRITAS

Érase una vez una vieja cabra que tenía siete cabritas, a las que quería tan tiernamente como una madre puede querer a sus hijos. Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeñuelas.

-Hijas mías -les dijo- me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa os devorará a todas sin dejar ni un pelo. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo conoceréis enseguida por su bronca voz y sus negras patas.

Las cabritas respondieron:

-Tendremos mucho cuidado, madrecita. Podéis marcharos tranquila.

Despidióse la vieja con un balido y confiada emprendió su camino.

No había transcurrido mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

-Abrid, hijitas. Soy vuestra madre, que estoy de vuelta y os traigo algo para cada una.

Pero las cabritas comprendieron, por lo rudo de la voz, que era el lobo.

-No te abriremos –exclamaron- no eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y cariñosa, y la tuya es bronca: eres el lobo.

Fue éste a la tienda y se compró un buen trozo de yeso. Se lo comió para suavizarse la voz y volvió a la casita. Llamando nuevamente a la puerta:

-Abrid hijitas -dijo- vuestra madre os trae algo a cada una.

Pero el lobo había puesto una negra pata en la ventana y al verla las cabritas, exclamaron:

-No, no te abriremos; nuestra madre no tiene las patas negras como tú. ¡Eres el lobo!

Corrió entonces el muy bribón a un tahonero y le dijo:

-Mira, me he lastimado un pie; úntamelo con un poco de pasta.

Untada que tuvo ya la pata, fue al encuentro del molinero:

-Échame harina blanca en el pie -díjole.

El molinero, comprendiendo que el lobo tramaba alguna tropelía, negóse al principio, pero la fiera lo amenazó:

-Si no lo haces, te devoro.

El hombre, asustado, le blanqueó la pata. Sí, así es la gente.

Volvió el rufián por tercera vez a la puerta y, llamando, dijo:

-Abrid, pequeñas; es vuestra madrecita querida, que está de regreso y os trae buenas cosas del bosque.

Las cabritas replicaron:

-Enséñanos la pata; queremos asegurarnos de que eres nuestra madre.

La fiera puso la pata en la ventana y al ver ellas que era blanca, creyeron que eran verdad sus palabras y se apresuraron a abrir. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto, Dios mío! ¡Y qué prisas por esconderse todas! Metióse una debajo de la mesa; la otra, en la cama; la tercera, en el horno; la cuarta, en la cocina; la quinta, en el armario; la sexta, debajo de la fregadera y la más pequeña, en la caja del reloj. Pero el lobo fue descubriéndolas una tras otra y sin gastar cumplidos, se las engulló a todas menos a la más pequeñita que oculta en la caja del reloj, pudo escapar a sus pesquisas. Ya satisfecho, el lobo se alejó a un trote ligero y llegado a un verde prado, tumbóse a dormir a la sombra de un árbol.

Al cabo de poco regresó a casa la vieja cabra. ¡Santo Dios, lo que vio! La puerta, abierta de par en par; la mesa, las sillas y bancos, todo volcado y revuelto; la jofaina, rota en mil pedazos; las mantas y almohadas, por el suelo. Buscó a sus hijitas, pero no aparecieron por ninguna parte; llamólas a todas por sus nombres, pero ninguna contestó. Hasta que llególe la vez a la última, la cual, con vocecita queda, dijo:

-Madre querida, estoy en la caja del reloj.

Sacóla la cabra y entonces la pequeña le explicó que había venido el lobo y se había comido a las demás. ¡Imaginad con qué desconsuelo lloraba la madre la pérdida de sus hijitas!

Cuando ya no le quedaban más lágrimas, salió al campo en compañía de su pequeña y al llegar al prado vio al lobo dormido debajo del árbol, roncando tan fuertemente que hacía temblar las ramas. Al observarlo de cerca, parecióle que algo se movía y agitaba en su abultada barriga. ¡Válgame Dios! -pensó-, ¿si serán mis pobres hijitas, que se las ha merendado y que están vivas aún? Y envió a la pequeña a casa, a toda prisa, en busca de tijeras, aguja e hilo. Abrió la panza al monstruo y apenas había empezado a cortar cuando una de las cabritas asomó la cabeza. Al seguir

cortando saltaron las seis afuera, una tras otra, todas vivitas y sin daño alguno, pues la bestia, en su glotonería, las había engullido enteras. ¡Allí era de ver su regocijo! ¡Con cuánto cariño abrazaron a su mamita, brincando como sastre en bodas! Pero la cabra dijo:

-Traedme ahora piedras; llenaremos con ellas la panza de esta condenada bestia, aprovechando que duerme.

Las siete cabritas corrieron en busca de piedras y las fueron metiendo en la barriga, hasta que ya no cupieron más. La madre cosió la piel con tanta presteza y suavidad, que la fiera no se dio cuenta de nada ni hizo el menor movimiento.

Terminada ya su siesta, el lobo se levantó y como los guijarros que le llenaban el estómago le diesen mucha sed, encaminóse a un pozo para beber. Mientras andaba, moviéndose de un lado a otro, los guijarros de su panza chocaban entre sí con gran ruido, por lo que exclamó:

¿Qué será este ruido

que suena en mi barriga?

Creí que eran seis cabritas,

mas ahora me parecen chinitas.

Al llegar al pozo e inclinarse sobre el brocal, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo, donde se ahogó miserablemente. Viéndolo las cabritas, acudieron corriendo y gritando jubilosas:

-¡Muerto está el lobo! ¡Muerto está el lobo!

Y, con su madre, pusiéronse a bailar en corro en torno al pozo.

LA MUERTE MADRINA

Un hombre muy pobre tenía doce hijos; y aunque trabajaba día y noche, no alcanzaba a darles más que pan. Cuando nació su hijo número trece, no sabía qué hacer; salió a la carretera y decidió que al primero que pasara le haría padrino de su hijito. Y el primero que pasó fue Dios Nuestro Señor; él ya conocía los apuros del pobre y le dijo:

-Hijo mío, me das mucha pena. Quiero ser el padrino de tu último hijito y cuidaré de él para que sea feliz.

El hombre le preguntó:

-¿Quién eres?

-Soy tu Dios.

-Pues no quiero que seas padrino de mi hijo; no, no quiero que seas el padrino, porque tú das mucho a los ricos y dejas que los pobres pasemos hambre.

El hombre contestó así al Señor, porque no comprendía con qué sabiduría reparte Dios la riqueza y la pobreza; y el desgraciado se apartó de Dios y siguió su camino. Se encontró luego con el diablo, que le preguntó:

-¿Qué buscas? Si me escoges para padrino de tu hijo, le daré muchísimo dinero y tendrá todo lo que quiera en este mundo.

El hombre preguntó:

-¿Quién eres tú?

-Soy el demonio.

-No, no quiero que seas el padrino de mi niño; eres malo y engañas siempre a los hombres.

Siguió andando y se encontró con la muerte, que estaba flaca y en los huesos; y la muerte le dijo:

-Quiero ser madrina de tu hijo.

-¿Quién eres?

-Soy la muerte, que hace iguales a todos los hombres.

Y el hombre dijo:

-Me convienes; tú te llevas a los ricos igual que a los pobres, sin hacer diferencias. Serás la madrina.

La muerte dijo entonces:

Yo haré rico y famoso a tu hijo; a mis amigos no les falta nunca nada.

Y el hombre dijo:

-El próximo domingo será el bautizo; no dejes de ir a tiempo.

La muerte vino como había prometido y se hizo madrina. El niño creció y se hizo un muchacho; y un día, su madrina entró en la casa y dijo que la siguiera. Llevó al chico a un bosque, le enseñó una planta que crecía allí y le dijo:

-Voy a darte ahora mi regalo de madrina: te haré un médico famoso. Cuando te llamen a visitar un enfermo, me encontrarás siempre al lado de su cama. Si estoy a la cabecera, podrás asegurar que le curarás; le darás esta hierba y se pondrá bueno. Pero si me ves a los pies de la cama, el enfermo me pertenecerá y tú dirás que no tiene remedio y que ningún médico le podrá salvar. No des a ningún enfermo la hierba contra mi voluntad, porque lo pagarías caro.

Al poco tiempo, el muchacho era ya un médico famoso en todo el mundo; la gente decía:

-En cuanto ve a un enfermo, puede decir si se curará o no. Es un gran médico.

Y le llamaban de muchos países para que fuera a visitar a los enfermos y le daban mucho dinero, así que se hizo rico muy pronto. Ocurrió que el rey se puso malo. Llamaron al médico famoso para que dijera si se podía curar; pero en cuanto se acercó al rey, vio que la Muerte estaba a los pies de la cama. Allí no valían hierbas. Y el médico pensó:

-¡Si yo pudiera engañar a la Muerte siquiera una vez! Claro que lo tomará a mal, pero como soy su ahijado, puede que haga la vista gorda. Voy a probar.

Cogió al rey y le dio la vuelta en la cama y le puso con los pies en la almohada y la cabeza a los pies; y así, la Muerte se quedó junto a la cabeza; entonces le dio la hierba y el rey convaleció y recobró la salud. Pero la Muerte fue a casa del médico muy enfadada, le amenazó con el dedo y dijo:

-¡Me has tomado el pelo! Por una vez, te lo perdono, porque eres mi ahijado; pero como lo vuelvas a hacer, ya verás: te llevaré a ti.

Y al poco tiempo, la hija del rey se puso muy enferma. Era hija única y su padre estaba tan desesperado que no hacía más que llorar. Mandó decir que al que salvara a su hija le casaría con ella y le haría su heredero. El médico, al entrar en la habitación de la princesa, vio que la Muerte estaba a los pies de la cama. ¡Que el muchacho habría recordado la amenaza de su madrina! Pero la gran belleza de la princesa y la felicidad de casarse con ella le trastornaron tanto que desechó todos los pensamientos. No vio las miradas encolerizadas que le echaba la Muerte, ni cómo le amenazaba con el puño cerrado: cogió en brazos a la princesa y la puso con los pies en la almohada y la cabeza a los pies, le dio la hierba mágica y al poco rato la cara de la princesa se animó y empezó a mejorar.

Y la Muerte, furiosa porque la habían engañado otra vez, fue a grandes zancadas a casa del médico y le dijo:

-¡Se acabó! ¡Ahora te llevaré a ti!

Le agarró con su mano fría, le agarró con tanta fuerza, que el pobre muchacho no se podía soltar y se lo llevó a una cueva muy honda. Y el médico vio en la cueva miles y miles de luces, filas de velas que no se acababan nunca; unas velas eran grandes, otras medianas y otras pequeñas. Y cada momento unas se apagaban y otras se estaban encendiendo otra vez; era como si las lucecitas estuvieran brincando. La Muerte le dijo:

-Mira, esas velas que ves son las vidas de los hombres. Las grandes son las vidas de los niños; las medianas son las vidas de los cónyuges y las pequeñas las de los ancianos. Pero hay también niños y jóvenes que no tienen más que una velita pequeña.

-¡Dime cuál es mi luz! -dijo el médico, pensando que era todavía una vela bien grande. Y la Muerte le enseñó un cabito de vela, casi consumido:

-Ahí la tienes.

-¡Ay, madrina, madrina mía! ¡Enciéndeme una luz nueva! ¡Por favor, hazlo por mí! ¡Mira que todavía no he disfrutado de la vida, que me van a hacer rey y me voy a casar con la princesa!

-No puede ser -dijo la Muerte-. No puedo encender una luz mientras no se haya apagado otra.

-¡Pues enciende una vela nueva con la que se está apagando! -suplicó el médico. La Muerte hizo como si fuera a obedecerle; llevó una vela nueva y larga. Pero como quería vengarse, a sabiendas tiró el cabito de vela al suelo y la lucecita se apagó. Y en el mismo momento, el médico se cayó al suelo y dio ya en manos de la Muerte.

LAS TRES HOJAS DE LA SERPIENTE

Vivía una vez un hombre tan pobre, que pasaba apuros para alimentar a su único hijo. Díjole entonces éste:

-Padre mío, estáis muy necesitado y soy una carga para vos. Mejor será que me marche a buscar el modo de ganarme el pan.

Dióle el padre su bendición y se despidió de él con honda tristeza.

Sucedió que por aquellos días el Rey sostenía una guerra con un imperio muy poderoso. El joven se alistó en su ejército y partió para la guerra. Apenas había llegado al campo de batalla, se trabó un combate. El peligro era grande y llovían muchas balas; el mozo veía caer a sus camaradas de todos lados y al sucumbir también el general, los demás se dispusieron a emprender la fuga. Adelantóse él entonces, los animó diciendo:

-¡No vamos a permitir que se hunda nuestra patria!

Seguido de los demás, lanzóse a la pelea y derrotó al enemigo. Al saber el Rey que sólo a él le debía la victoria, ascendiólo por encima de todos, dióle grandes tesoros y lo nombró el primero del reino.

Tenía el monarca una hija hermosísima, pero muy caprichosa. Había hecho voto de no aceptar a nadie por marido y señor, que no prometiese antes solemnemente que en caso de morir ella, se haría enterrar vivo en su misma sepultura:

-Si de verdad me ama -decía la princesa-, ¿para qué querrá seguir viviendo?

Por su parte, ella se comprometía a hacer lo mismo si moría antes el marido. Hasta aquel momento, el singularísimo voto había ahuyentado a todos los pretendientes; pero su hermosura impresionó en tal grado al joven, que, sin pensarlo un instante, la pidió a su padre.

-¿Sabes la promesa que has de hacer? -le preguntó el Rey.

-Que debo bajar con ella a la tumba, si muere antes que yo -respondió el mozo-. Tan grande es mi amor, que no me arredra este peligro.

Consintió entonces el Rey y se celebró la boda con gran solemnidad y esplendor.

Los recién casados vivieron una temporada felices y contentos, hasta que un día la joven princesa contrajo una grave enfermedad, a la que ningún médico supo hallar remedio. Cuando hubo muerto, su esposo recordó la promesa que había hecho. Horrorizábale la idea de ser sepultado en vida; pero no había escapatoria posible. El Rey había mandado colocar centinelas en todas las puertas y era inútil pensar en sustraerse al horrible destino. Llegado el día en que el cuerpo de la princesa debía ser bajado a la cripta real, el príncipe fue conducido a ella, y tras él se cerró la puerta a piedra y lodo.

Junto al féretro había una mesa y con ella cuatro velas, cuatro hogazas de pan y cuatro botellas de vino. Cuando hubiera consumido todo, habría de morir de hambre y sed.

Dolorido y triste, comía cada día sólo un pedacito de pan y bebía un sorbo de vino; pero bien veía que la muerte se iba acercando irremisiblemente. Una vez que tenía la mirada fija en la pared, vio salir de uno de los rincones de la cripta una serpiente, que se deslizaba en dirección al cadáver. Pensando que venía para devorarlo, sacó la espada y exclamó:

-¡Mientras yo esté vivo, no la tocarás!

Y la partió en tres pedazos.

Al cabo de un rato salió del mismo rincón otra serpiente, que enseguida retrocedió al ver a su compañera muerta y despedazada. Pero regresó a los pocos momentos llevando en la boca tres hojas verdes. Cogió entonces los tres segmentos de la serpiente muerta y encajándolos debidamente, aplicó a cada herida una de las hojas. Inmediatamente quedaron soldados los trozos; el animal comenzó a agitarse, recobrada la vida y se retiró junto con su compañera. Las hojas quedaron en el suelo y al desgraciado príncipe, que había asistido a aquel prodigio, se le ocurrió que quizás las milagrosas hojas que había devuelto la vida a la serpiente, tendrían también virtud sobre las personas. Recogiólas y aplicó una en la boca de la difunta y las dos restantes, en sus ojos. Y he aquí que apenas lo hubo hecho, la sangre empezó a circular por las venas y restituyó al lívido rostro su color sonrosado. Respiró la muerta y abriendo los ojos dijo:

-¡Dios mío!, ¿dónde estoy?

-Estás conmigo, esposa querida -respondióle el príncipe y le contó todo lo ocurrido y cómo la había vuelto a la vida.

Dióle luego un poco de pan y vino, y cuando la princesa hubo recobrado algo de vigor, ayudóla a levantarse y a ir hasta la puerta, donde ambos se pusieron a golpear y gritar tan fuertemente, que los guardias los oyeron y corrieron a informar al Rey. Éste bajó personalmente a la cripta y

se encontró con la pareja sana y llena de vida. Todos se alegraron sobremanera ante la inesperada solución del triste caso. El joven príncipe se guardó las tres hojas de la serpiente y las entregó a su criado, diciéndole:

-Guárdamelas con el mayor cuidado y llévalas siempre contigo. ¡Quién sabe si algún día podemos necesitarlas!

Sin embargo, habíase producido un cambio en la resucitada esposa. Parecía como si su corazón no sintiera ya afecto alguno por su marido. Transcurrido algún tiempo, quiso él emprender un viaje por mar para ir a ver a su viejo padre, y los dos esposos embarcaron. Ya en la nave, olvidó ella el amor y fidelidad que su esposo le mostrara cuando le salvó la vida y comenzó a sentir una inclinación culpable hacia el piloto que los conducía. Y un día, en que el joven príncipe se hallaba durmiendo, llamó al piloto y cogiendo ella a su marido por la cabeza y el otro por los pies, lo arrojaron al mar. Cometido el crimen, dijo la princesa al marino:

-Regresemos ahora a casa; diremos que murió en ruta. Yo te alabaré y encomiaré ante mi padre en términos tales, que me casará contigo y te hará heredero del reino.

Pero el fiel criado, que había asistido a la escena, bajó al agua un botecito sin ser advertido de nadie y en él se dirigió, a fuerza de remos, al lugar donde cayera su señor, dejando que los traidores siguiesen su camino. Sacó del agua el cuerpo del ahogado y con ayuda de las tres hojas milagrosas que llevaba consigo y que aplicó en sus ojos y boca, lo restituyó felizmente a la vida.

Los dos se pusieron entonces a remar con todas sus fuerzas, de día y de noche, y con tal rapidez navegaron en su barquita, que llegaron a presencia del Rey antes que la gran nave. Asombrado éste al verlos regresar solos, preguntóles qué les había sucedido. Al conocer la perversidad de su hija dijo:

-No puedo creer que haya obrado tan criminalmente; mas pronto la verdad saldrá a la luz del día -y enviando a los dos a una cámara secreta, los retuvo en ella sin que nadie lo supiera.

Poco después llegó el barco y la impía mujer se presentó ante su padre con semblante de tristeza. Preguntóle él:

-¿Por qué regresas sola? ¿Dónde está tu marido?

-¡Ay, padre querido! -exclamó la princesa-, ha ocurrido una gran desgracia. Durante el viaje mi esposo enfermó súbitamente y murió y, de no haber sido por la ayuda que me prestó el patrón de la nave yo también lo habría pasado muy mal. Estuvo presente en el acto de su muerte y puede contároslo todo.

Dijo el Rey:

-Voy a resucitar al difunto -y abriendo el aposento, mandó salir a los dos hombres.

Al ver la mujer a su marido, quedó como herida de un rayo y cayendo de rodillas, imploró perdón. Pero el Rey dijo:

-No hay perdón. Él se mostró dispuesto a morir contigo y te restituyó la vida; en cambio, tú le asesinaste mientras dormía y ahora recibirás el pago que merece tu acción.

Fue embarcada junto con su cómplice en un navío perforado y llevada a alta mar, donde muy pronto los dos fueron tragados por las olas.

LA DONCELLA SIN MANOS

A un molinero le iban mal las cosas y cada día era más pobre; al fin, ya no le quedaban sino el molino y un gran manzano que había detrás. Un día se marchó al bosque a buscar leña y he aquí que le salió al encuentro un hombre ya viejo, a quien jamás había visto y le dijo:

-¿Por qué fatigarse partiendo leña? Yo te haré rico sólo con que me prometas lo que está detrás del molino.

“¿Qué otra cosa puede ser sino el manzano?” -pensó el molinero y aceptó la condición del desconocido. Éste le respondió con una risa burlona:

-Dentro de tres años volveré a buscar lo que es mío -y se marchó.

Al llegar el molinero a su casa, salió a recibirlo su mujer.

-Dime, ¿cómo es que tan de pronto nos hemos vuelto ricos? En un abrir y cerrar de ojos se han llenado todas las arcas y cajones, no sé cómo y sin que haya entrado nadie.

Respondió el molinero:

-He encontrado a un desconocido en el bosque y me ha prometido grandes tesoros. En cambio, yo le he prometido lo que hay detrás del molino. ¡El manzano bien vale todo eso!

-¿Qué has hecho, marido? -exclamó la mujer horrorizada-. Era el diablo y no se refería al manzano, sino a nuestra hija, que estaba detrás del molino barriendo la era.

La hija del molinero era una muchacha muy linda y piadosa; durante aquellos tres años siguió viviendo en el temor de Dios y libre de pecado. Transcurrido el plazo y llegado el día en que el maligno debía llevársela, lavóse con todo cuidado y trazó con tiza un círculo a su alrededor. Presentóse el diablo de madrugada, pero no pudo acercársele y dijo muy colérico al molinero:

-Quita toda el agua para que no pueda lavarse, pues de otro modo no tengo poder sobre ella.

El molinero, asustado, hizo lo que se le mandaba. A la mañana siguiente volvió el diablo, pero la muchacha había estado llorando con las manos en los ojos, por lo que estaban limpiísimas. Así tampoco pudo acercársele el demonio, que dijo furioso al molinero:

-Córtale las manos, pues de otro modo no puedo llevármela.

-¡Cómo puedo cortar las manos a mi propia hija! -contestó el hombre horrorizado. Pero el otro le dijo con tono amenazador:

-Si no lo haces eres mío y me llevaré a ti.

El padre, espantado, prometió obedecer y dijo a su hija:

-Hija mía, si no te corto las dos manos, me llevará el demonio, así se lo he prometido en mi desesperación. Ayúdame en mi desgracia, y perdóname el mal que te hago.

-Padre mío -respondió ella-, haced conmigo lo que os plazca; soy vuestra hija.

Y tendiendo las manos, se las dejó cortar. Vino el diablo por tercera vez, pero la doncella había estado llorando tantas horas con los muñones apretados contra los ojos, que los tenía limpiísimos. Entonces el diablo tuvo que renunciar; había perdido todos sus derechos sobre ella.

Dijo el molinero a la muchacha:

-Por tu causa he recibido grandes beneficios; mientras viva, todos mis cuidados serán para ti.

Pero ella le respondió:

-No puedo seguir aquí; voy a marcharme. Personas compasivas habrá que me den lo que necesite.

Se hizo atar a la espalda los brazos amputados y al salir el sol se puso en camino. Anduvo todo el día, hasta que cerró la noche. Llegó entonces frente al jardín del Rey y a la luz de la luna vio que sus árboles estaban llenos de hermosísimos frutos; pero no podía alcanzarlos, pues el jardín estaba rodeado de agua. Como no había cesado de caminar en todo el día, sin comer ni un solo bocado, sufría mucho de hambre y pensó: “¡Ojalá pudiera entrar a comer algunos de esos frutos! Si no, me moriré de hambre.” Arrodillóse e invocó a Dios y he aquí que de pronto apareció un ángel. Éste cerró una esclusa, de manera que el foso quedó seco, y ella pudo cruzarlo a pie enjuto. Entró entonces la muchacha en el jardín y el ángel con ella. Vio un peral cargado de hermosas peras, todas las cuales estaban contadas. Se acercó y comió una, cogiéndola del árbol directamente con la boca, para acallar el hambre, pero no más. El jardinero la estuvo observando; pero como el ángel seguía a su lado, no se atrevió a intervenir, pensando que la muchacha era un espíritu; y así se quedó callado, sin llamar ni dirigirle la palabra. Comido que hubo la pera, la muchacha, sintiendo el hambre satisfecha, fue a ocultarse entre la maleza.

El Rey, a quien pertenecía el jardín, se presentó a la mañana siguiente y al contar las peras y notar que faltaba una, preguntó al jardinero qué se había hecho de ella. Y respondió el jardinero:

-Anoche entró un espíritu que no tenía manos y se comió una directamente con la boca.

-¿Y cómo pudo el espíritu atravesar el agua? -dijo el Rey-. ¿Y adónde fue, después de comerse la pera?

-Bajó del cielo una figura, con un vestido blanco como la nieve, que cerró la esclusa y detuvo el agua para que el espíritu pudiese cruzar el foso. Y como no podía ser sino un ángel, no me atreví a llamar ni a preguntar nada. Después de comerse la pera, el espíritu se retiró.

-Si las cosas han ocurrido como dices -declaró el Rey-, esta noche velaré contigo.

Cuando ya oscurecía, el Rey se dirigió al jardín, acompañado de un sacerdote, para que hablara al espíritu. Sentáronse los tres debajo del árbol, atentos a lo que ocurriera. A medianoche se presentó la doncella, viniendo del bosque y acercándose al peral, comióse otra pera, alcanzándola directamente con la boca; a su lado se hallaba el ángel vestido de blanco. Salió entonces el sacerdote y preguntó:

-¿Vienes del mundo o vienes de Dios? ¿Eres espíritu o un ser humano?

A lo que respondió la muchacha:

-No soy espíritu, sino una criatura humana, abandonada de todos menos de Dios.

Dijo entonces el Rey:

-Si te ha abandonado el mundo, yo no te dejaré.

Y se la llevó a su palacio y como la viera tan hermosa y piadosa, se enamoró de ella, mandó hacerle unas manos de plata y la tomó por esposa.

Al cabo de un año, el Rey tuvo que partir para la guerra y encomendó a su madre la joven reina, diciéndole:

-Cuando sea la hora de dar a luz, atendedla y cuidadla bien, y enviadme en seguida una carta.

Sucedió que la Reina tuvo un hijo y la abuela apresuróse a comunicar al Rey la buena noticia. Pero el mensajero se detuvo a descansar en el camino, junto a un arroyo y extenuado de su larga marcha, se durmió. Acudió entonces el diablo, siempre dispuesto a dañar a la virtuosa Reina y cambió la carta por otra, en la que ponía que la Reina había traído al mundo un monstruo. Cuando el Rey leyó la carta, espantóse y se entristeció sobremanera; pero escribió en contestación que cuidasen de la Reina hasta su regreso.

Volvióse el mensajero con la respuesta y se quedó a descansar en el mismo lugar, durmiéndose también como a la ida. Vino el diablo nuevamente y otra vez le cambió la carta del bolsillo, sustituyéndola por otra que contenía la orden de matar a la Reina y a su hijo. La abuela horrorizóse al recibir aquella misiva y no pudiendo prestar crédito a lo que leía, volvió a escribir al Rey; pero

recibió una respuesta idéntica, ya que todas las veces el diablo cambió la carta que llevaba el mensajero. En la última le ordenaba incluso que, en testimonio de que había cumplido el mandato, guardase la lengua y los ojos de la Reina.

Pero la anciana madre, desolada de que hubiese de ser vertida una sangre tan inocente, mandó que por la noche trajesen un ciervo, al que sacó los ojos y cortó la lengua. Luego dijo a la Reina:

-No puedo resignarme a matarte, como ordena el Rey; pero no puedes seguir aquí. Márchate con tu hijo por el mundo y no vuelvas jamás.

Atóle el niño a la espalda, y la desgraciada mujer se marchó con los ojos anegados en lágrimas.

Llegado a un bosque muy grande y salvaje, se hincó de rodillas e invocó a Dios. Se le apareció el ángel del Señor y la condujo a una casita, en la que podía leerse en un letrerito: “Aquí todo el mundo vive de balde.” Salió de la casa una doncella, blanca como la nieve, que le dijo:

-Bienvenida, Señora Reina -y la acompañó al interior.

Desatándole de la espalda a su hijito, se lo puso al pecho para que pudiese darle de mamar, y después lo tendió en una camita bien mullida. Preguntóle entonces la pobre madre:

-¿Cómo sabes que soy reina?

Y la blanca doncella, le respondió:

-Soy un ángel que Dios ha enviado a la tierra para que cuide de ti y de tu hijo.

La joven vivió en aquella casa por espacio de siete años, bien cuidada y atendida, y su piedad era tanta, que Dios, compadecido, hizo que volviesen a crecerle las manos.

Finalmente, el Rey, terminada la campaña, regresó a palacio y su primer deseo fue ver a su esposa e hijo. Entonces la anciana reina prorrumpió a llorar, exclamando:

-¡Hombre malvado! ¿No me enviaste la orden de matar a aquellas dos almas inocentes? -y mostróle las dos cartas falsificadas por el diablo, añadiendo-: Hice lo que me mandaste y le enseñé la lengua y los ojos.

El Rey prorrumpió a llorar con gran amargura y desconsuelo, por el triste fin de su infeliz esposa y de su hijo, hasta que la abuela, apiadada, le dijo:

-Consuélate, que aún viven. De escondidas hice matar una cierva y guardé estas partes como testimonio. En cuanto a tu esposa, le até el niño a la espalda y la envié a vagar por el mundo, haciéndole prometer que jamás volvería aquí, ya que tan enojado estabas con ella.

Dijo entonces el Rey:

-No cesaré de caminar mientras vea cielo sobre mi cabeza, sin comer ni beber, hasta que haya encontrado a mi esposa y a mi hijo, si es que no han muerto de hambre o de frío.

Estuvo el Rey vagando durante todos aquellos siete años, buscando en todos los riscos y grutas, sin encontrarla en ninguna parte y ya pensaba que habría muerto de hambre. En todo aquel tiempo no comió ni bebió, pero Dios lo sostuvo. Por fin llegó a un gran bosque y en él descubrió la casita con el letrerito: “Aquí todo el mundo vive de balde.” Salió la blanca doncella y cogiéndolo de la mano, lo llevó al interior y le dijo:

-Bienvenido, Señor Rey -y le preguntó luego de dónde venía.

-Pronto hará siete años -respondió él- que ando errante en busca de mi esposa y de mi hijo; pero no los encuentro en parte alguna.

El ángel le ofreció comida y bebida, pero él las rehusó, pidiendo sólo que lo dejaran descansar un poco. Tendióse a dormir y se cubrió la cara con un pañuelo.

Entonces el ángel entró en el aposento en que se hallaba la Reina con su hijito, al que solía llamar Dolorido y le dijo:

-Sal ahí fuera con el niño, que ha llegado tu esposo.

Salió ella a la habitación en que el Rey descansaba y el pañuelo se le cayó de la cara, por lo que dijo la Reina:

-Dolorido, recoge aquel pañuelo de tu padre y vuelve a cubrirle el rostro.

Obedeció el niño y le puso el lienzo sobre la cara; pero el Rey, que lo había oído en sueños, volvió a dejarlo caer adrede. El niño, impacientándose, exclamó:

-Madrecita, ¿cómo puedo tapar el rostro de mi padre, si no tengo padre ninguno en el mundo? En la oración he aprendido a decir: Padre nuestro que estás en los Cielos; y tú me has dicho que mi padre estaba en el cielo y era Dios Nuestro Señor. ¿Cómo quieres que conozca a este hombre tan salvaje? ¡No es mi padre!

Al oír el Rey estas palabras, se incorporó y le preguntó quién era. Respondióle ella entonces:

-Soy tu esposa y éste es Dolorido, tu hijo.

Pero al ver el Rey sus manos de carne, replicó:

-Mi esposa tenía las manos de plata.

-Dios misericordioso me devolvió las mías naturales -dijo ella; y el ángel salió fuera y volvió en seguida con las manos de plata. Entonces tuvo el Rey la certeza de que se hallaba ante su esposa y su hijo y besándolos a los dos dijo fuera de sí de alegría:

-¡Qué terrible peso se me ha caído del corazón!

El ángel del Señor les dio de comer por última vez a todos juntos y luego los tres emprendieron el camino de palacio, para reunirse con la abuela. Hubo grandes fiestas y regocijos y el Rey y la Reina celebraron una segunda boda y vivieron felices hasta el fin.

EL AGUA DE LA VIDA

Hubo una vez un rey que enfermó gravemente. No había nada que le aliviara ni calmara su dolor. Después de mucho deliberar, los sabios decidieron que sólo podría curarle el agua de la vida, tan difícil de encontrar que no se conocía a nadie que lo hubiera logrado. Este rey tenía tres hijos, el mayor de los cuales decidió partir en busca de la exótica medicina.

“Sin duda, si logro que mejore, mi padre me premiará generosamente” -pensaba, pues le importaba más el oro que la salud de su padre.

En su camino encontró a un pequeño hombrecillo que le preguntó su destino.

-¿Qué ha de importarte eso a ti? ¡Enano! Déjame seguir mi camino.

El duende, ofendido por el maleducado príncipe, utilizó sus poderes para desviarlo hacia una garganta en las montañas, que cada vez se estrechaba más, hasta que ni el caballo pudo dar la vuelta y allí quedó atrapado. Viendo que su hermano no volvía, el mediano decidió ir en busca de la medicina para su padre: “Toda la recompensa será para mí.” -pensaba ambiciosamente.

No llevaba mucho recorrido, cuando el duende se le apareció preguntando a dónde iba:

-¿Qué te importará a ti! Aparta de mi camino. ¡Enano!

El duende se hizo a un lado, no sin antes maldecirle para que acabara en la misma trampa que el mayor, atrapado en un paso de las montañas que cada vez se hizo más estrecho, hasta que caballo y jinete quedaron inmovilizados. Al pasar los días y no tener noticias, el menor de los hijos del rey decidió ir en busca de sus hermanos y el agua milagrosa para sanar a su padre.

Cabalgando, encontró al hombrecillo que también a él le preguntó su destino:

-Mi padre está muy enfermo, busco el agua de la vida, que es la única cura para él.

-¿Sabes ya a dónde debes dirigirte para encontrarla? -volvió a preguntar el enano.

-Aún no, ¿me podrías ayudar, duendecillo?

-Has resultado ser amable y humilde y mereces mi favor. Toma esta varilla y estos dos panes y dirígete hacia el castillo encantado. Toca la cancela tres veces con la vara y arroja un pan a cada una de las dos bestias que intentarán comerte. Busca entonces la fuente del agua de la vida tan rápido como puedas, pues si dan las doce y sigues en el interior del castillo, ya nunca más podrás salir -añadió el enanito.

A lomos de su caballo, pasados varios días, llegó el príncipe al castillo encantado. Tocó tres veces la cancela con la vara mágica, amansó a las bestias con los panes y llegó a una estancia donde había una preciosa muchacha:

-¡Por fin se ha roto el hechizo! En agradecimiento, me casaré contigo si vuelves dentro de un año.

Contento por el ofrecimiento, el muchacho buscó rápidamente la fuente de la que manaba el agua de la vida. Llenó un frasco con ella y salió del castillo antes de las doce. De vuelta a palacio, se encontró de nuevo con el duende, a quien relató su experiencia y pidió:

-Mis hermanos partieron hace tiempo y no les he vuelto a ver. ¿No sabrías dónde puedo encontrarles?

-Están atrapados por la avaricia y el egoísmo, pero tu bondad les hará libres. Vuelve a casa y por el camino los encontrarás. Pero ¡cuídate de ellos!

Tal como había anunciado el duende, el menor encontró a sus dos hermanos antes de llegar al castillo del rey. Los tres fueron a ver a su padre, quien después de tomar el agua de la vida se recuperó por completo. Incluso pareció rejuvenecer. El menor de los hermanos le relató entonces su compromiso con la princesa y su padre orgulloso, le dio su más sincera bendición para la boda. Así pues, cerca de la fecha pactada, el menor de los príncipes se dispuso a partir en busca de su amada.

Ésta, esperando ansiosa en el castillo, ordenó extender una carretera de oro, desde su palacio hasta el camino, para dar la bienvenida a su futuro esposo:

-Dejad pasar a aquel que venga por el centro de la carretera, -dijo a los guardianes- cualquier otro será un impostor -advirtió. Y marchó a hacer los preparativos. Efectivamente, los dos hermanos mayores, envidiosos, tramaron por separado llegar antes que él y presentarse a la princesa como sus libertadores:

“Suplantaré a mi hermano y desposaré a la princesa” -pensaba cada uno de ellos.

El primero en llegar fue el hermano mayor, que al ver la carretera de oro pensó que la estropearía si la pisaba y dando un rodeo se presentó a los guardas de la puerta por la derecha como el rescatador de la princesa. Mas éstos, obedientes le negaron el paso. El hermano mediano llegó después, pero apartó al caballo de la carretera por miedo a estropearla y tomó el camino de la izquierda hasta los guardias, que tampoco le dejaron entrar.

Por último, llegó el hermano menor, que ni siquiera notó cuando el caballo comenzó a caminar por la carretera de oro, pues iba tan absorto en sus pensamientos sobre la princesa que se podría decir que flotaba. Al llegar a la puerta, le abrieron enseguida y allí estaba la princesa esperándole con los brazos abiertos, llena de alegría y reconociéndole como su salvador. Los esponsales duraron varios días y trajeron mucha felicidad a la pareja, que invitó también al padre, que nunca volvió a enfermar.

LOS DOCE HERMANOS

Éranse una vez un rey y una reina que vivían en buena paz y contentamiento con sus doce hijos, todos varones. Un día, el Rey dijo a su esposa:

-Si el hijo que has de tener ahora es una niña, deberán morir los doce mayores, para que la herencia sea mayor y quede el reino entero para ella.

Y así, hizo construir doce ataúdes y llenarlos de virutas de madera, colocando además, en cada uno, una almohadilla. Luego dispuso que se guardasen en una habitación cerrada, y dio la llave a la Reina, con orden de no decir a nadie una palabra de todo ello.

Pero la madre se pasaba los días, triste y llorosa, hasta que su hijo menor, que nunca se separaba de su lado y al que había puesto el nombre de Benjamín, como en la Biblia, le dijo al fin:

-Madrecita, ¿por qué estás tan triste?

-¡Ay, hijito mío! -respondióle ella-, no puedo decírtelo.

Pero el pequeño no la dejó ya en reposo, y así un día ella le abrió la puerta del aposento y le mostró los doce féretros llenos de virutas, diciéndole:

-Mi precioso Benjamín, tu padre mandó hacer estos ataúdes para ti y tus once hermanos; pues si traigo al mundo una niña, todos vosotros habréis de morir y seréis enterrados en ellos.

Y como le hiciera aquella revelación entre amargas lágrimas, quiso el hijo consolarla y le dijo:

-No llores, querida madre; ya encontraremos el medio de salir del apuro. Mira, nos marcharemos.

Respondió ella entonces:

-Vete al bosque con tus once hermanos y cuidad de que uno de vosotros esté siempre de guardia, encaramado en la cima del árbol más alto y mirando la torre del palacio. Si nace un niño, izaré una bandera blanca, y entonces podréis volver todos; pero si es una niña, pondré una bandera roja.

Huid en este caso tan deprisa como podáis, y que Dios os ampare y guarde. Todas las noches me levantaré a rezar por vosotros: en invierno, para que no os falte un fuego con que calentaros; y en verano, para que no sufráis demasiado calor.

Después de bendecir a sus hijos, partieron éstos al bosque. Montaban guardia por turno, subido uno de ellos a la copa del roble más alto, fija la mirada en la torre. Transcurridos once días, llególe la vez a Benjamín, el cual vio que izaban una bandera. ¡Ay! No era blanca, sino roja como la sangre, y les advertía que debían morir. Al oírlo los hermanos, dijeron encolerizados:

-¡Qué tengamos que morir por causa de una niña! Juremos venganza. Cuando encontremos a una muchacha, haremos correr su roja sangre. Adentráronse en la selva, y en lo más espeso de ella, donde apenas entraba la luz del día, encontraron una casita encantada y deshabitada:

-Viviremos aquí -dijeron-. Tú, Benjamín, que eres el menor y el más débil, te quedarás en casa y cuidarás de ella, mientras los demás salimos a buscar comida.

Y fuéronse al bosque a cazar liebres, corzos, aves, palomitas y cuanto fuera bueno para comer. Todo lo llevaban a Benjamín, el cual lo guisaba y preparaba para saciar el hambre de los hermanos. Así vivieron juntos diez años, y la verdad es que el tiempo no se les hacía largo.

Entretanto había crecido la niña que diera a luz la Reina; era hermosa, de muy buen corazón, y tenía una estrella de oro en medio de la frente. Un día que en palacio hacían colada, vio entre la ropa doce camisas de hombre y preguntó a su madre:

-¿De quién son estas doce camisas? Pues a mi padre le vendrían pequeñas.

Le respondió la Reina con el corazón oprimido:

-Hijita mía, son de tus doce hermanos.

-¿Y dónde están mis doce hermanos -dijo la niña-. Jamás nadie me habló de ellos.

La Reina le dijo entonces:

-Dónde están, sólo Dios lo sabe. Andarán errantes por el vasto mundo.

Y llevando a su hija al cuarto cerrado, abrió la puerta y le mostró los doce ataúdes, llenos de virutas y con sus correspondientes almohadillas:

-Estos ataúdes -díjole- estaban destinados a tus hermanos, pero ellos huyeron al bosque antes de nacer tú -y le contó todo lo ocurrido. Dijo entonces la niña:

-No llores, madrecita mía, yo iré en busca de mis hermanos.

Y cogiendo las doce camisas se puso en camino, adentrándose en el espeso bosque.

Anduvo durante todo el día y al anochecer llegó a la casita encantada. Al entrar en ella encontróse con un mocito, el cual le preguntó:

-¿De dónde vienes y qué buscas aquí? -maravillado de su hermosura, de sus regios vestidos y de la estrella que brillaba en su frente.

-Soy la hija del Rey -contestó ella- y voy en busca de mis doce hermanos; y estoy dispuesta a caminar bajo el cielo azul, hasta que los encuentre.

Mostróle al mismo tiempo las doce camisas, con lo cual Benjamín conoció que era su hermana.

-Yo soy Benjamín, tu hermano menor -le dijo. La niña se echó a llorar de alegría, igual que Benjamín, y se abrazaron y besaron con gran cariño. Después dijo el muchacho:

-Hermanita mía, queda aún un obstáculo. Nos hemos juramentado en que toda niña que encontremos morirá a nuestras manos, ya que por culpa de una niña hemos tenido que abandonar nuestro reino.

A lo que respondió ella:

-Moriré gustosa, si de este modo puedo salvar a mis hermanos.

-No, no -replicó Benjamín-, no morirás; ocúltate debajo de este barreño hasta que lleguen los once restantes; yo hablaré con ellos y los convenceré.

Hízolo así la niña.

Ya anochecido, regresaron de la caza los demás y se sentaron a la mesa. Mientras comían preguntaron a Benjamín:

-¿Qué novedades hay?

A lo que respondió su hermanito:

-¿No sabéis nada?

-No -dijeron ellos.

-¿Conque habéis estado en el bosque y no sabéis nada, y yo, en cambio, que me he quedado en casa, sé más que vosotros? -replicó el chiquillo.

-Pues cuéntenoslo -le pidieron.

-¿Me prometéis no matar a la primera niña que encontremos?

-Sí -exclamaron todos-, la perdonaremos; pero cuéntenos ya lo que sepas.

Entonces dijo Benjamín:

-Nuestra hermana está aquí -y levantando la cuba, salió de debajo de ella la princesita con sus regios vestidos y la estrella dorada en la frente, más linda y delicada que nunca ¡Cómo se alegraron todos y cómo se le echaron al cuello, besándola con toda ternura!

La niña se quedó en casa con Benjamín para ayudarle en los quehaceres domésticos, mientras los otros once salían al bosque a cazar corzos, aves y palomitas para llenar la despensa. Benjamín y la hermanita cuidaban de guisar lo que traían.

Ella iba a buscar leña para el fuego, y hierbas comestibles, y cuidaba de poner siempre el puchero en el hogar a tiempo, para que al regresar los demás encontrasen la comida dispuesta. Ocupábase también de la limpieza de la casa y lavaba la ropa de las camitas, de modo que estaban en todo momento pulcras y blanquísimas. Los hermanos hallábanse contentísimos con ella y así vivían todos en gran unión y armonía. He aquí que un día los dos pequeños prepararon una sabrosa comida y cuando todos estuvieron reunidos, celebraron un verdadero banquete; comieron y bebieron, más alegres que unas pascuas.

Pero ocurrió que la casita encantada tenía un jardincito, en el que crecían doce lirios de esos que también se llaman “estudiantes.” La niña, queriendo obsequiar a sus hermanos, cortó las doce flores, para regalar una a cada uno durante la comida. Pero en el preciso momento en que acabó de cortarlas, los muchachos se transformaron en otros tantos cuervos, que huyeron volando por encima del bosque, al mismo tiempo que se esfumaba también la casa y el jardín. La pobre niña se quedó sola en plena selva oscura y al volverse a mirar a su alrededor, encontróse con una vieja que estaba a su lado y que le dijo:

-Hija mía. ¿Qué has hecho? ¿Por qué tocaste las doce flores blancas? Eran tus hermanos y ahora han sido convertidos para siempre en cuervos.

A lo que respondió la muchachita, llorando:

-¿No hay, pues, ningún medio de salvarlos?

-No -dijo la vieja-. No hay sino uno solo en el mundo entero, pero es tan difícil que no podrás libertar a tus hermanos: pues deberías pasar siete años como muda, sin hablar una palabra ni reír. Una palabra sola que pronunciasess, aunque faltara solamente una hora para cumplirse los siete años y todo tu sacrificio habría sido inútil: aquella palabra mataría a tus hermanos.

Díjose entonces la princesita, en su corazón: “Estoy segura de que redimiré a mis hermanos.” Y buscó un árbol muy alto, se encaramó en él y allí se estuvo hilando, sin decir palabra ni reírse nunca.

Sucedió sin embargo, que entró en el bosque un Rey que iba de cacería. Llevaba un gran lebre, el cual echó a correr hasta el árbol que servía de morada a la princesita y se puso a saltar en derredor, sin cesar en sus ladridos. Al acercarse el Rey y ver a la bellísima muchacha con la estrella en la frente, quedó tan prendado de su hermosura que le preguntó si quería ser su esposa. Ella no le respondió una palabra; únicamente hizo con la cabeza un leve signo afirmativo. Subió entonces el Rey al árbol, bajó a la niña, la montó en su caballo y la llevó a palacio. Celebróse la boda con gran solemnidad y regocijo, pero sin que la novia hablase ni riese una sola vez.

Al cabo de unos pocos años de vivir felices el uno con el otro, la madre del Rey, mujer malvada si las hay, empezó a calumniar a la joven Reina, diciendo a su hijo:

-Es una vulgar pordiosera esa que has traído a casa; quién sabe qué perversas ruindades estará maquinando en secreto. Si es muda y no puede hablar, siquiera podría reír; pero quien nunca ríe no tiene limpia la conciencia.

Al principio, el Rey no quiso prestarle oídos; pero tanto insistió la vieja y de tantas maldades la acusó, que, al fin, el Rey se dejó convencer y la condenó a muerte.

Encendieron en la corte una gran pira, donde la reina debía morir abrasada. Desde una alta ventana, el Rey contemplaba la ejecución con ojos llorosos, pues seguía queriéndola a pesar de todo. Y he aquí que cuando ya estaba atada al poste y las llamas comenzaban a lamerle los vestidos, sonó el último segundo de los siete años de su penitencia.

Oyóse entonces un gran rumor de alas en el aire y aparecieron doce cuervos, que descendieron hasta posarse en el suelo. No bien lo hubieron tocado, se transformaron en los doce hermanos, redimidos por el sacrificio de la princesa. Apresuráronse a dispersar la pira y apagar las llamas, desataron a su hermana y la abrazaron y besaron tiernamente.

Y puesto que ya podía abrir la boca y hablar, contó al Rey el motivo de su mutismo y de por qué nunca se había reído. Mucho se alegró el Rey al convencerse de que era inocente, y los dos vivieron juntos y muy felices hasta su muerte. La malvada suegra hubo de comparecer ante un tribunal y fue condenada. Metida en una tinaja llena de aceite hirviente y serpientes venenosas, encontró en ella una muerte espantosa.

EL PÁJARO DE ORO

En tiempos remotos vivía un rey cuyo palacio estaba rodeado de un hermoso parque, donde crecía un árbol que daba manzanas de oro. A medida que maduraban, las contaban; pero una mañana faltó una. Diose parte del suceso al Rey y él ordenó que todas las noches se montase guardia al pie del árbol. Tenía el Rey tres hijos, y al oscurecer envió al mayor de centinela al jardín. A la medianoche, el príncipe no pudo resistir el sueño, y a la mañana siguiente faltaba otra manzana. A la otra noche hubo de velar el segundo hijo; pero el resultado fue el mismo: al dar las doce se quedó dormido, y por la mañana faltaba una manzana más. Llegó el turno de guardia al tercer hijo; éste estaba dispuesto a ir, pero el Rey no confiaba mucho en él y pensaba que no tendría más éxito que sus hermanos; de todos modos, al fin se avino a que se encargara de la guardia. Instalóse el jovencuelo bajo el árbol, con los ojos bien abiertos y decidido a que no lo venciese el sueño. Al dar las doce oyó un rumor en el aire y, al resplandor de la luna, vio acercarse volando un pájaro cuyo plumaje brillaba como un ascua de oro. El ave se posó en el árbol, y tan pronto como cogió una manzana, el joven príncipe le disparó una flecha. El pájaro pudo aún escapar, pero la saeta lo había rozado y cayó al suelo una pluma de oro. Recogióla el mozo y a la mañana la entregó al Rey, contándole lo ocurrido durante la noche. Convocó el Rey a su Consejo y los cortesanos declararon unánimemente que una pluma como aquella valía tanto como todo el reino.

-Si tan preciosa es esta pluma -dijo el Rey-, no me basta con ella; quiero tener el pájaro entero.

El hijo mayor se puso en camino; se tenía por listo, y no dudaba que encontraría el pájaro de oro. Había andado un cierto trecho, cuando vio en la linde de un bosque una zorra y, descolgándose la escopeta, dispúsose a disparar contra ella. Pero la zorra lo detuvo, exclamando:

-No me mates, y en cambio, te daré un buen consejo. Sé que vas en busca del pájaro de oro y que esta noche llegarás a un pueblo donde hay dos posadas frente a frente. Una de ellas está profusamente iluminada y en su interior hay gran jolgorio; pero guárdate de entrar en ella; ve a la otra, aunque sea poco atrayente su aspecto.

“¿Cómo puede darme un consejo este necio animal!” pensó el príncipe, oprimiendo el gatillo; pero erró la puntería y la zorra se adentró rápidamente en el bosque con el rabo tieso. Siguió el joven su camino y al anochecer llegó al pueblo de las dos posadas, en una de las cuales todo era canto y baile, mientras la otra ofrecía un aspecto mísero y triste. “Tonto sería -dijose- si me hospedase en ese tabernucho destartelado en vez de hacerlo en esta hermosa fonda.” Así, entró en la posada alegre, y en ella se entregó al jolgorio olvidándose del pájaro, de su padre y de todas las buenas enseñanzas que había recibido.

Transcurrido un tiempo sin que regresara el hijo mayor, púsose el segundo en camino, en busca del pájaro de oro. Como su hermano, también él topó con la zorra, la cual diole el mismo consejo, sin que tampoco él lo atendiera. Llegó a las dos posadas y su hermano, que estaba asomado a la ventana de la alegre, lo llamó e invitó a entrar. No supo resistir el mozo y pasando al interior, entregóse a los placeres y diversiones.

Al cabo de mucho tiempo, el hijo menor del Rey quiso salir, a su vez, a probar suerte; pero el padre se resistía.

-Es inútil -dijo-. Éste encontrará el pájaro de oro menos aún que sus hermanos; y si le ocurre una desgracia, no sabrá salir de apuros; es el menos despabilado de los tres.

No obstante, como el joven no lo dejaba en paz, dio al fin su consentimiento.

A la orilla del bosque encontróse también con la zorra, la cual le pidió que le perdonase la vida y le dio su buen consejo. El joven, que era de buen corazón, dijo:

-Nada temas, zorrita; no te haré ningún daño.

-No lo lamentarás -respondióle la zorra-. Y para que puedas avanzar más rápidamente, súbete en mi rabo.

No bien se hubo montado en él, echó la zorra a correr a campo traviesa, con tal rapidez que los cabellos silbaban al viento. Al llegar al pueblo desmontó el muchacho y siguiendo el buen consejo de la zorra, hospedóse, sin titubeos, en la humilde posada, donde pasó una noche tranquila. A la mañana siguiente, en cuanto salió al campo esperábalo ya la zorra, que le dijo:

-Ahora te diré lo que debes hacer. Sigue siempre en línea recta; al fin, llegarás a un palacio, delante del cual habrá un gran número de soldados tumbados; pero no te preocupes, pues estarán durmiendo y roncando; pasa por en medio de ellos, entra en el palacio y recorre todos los aposentos, hasta que llegues a uno más pequeño, en el que hay un pájaro de oro encerrado en una jaula de madera. Al lado verás otra jaula de oro, bellísima pero vacía, pues sólo está como adorno: guárdate mucho de cambiar el pájaro de la jaula ordinaria a la lujosa, pues lo pasarías mal.

Pronunciadas estas palabras, la zorra volvió a extender la cola y el príncipe montó en ella. Y otra vez empezó la carrera a campo traviesa, mientras los cabellos silbaban al viento. Al bajar frente al palacio, lo encontró todo tal y como le predijera la zorra. Entró el príncipe en el aposento donde se hallaba el pájaro de oro en su jaula de madera, al lado de la cual había otra dorada; y en el suelo vio

las tres manzanas de su jardín. Pensó el joven que era una lástima que un ave tan bella hubiese de alojarse en una jaula tan fea, por lo que, abriendo la puerta, cogió el animal y lo pasó a la otra. En aquel mismo momento el pájaro dejó oír un agudo grito; despertáronse los soldados y prendiendo al muchacho, lo encerraron en un calabozo. A la mañana siguiente lo llevaron ante un tribunal y como confesó su intento, fue condenado a muerte. El Rey, empero, le ofreció perdonarle la vida a condición de que le trajese el caballo de oro, que era más veloz que el viento. Si lo hacía, le daría además, en premio, el pájaro de oro.

Púsose el príncipe en camino, suspirando tristemente; pues, ¿dónde iba a encontrar el caballo de oro? De pronto vio parada en el camino a su antigua amiga, la zorra.

-¡Ves! -le dijo-. Esto te ha ocurrido por no hacerme caso. Pero no te desanimes; yo me preocupo de ti y te diré cómo puedes llegar al caballo de oro. Marcha siempre de frente y llegarás a un palacio en cuyas cuadras está el animal. Delante de las cuadras estarán tendidos los caballerizos, durmiendo y roncando, y podrás sacar tranquilamente el caballo. Pero una cosa debo advertirte: ponle la silla mala de madera y cuero, y no la de oro que verás colgada a su lado; de otro modo, lo pasarás mal.

Y estirando la zorra el rabo, montó el príncipe en él y emprendieron la carrera a campo traviesa, con tanta velocidad, que los cabellos silbaban al viento. Todo ocurrió como la zorra había predicho; el muchacho llegó al establo donde se encontraba el caballo de oro. Pero al ir a ponerle la silla mala, pensó: “Es una vergüenza para un caballo tan hermoso el no ponerle la silla que le corresponde.” Mas apenas la de oro hubo tocado al animal, éste empezó a relinchar ruidosamente. Despertaron los mozos de cuadra, prendieron al joven príncipe y lo metieron en el calabozo. A la mañana siguiente, un tribunal le condenó a muerte; pero el Rey le prometió la vida y el caballo de oro si era capaz de traerle la bellísima princesa del Castillo de Oro.

Se puso en ruta el joven muy acongojado y por fortuna suya, no tardó en salirle al paso la fiel zorra.

-Debería abandonarte a tu desgracia -le dijo el animal- pero me das lástima y te ayudaré una vez más. Este camino lleva directamente al Castillo de Oro. Llegarás a él al atardecer y por la noche, cuando todo esté tranquilo y silencioso, la hermosa princesa se dirigirá a la casa de los baños. Cuando entre, te lanzas sobre ella y le das un beso; ella te seguirá y podrás llevártela; pero, ¡guárdate de permitirle que se despida de sus padres, pues de otro modo lo pasarás mal!

Estiró la zorra el rabo, montóse el hijo del Rey y otra vez a todo correr a campo traviesa, mientras los cabellos silbaban al viento.

Al llegar al Castillo de Oro, todo ocurrió como predijera la zorra. Esperó el príncipe hasta medianoche, y cuando todo el mundo dormía y la bella princesa se dirigió a los baños, avanzando él de improviso, le dio un beso. Díjole ella que se marcharía muy a gusto con él, pero le suplicó con lágrimas que le permitiese antes despedirse de sus padres. Al principio, el príncipe se resistió a sus ruegos; pero al ver que la muchacha seguía llorando y se arrodillaba a sus pies, acabó por ceder. Apenas hubo tocado la princesa el lecho de su padre, despertóse éste y todas las gentes del castillo; prendieron al doncel y lo encarcelaron.

A la mañana siguiente le dijo el Rey:

-Te has jugado la vida y la has perdido, sin embargo, te haré gracia de ella, si arrasas la montaña que se levanta delante de mis ventanas y me quita la vista, y esto debes realizarlo en el espacio de ocho días. Si lo logras, recibirás en premio la mano de mi hija.

El príncipe se puso a manejar el pico y la pala sin descanso; pero cuando, transcurridos siete días, vio lo poco que había conseguido y que todo su esfuerzo ni siquiera se notaba, cayó en un gran abatimiento, con toda la esperanza perdida. Pero al anochecer del día sétimo se presentó la zorra y le dijo:

-No mereces que me preocupe de ti; pero vete a dormir; yo haré el trabajo en tu lugar.

A la mañana, al despertar el mozo y asomarse a la ventana, la montaña había desaparecido. Corrió rebotante de gozo a presencia del Rey y le dio cuenta de que su condición quedaba satisfecha, por lo que el Monarca, hubo de cumplir su palabra y entregarle a su hija.

Marcháronse los dos y al poco rato se les acercó la zorra:

-Tienes lo mejor, es cierto; pero a la doncella del Castillo de Oro le pertenece también el caballo de oro.

-¿Y cómo podré ganármelo? -preguntó el joven.

-Voy a decírtelo. Ante todo, lleva a la hermosa doncella al Rey que te envió al Castillo de Oro. Se pondrá loco de alegría y te dará gustoso el caballo de oro. Tú lo montas sin dilación y alargas la mano a cada uno para estrechársela en despedida, dejando para último lugar a la princesa. Entonces la subes de un tirón a la grupa y te lanzas al galope; nadie podrá alcanzarte, pues el caballo es más veloz que el viento.

Todo sucedió así puntual y felizmente, y el príncipe se alejó con la bella princesa, montados ambos en el caballo de oro. La zorra no se quedó rezagada, y dijo al doncel:

-Ahora voy a ayudarte a conquistar el pájaro de oro. Cuando te encuentres en las cercanías del palacio donde mora el ave, haz que la princesa se apee; yo la guardaré. Tú te presentas en el patio del palacio con el caballo de oro; al verlo, habrá gran alegría, y te entregarán el pájaro. Cuando tengas la jaula en la mano, galoparás hacia donde estamos nosotras para recoger a la princesa.

Conseguido también esto y disponiéndose el príncipe a regresar a casa con sus tesoros, díjole la zorra:

-Ahora debes recompensar mis servicios.

-¿Qué recompensa deseas? -preguntó el joven.

-Cuando lleguemos al bosque, márame de un tiro y córtame la cabeza y las patas.

-¡Bonita prueba de gratitud sería ésta! -exclamó el mozo-; esto no puedo hacerlo.

A lo que replicó la zorra:

-Si te niegas, no tengo más remedio que dejarte; pero antes voy a darte aún otro buen consejo. Guárdate de dos cosas: de comprar carne de horca y de sentarte al borde de un pozo -y dichas estas palabras, se adentró en el bosque.

Pensó el muchacho: “¡Qué raro es este animal y vaya ocurrencias las suyas! ¡Quién comprará carne de horca! Y en cuanto al capricho de sentarme al borde de un pozo, jamás me ha pasado por la mente.”

Continuó su camino con la bella princesa y hubo de pasar por el pueblo donde se habían quedado sus hermanos. Notó en él gran revuelo y alboroto y al preguntar la causa, contestáronle que iban a ahorcar a dos individuos. Al acercarse vio que eran sus hermanos, los cuales habían cometido toda clase de tropelías y derrochado su hacienda. Preguntó él si no podría rescatarlos.

-Si queréis pagar por ellos -replicáronle-. Mas, ¿por qué emplear vuestro dinero en libertar a dos criminales?

Pero él, sin atender a razones, los rescató, y todos juntos tomaron el camino de su casa.

Al llegar al bosque donde por primera vez se encontraran con la zorra, la temperatura era fresca y agradable, y afuera caía un sol achicharrante, entonces dijeron los hermanos:

-Vamos a descansar un poco junto al pozo; comeremos un bocado y beberemos un trago.

Avínose el menor y olvidándose con la animación de la charla, de la recomendación de la zorra, sentóse al borde del pozo sin pensar nada malo. Pero los dos hermanos le dieron un empujón y lo echaron al fondo; seguidamente se pusieron en camino, llevándose a la princesa, el caballo y el pájaro. Al llegar a casa, dijeron al Rey, su padre:

-No solamente traemos el pájaro de oro, sino también el caballo de oro y la princesa del Castillo de Oro.

Hubo grandes fiestas y regocijos, y todo el mundo estaba muy contento, aparte el caballo, que se negaba a comer; el pájaro, que no quería cantar, y la princesa, que permanecía retraída y llorosa.

El hermano menor no había muerto, sin embargo. Afortunadamente el pozo estaba seco, y él fue a caer sobre un lecho de musgo, sin sufrir daño alguno; sólo que no podía salir de su prisión. Tampoco en aquel apuro lo abandonó su fiel zorra, la cual, acudiendo a toda prisa, le riñó por no haber seguido sus consejos.

-A pesar de todo, no puedo abandonarte a tu suerte -dijo-; te sacaré otra vez de este apuro. -Indicóle que se cogiese a su rabo, agarrándose fuertemente, y luego tiró hacia arriba-. Todavía no estás fuera de peligro -le dijo-, pues tus hermanos no están seguros de tu muerte y han apostado guardianes en el bosque con orden de matarte si te dejas ver.

El joven cambió sus vestidos por los de un pobre viejo que encontró en el camino, y de esta manera pudo llegar al palacio del Rey, su padre. Nadie lo reconoció; pero el pájaro se puso a cantar, y el caballo a comer, mientras se secaban las lágrimas de los ojos de la princesa. Admirado, preguntó el Rey:

-¿Qué significa esto?

Y respondió la doncella:

-No lo sé, pero me sentía muy triste y ahora estoy alegre. Me parece como si hubiese llegado mi legítimo esposo -y le contó todo lo que le había sucedido, a pesar de las amenazas de muerte que le habían hecho los dos hermanos, si los descubría. El Rey convocó a todos los que se hallaban en el palacio y así compareció también su hijo menor, vestido de harapos como un pordiosero; pero la princesa lo reconoció en seguida y se le arrojó al cuello. Los perversos hermanos fueron detenidos y ajusticiados, y él se casó con la princesa y fue el heredero del Rey.

Pero, ¿y qué fue de la zorra? Lo vais a saber. Algún tiempo después, el príncipe volvió al bosque y se encontró con la zorra, la cual le dijo:

-Tienes ya todo cuanto pudiste ambicionar; en cambio, mi desgracia no tiene fin, a pesar de que está en tus manos el salvarme.

Y nuevamente le suplicó que la matase de un tiro y le cortase la cabeza y las patas. Hízolo así el príncipe, y en el mismo instante se transformó la zorra en un hombre, que no era otro sino el hermano de la bella princesa, el cual, de este modo, quedó libre del hechizo que sobre él pesaba. Y ya nada faltó a la felicidad de todos, mientras vivieron.

LOS SIETE CUERVOS

Había una vez, hace ya mucho tiempo, un matrimonio que tenía siete hijos y ninguna hija. Esto era siempre motivo de pena para aquellas buenas gentes, porque les hubiera encantado tener una niña. Y con tanto fervor anhelaban su llegada, que por fin un día tuvieron la inmensa alegría de acunar una hijita entre sus brazos. La felicidad del buen matrimonio fue entonces completa, porque además los siete hermanitos adoraban a la pequeña.

Pero, desdichadamente, la niña no parecía tener muy buena salud. Y a medida que pasaba el tiempo, desmejoraba cada vez más. Hasta que un día se puso tan mal, que los padres no dudaron de que su hijita se moría. Pensaron entonces que había que bautizarla, y para ello era preciso traer agua del pozo.

-Tomad vuestros baldes -dijo el padre a los siete niños-, id al pozo y volved cuanto antes.

Los muchachos obedecieron. Tomaron sus baldes y partieron corriendo. Estaban ansiosos por ayudar a su padre, y en su ansiedad, cada uno quería ser el primero en hundir su balde en el pozo. Se lanzaron atropelladamente sobre el mismo, con tanto aturdimiento y tan mala fortuna, que los baldes escaparon de sus manos y cayeron al fondo del pozo. Los muchachos quedaron desolados. Se miraban uno a otro, sin saber qué hacer ni qué decir.

-¡Dios mío! -exclamó uno de ellos, por fin-. ¿Qué le diremos ahora a papá? No podemos volver a casa sin el agua.

En su desesperación, trataron de sacar los baldes del pozo; pero todo fue en vano. No pudieron lograrlo, y atemorizados al pensar en el enojo con que los recibiría su padre, se quedaron meditando, sentados junto al pozo.

-Si volvemos sin el agua -dijo uno de ellos-, nuestro padre se sentirá tan enojado que nos castigará duramente.

-Es muy cierto -añadió otro-. Y no le faltará razón.

-No debimos ser tan atolondrados... -suspiró un tercero.

-Nadie tiene la culpa -añadió el cuarto-. Si los baldes se han caído al pozo, ha sido solamente una desgracia.

-Sí -comentó el quinto-, pero papá y mamá están demasiado afligidos para que atiendan nuestras razones.

-Yo no me atrevería a volver a casa -se lamentó el sexto, casi a punto de llorar.

-Es inútil que nos lamentemos -concluyó el séptimo-. La cosa no tiene remedio. Todo lo que nos queda por hacer, es ver de qué manera podemos salir de este embrollo.

Mientras tanto, en la casa, el padre se impacientaba ante la tardanza de los muchachos. Se asomaba a la ventana y miraba el camino, tratando de descubrirlos. Pero el camino estaba desierto y los muchachos no volvían.

-¡Ah! -dijo el pobre hombre de pronto-. Seguramente que esos siete holgazanes se han quedado jugando. Es imposible, de otra manera, que tarden tanto en volver del pozo con el agua.

Y nuevamente volvía a pasearse, y otra vez se asomaba a la ventana para mirar el camino. Pero llegó un momento en que su desesperación por la tardanza de los muchachos fue tanta y tan grande, que sin poder contenerse exclamó:

-¡Perezosos! ¡Ojalá se convirtieran en siete cuervos!

No imaginó nunca lo que podía suceder. Apenas había dicho esas palabras, cuando sintió un aleteo sobre su cabeza; levantó los ojos, y con gran espanto vio contra el cielo azul siete cuervos negros que volaban sobre la casa.

Grande fue su desesperación y la de su mujer cuando comprendieron que aquellos siete cuervos eran sus siete hijos.

-¡Pobres niños! -decía el padre afligido, viendo que los cuervos, después de volar un rato sobre su cabeza, partían hacia el horizonte. ¡Pobres niños! Y ¿qué será ahora de nosotros?

Pero el daño ya estaba hecho, y no podía remediarse. La mujer trató de consolarse.

-Es inútil ya que pensemos en ellos -le dijo-. Quizá algún día vuelvan. Pero por ahora, pensemos en nuestra hijita que está aquí y tratemos de salvarla.

El buen hombre comprendió que su mujer estaba en lo cierto. Y tantos cuidados prodigaron a la niña, que afortunadamente la pequeña no murió. Pasaron los años y la niña que fuera tan delicada, creció sana y fuerte.

El matrimonio vivía feliz con el cariño de su hija, pero el padre solía quedarse a veces pensativo mirando hacia el cielo, como si esperara algo; y un buen día le dijo su mujer:

-Oye, marido. Es preciso que la niña no sepa la historia de los siete cuervos; de modo que debemos cuidarnos mucho. Nada ganas con pasarte las horas junto a la ventana. Yo confío en que ellos volverán quizás algún día. Pero mientras tanto, olvidemos aquello.

El padre asintió. Y de este modo, como jamás le hablaron sus padres de los siete hermanos, la niña no supo nunca la triste historia.

Pero un día en que conversaba con una vecina, escapósele a ésta el secreto.

-¡Qué bonita eres! -dijo la mujer; y añadió atolondradamente-: Es una lástima que tus hermanos que tanto te querían no estén aquí para verte.

La niña se quedó pensativa y en seguida preguntó:

-¿Mis hermanos? Debéis estar equivocada. Yo nunca he tenido hermanos. ¿De quién habláis?

La buena mujer comprendió que había hablado por demás y que su charlatanería iba a provocar un disgusto en casa de sus vecinos. Pero ya no había manera de retroceder. Ante las preguntas de la niña, se vio obligada a contarle la triste historia del encantamiento de sus hermanos, debido a la maldición de su padre cuando ella era apenas una niñita recién nacida.

Así fue cómo la pequeña supo que, un poco a causa suya, sus siete hermanos estaban ahora convertidos en siete cuervos. Entonces sintió tal aflicción que decidió hablar a sus padres. La pobre gente comprendió que ya no podía ocultarle la verdad.

-Es cierto todo lo que te ha dicho la vecina -dijo la madre, afligida-. Pero hace ya mucho tiempo, mucho tiempo, y nunca hemos vuelto a verles.

Entonces dijo la niña:

-Pues yo he de ir a buscarles. Soy culpable de que los pobrecitos estén ahora convertidos en siete cuervos y es preciso que los encuentre para que puedan volver a casa.

-¡Pero no sabemos dónde están! -exclamaron los padres-. ¿Cómo harás para encontrarles?

La niña se quedó un momento pensando. Sus padres tenían razón: sería muy difícil saber dónde habitaban ahora los siete cuervos encantados. Pero después de un instante, exclamó:

-No sé todavía cómo haré para encontrarles. Preguntaré y preguntaré hasta dar con ellos. Y el día que eso suceda, volveré a casa con mis hermanitos.

Los padres, comprendiendo que la niña estaba decidida, no se opusieron a su partida. La mamá le preparó una cesta con merienda para el viaje y entregándole su anillo de bodas como recuerdo, la despidió en el camino.

La niña echó a andar, y después de mucho caminar, sin hallar señal alguna de sus hermanos, llegó al fin del mundo. Ya no le quedaba otra cosa que hacer que lanzarse al espacio; y la niña, siempre en busca de los siete cuervos, llegó al sol.

-Aquí no vas a encontrar a nadie -le dijo el sol de mal modo-. Cualquiera que pretendiera quedarse más de un minuto, se moriría abrasado.

Y como el sol ardía y le quemaba los pies, la niñita huyó presurosa del ardiente astro.

Pensó que quizá estuvieran los cuervos en la luna, y hacia ella se encaminó.

-Aquí no vas a encontrar a nadie -le dijo la luna con indiferencia-. Cualquiera que pretendiera quedarse más de un minuto, se moriría congelado.

Y como allí hacía demasiado frío, temblorosa y helada volvió la niña a la tierra y se puso a llorar. En ninguna parte podía encontrar a sus hermanitos. Pronto comprendió que nada ganaría con sus lágrimas, de modo que, secando sus ojos, se dispuso a emprender otra vez el camino. Pero ya no sabía adónde ir. Miró otra vez hacia el cielo y creyó ver que las estrellas le hacían guiños amistosos. Llena de esperanza volvió entonces hacia el cielo. Y las estrellas la recibieron con grandes muestras de alegría.

-¡Aquí está! -decían alborozadas-. ¡Aquí está la gentil niñita que ha recorrido el mundo en busca de sus hermanos! Ved qué buena y hermosa es.

Y una de ellas, la más luminosa de todas, aquella que llaman el Lucero del Alba, salió a su encuentro.

-Dulce niña -le dijo-. Has sido tan buena al recorrer todo el mundo en busca de tus siete hermanos, que mereces una recompensa. Tus hermanitos, los siete cuervos encantados, viven en la cumbre de una montaña de cristal, en un castillo. Pero jamás podrás entrar allí si no llevas para abrir la puerta este trocito de madera que te entrego.

La niña, llena de alborozo, le agradeció el obsequio. Y despidiéndose de las buenas estrellas, partió otra vez en busca de sus hermanos. Pronto alcanzó a ver la gran montaña de cristal, que brillaba en medio de la tierra.

-Ahí está el castillo -se dijo la niña- y pronto estaré junto a mis hermanos.

Momentos después se hallaba frente a la puerta del castillo. Era aquella una puerta pesada y enorme, muy difícil de mover; pero, cosa rara, su cerradura era muy chiquita: del tamaño del trocito de madera que la Estrella del Alba entregara a la niña. La pequeña buscó la valiosa astilla en sus bolsillos y con inmensa pena halló que la había perdido.

La pobre niña se echó a llorar. Toda su tarea quedaba perdida. ¿Qué haría ahora? Pronto comprendió, como antes, que llorando no conseguiría resolver su delicada situación; y otra vez secó sus ojos. Pensó un largo rato.

-Mi dedo índice -se dijo- tiene casi el mismo tamaño que el trocito de madera que me dio la buena estrella. Es posible que con él pueda abrir la puerta del castillo.

Probó a hacerlo; hizo rodar el dedito en la cerradura y la puerta se abrió. ¡Qué alegría sintió la niña! Frente a ella apareció entonces un enano que la saludó con gran reverencia.

-Bienvenida seas a esta casa -le dijo-. ¿Qué deseas?

-Quiero ver a los siete cuervos -contestó la niña sin temor-. Las estrellas me han dicho que vivían aquí.

-Es verdad -respondió el gentil enano-, pero en este momento mis amos han salido. Sin embargo, como no tardarán en volver, si quieres puedes pasar a esperarlos. Es posible que se alegren de verte, pero nunca reciben a nadie.

La niña no se hizo repetir la invitación y entró en el castillo. Cruzó el amplio vestíbulo y el enano la condujo al comedor, donde se vio frente a una gran mesa puesta para siete cubiertos. Como después de su largo viaje la niña tenía hambre, dijo al enano:

-¿Podría servirme algo de lo que hay sobre la mesa? Estoy muy cansada y tengo hambre y sed.

-Sí -dijo el enano-. Come y bebe si quieres.

Y como la niña no quería privar a ninguno de los siete cuervos de su ración, probó nada más que un bocado de cada plato y bebió un sorbo de cada vaso.

Pero no advirtió que el anillo de bodas de su madre rodó de su dedo y cayó al fondo de uno de los vasos.

De pronto se sintió afuera un aleteo de pájaros y la niña se levantó presurosa.

-Escóndeme -dijo al enano-; no quisiera que tus amos los siete cuervos me vieran todavía.

El enano la hizo ocultar tras una cortina y poco después se vio entrar por la ventana a los siete cuervos. Se posó cada uno junto a su plato y comenzaron a comer. De pronto, uno de ellos exclamó:

-Parece como si alguien hubiera comido en mi plato y bebido en mi vaso.

-Pues, ¡y en el mío! -dijo otro.

-¡Y en el mío, y en el mío! -gritaban todos los cuervos a un tiempo, en medio de un agitado batir de alas.

Y cuando el último de ellos miró su vaso, advirtió que algo sonaba en el fondo del mismo. Miraron todos, y con gran sorpresa vieron en el vaso el anillo de bodas de su madre.

Primero se quedaron mudos de asombro. Pero en seguida comprendieron que aquello que parecía un milagro no tenía sino una explicación. Y dando grandes aleteos de alegría, comenzaron a gritar alborozados:

-¡Nuestra hermanita ha venido a buscarnos! ¡Nuestra hermanita ha venido a buscarnos!

Al oírles, salió la niña de su escondite y comenzó a besar a los cuervos. Y sucedió que a medida que los besaba, los feos pájaros negros se fueron convirtiendo en apuestos jóvenes.

Los hermanos se abrazaron, locos de contento.

-No podéis daros una idea de lo feliz que me siento -dijo la pequeña-. Os he buscado tanto, que me parece imposible haberos encontrado a todos sanos y salvos.

-Y nosotros, hermanita -dijeron ellos- nunca sabremos cómo agradecerle lo que has hecho por encontrarnos.

-Ahora, lo que debemos hacer es volver cuanto antes a casa. ¡Imaginaos la alegría que sentirán al veros papá y mamá!

Al recordar a sus padres, los jóvenes desearon vivamente volver al viejo hogar. Se despidieron del enano, y al cabo de un largo viaje llegaron los siete muchachos y la niña a la antigua casa, donde los padres los recibieron alborozados.

EL GATO Y EL RATÓN HACEN VIDA EN COMÚN

Un gato había trabado conocimiento con un ratón, y tales protestas le hizo de cariño y amistad que, al fin, el ratoncito se avino a poner casa con él y hacer vida en común.

-Pero tenemos que pensar en el invierno, pues de otro modo pasaremos hambre, -dijo el gato-. Tú, ratoncillo, no puedes aventurarte por todas partes, al fin caerías en alguna ratonera.

Siguiendo, pues, aquel previsor consejo, compraron un pucherito lleno de manteca. Pero luego se presentó el problema de dónde lo guardarían, hasta que, tras larga reflexión, propuso el gato:

-Mira, el mejor lugar es la iglesia. Allí nadie se atreve a robar nada. Lo esconderemos debajo del altar y no lo tocaremos hasta que sea necesario.

Así, el pucherito fue puesto a buen recaudo. Pero no había transcurrido mucho tiempo cuando, cierto día, el gato sintió ganas de probar la golosina y dijo al ratón:

-Oye, ratoncito, una prima mía me ha hecho padrino de su hijo; acaba de nacerle un pequeñuelo de piel blanca con manchas pardas y quiere que yo lo lleve a la pila bautismal. Así es que hoy tengo que marcharme; cuida tú de la casa.

-Muy bien, -respondió el ratón-, vete en nombre de Dios y si te dan algo bueno para comer, acuérdate de mí. También yo chuparía a gusto un poco del vinillo de la fiesta.

Pero todo era mentira; ni el gato tenía prima alguna ni lo habían hecho padrino de nadie. Fuese directamente a la iglesia, se deslizó hasta el puchero de grasa, se puso a lamerlo y se zampó toda la capa exterior. Aprovechó luego la ocasión para darse un paseíto por los tejados de la ciudad; después se tendió al sol, relamiéndose los bigotes cada vez que se acordaba de la sabrosa olla. No regresó a casa hasta el anochecer.

-Bien, ya estás de vuelta, -dijo el ratón-, a buen seguro que has pasado un buen día.

-No estuvo mal -respondió el gato.

-¿Y qué nombre le habéis puesto al pequeñuelo? -inquirió el ratón.

-Empezado -repuso el gato secamente.

-¿Empezado? -exclamó su compañero-. ¡Vaya nombre raro y estrambótico! ¿Es corriente en vuestra familia?

-¿Qué le encuentras de particular? -replicó el gato-. No es peor que Robamigas, como se llaman tus padres.

Poco después le vino al gato otro antojo y dijo al ratón:

-Tendrás que volver a hacerme el favor de cuidar de la casa, pues otra vez me piden que sea padrino y como el pequeño ha nacido con una faja blanca en torno al cuello, no puedo negarme.

El bonachón del ratoncito, se mostró conforme, y el gato, rodeando sigilosamente la muralla de la ciudad hasta llegar a la iglesia, se comió la mitad del contenido del puchero.

“Nada sabe tan bien,” -dijose para sus adentros- “como lo que uno mismo se come.” Y quedó la mar de satisfecho con la faena del día. Al llegar a casa preguntóle el ratón:

-¿Cómo le habéis puesto esta vez al pequeño?

-Mitad -contestó el gato.

-¿Mitad? ¡Qué ocurrencia! En mi vida había oído semejante nombre; apuesto a que no está en el calendario.

No transcurrió mucho tiempo antes de que al gato se le hiciese de nuevo la boca agua pensando en la manteca.

-Las cosas buenas van siempre de tres en tres -dijo al ratón-. Otra vez he de actuar de padrino; en esta ocasión, el pequeño es negro del todo, sólo tiene las patitas blancas; aparte de ellas, ni un pelo blanco en todo el cuerpo. Esto ocurre con muy poca frecuencia. No te importa que vaya, ¿verdad?

-¡Empezado, Mitad! -contestó el ratón-. Estos nombres me dan mucho que pensar.

-Como estás todo el día en casa, con tu levitón gris y tu larga trenza, -dijo el gato- claro, coges manías. Estas cavilaciones te vienen del no salir nunca.

Durante la ausencia de su compañero, el ratón se dedicó a ordenar la casita y dejarla como la plata, mientras el glotón se zampaba el resto de la grasa del puchero: “Es bien verdad que uno no está tranquilo hasta que lo ha limpiado todo,” -dijose, y ahító como un tonel, no volvió a casa hasta bien entrada la noche. Al ratón le faltó tiempo para preguntarle qué nombre habían dado al tercer gatito.

-Seguramente no te gustará tampoco -dijo el gato-. Se llama Terminado.

-¡Terminado! -exclamó el ratón-. Éste sí que es el nombre más estrafalario de todos. Jamás lo vi escrito en letra impresa. ¡Terminado! ¿Qué diablos querrá decir? -y meneando la cabeza, se hizo un ovillo y se echó a dormir.

Ya no volvieron a invitar al gato a ser padrino, hasta que, llegado el invierno y escaseando la pitanza, pues nada se encontraba por las calles, el ratón acordó de sus provisiones de reserva.

-Anda gato, vamos a buscar el puchero de manteca que guardamos; ahora nos vendrá, de perlas.

-Sí -respondió el gato- te sabrá como cuando sacas la lengua por la ventana.

Salieron, pues, y al llegar al escondrijo, allí estaba el puchero, en efecto, pero vacío.

-¡Ay! -clamó el ratón-. Ahora lo comprendo todo; ahora veo claramente lo buen amigo que eres. Te lo comiste todo cuando me decías que ibas de padrino: primero Empezado, luego Mitad, luego...

-¿Vas a callarte? -gritó el gato-. ¡Si añades una palabra más, te devoro!

-Terminado -tenía ya el pobre ratón en la lengua. No pudo aguantar la palabra y apenas la hubo soltado, el gato pegó un brinco y agarrándolo, se lo tragó de un bocado. Así van las cosas de este mundo.

EL ACERTIJO

Érase una vez el hijo de un rey, a quien entraron deseos de correr mundo y partió sin más compañía que la de un fiel criado. Llegó un día a un extenso bosque, y al anochecer, no encontrando ningún albergue, no sabía dónde pasar la noche. Vio entonces a una muchacha que se dirigía a una casita, y al acercarse, se dio cuenta de que era joven y hermosa.

Dirigióse a ella y le dijo:

-Mi buena niña, ¿no nos acogerías por una noche en la casita, a mí y al criado?

-De buen grado lo haría -respondió la muchacha con voz triste-; pero no os lo aconsejo. Mejor es que os busquéis otro alojamiento.

- ¿Por qué? -preguntó el príncipe.

-Mi madrastra tiene malas tretas y odia a los forasteros contestó la niña suspirando.

Bien se dio cuenta el príncipe de que aquella era la casa de una bruja; pero como no era posible seguir andando en la noche cerrada, y por otra parte, no era miedoso, entró. La vieja, que estaba sentada en un sillón junto al fuego, miró a los viajeros con sus ojos rojizos:

-¡Buenas noches! -dijo con voz gangosa, que quería ser amable-. Sentaos a descansar -y sopló los carbones, en los que se cocía algo en un puchero.

La hija advirtió a los dos hombres que no comiesen ni bebiesen nada, pues la vieja estaba confeccionando brebajes nocivos. Ellos durmieron apaciblemente hasta la madrugada, y cuando se dispusieron a reemprender la ruta, estando ya el príncipe montado en su caballo, dijo la vieja:

-Aguarda un momento, que tomarás un trago, como despedida.

Mientras entraba a buscar la bebida, el príncipe se alejó a toda prisa, y cuando volvió a salir la bruja con la bebida, sólo halló al criado, que se había entretenido arreglando la silla.

-¡Lleva esto a tu señor! -le dijo.

Pero en el mismo momento se rompió la vasija y el veneno salpicó al caballo; tan virulento era, que el animal se desplomó muerto, como herido por un rayo. El criado echó a correr para dar cuenta a su amo de lo sucedido, pero no queriendo perder la silla, volvió a buscarla. Al llegar junto al cadáver del caballo, encontró que un cuervo lo estaba devorando.

“¿Quién sabe si cazaré hoy algo mejor?” se dijo el criado; mató, pues, el cuervo y se lo metió en el zurrón.

Durante toda la jornada estuvieron errando por el bosque, sin encontrar la salida. Al anochecer dieron con una hospedería y entraron en ella. El criado dio el cuervo al posadero, a fin de que se lo guisara para cenar. Pero resultó que había ido a parar a una guarida de ladrones, y ya entrada la noche presentáronse doce bandidos, que concibieron el propósito de asesinar y robar a los forasteros. Sin embargo, antes de llevarlo a la práctica se sentaron a la mesa, junto con el posadero y la bruja, y se comieron una sopa hecha con la carne del cuervo. Pero apenas hubieron tomado un par de cucharadas, cayeron todos muertos, pues el cuervo estaba contaminado con el veneno del caballo.

Ya no quedó en la casa sino la hija del posadero, que era una buena muchacha, inocente por completo de los crímenes de aquellos hombres. Abrió a los forasteros todas las puertas y les mostró los tesoros acumulados. Pero el príncipe le dijo que podía quedarse con todo, pues él nada quería de aquello, y siguió su camino con su criado.

Después de vagar mucho tiempo sin rumbo fijo, llegaron a una ciudad donde residía una orgullosa princesa, hija del Rey, que había mandado pregonar su decisión de casarse con el hombre que fuera capaz de plantearle un acertijo que ella no supiera descifrar, con la condición de que, si lo adivinaba, el pretendiente sería decapitado. Tenía tres días de tiempo para resolverlo; pero era tan inteligente, que siempre lo había resuelto antes de aquel plazo. Eran ya nueve los pretendientes que habían sucumbido de aquel modo, cuando llegó el príncipe y deslumbrado por su belleza, quiso poner en juego su vida. Se presentó a la doncella y le planteó su enigma:

-¿Qué es -le dijo- una cosa que no mató a ninguno y, sin embargo, mató a doce?

En vano la princesa daba mil y mil vueltas a la cabeza, no acertaba a resolver el acertijo. Consultó su libro de enigmas, pero no encontró nada; había terminado sus recursos. No sabiendo ya qué hacer, mandó a su doncella que se introdujese de escondidas en el dormitorio del príncipe y se pusiera al acecho, pensando que tal vez hablaría en sueños y revelaría la respuesta del enigma. Pero el criado, que era muy listo, se metió en la cama en vez de su señor, y cuando se acercó la doncella, arrebatándole de un tirón el manto en que venía envuelta, la echó del aposento a palos. A la segunda noche, la princesa envió a su camarera a ver si tenía mejor suerte. Pero el criado le quitó también el manto y la echó a palos.

Creyó entonces el príncipe que la tercera noche estaría seguro y se acostó en el lecho. Pero fue la propia princesa la que acudió, envuelta en una capa de color gris y se sentó a su lado. Cuando creyó que dormía y soñaba, púsose a hablarle en voz queda, con la esperanza de que respondería en sueños, como muchos hacen. Pero él estaba despierto y lo oía todo perfectamente.

Preguntó ella:

-Uno mató a ninguno, ¿qué es esto?

Respondió él:

-Un cuervo que comió de un caballo envenenado y murió a su vez.

Siguió ella preguntando:

-Y mató, sin embargo, a doce, ¿qué es esto?

-Son doce bandidos, que se comieron el cuervo y murieron envenenados.

Sabiendo ya lo que quería, la princesa trató de escabullirse, pero el príncipe la sujetó por la capa, que ella hubo de abandonar. A la mañana, la hija del Rey anunció que había descifrado el enigma y mandando venir a los doce jueces, dio la solución ante ellos. Pero el joven solicitó ser escuchado y dijo:

-Durante la noche, la princesa se deslizó hasta mi lecho y me lo preguntó; sin esto, nunca habría acertado.

Dijeron los jueces:

-Danos una prueba.

Entonces el criado entró con los tres mantos y cuando los jueces vieron el gris que solía llevar la princesa, fallaron la sentencia siguiente:

-Que este manto se borde en oro y plata; será el de vuestra boda.

LAS TRES PLUMAS

Érase una vez un rey que tenía tres hijos, de los cuales dos eran listos y bien dispuestos, mientras el tercero hablaba poco y era algo simple, por lo que lo llamaban “El lelo”.

Sintiéndose el Rey viejo y débil, pensó que debía arreglar las cosas para después de su muerte, pero no sabía a cuál de sus hijos legar la corona. Díjoles entonces:

-Marchaos, y aquel de vosotros que me traiga el tapiz más hermoso, será rey a mi muerte.

Y para que no hubiera disputas, llevólos delante del palacio, echó tres plumas al aire, sopló sobre ellas y dijo:

-Iréis adonde vayan las plumas.

Voló una hacia Levante; otra, hacia Poniente, y la tercera fue a caer al suelo, a poca distancia. Y así, un hermano partió hacia la izquierda; otro, hacia la derecha, riéndose ambos de “El lelo”, que siguiendo la tercera de las plumas, hubo de quedarse en el lugar en que había caído.

Sentóse el mozo tristemente en el suelo, pero muy pronto observó que al lado de la pluma había una trampa. La levantó y apareció una escalera; descendió por ella y llegó ante una puerta. Llamó, y oyó que alguien gritaba en el interior:

“Ama verde y tronada,

pata arrugada,

trasto de mujer

que no sirve para nada:

a quien hay ahí fuera, en el acto quiero ver.”

Abrióse la puerta, y el príncipe se encontró con un grueso sapo gordo, rodeado de otros muchos más pequeños. Preguntó el gordo qué deseaba, a lo que respondió el joven:

-Voy en busca del tapiz más bello y primoroso del mundo.

El sapo, dirigiéndose a uno de los pequeños, le dijo:

“Ama verde y tronada,
pata arrugada,
trasto de mujer
que no sirve para nada:
aquella gran caja me vas a traer.”

Fue el sapo joven a buscar la caja; el gordo la abrió, y sacó de ella un tapiz, tan hermoso y delicado como no se había tejido otro en toda la superficie de la Tierra. Lo entregó al príncipe. El mozo le dio las gracias y se volvió arriba.

Los otros dos hermanos consideraban tan tonto al pequeño, que estaban persuadidos de que jamás lograría encontrar nada de valor.

-No es necesario que nos molestemos mucho -dijeron, y a la primera pastora que encontraron le quitaron el tosco pañolón que llevaba a la espalda. Luego volvieron a palacio para presentar sus hallazgos a su padre el Rey. En el mismo momento llegó también “El lelo” con su precioso tapiz y al verlo el Rey exclamó admirado:

-Si hay que proceder con justicia, el reino pertenece al menor.

Pero los dos mayores importunaron a su padre, diciéndole que aquel tonto de capirote era incapaz de comprender las cosas; no podía ser rey de ningún modo y le rogaron que les propusiera otra prueba. Dijo entonces el padre:

-Heredará el trono aquel de vosotros que me traiga el anillo más hermoso -y saliendo con los tres al exterior, sopló de nuevo tres plumas, destinadas a indicar los caminos. Otra vez partieron los dos mayores: uno, hacia Levante; otro, hacia Poniente, y otra vez fue a caer la pluma del tercero junto a la trampa del suelo. Descendió de nuevo la escalera subterránea y se presentó al sapo gordo, para decirle que necesitaba el anillo más hermoso del mundo. El sapo dispuso que le trajesen inmediatamente la gran caja y, sacándolo de ella, dio al príncipe un anillo refulgente de pedrería, tan hermoso, que ningún orfebre del mundo habría sido capaz de fabricarlo. Los dos mayores se burlaron de “El lelo”, que pretendía encontrar el objeto pedido; sin apurarse, quitaron los clavos de un viejo aro de coche y lo llevaron al Rey. Pero cuando el menor se presentó con su anillo de oro, el Rey hubo de repetir:

-Suyo es el reino.

Pero los dos no cesaron de importunar a su padre, hasta que consiguieron que impusiese una tercera condición, según la cual heredaría el trono aquel que trajese la doncella más hermosa. Volvió a echar al aire las tres plumas, que tomaron las mismas direcciones de antes.

Nuevamente bajó “El lelo” las escaleras, en busca del grueso sapo y le dijo:

-Ahora tengo que llevar a palacio a la doncella más hermosa del mundo.

-¡Caramba! -replicó el sapo-. ¡La doncella más hermosa! No la tengo a mano, pero te la proporcionaré.

Y le dio una zanahoria vaciada, de la que tiraban, como caballos, seis ratoncillos.

Preguntóle “El lelo”, con tristeza:

-¿Y qué hago yo con esto?

Y le respondió el sapo:

-Haz montar en ella a uno de mis sapos pequeños.

Cogiendo el mozo al azar uno de los del círculo, lo instaló en la zanahoria amarilla. Mas apenas estuvo en ella, transformóse en una bellísima doncella; la zanahoria, en carroza, y los seis ratoncitos, en caballos. Dio un beso a la muchacha, puso en marcha los corceles y dirigióse al encuentro del Rey. Sus hermanos llegaron algo más tarde. No se habían tomado la menor molestia en buscar una mujer hermosa, sino que se llevaron las primeras campesinas de buen parecer. Al verlas el Rey, exclamó:

-El reino será, a mi muerte, para el más joven.

Pero los mayores volvieron a aturdir al anciano, gritando:

-¡No podemos permitir que “El lelo” sea rey! -y exigieron que se diese la preferencia a aquel cuya mujer fuese capaz de saltar a través de un aro colgado en el centro de la sala. Pensaban: “Las campesinas lo harán fácilmente, pues son robustas; pero la delicada princesita se matará.” Accedió también el viejo rey. Y he aquí que saltaron las dos labradoras; pero eran tan pesadas y toscas, que se cayeron y se rompieron brazos y piernas. Saltó a continuación la bella damita que trajera “El lelo” y lo hizo con la ligereza de un corzo, por lo que ya toda resistencia fue inútil. Y “El lelo” heredó la corona y reinó por espacio de muchos años con prudencia y sabiduría.

MADRE NIEVE

Cierta viuda tenía dos hijas, una de ellas hermosa y diligente; la otra, fea y perezosa. Sin embargo, quería mucho más a esta segunda, porque era verdadera hija suya y cargaba a la otra todas las faenas del hogar, haciendo de ella la cenicienta de la casa. La pobre muchacha tenía que sentarse todos los días junto a un pozo, al borde de la carretera y estarse hilando hasta que le sangraban los dedos. Tan manchado de sangre se le puso un día el huso, que la muchacha quiso lavarlo en el pozo, y he aquí que se le escapó de la mano y le cayó al fondo. Llorando, se fue a contar lo ocurrido a su madrastra, y ésta, que era muy dura de corazón, la riñó ásperamente y le dijo:

-¡Puesto que has dejado caer el huso al pozo, irás a sacarlo!

Volvió la muchacha al pozo, sin saber qué hacer y en su angustia, se arrojó al agua en busca del huso. Perdió el sentido y al despertarse y volver en sí, encontróse en un bellissimo prado bañado de sol y cubierto de millares de florecillas. Caminando por él, llegó a un horno lleno de pan, el cual le gritó:

-¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Acercóse ella y con la pala fue sacando las hogazas. Prosiguiendo su camino, vio un manzano cargado de manzanas, que le gritó, a su vez:

-¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Sacudiendo ella el árbol, comenzó a caer una lluvia de manzanas, hasta no quedar ninguna, y después que las hubo reunido en un montón, siguió adelante. Finalmente, llegó a una casita, en una de cuyas ventanas estaba asomada una vieja; pero como tenía los dientes muy grandes, la niña echó a correr, asustada. La vieja la llamó:

-¿De qué tienes miedo, hijita? Quédate conmigo. Si quieres cuidar de mi casa, lo pasarás muy bien. Sólo tienes que poner cuidado en sacudir bien mi cama para que vuelen las plumas, pues entonces nieva en la Tierra. Yo soy la Madre Nieve⁴.

Al oír a la vieja hablarle en tono tan cariñoso, la muchacha cobró ánimos, y aceptando el ofrecimiento, entró a su servicio. Hacía todas las cosas a plena satisfacción de su ama, sacudiéndole vigorosamente la cama, de modo que las plumas volaban cual copos de nieve. En recompensa, disfrutaba de buena vida, no tenía que escuchar ni una palabra dura y todos los días comía cocido y asado. Cuando ya llevaba una temporada en casa de Madre Nieve, entróle una extraña tristeza, que ni ella misma sabía explicarse, hasta que, al fin, se dio cuenta de que era nostalgia de su tierra. Aunque estuviera allí mil veces mejor que en su casa, añoraba a los suyos, y así, un día dijo a su ama:

-Siento nostalgia de casa y aunque estoy muy bien aquí, no me siento con fuerzas para continuar; tengo que volverme a los míos.

Respondió Madre Nieve:

-Me place que sientas deseos de regresar a tu casa, y puesto que me has servido tan fielmente, yo misma te acompañaré.

Y, tomándola de la mano, la condujo hasta un gran portal. El portal estaba abierto y en el momento de traspasarlo la muchacha, cayóle encima una copiosísima lluvia de oro; y el oro se le quedó adherido a los vestidos, por lo que todo su cuerpo estaba cubierto del precioso metal.

-Esto es para ti, en premio de la diligencia con que me has servido -díjole Madre Nieve, al tiempo que le devolvía el huso que le había caído al pozo. Cerróse entonces el portal y la doncella se encontró de nuevo en el mundo, no lejos de la casa de su madre. Y cuando llegó al patio, el gallo, que estaba encaramado en el pretil del pozo, gritó:

“¡Quiquiriquí,

nuestra doncella de oro vuelve a estar aquí!”

Entró la muchacha, y tanto su madrastra como la hija de ésta la recibieron muy bien al ver que venía cubierta de oro.

Contóles la muchacha todo lo que le había ocurrido, y al enterarse la madrastra de cómo había adquirido tanta riqueza, quiso procurar la misma fortuna a su hija, la fea y perezosa. Mandóla, pues, a hilar junto al pozo, y para que el huso se manchase de sangre, la hizo que se pinchase en

4 En Hesse, cuando nieva, dicen, “Madre Nieve está haciendo la cama”.

un dedo y pusiera la mano en un espino. Luego arrojó el huso al pozo y a continuación saltó ella. Llegó, como su hermanastra, al delicioso prado, y echó a andar por el mismo sendero. Al pasar junto al horno, volvió el pan a exclamar:

-¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, que me quemo! Ya estoy bastante cocido.

Pero le replicó la holgazana:

-¿Crees que tengo ganas de ensuciarme? -y pasó de largo. No tardó en encontrar el manzano, el cual le gritó:

-¡Sacúdeme, sacúdeme! Todas las manzanas estamos ya maduras.

Replicóle ella:

-¡Me guardaré muy bien! ¿Y si me cayese una en la cabeza? -y siguió adelante. Al llegar frente a la casa de Madre Nieve, no se asustó de sus dientes porque ya tenía noticia de ellos, y se quedó a su servicio. El primer día se dominó y trabajó con aplicación, obedeciendo puntualmente a su ama, pues pensaba en el oro que iba a regalarle. Pero al segundo día empezó ya a haraganear; el tercero se hizo la remolona al levantarse por la mañana, y así, cada día peor. Tampoco hacía la cama según las indicaciones de Madre Nieve, ni la sacudía de manera que volasen las plumas. Al fin, la señora se cansó y la despidió, con gran satisfacción de la holgazana, pues creía llegada la hora de la lluvia de oro. Madre Nieve la condujo también al portal; pero en vez de oro vertieron sobre ella un gran caldero de brea.

-Esto es el pago de tus servicios -le dijo su ama, cerrando el portal. Y así se presentó la perezosa en su casa, con todo el cuerpo cubierto de brea, y el gallo del pozo, al verla, se puso a gritar:

“¡Quiquiriquí,

nuestra sucia doncella vuelve a estar aquí!”

La brea le quedó adherida, y en todo el resto de su vida no se la pudo quitar del cuerpo.

EL ENEBRO

Hace ya mucho, mucho tiempo, como unos dos mil años, vivía un hombre millonario que tenía una mujer tan bella como piadosa. Se amaban tiernamente, pero no tenían hijos, a pesar de lo mucho que los deseaban; la esposa los pedía al cielo día y noche; pero no venía ninguno. Frente a su casa, en un patio, crecía un enebro, y un día de invierno en que la mujer se encontraba debajo de él pelando una manzana, se cortó en un dedo y la sangre cayó en la nieve.

-¡Ay! -exclamó con un profundo suspiro y al mirar la sangre, le entró una gran melancolía: “¡Si tuviese un hijo rojo como la sangre y blanco como la nieve!”, y al decir estas palabras, sintió de pronto en su interior una extraña alegría; tuvo el presentimiento de que iba a ocurrir algo inesperado.

Entró en su casa, pasó un mes y se descongeló la nieve; a los dos meses, todo estaba verde, y las flores brotaron del suelo; a los cuatro, todos los árboles eran un revoltijo de nuevas ramas verdes. Cantaban los pajaritos y sus trinos resonaban en todo el bosque, y las flores habían caído de los árboles al terminar el quinto mes; y la mujer no se cansaba de pasarse horas y horas bajo el enebro, que tan bien olía. El corazón le saltaba de gozo, cayó de rodillas y no cabía en sí de regocijo. Y cuando ya hubo transcurrido el sexto mes y los frutos estaban ya abultados y jugosos, sintió en su alma una gran placidez y quietud. Al llegar el séptimo mes comió muchas bayas de enebro, y enfermó y sintió una profunda tristeza. Pasó luego el octavo mes, llamó a su marido y llorando, le dijo:

-Si muero, entiérrame bajo el enebro.

Y, de repente, se sintió consolada y contenta, y de este modo transcurrió el mes noveno. Dio entonces a luz un niño blanco como la nieve y colorado como la sangre y al verlo fue tal su alegría, que murió.

Su esposo la enterró bajo el enebro y no terminaba de llorar; al cabo de algún tiempo, sus lágrimas empezaron a manar menos, al fin se secaron, y el hombre tomó otra mujer.

Con su segunda esposa tuvo una hija, y ya dijimos que del primer matrimonio le había quedado un niño rojo como la sangre y blanco como la nieve. Al ver la mujer a su hija, quedó prendada de ella; pero cuando miraba al pequeño, los celos le oprimían el corazón; le parecía que era un estorbo continuo, y no pensaba sino en tratar que toda la fortuna quedase para su hija. El demonio le inspiró un odio profundo hacia el niño; empezó a mandarlo de un rincón a otro, tratándolo a empujones y codazos, por lo que el pobre pequeñito vivía en constante sobresalto. Cuando volvía de la escuela, no había un momento de reposo para él.

Un día en que la mujer estaba en el piso de arriba, acudió su hijita y le dijo:

-¡Mamá, dame una manzana!

-Sí, hija mía -asintió la madre, y le ofreció una muy hermosa que sacó del arca. Pero aquella arca tenía una tapa muy grande y pesada, con una cerradura de hierro ancha y cortante.

-Mamá, -prosiguió la niña- ¿no podrías darle también una al hermanito?

La mujer hizo un gesto de mal humor, pero respondió:

-Sí, cuando vuelva de la escuela.

Y he aquí que cuando lo vio venir desde la ventana, como si en aquel mismo momento hubiese entrado en su alma el demonio, quitando a la niña la manzana que le diera, le dijo:

-¡No vas a tenerla tú antes que tu hermano!

Y volviendo el fruto al arca, la cerró. Al llegar el niño a la puerta, el maligno le inspiró que lo acogiese cariñosamente:

-Hijo mío, ¿te apetecería una manzana? -preguntó al pequeño, mirándolo con ojos coléricos.

-Mamá, -respondió el niño- ¡pones una cara que me asusta! ¡Sí, quiero una manzana!

Y la voz interior del demonio le hizo decir:

-Ven conmigo, -y levantando la tapa de la caja- agárralo tú mismo.

Y al inclinarse el pequeño, volvió a tentarla el diablo. De un golpe brusco cerró el arca con tanta violencia, que cortó en redondo la cabeza del niño, la cual cayó entre las manzanas. En el mismo instante sintió la mujer una gran angustia y pensó: “¡Ojalá no lo hubiese hecho!” Bajó a su habitación y sacó de la cómoda un paño blanco; colocó nuevamente la cabeza sobre el cuello, le ató el paño a modo de bufanda, de manera que no se notara la herida y sentó al niño muerto en una silla delante de la puerta, con una manzana en la mano.

Mas tarde, Marlenita entró en la cocina, en busca de su madre. Ésta estaba junto al fuego y agitaba el agua hirviendo que tenía en un puchero.

-Mamá, -dijo la niña- el hermanito está sentado delante de la puerta; está todo blanco y tiene una manzana en la mano. Le he pedido que me la dé, pero no me responde. ¡Me ha dado mucho miedo!

-Vuelve -le dijo la madre- y si tampoco te contesta, le pegas un coscorrón.

Y salió Marlenita y dijo:

-¡Hermano, dame la manzana! -pero al seguir él callado, la niña le pegó un golpe en la cabeza, la cual, se desprendió y cayó al suelo. La chiquita se asustó terriblemente y rompió a llorar y gritar. Corrió al lado de su madre y exclamó:

-¡Ay mamá! ¡He cortado la cabeza a mi hermano! -y lloraba desconsoladamente.

-¡Marlenita! -exclamó la madre-. ¿Qué has hecho? Pero cállate, que nadie lo sepa. Como esto ya no tiene remedio, lo cocinaremos en estofado.

Y, tomando el cuerpo del niño, lo cortó a pedazos, lo echó en la olla y lo coció. Mientras, Marlenita no hacía sino llorar y llorar, y tantas lágrimas cayeron al puchero, que no hubo necesidad de echarle sal. Al llegar el padre a casa, se sentó a la mesa y preguntó:

-¿Dónde está mi hijo?

Su mujer le sirvió una gran fuente, muy grande, de carne con salsa negra, mientras Marlenita seguía llorando sin poder contenerse. Repitió el hombre:

-¿Dónde está mi hijo?

-¡Ay! -dijo la mujer-, se ha marchado a casa de los parientes de su madre; quiere pasar una temporada con ellos.

-¿Y qué va a hacer allí? Por lo menos podría haberse despedido de mí.

-¡Estaba tan impaciente! Me pidió que lo dejase quedarse allí seis semanas. Lo cuidarán bien; está en buenas manos.

-¡Ay! -exclamó el padre-. Esto me disgusta mucho. Ha obrado mal; siquiera podía haberme dicho adiós.

Y empezó a comer; dirigiéndose a la niña, dijo:

-Marlenita, ¿por qué lloras? Ya volverá tu hermano. ¡Mujer! -prosiguió-, ¡qué buena está hoy la comida! Sírreme más.

Y cuanto más comía, más deliciosa la encontraba.

-Ponme más -insistía-, no quiero que quede nada; me parece como si todo esto fuese mío.

Y seguía comiendo, tirando los huesos debajo de la mesa, hasta que ya no quedó ni pizca.

Pero Marlenita, yendo a su cómoda, sacó del cajón inferior su pañuelo de seda más bonito, envolvió en él los huesos que recogió de debajo de la mesa y se los llevó fuera, llorando lágrimas de sangre. Los depositó allí entre la hierba, debajo del enebro, y cuando lo hizo todo, sintió de pronto un gran alivio y dejó de llorar. Entonces el enebro empezó a moverse, y sus ramas a juntarse y separarse como cuando una persona, sintiéndose contenta de corazón, junta las manos dando palmadas. Se formó una especie de niebla que rodeó el arbolito, y en el medio de la niebla apareció de pronto una llama, de la cual salió volando un hermoso pajarito, que se elevó en el aire a gran altura, cantando melodiosamente. Y cuando había desaparecido, el enebro volvió a quedarse como antes; pero el paño con los huesos se había esfumado. Marlenita sintió en su alma una gran paz y alegría, como si su hermanito viviese aún. Entró nuevamente en la casa, se sentó a la mesa y comió su comida.

Pero el pájaro siguió volando, hasta llegar a la casa de un orfebre, donde se detuvo y se puso a cantar:

“Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecitos guardó,
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.

Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarito soy yo!”

El orfebre estaba en su taller haciendo una cadena de oro, y al oír el canto del pájaro que se había posado en su tejado, le pareció que nunca había oído nada tan hermoso. Se levantó, y al pasar el dintel de la puerta, se le salió una zapatilla y así tuvo que seguir hasta el medio de la calle descalzo de un pie, con el delantal puesto, en una mano la cadena de oro, y la tenaza en la otra; y el sol inundaba la calle con sus brillantes rayos. Levantando la cabeza, el orfebre miró al pajarito:

-¡Qué bien cantas! -le dijo-. ¡Repíte tu canción!

-No -contestó el pájaro-; si no me pagan, no la vuelvo a cantar. Dame tu cadena y volveré a cantar.

-Ahí tienes la cadena -dijo el orfebre-. Repíte la canción.

Bajó volando el pájaro, cogió con la patita derecha la cadena y posándose enfrente del orfebre, cantó:

“Mi madre me mató,
mi padre me comió,

y mí buena hermanita
mis huesecitos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarito soy yo!”
Voló la avecilla a la tienda del zapatero y, posándose en el tejado, volvió a cantar:
“Mi madre me mató,
mi padre me comió,
y mi buena hermanita
mis huesecitos guardó.
Los guardó en un pañito
de seda, ¡muy bonito!,
y al pie del enebro los enterró.
Kivit, kivit, ¡qué lindo pajarito soy yo!”

LA MUERTE DE LA GALLINITA

En cierta ocasión, Gallinita y Gallito fueron al monte de los nogales y convinieron en que el que encontrase una nuez la compartiría con el otro. He aquí que Gallinita encontró una muy grande, pero no dijo nada, pues quería comérsela ella sola. Pero tanto abultaba la nuez, que no pudo tragársela y se le quedó atorada. Estaba ella en gran apuro, pues temía ahogarse y gritó:

-¡Gallito, por favor, corre cuanto puedas y tráeme agua, pues me ahogo!

Gallito echó a correr, tan rápidamente como pudo hacia la fuente y al llegar a ella, le dijo:

-Fuente, dame agua; Gallinita está en la nogaleda y se le ha atorado una nuez muy gorda y se está ahogando.

Respondióle la fuente:

-Corre antes en busca de la novia y dile que te dé seda colorada.

Corrió Gallito a la novia.

-Novia, dame seda colorada, que la llevaré a la fuente, y ella me dará agua para llevarle a Gallinita, la cual está en la nogaleda con una nuez atorada y a punto de asfixiarse.

Respondióle la fuente:

-Corre primero a buscarme una guirnalda que se me quedó colgada del sauce.

Y corrió Gallito al sauce y descolgando la guirnalda de una rama, llevóla a la novia; y la novia le dio seda colorada y al entregarle la seda colorada, dióle agua la fuente. Gallito llevó entonces el agua a Gallinita, pero ya era tarde; cuando llegó, Gallinita estaba asfixiada, tendida en el suelo, inmóvil. Quedó Gallito tan triste, que prorrumpió en amargo llanto, y al oírlo, todos los animales acudieron a compartir su dolor. Y seis ratones construyeron un cochecito para conducir a Gallinita a su última morada; y cuando el cochecito estuvo listo, se engancharon a él, y Gallito se puso de cochero. Pero en el camino se les presentó la zorra:

-¿Adónde vas, Gallito?

-A enterrar a Gallinita.

-¿Me dejas que te acompañe en el coche?

-Sí, pero detrás tendrás que sentarte o mis caballitos no podrán llevarte.

Sentóse la zorra detrás y sucesivamente subieron el lobo, el oso, el ciervo, el león y todos los animales del bosque. Y así continuó la comitiva hasta llegar a un arroyo.

-¿Cómo lo cruzaremos? -preguntó Gallito.

He aquí que había allí una paja, la cual dijo:

-Me echaré de través y podréis pasar por encima de mí.

Pero no bien los seis ratones hubieron llegado al centro del puente, hundiéndose la paja, cayéndose al río, y con ella, los seis ratones, que se ahogaron. Ante el apuro, acercóse una brasa de carbón y dijo:

-Yo soy lo bastante larga para llegar de una orilla a la otra, pasaréis sobre mí.

Y se atravesó encima del agua; pero, habiendo tenido la desgracia de tocarla un poco, dejó oír un siseo y quedó muerta.

Al verlo una piedra, sintió compasión y deseosa de ayudar a Gallito, púsose a su vez sobre el agua. Uncióse el propio Gallito al coche y cuando ya casi tenía a Gallinita en suelo firme, al disponerse a arrastrar a los que iban detrás, como era excesivo el peso de todos, desplomóse el coche y todos cayeron al agua y se ahogaron. Gallito se quedó solo con Gallinita; cavóle una sepultura, la enterró en ella y erigióle un túmulo encima. Posándose luego en su cumbre, estuvo llorándola hasta que se murió. Y helos aquí muertos a todos.

EL REY PICO DE TORDO

Había una vez un rey que tenía una hija cuya belleza física excedía cualquier comparación, pero era tan horrible en su espíritu, tan orgullosa y tan arrogante, que ningún pretendiente lo consideraba adecuado para ella. Los rechazaba uno tras otro, y los ridiculizaba lo más que podía.

En una ocasión el rey hizo una gran fiesta y repartió muchas invitaciones para los jóvenes que estuvieran en condición de casarse, ya fuera vecinos cercanos o visitantes de lejos. El día de la fiesta, los jóvenes fueron colocados en filas de acuerdo a su rango y posición. Primero iban los reyes, luego los grandes duques, después los príncipes, los condes, los barones y por último la clase alta pero no cortesana.

Y la hija del rey fue llevada a través de las filas y para cada joven ella tenía alguna objeción que hacer: que muy gordo y parece un cerdo, que muy flaco y parece una caña, que muy blanco y parece de cal, que muy alto y parece una varilla, que calvo y parece una bola, que muy..., que... y que....., y siempre inventaba algo para criticar y humillar.

Así que siempre tenía algo que decir en contra de cada uno, pero a ella le simpatizó especialmente un buen rey que sobresalía alto en la fila, pero cuya mandíbula le había crecido en demasía.

-¡Bien -gritaba y reía- ese tiene una barbilla como la de un tordo!

Y desde entonces le dejaron el sobrenombre de Rey Pico de Tordo.

Pero el viejo rey, al ver que su hija no hacía más que mofarse de la gente y ofender a los pretendientes que allí se habían reunido, se puso furioso y prometió que ella tendría por esposo al primer mendigo que llegara a sus puertas.

Pocos días después, un músico llegó y cantó bajo las ventanas, tratando de ganar algo. Cuando el rey lo oyó, ordenó a su criado:

-Déjalo entrar.

Así el músico entró, con su sucio y roto vestido, y cantó delante del rey y de su hija, y cuando terminó pidió por algún pequeño regalo. El rey dijo:

-Tu canción me ha complacido muchísimo y por lo tanto te daré a mi hija para que sea tu esposa.

La hija del rey se estremeció, pero el rey dijo:

-Yo hice un juramento de darte en matrimonio al primer mendigo y lo mantengo.

Todo lo que ella dijo fue en vano. El obispo fue traído y ella tuvo que dejarse casar con el músico en el acto. Cuando todo terminó, el rey dijo:

-Ya no es correcto para ti, esposa de músico, permanecer de ahora en adelante dentro de mi palacio. Debes de irte junto con tu marido.

El mendigo la tomó de la mano, y ella se vio obligada a caminar a pie con él. Cuando ya habían caminado un largo trecho llegaron a un bosque y ella preguntó:

-¿De quién será tan lindo bosque?

-Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo -respondió el músico mendigo.

-¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!

Más adelante llegaron a una pradera y ella preguntó de nuevo:

-¿De quién serán estas hermosas y verdes praderas?

-Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo -respondió otra vez el músico mendigo.

-¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!

Y luego llegaron a un gran pueblo y ella volvió a preguntar:

-¿A quién pertenecerá este lindo y gran pueblo?

-Pertenece al rey Pico de Tordo. Si lo hubieras aceptado, todo eso sería tuyo -respondió el músico mendigo.

-¡Ay, que muchacha más infeliz soy, si sólo hubiera aceptado al rey Pico de Tordo!

-Eso no me agrada -dijo el músico-, oírte siempre deseando otro marido. ¿No soy suficiente para ti?

Al fin llegaron a una pequeña choza y ella exclamó:

-¡Ay Dios!, que casita tan pequeña. ¿De quién será este miserable tugurio?

El músico contestó:

-Esta es mi casa y la tuya, donde viviremos juntos.

Ella tuvo que agacharse para poder pasar por la pequeña puerta.

-¿Dónde están los sirvientes? -dijo la hija del rey.

-¿Cuáles sirvientes? -contestó el mendigo.

-Tú debes hacer por ti misma lo que quieras que se haga. Para empezar enciende el fuego ahora mismo y pon agua a hervir para hacer la cena. Estoy muy cansado.

Pero la hija del rey no sabía nada de cómo encender fuegos o cocinar y el mendigo tuvo que darle una mano para que medio pudiera hacer las cosas. Cuando terminaron su raquítica comida fueron a su cama y él la obligó a que en la mañana debería levantarse temprano para poner en orden la pequeña casa.

Por unos días ellos vivieron de esa manera lo mejor que podían y gastaron todas sus provisiones. Entonces el hombre dijo:

-Esposa, no podemos seguir comiendo y viviendo aquí, sin ganar nada. Tienes que confeccionar canastas.

Él salió, cortó algunas tiras de mimbre y las llevó adentro. Entonces ella comenzó a tejer, pero las fuertes tiras herían sus delicadas manos.

-Ya veo que esto no funciona -dijo el hombre.

-Más bien ponte a hilar, tal vez lo hagas mejor.

Ella se sentó y trató de hilar, pero el duro hilo pronto cortó sus suaves dedos que hasta sangraron.

-Ves -dijo el hombre- no calzas con ningún trabajo. Veo que hice un mal negocio contigo. Ahora yo trataré de hacer comercio con ollas y utensilios de barro. Tú te sentarás en la plaza del mercado y venderás los artículos.

“¡Caray!, -pensó ella- si alguien del reino de mi padre viene a ese mercado y me ve sentada allí, vendiendo, cómo se burlará de mí”.

Pero no había alternativa. Ella tenía que estar allí, a menos que escogiera morir de hambre.

La primera vez le fue muy bien, ya que la gente estaba complacida de comprar los utensilios de la mujer porque ella tenía bonita apariencia y todos pagaban lo que ella pedía. Y algunos hasta le daban el dinero y le dejaban allí la mercancía. De modo que ellos vivieron de lo que ella ganaba mientras ese dinero durara. Entonces el esposo compró un montón de vajillas nuevas.

Con todo eso, ella se sentó en la esquina de la plaza del mercado y las colocó a su alrededor, listas para la venta. Pero repentinamente apareció galopando un jinete aparentemente borracho y pasó sobre las vajillas de manera que todas se quebraron en mil pedazos. Ella comenzó a llorar y no sabía que hacer por miedo.

-¡Ay no! ¿Qué será de mí? -gritaba-. ¿Qué dirá mi esposo de todo esto?

Ella corrió a la casa y le contó a él todo su infortunio.

-¿A quién se le ocurre sentarse en la esquina de la plaza del mercado con vajillas? -dijo él.

-Deja de llorar, ya veo muy bien que no puedes hacer un trabajo ordinario, de modo que fui al palacio de nuestro rey y le pedí si no podría encontrar un campo de criada en la cocina y me prometieron que te tomarían y así tendrás la comida de gratis.

La hija del rey era ahora criada de la cocina, tenía que estar en el fregadero, hacer los mandados y realizar los trabajos más sucios. En ambas bolsas de su ropa ella siempre llevaba una pequeña jarra, en las cuales echaba lo que le correspondía de su comida para llevarla a casa y así se mantuvieron.

Sucedió que anunciaron que se iba a celebrar la boda del hijo mayor del rey, así que la pobre mujer subió y se colocó cerca de la puerta del salón para poder ver. Cuando se encendieron todas las candelas y la gente, cada una más elegante que la otra, entró, y todo se llenó de pompa y esplendor, ella pensó en su destino, con un corazón triste, y maldijo el orgullo y arrogancia que la dominaron y la llevaron a tanta pobreza.

El olor de los deliciosos platos que se servían adentro y afuera llegaron a ella, y ahora y entonces, los sirvientes le daban a ella algunos de esos bocadillos que guardaba en sus jarras para llevar a casa.

En un momento dado entró el hijo del rey, vestido en terciopelo y seda, con cadenas de oro en su garganta. Y cuando él vio a la bella criada parada por la puerta, la tomó de la mano y hubiera bailado con ella. Pero ella rehusó y se atemorizó mucho, ya que vio que era el rey Pico de Tordo, el pretendiente que ella había echado con burla. Su resistencia era indescriptible. Él la llevó al salón, pero los hilos que sostenían sus jarras se rompieron, estas cayeron, la sopa se regó, y los bocadillos se esparcieron por todo lado. Y cuando la gente vio aquello, se soltó una risa generalizada y burla por doquier, y ella se sentía tan avergonzada que desearía estar kilómetros bajo tierra en ese momento. Ella se soltó y corrió hacia la puerta y se hubiera ido, pero en las gradas un hombre la sostuvo y la llevó de regreso. Se fijó de nuevo en el rey y confirmó que era el rey Pico de Tordo. Entonces él le dijo cariñosamente:

-No tengas temor. Yo y el músico que ha estado viviendo contigo en aquel tugurio, somos la misma persona. Por amor a ti, yo me disfracé, y también yo fui el jinete loco que quebró tu vajilla. Todo eso lo hice para abatir al espíritu de orgullo que te poseía y castigarte por la insolencia con que te burlaste de mí.

Entonces ella lloró amargamente y dijo:

-He cometido un grave error y no valgo nada para ser tu esposa.

Pero él respondió:

-Confórtate, los días terribles ya pasaron, ahora celebremos nuestra boda.

Entonces llegaron cortesanas y la vistieron con los más espléndidos vestidos y su padre y la corte entera llegó, y le desearon a ella la mayor felicidad en su matrimonio con el rey Pico de Tordo. Y que la dicha vaya en crecimiento. Son mis deseos, pues yo también estuve allí.

BLANCANIEVES

Era un crudo día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La Reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo, y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre se destacaba bellamente sobre el fondo blanco, y ella pensó: “¡Ah, si pudiese tener una hija que fuere blanca como nieve, roja como la sangre y negra como el ébano de esta ventana!”. No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves. Pero al nacer ella, murió la Reina.

Un año más tarde, el Rey volvió a casarse. La nueva Reina era muy bella, pero orgullosa y altanera, y no podía sufrir que nadie la aventajase en hermosura. Tenía un espejo prodigioso, y cada vez que se miraba en él, le preguntaba:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -y el espejo le contestaba, invariablemente:

-Señora Reina, eres la más hermosa en todo el país.

La Reina quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía siempre la verdad. Blancanieves fue creciendo y se hacía más bella cada día. Cuando cumplió los siete años, era tan hermosa como la luz del día y mucho más que la misma Reina. Al preguntar ésta un día al espejo:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -respondió el espejo:

-Señora Reina, tú eres como una estrella, pero Blancanieves es mil veces más bella.

Se espantó la Reina, palideciendo de envidia y, desde entonces, cada vez que veía a Blancanieves sentía que se le revolvía el corazón; tal era el odio que abrigaba contra ella. Y la envidia y la soberbia, como las malas hierbas, crecían cada vez más altas en su alma, no dejándole un instante de reposo, de día ni de noche.

Finalmente, llamó un día a un servidor y le dijo:

-Llévate a la niña al bosque; no quiero tenerla más tiempo ante mis ojos. La matarás, y en prueba de haber cumplido mi orden, me traerás sus pulmones y su hígado.

Obedeció el cazador y se marchó al bosque con la muchacha. Pero cuando se disponía a clavar su cuchillo de monte en el inocente corazón de la niña, se echó ésta a llorar:

-¡Piedad, buen cazador, déjame vivir! -suplicaba-. Me quedaré en el bosque y jamás volveré al palacio.

Y era tan hermosa, que el cazador, apiadándose de ella, le dijo:

-¡Márchate entonces, pobrecilla!

Y pensó: “No tardarán las fieras en devorarte”.

Sin embargo, le pareció como si se le quitase una piedra del corazón por no tener que matarla. Y como acertara a pasar por allí un cachorro de jabalí, lo degolló, le sacó los pulmones y el hígado, y se los llevó a la Reina como prueba de haber cumplido su mandato. La perversa mujer los entregó al cocinero para que se los guisara, y se los comió convencida de que comía la carne de Blancanieves.

La pobre niña se encontró sola y abandonada en el inmenso bosque. Se moría de miedo, y el menor movimiento de las hojas de los árboles le daba un sobresalto. No sabiendo qué hacer, echó a correr por entre espinos y piedras puntiagudas, y los animales de la selva pasaban saltando por su lado sin causarle el menor daño. Siguió corriendo mientras la llevaron los pies y hasta que se ocultó el sol. Entonces vio una casita y entró en ella para descansar.

Todo era diminuto en la casita, pero tan primoroso y limpio, que no hay palabras para describirlo. Había una mesita cubierta con un mantel blanquísimo, con siete minúsculos platitos y siete vasitos; y al lado de cada platito había su cucharilla, su cuchillito y su tenedorcito. Alineadas junto a la pared se veían siete camitas, con sábanas de inmaculada blancura.

Blancanieves, como estaba muy hambrienta, comió un poquito de legumbres y un bocadito de pan de cada plato, y bebió una gota de vino de cada copita, pues no quería tomarlo todo de uno solo. Luego, sintiéndose muy cansada, quiso echarse en una de las camitas; pero ninguna era de su medida: resultaba demasiado larga o demasiado corta; hasta que, por fin, la séptima le vino bien; se acostó en ella, se encomendó a Dios y se quedó dormida.

Cerrada ya la noche, llegaron los dueños de la casita, que eran siete enanos que se dedicaban a excavar minerales en el monte. Encendieron sus siete lamparillas y, al iluminarse la habitación, vieron que alguien había entrado, pues las cosas no estaban en el orden en que ellos las habían dejado al marcharse.

Dijo el primero:

-¿Quién se sentó en mi sillita?

El segundo:

-¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

-¿Quién ha cortado un poco de mi pan?

El cuarto:

-¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

-¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

-¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

Y el séptimo:

-¿Quién ha bebido de mi vasito?

Luego, el primero, recorrió la habitación y viendo un pequeño hueco en su cama, exclamó alarmado:

-¿Quién se ha subido en mi camita?

Acudieron corriendo los demás y exclamaron todos:

-¡Alguien estuvo echado en la mía!

Pero el séptimo, al examinar la suya, descubrió a Blancanieves, dormida en ella. Llamó entonces a los demás, los cuales acudieron presurosos y no pudieron reprimir sus exclamaciones de admiración cuando, acercando las siete lamparillas, vieron a la niña.

-¡Oh, Dios mío; oh, Dios mío! -decían-, ¡qué criatura más hermosa!

Y fue tal su alegría, que decidieron no despertarla, sino dejar que siguiera durmiendo en la camita. El séptimo enano se acostó junto a sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche. Al clarear el día se despertó Blancanieves y, al ver a los siete enanos, tuvo un sobresalto. Pero ellos la saludaron afablemente y le preguntaron:

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Blancanieves -respondió ella.

-¿Y cómo llegaste a nuestra casa? -siguieron preguntando los hombrecillos. Entonces ella les contó que su madrastra había dado orden de matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y ella había estado corriendo todo el día, hasta que, al atardecer, encontró la casita.

Dijeron los enanos:

-¿Quieres cuidar de nuestra casa? ¿Cocinar, hacer las camas, lavar, remendar la ropa y mantenerlo todo ordenado y limpio? Si es así, puedes quedarte con nosotros y nada te faltará.

-¡Sí! -exclamó Blancanieves-. Con mucho gusto -y se quedó con ellos.

A partir de entonces, cuidaba la casa con todo esmero. Por la mañana, ellos salían a la montaña en busca de mineral y oro, y al regresar, por la tarde, encontraban la comida preparada. Durante el día, la niña se quedaba sola, y los buenos enanitos le advirtieron:

-Guárdate de tu madrastra, que no tardará en saber que estás aquí. ¡No dejes entrar a nadie!

La Reina, entretanto, desde que creía haberse comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, vivía segura de volver a ser la primera en belleza. Se acercó un día al espejo y le preguntó:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -y respondió el espejo:

-Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

La Reina se sobresaltó, pues sabía que el espejo jamás mentía, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado, y que Blancanieves no estaba muerta. Pensó entonces en otra manera de deshacerse de ella, pues mientras hubiese en el país alguien que la superase en belleza, la envidia no la dejaría reposar. Finalmente, ideó un medio. Se tiznó la cara y se vistió como una vieja buhonera, quedando completamente desconocida.

Así disfrazada se dirigió a las siete montañas y, llamando a la puerta de los siete enanitos, gritó:

-¡Vendo cosas buenas y bonitas!

Se asomó Blancanieves a la ventana y le dijo:

-¡Buenos días, buena mujer! ¿Qué traes para vender?

-Cosas finas, cosas finas -respondió la Reina-. Lazos de todos los colores -y sacó uno trenzado de seda multicolor.

“Bien puedo dejar entrar a esta pobre mujer”, pensó Blancanieves y, abriendo la puerta, compró el primoroso lacito.

-¡Qué linda eres, niña! -exclamó la vieja-. Ven, que yo misma te pondré el lazo.

Blancanieves, sin sospechar nada, se puso delante de la vendedora para que le atase la cinta alrededor del cuello, pero la bruja lo hizo tan bruscamente y apretando tanto, que a la niña se le cortó la respiración y cayó como muerta.

-¡Ahora ya no eres la más hermosa! -dijo la madrastra y se alejó precipitadamente.

Al cabo de poco rato, ya anochecido, regresaron los siete enanos. Imagínense su susto cuando vieron tendida en el suelo a su querida Blancanieves, sin moverse, como muerta. Corrieron a incorporarla y viendo que el lazo le apretaba el cuello, se apresuraron a cortarlo. La niña comenzó a respirar levemente, y poco a poco fue volviendo en sí. Al oír los enanos lo que había sucedido, le dijeron:

-La vieja vendedora no era otra que la malvada Reina. Guárdate muy bien de dejar entrar a nadie, mientras nosotros estemos ausentes.

La mala mujer, al llegar a palacio, corrió ante el espejo y le preguntó:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -y respondió el espejo, como la vez anterior:

-Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

Al oírlo, del despecho, toda la sangre le afluyó al corazón, pues supo que Blancanieves continuaba viviendo. “Esta vez -se dijo- idearé una trampa de la que no te escaparás”, y valiéndose de las artes diabólicas en que era maestra, fabricó un peine envenenado. Luego volvió a disfrazarse, adoptando también la figura de una vieja, y se fue a las montañas y llamó a la puerta de los siete enanos.

-¡Buena mercancía para vender! -gritó.

Blancanieves, asomándose a la ventana, le dijo:

-Sigue tu camino, que no puedo abrirle a nadie.

-¡Al menos podrás mirar lo que traigo! -respondió la vieja y, sacando el peine, lo levantó en el aire. Pero le gustó tanto el peine a la niña que, olvidándose de todas las advertencias, abrió la puerta.

Cuando se pusieron de acuerdo sobre el precio dijo la vieja:

-Ven que te peinaré como Dios manda.

La pobrecilla, no pensando nada malo, dejó hacer a la vieja; mas apenas hubo ésta clavado el peine en el cabello, el veneno produjo su efecto y la niña se desplomó insensible.

-¡Dechado de belleza -exclamó la malvada bruja-, ahora sí que estás lista! -y se marchó.

Pero, afortunadamente, faltaba poco para la noche, y los enanitos no tardaron en regresar. Al encontrar a Blancanieves inanimada en el suelo, enseguida sospecharon de la madrastra y, buscando, descubrieron el peine envenenado. Se lo quitaron rápidamente y, al momento, volvió la niña en sí y les explicó lo ocurrido. Ellos le advirtieron de nuevo que debía estar alerta y no abrir la puerta a nadie.

La Reina, de regreso en palacio, fue directamente a su espejo:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -y como las veces anteriores, respondió el espejo, al fin:

-Señora Reina, eres aquí como una estrella; pero mora en la montaña, con los enanitos, Blancanieves, que es mil veces más bella.

Al oír estas palabras del espejo, la malvada bruja se puso a temblar de rabia.

-¡Blancanieves morirá -gritó-, aunque me haya de costar a mí la vida!

Y, bajando a una cámara secreta donde nadie tenía acceso sino ella, preparó una manzana con un veneno de lo más virulento. Por fuera era preciosa, blanca y sonrosada, capaz de hacer la boca agua a cualquiera que la viese. Pero un solo bocado significaba la muerte segura. Cuando tuvo preparada la manzana, se pintó nuevamente la cara, se vistió de campesina y se encaminó a las siete montañas, a la casa de los siete enanos. Llamó a la puerta. Blancanieves asomó la cabeza a la ventana y dijo:

-No debo abrir a nadie; los siete enanitos me lo han prohibido.

-Como quieras -respondió la campesina-. Pero yo quiero deshacerme de mis manzanas. Mira, te regalo una.

-No -contestó la niña-, no puedo aceptar nada.

-¿Temes acaso que te envenene? -dijo la vieja-. Fíjate, corto la manzana en dos mitades: tú te comes la parte roja, y yo la blanca.

La fruta estaba preparada de modo que sólo el lado encarnado tenía veneno. Blancanieves miraba la fruta con ojos codiciosos, y cuando vio que la campesina la comía, ya no pudo resistir. Alargó la mano y tomó la mitad envenenada. Pero no bien se hubo metido en la boca el primer trocito, cayó en el suelo, muerta. La Reina la contempló con una mirada de rencor, y, echándose a reír, dijo:

-¡Blanca como la nieve; roja como la sangre; negra como el ébano! Esta vez, no te resucitarán los enanos.

Y cuando, al llegar a palacio, preguntó al espejo:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -le respondió el espejo, al fin:

-Señora Reina, eres la más hermosa en todo el país.

Sólo entonces se aquietó su envidioso corazón, suponiendo que un corazón envidioso pudiera aquietarse.

Los enanitos, al volver a su casa aquella noche, encontraron a Blancanieves tendida en el suelo, sin que de sus labios saliera el hálito más leve. Estaba muerta. La levantaron, miraron si tenía encima algún objeto emponzoñado, la desabrocharon, le peinaron el pelo, la lavaron con agua y vino, pero

todo fue inútil. La pobre niña estaba muerta y bien muerta. La colocaron en un ataúd, y los siete, sentándose alrededor, la estuvieron llorando por espacio de tres días. Luego pensaron en darle sepultura; pero viendo que el cuerpo se conservaba lozano, como el de una persona viva, y que sus mejillas seguían sonrosadas, dijeron:

-No podemos enterrarla en el seno de la negra tierra -y mandaron fabricar una caja de cristal transparente que permitiese verla desde todos los lados. La colocaron en ella y grabaron su nombre con letras de oro: "Princesa Blancanieves". Después transportaron el ataúd a la cumbre de la montaña, y uno de ellos, por turno, estaba siempre allí velándola. Y hasta los animales acudieron a llorar a Blancanieves: primero, una lechuza; luego, un cuervo y, finalmente, una palomita.

Y así estuvo Blancanieves mucho tiempo, reposando en su ataúd, sin descomponerse, como dormida, pues seguía siendo blanca como la nieve, roja como la sangre y con el cabello negro como ébano. Sucedió, entonces, que un príncipe que se había metido en el bosque se dirigió a la casa de los enanitos, para pasar la noche. Vio en la montaña el ataúd que contenía a la hermosa Blancanieves y leyó la inscripción grabada con letras de oro. Dijo entonces a los enanos:

-Denme el ataúd, pagaré por él lo que me pidan.

Pero los enanos contestaron:

-Ni por todo el oro del mundo lo venderíamos.

-En tal caso, regálenmelo -propuso el príncipe-, pues ya no podré vivir sin ver a Blancanieves. La honraré y reverenciaré como a lo que más quiero.

Al oír estas palabras, los hombrecillos sintieron compasión del príncipe y le regalaron el féretro. El príncipe mandó que sus criados lo transportasen en hombros. Pero ocurrió que en el camino tropezaron contra una mata, y de la sacudida saltó de la garganta de Blancanieves el bocado de la manzana envenenada, que todavía tenía atragantado. Y, al poco rato, la princesa abrió los ojos y recobró la vida.

Levantó la tapa del ataúd, se incorporó y dijo:

-¡Dios Santo!, ¿dónde estoy?

Y el príncipe le respondió, loco de alegría:

-Estás conmigo -y después de explicarle todo lo ocurrido, le dijo:

-Te quiero más que a nadie en el mundo. Ven al castillo de mi padre y serás mi esposa.

Accedió Blancanieves y se marchó con él al palacio, donde enseguida se dispuso la boda, que debía celebrarse con gran magnificencia y esplendor.

A la fiesta fue invitada también la malvada madrastra de Blancanieves. Una vez que se hubo ataviado con sus vestidos más lujosos, fue al espejo y le preguntó:

-Espejito en la pared, dime una cosa: ¿quién es de este país la más hermosa? -y respondió el espejo:

-Señora Reina, eres aquí como una estrella, pero la reina joven es mil veces más bella.

La malvada mujer soltó una palabrota y tuvo tal sobresalto, que quedó como fuera de sí. Su primer propósito fue no ir a la boda. Pero la inquietud la roía, y no pudo resistir al deseo de ver a aquella joven reina. Al entrar en el salón reconoció a Blancanieves y fue tal su espanto y pasmo, que se quedó clavada en el suelo sin poder moverse. Pero habían puesto ya al fuego unas zapatillas de hierro y estaban incandescentes. Tomándolas con tenazas, la obligaron a ponérselas, y hubo de bailar con ellas hasta que cayó muerta.